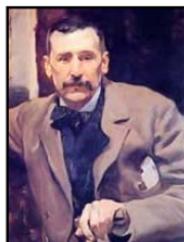


LO QUE NUESTROS CLÁSICOS ESCRIBEN DE LAS MUJERES

Una incursión crítica por la
literatura española.

Sacramento Martí



SINOPSIS

La finalidad primordial del ensayo *Lo que nuestros clásicos escriben de las mujeres* estriba en ordenar y comentar textos literarios que, escritores españoles de reconocida prestancia literaria, han dedicado a la cuestión femenina. Se ha atendido, tanto a los que han adoptado actitudes igualitarias o favorables a las mujeres, como a los que han despreciado, atacado o insultado al sexo opuesto. Esto ha permitido, por una parte, ahondar en el conocimiento del pensamiento patriarcal, pero también adentrarse en el intrínquilis de la mente humana al atender a excesos que varones de supuesta categoría intelectual han cometido en este tema.

Además, se intenta dar pistas para pergeñar la historia de la ideología misógina, ya que se presentan datos que relacionan esta ideología con hechos sociales, económicos y políticos que van más allá de las actitudes personales, aunque éstas nunca dejan de estar presentes. Sólo así podemos entender lo que queda evidente en este ensayo: El pensamiento misógino ni sigue un orden cronológico, ni se puede justificar achacándolo a la mentalidad de la época como tantas veces se ha hecho.

El ensayo se centra en escritores que, a partir del siglo XIV, han atendido -para bien o para mal- a temas que inciden directamente en la suerte de las mujeres. En dicho siglo XIV encontramos al Arcipreste de Hita cuyo *Libro de Buen Amor* es un auténtico canto a las relaciones gozosas entre los sexos y a la alegría de vivir, acompañado lógicamente de una inteligente condena hacia la adusta doctrina que la Iglesia mantenía al respecto. En el siglo XV, el Arcipreste de Talavera, en castellano y Jaume Roig, en valenciano, escriben quizá las obras más insidiosas y crueles que en el ámbito peninsular encontraremos contra las mujeres. Muy alejados del espíritu de su siglo, se sitúan cerca del confesionario y del púlpito en la medida que condenan el sexo o criminalizan a las mujeres al estilo eclesial de la época. Aunque -eso sí- con todo el lujo que el arte literario permite. En el siglo XVI Juan Luis Vives y Fray Luis de León darán un giro copernicano al tratamiento del sexo femenino. Ambos dedican a ello tiempo y esfuerzo. Ambos nos adoctrinan y conminan, aunque su lenguaje es comedido. Pero el fondo es demoledor. Nada menos que de sus textos, junto con los de otros ilustres varones, se deduce la marginación, explotación y subyugación de

las mujeres. El hogar pasa a ser su único entorno natural y la procreación, la única tarea a realizar. Al esposo le conceden todo honor y poder. Así lo recogen las nuevas leyes que con el Renacimiento han ido surgiendo. Veremos que la moderna sociedad exigía esta jerarquización. Cronológicamente muy cercano a ellos, pero muy alejado en actitudes vitales, Cervantes brillará con la luz propia que le concede su mente andrógina. En sus obras impera la amplitud de miras y la tolerancia. El teatro del siglo de oro, durante el siglo XVII, no es más que un trasunto de esta nueva estructura familiar que informa a toda la sociedad. Incluso obras como *Fuenteovejuna* de Lope de Vega que han sido consideradas por la crítica como oponentes al orden patriarcal debido a lo altisonante del lenguaje de la protagonista, se pliega fielmente a la jerarquía arriba descrita. En el siglo XVIII, el espíritu ilustrado, protagonizado por alguna mente rigurosa con este planteamiento, como es el padre Feijoo, se acerca a la cuestión femenina como tema a racionalizar. Valientemente lo lleva a su obra aunque con escaso éxito. Así lo evidencia la mentalidad misógina que muestran ínclitos plumíferos del siglo XIX. Una excepción, Benito Pérez Galdós, adoptará una decidida actitud de defensa del sexo femenino y lo hace patente en algunas de sus novelas. Por último y paradójicamente, entre los escritores del siglo XX se dan todas las manifestaciones imaginables de actitudes machistas. Esperemos que sea el canto del cisne.



Sacramento Martí nace en Valencia, en agosto de 1936, cursa la Licenciatura de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Ejerce como profesora de Literatura Española, en los Centros de COU Guillem Tatay de Valencia (1960-64), Colegio Estilo de Madrid (1966-69) y en el Colegio El Pilar de Madrid (1988-2000). Una irrevocable decisión madurada en los años de lectura y reflexión en Estados Unidos (Madison, Wisconsin, 1971-1974) donde está en condición de “segundo sexo”, le lleva a contactar con los grupos de Madrid en los que empieza a madurar la militancia feminista, en los albores de la Transición.

La colaboración con el Seminario de Estudios sobre la Mujer (organizado en torno a la condesa de Campo Alange) y, en particular, con el grupo de Mujeres Universitarias de Madrid, da lugar a un artículo en el número monográfico de *Cuadernos para el Diálogo* sobre la mujer (Agosto de 1975), al que siguieron numerosos artículos sobre temas feministas publicados en *El País*, *El Viejo Topo*, *Transición*, *Papers* y *Quark* entre 1979 y 1996. La activa participación en la organización de la primera manifestación por los derechos de la mujer en 1975 y en la primera asamblea de los grupos feministas incipientes (Jornadas de la Liberación de la Mujer) al amparo del Año Internacional de la Mujer proclamado por la ONU, inicia un periodo de militancia feminista, que se continua como presidenta de la Asociación Democrática de la Mujer (ADM), entre 1976 y 1979 a la que, pese a su origen partidista, supo encarrilar hacia posiciones interclassistas. Desde comienzos de los 80 inicia una relectura de los escritores e intelectuales más influyentes del pensamiento español, que se inicia con nueve contemporáneos, publicados en una serie de artículos bajo el título genérico de *Misóginos, cínicos y benevolentes*, en *El País* (mayo a octubre de 1985). En esta misma línea de estudio del pensamiento masculino español se inscriben las ponencias, *El oficio de vivir en la obra de Juan Luis Vives y Fray Luís de León* (defendida en el XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, New York, junio de 2001) y *Una ausencia enriquecedora en el Cancionero de Baena: la misoginia* (II Congreso Internacional Cancionero de Baena, abril de 2002).

Luarna

LO QUE NUESTROS CLÁSICOS ESCRIBEN DE LAS MUJERES.

Una incursión crítica por la literatura española.

© Sacramento Martí Vallbona

© Cubierta: Sacramento Martí Vallbona

© De esta edición: 2010, Luarna Ediciones, S.L.

www.luarna.com

Madrid, Marzo de 2010

ISBN: 978-84-92684-72-4

Versión: 1.0 (16-03-2010)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LO QUE NUESTROS CLÁSICOS ESCRIBEN DE LAS MUJERES

Sacramento Martí



ÍNDICE

Prólogo	10
1. El Arcipreste de Hita. Un quiebro al pensamiento misógino	15
2. El Arcipreste de Talavera y Jaume Roig. La literatura se hace insulto	53
3. El Cancionero de Baena. Inesperada finta al machismo imperante	108
4. Juan Luis Vives y Fray Luís de León. Inteligencia y comedimiento al servicio del poder	120
5. Cervantes. Una mente andrógina	171
6. El Teatro del Siglo de Oro. El honor, en el culo de las mujeres, tal como advirtió Quevedo	189
7. El Padre Feijoo. Un Ilustrado consecuente	225
8. Pérez Galdós. Un feminista de lujo	237
9. Siglo XX: Misóginos, Cínicos y Benevolentes en tropel	257
Manuel Azaña. Los conflictos de un presidente	258

Ramón y Cajal.	
Nuestro Nobel por excelencia	265
Pío Baroja.	
Sin pizca de papanatismo	272
Josep Pla.	
Un catalán sin complejos identitarios	278
Ortega y Gasset.	
La metáfora como filosofía	284
Gregorio Marañón.	
Un médico de postín	290
Rafael Alberti.	
El glamour de la izquierda	296
Cela.	
La brutalidad como método	302
Umbral.	
¡Y lo bonito que soy!	307
10. Epílogo	314
La utopía del Arcipreste de Hita	314
De la literatura y sus cometidos	316

PRÓLOGO

Escribe Andrés Amorós en su ensayo *Introducción a la literatura*, que la obra literaria “se convierte en un producto social que influye, a su vez, sobre la sociedad de la cual ha surgido.”¹ Este aserto queda demostrado cuando, en otro lugar del Ensayo, comenta dos obras de incuestionable impacto en la época en que fueron escritas: *La cabaña del Tío Tom*, que influyó a favor de la abolición de la esclavitud, y las novelas de Dickens, que desvelaron las terribles condiciones de trabajo de los niños en aquella Inglaterra en proceso de industrialización. Algo así ha ocurrido con el pensamiento misógino, aunque desgraciadamente no con la noble trascendencia que han tenido las obras citadas. Pero el impacto en el ambiente social, que es lo que yo quería señalar, puede haber sido el mismo. La literatura ha constituido, al menos hasta el siglo presente, una fuente casi inagotable de descalificaciones hacia el sexo femenino y también, aunque en grado infinitamente menor, un lugar de defensa y apoyo de las mujeres. Todo ello lo encontramos en la literatura española de forma rica y hasta abigarrada. La finalidad del presente libro es presentar, ordenar y comentar aquellos textos que, escritos por hombres de reconocida prestancia literaria, se ocupan de la condición femenina. Por una parte esto permite ahondar en el conocimiento del pensamiento patriarcal. Pero también supone adentrarse en el intrínquilis de la mente humana, al intentar atisbar algún sentido a los excesos que veremos y que, ni aludiendo a la excusa de “la mentalidad de la época”, tantas veces empleada como justificación, llegan a entenderse.

Sin embargo, no está entre mis propósitos escarbar en los orígenes de la mentalidad misógina, ni explicar por qué la supremacía masculina ha sido un hecho universal. Para ello tendríamos que adentrarnos en la peculiar distribución que las tareas reproductoras han tenido entre los sexos, tema básico cuando se abordan estas materias y que he tratado en otras ocasiones. Estoy de acuerdo con lo que afirmó Shulamith Firestone, una

1. AMOROS Andrés. *Introducción a la literatura*. Madrid, Castalia, 1979, p. 92.

feminista sin complejos, “Conceder que el desequilibrio sexual del poder posee una base biológica, no supone arruinar nuestra causa”.

Pero sí creo que podemos aprender muy diversas cosas revisando los textos que se ocupan de las mujeres. Lo primero es que, algunos hombres, se sitúan por encima de las corrientes de pensamiento dominantes en su época, mientras que otros, se sitúan muy por debajo de lo que su supuesta categoría intelectual o moral hacía prever. Estoy de acuerdo con Sánchez Albornoz, cuando en su obra *España un enigma histórico* establece una relación directa entre la personalidad del autor y su obra creativa. En concreto afirma que el “equilibrio temperamental” es una de las características relevantes en dos genios de nuestra literatura. Se refiere al Arcipreste de Hita y a Miguel de Cervantes. Y lo cierto es que estos dos escritores, junto al Padre Feijoo y a Benito Pérez Galdós, también presentes en las siguientes páginas, constituyen el grupo de hombres que han defendido a las mujeres y que podríamos denominar *andróginos*, entendiendo por ello aquellas mentes que son capaces de pensar, sentir y, en este caso escribir, al margen del desprecio del otro género. Repasando los textos, en los cuales estos literatos opinan sobre la condición femenina, comprobaremos que, en efecto, demuestran poseer una mente abierta y una fina percepción para captar las cosas que en aquella sociedad oprimían a las mujeres. Más difícil resulta calibrar la incidencia que pudieron tener sobre la realidad a la que se opusieron. Los avances de nuestra liberación se fueron haciendo a trancas y barrancas, pero no cabe duda de que, los que exhibieron actitudes andróginas, ayudaron a ir desmontando la sociedad patriarcal.

Otra cuestión muy interesante que vamos a observar con la ayuda de historiadores citados a lo largo de estas páginas, es que la suerte de las mujeres está ligada a vicisitudes ideológicas, políticas y económicas, que no siempre guardan un orden cronológico. Si el Libro de Buen Amor del Arcipreste de Hita, escrito en pleno siglo XIV, significa una apuesta razonada y decidida por la igualdad entre los sexos y por una gozosa relación entre ambos, en el siglo XV la postura adusta y condenatoria por parte del Arcipreste de Talavera, nos hablará de otra vuelta de tuerca en la condena

del sexo y de la sexualidad femenina, tan pertinazmente mantenida por la Iglesia Católica. Su contemporáneo Jaume Roig, con su histérico rechazo hacia las mujeres en su obra *L'Espill*, será otra prueba, entre mil, de la desvalorización del sexo femenino que se iba abriendo camino.

Con el Renacimiento llegan otras formas y, sobre todo, otras ideas y realidades. La bronca y áspera literatura misógina del medioevo, se torna en aseveraciones, comedidas en el lenguaje pero implacables en el fondo, de ínclitos maestros como Juan Luis Vives o Fray Luis de León, cuyas prédicas inician, nada menos, que el encierro de las mujeres en el hogar con una noble pero única tarea: la procreación. Lo que ha ocurrido es que estamos en el siglo XVI y ha comenzado el desarrollo del Estado Moderno. Con él aparece una nueva economía y una nueva organización social. La implantación de la economía de mercado, no sólo estructura con normas estrictas las clases sociales (nobleza, burguesía, campesinado), sino que reorganiza la institución familiar, jerarquizando fuertemente a sus miembros y resguardando ese bien insustituible que es la procreación. La esposa pudo ser, en la mayoría de los casos “la reina del hogar”, pero sin la autorización del marido no podía emprender ninguna acción en el exterior. Situación que, en España, se mantuvo hasta los últimos días del franquismo y, en el resto de Europa, el tiempo que perduró el llamado Código de Napoleón que institucionalizaba la minoría de edad de las mujeres para toda su vida. Las prédicas mencionadas de Vives y León, nos mostrarán la base teórica sobre la que se apoya la sumisión que ellos deseaban para las mujeres. El paradigma de esta situación quedó reflejado en los dramas de honor del siglo XVII. Podremos ver, al comentar algunas obras de este teatro, las disparatadas consecuencias de la omnimoda hegemonía masculina.

Ya en el siglo XVIII, un Ilustrado de renombre - el ya citado Padre Feijoo - fiel al espíritu de la época, o sea, a la decisión de aplicar la racionalidad a todos los aspectos de la vida, emprende la defensa del sexo femenino, con un discurso brillante y sin concesiones. Pero, en contra de lo que razonablemente se podía esperar, sus argumentos pasan sin pena y sin gloria, de tal forma que, cuando llegamos al siglo XIX, otra vez los más reconocidos

escritores del momento, adoptarán posturas machistas. Buen ejemplo son los desprecios que recibió doña Emilia Pardo Bazán por ser precisamente lo que era: una intelectual de la misma envergadura que ellos. Valera, Pareda, Palacio Valdés, Menéndez Pelayo...no pudieron ni quisieron reprimir el rechazo que les provoca ver a uno de “ellos” con faldas. O sea, con los mismos conocimientos, las mismas aptitudes, el mismo potencial intelectual. Sólo Galdós, ocasional amante de la escritora gallega, toma una postura tan clara y decidida como la de Feijoo. Ello le llevará a componer la novela *Tristana* que, sin duda, no es la mejor de su impresionante obra narrativa, pero sí es un ejemplo de compromiso con una idea: la liberación de las mujeres. Y un ejemplo de cómo supo escuchar al movimiento feminista que, precisamente en su época, iba tomando fuerza y contenido.

El proceso que hemos visto iniciarse en el siglo XVI, encontró su culminación en la llamada *moral victoriana*, que llegó hasta los aledaños del siglo XX y proclamó la inanidad de la sexualidad femenina hasta la exasperación. Valga de ejemplo el texto que comento cuando abordo la figura del Dr. Marañón, en el cual apuesta, desde su prestigio “científico”, por la frigidez femenina. No en vano, M. Foucault, en el comienzo de su *Historia de la Sexualidad*, describe esta época como la de “las noches monótonas de la burguesía victoriana”.

Mirando en perspectiva las siguientes páginas, podremos contemplar cosas tan paradójicas como el consejo que Don Amor da al avispado Arcipreste de Hita para que escoja una mujer “en la casa muy cuerda, en la cama muy loca” y compararlo con la afirmación de Marañón, seis centurias más tarde, de que “ningún gesto supera en voluptuosidad en las mujeres femeninas a ese sin embargo castísimo de reclinarse... en el vasto pecho del varón.”²

El siglo XX literariamente hablando comienza con un fulgor inaudito. Nombres como *Generación del 98*, *Generación del 27*, *Novencentistas*, *Garcilistas*...dan cuenta del esplendor alcanzado. La misoginia no desapareció por encanto. De nuevo escritores de alcurnia se niegan a abandonar la

2. MARAÑÓN Gregorio. *Amiel*. Madrid, Espasa Calpe, 1941, p 243.

confrontación con el sexo opuesto. Oiremos gruñir a Pío Baroja, fingir a Manuel Azaña, galantear a Ortega y Gasset, protestar a Josep Plà, insultar a Camilo J. Cela, vacilar a Francisco Umbral...Es fácil que este *revuelto* constituya las últimas bocanadas de una sociedad que, a través de siglos, había consagrado la supremacía masculina. Creo que es así y es de agradecer que, su resistencia a abandonar los privilegios, haya llegado envuelta en su buen hacer literario. Descansen en paz.

Por último, creo que hay que revisar la crítica hecha a las grandes obras misóginas. Si quiera sea por que es a través de ella cómo estas obras llegan al conocimiento del público. Del público en vías de formación –escolares y universitarios- que es lo más preocupante, ya que les llegan ensalzadas en su aspecto formal, como es lógico por tratarse de obras maestras, pero no criticadas en sus contenidos. El ejemplo más significativo es el Arcipreste de Talavera el cual, con gracejo y plasticidad inigualables, crea escenas que chorrean misoginia hasta lo inaudito. Sus doctos críticos no suelen caer en la cuenta del atropello que se comete contra el sexo femenino. Espero con este libro poner un granito de arena en esta dirección.

I. EL ARCIPRESTE DE HITTA.

UN QUIEBRO AL PENSAMIENTO MISÓGINO

El Libro de Buen Amor que Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, escribió en pleno siglo XIV, es un de esas obras inmortales ante la que parece que el lenguaje se queda pobre para poder expresar todas sus cualidades. Quizá éstas se pueden plasmar diciendo que es un auténtico derroche de modernidad en aquel siglo aún tan “medieval”, aunque cierto que ya se atisbaba una nueva sociedad.

En cualquier caso, los valores que se observan en la obra, se pueden valorar en la medida en que se tenga en cuenta el entorno ideológico del Arcipreste. Por eso, en las siguientes páginas, intento resumir, tanto la prevención predicada contra las mujeres por La Iglesia Católica, como la literatura misógina que se expandió por Europa, pues fue en este ámbito cultural en el que Juan Ruiz compuso su obra. De ahí que la valoración que hace de la sexualidad y de la relación entre los sexos, pero también por la alegría de vivir que rezuma la obra, lo aleja notablemente de los prejuicios y tabúes de la época. Y por eso podemos decir que el *Libro de Buen Amor* significa un quiebro al pensamiento misógino.

No obstante, creo necesario abordar el hecho de que una serie de críticos y exégetas, que han opinado sobre esta obra, han estado de acuerdo en considerar los contenidos del Libro de Buen Amor como extraños, misteriosos, enigmáticos, contradictorios o equívocos, por emplear literalmente los adjetivos que se han utilizado. No deja de ser paradójico que una de las cumbres de la literatura española vaya acompañada de tales juicios. Máxime cuando uno de los méritos reconocidos de la obra es el que constituya un auténtico testimonio histórico de la Baja Edad Media. Menéndez y Pelayo es el estudioso que con más entusiasmo resalta esta faceta, después de situar al Arcipreste como un genial poeta autor de la *Comedia Humana* del siglo XIV. De ella afirma:

“Como fuente histórica vale tanto, que si él nos faltara, ignoraríamos todo un aspecto de nuestra Edad Media...el Arcipreste nos cuenta cómo vivían en su casa y en el mercado, cuáles eran los manjares servidos en sus mesas, cuáles los instrumentos que tañían, cómo vestían y arreaban su persona, cómo enamoraban en la ciudad y en la sierra. Al conjuro de los versos del Arcipreste se levanta un conjuro de visiones picarescas que derraman de improviso, un rayo de alegría sobre la grandeza melancólica de las viejas y desoladas ciudades castellanas: Toledo, Segovia, Guadalajara, teatro de las perpetuas y non sanctas correrías del autor.”³

Es una lástima que Menéndez y Pelayo, que tan acertadamente ha sido capaz de ensalzar los valores descriptivos del Arcipreste, sin embargo, llevado de su mentalidad victoriana, que más adelante analizaré, se sintiera impelido a rechazar otros aspectos de la obra, tan vitales y ricos como son los que ha señalado en el párrafo que acabamos de leer, pero que atienden al sexo.

EL ENTORNO IDEOLÓGICO DEL ARCIPRESTE DE HITA. LA MISOGINIA DE LA IGLESIA.

Cuando en el siglo XIV el Arcipreste de Hita se lanza a la aventura literaria, lo haría en medio de una exuberante y fértil corriente misógina que tenía dos ramas igualmente bien implantadas. Por un lado, la que se desarrollaba en el seno de la Iglesia de Roma y que tenía su expresión en la predicación de los Ordenes Mendicantes. Por otro, una tendencia literaria que hundía sus raíces en algunos escritores de la antigüedad y que, a lo largo de la Edad Media, había adquirido, sobre todo a partir del siglo XIII, una notable vitalidad.

Por lo que a la corriente en el seno de la Iglesia se refiere, debemos de tener en cuenta que el cristianismo nace en la sociedad judía, caracteri-

3. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Antología de poetas líricos castellanos*. Tomo III. Madrid, Biblioteca Clásica. Madrid 1909, p.54.

zada por un intenso sexismo. Pero también, recordemos, que el discurso de Cristo contiene una brutal inversión de valores respecto al orden establecido⁴. Basta recordar las Bienaventuranzas -sermón emblemático de los Evangelios- para percibir el sentido tan profundamente contestatario que encierra, al apostar por los débiles y desprotegidos. Entre estos se encontraban las mujeres ya que las leyes, instituciones y costumbres judías, las dejaban en total indefensión ante los hombres. La actitud de Jesús, al afrontar esta situación, no da lugar a la menor ambigüedad: Lo vemos que incumple la norma rabínica al no rechazar a la hemorroisa; perdona a la adúltera; trata con comprensión a la prostituta; y, sobre todo, habla con las mujeres, considerándolas capaces de entender su doctrina.

Sin embargo, el discurso de S.Pablo, figura clave en la expansión del cristianismo, se acomoda milimétricamente al ámbito cultural judío, al predicar para las mujeres subordinación total, tanto en el seno de la Iglesia como en el del matrimonio. Así lo ordena en aquella Primera Carta a los Corintios: “Las mujeres callen en las asambleas pues no les está permitido hablar, sino que se muestren sumisas... y si quieren aprender algo que lo pregunten a sus maridos en casa”.

Uno de tantos ejemplos que podríamos aducir, como prueba de la existencia de este filón misógino, lo tenemos en el Decreto de Graciano, escrito entre 1.140 y 1.150 y con vigencia hasta los primeros años del siglo XX como fuente oficiosa, pero prácticamente incuestionada, del Derecho de la Iglesia.

Los estudiosos de la corriente misógina proyectada desde la Iglesia, han intentado explicar el divorcio que se establece con el mensaje de Cristo, tan inequívocamente a favor de las mujeres, y aducen que la degradación moral existente en la sociedad occidental durante los años de expansión del cristianismo, coincidente con la decadencia del Imperio Romano, habría llevado a actitudes especialmente rígidas ante todo lo que al sexo se

4. Para el tema de las mujeres en la Iglesia, me ha sido de gran utilidad el libro de AUBERT, J.M. *La mujer. Antifeminismo y cristianismo*. Barcelona, Herder. 1976.

refiriera. Y, saltándose a la torera las más elementales normas del raciocinio lógico, pasaron a culpabilizar a las mujeres de todo lo que con el tema tuviera que ver.

Llegado a este punto resulta conveniente escuchar a uno de los más extremos Padres de la Iglesia, para apreciar las cotas alcanzadas en lo que algunos historiadores han llamado “diabolización” de lo femenino. Se trata de Tertuliano que en los albores de la Era Cristiana (155-220) clama:

“Mujer, deberías andar siempre vestida de luto, cubierta de harapos y humillada en la penitencia, a fin de reparar la falta de haber perdido al género humano...Mujer, tú eres la puerta del diablo. Eres tú quien tocó el árbol de Satanás y quien fue la primera en violar la ley divina.”⁵

También es necesario considerar el hecho de que, para la doctrina de la Iglesia, el sexo siempre ha estado impregnado de la idea del pecado, fuera cual fuera las circunstancias que rodeen su práctica. No debemos olvidar que en la Edad Media la cultura estaba, en amplísima medida, en manos de clérigos célibes que no podían sino exaltar la virginidad, mientras iban creando en torno al sexo femenino un ambiente obsesivo de miedo a la seducción. Y no sólo eso. En el siglo IV, predicadores tan prestigiados como S. Ambrosio o S. Jerónimo, denigraban abiertamente del matrimonio, aceptándolo sólo como un mal menor. Y una vez establecido que cualquier práctica del sexo era pecado o, en el mejor de los casos, pecaminosa, culpabilizar a las mujeres por el atractivo que ejercían sobre los hombres, era casi paso obligado.

Lo disparatado que resulta la dicotomía entre un sexo -el débil, para mayor paradoja- cargando con toda la culpabilidad, y el otro, asumiendo el papel de víctima, nos obliga a introducir otros elementos para intentar racionalizar la situación. Tampoco podemos olvidar que, un cierto miedo a la sexualidad femenina, ha sido una constante en la historia de la humanidad. Entre los indios de América del Norte, por acudir a otras cultu-

5. AUBERT, JM, *op.cit.* p. 60.

ras, se han encontrado más de trescientas versiones del “mito de la vagina dentada”. En la india la variante es igual de significativa pero, en lugar de dientes, la vagina está llena de serpientes⁶.

Pero, ante estos siempre discutibles valores simbólicos, vemos que Delumeau, en su brillante ensayo *El miedo en occidente*, advierte que, precisamente en el siglo en que vivió Juan Ruiz, el miedo hacia las mujeres aumenta, como queda reflejado en los sermones de las Ordenes Mendicantes. La mayoría de éstos se han perdido pero, en los que se han conservado, aparece, de forma obsesiva y machacona, los anatemas contra los atractivos falaces y demoníacos de las mujeres.

Se entienden mejor las cosas si se tiene en cuenta el origen de las citadas órdenes religiosas. Aparecen en el panorama europeo del siglo XIII, cuando las estructuras medievales se resquebrajan: La economía de mercado se iba abriendo paso, dando al traste con el sistema feudal e impulsando el crecimiento avasallador de una nueva clase social, la burguesía, cuyo éxito llevaba consigo una nueva jerarquía de valores. Los religiosos de nuevo cuño se entregaron a la labor evangelizadora y alertar a los varones sobre el peligro de la carne y de las mujeres, se convertiría en tema básico y obsesivo. Otra vez llama la atención la intrínseca maldad que se atribuye a estas.

Estos sermones adquirieron en Europa una trascendencia hoy difícil de medir. Pero basten dos datos para calibrar su impacto. Las dos Reformas, la católica y la protestante, los utilizaron como propaganda y comunicación con las masas. Y estas - el pueblo - no tenían otro sistema educativo, además de estos sermones, que no fuera el confesionario y que, lógicamente, se alimentaba de las mismas ideas.

Y para cerrar este entorno ideológico en que tuvo que escribir el Arcipreste de Hita, vale la pena escuchar a otro gran poeta contemporáneo de Juan Ruiz. Se trata de una de las glorias de la lírica universal, Petrarca. Enamorado de Laura, etérea musa de su Cancionero, cuando escriba de mujeres de carne y hueso, lo hará de la siguiente forma: “La mujer... es un verdadero diablo, un enemigo de la paz, una fuente de impaciencia, una

6. DELUMEAU, Jean. *El miedo de Occidente*. Madrid, Taurus, 1989 p. 476.

ocasión de disputas de la que el hombre debe mantenerse alejado si quiere gustar de la tranquilidad.”⁷

LA LITERATURA MISÓGINA EN EUROPA

Con esto nos trasladamos al terreno de la literatura. La *Sexta Sátira* de Juvenal y algunos versos del *Ars Amandi* de Ovidio son las fuentes clásicas que los estudiosos suelen señalar como más utilizadas por los escritores misóginos medievales, que se sitúan en el polo opuesto del amor cortés cuyos poetas ponían teóricamente a las mujeres sobre un pedestal, hasta el punto de hacer de algunas agraciadas la soberana del hombre enamorado y el modelo de todas las perfecciones. Pero si el amor cortés sublimaba, e incluso divinizaba, a algunas féminas consideradas desde parámetros muy discutibles excepcionales, abandonaba a su destino a la inmensa mayoría de las personas del “segundo sexo”.

A finales del siglo XII, un escritor francés, André Le Chapelain, compuso la obra *De amore* donde, después de cantar los méritos de una dama y la sumisión de su amante, se lanza a una furiosa diatriba contra los vicios de las mujeres. Pero es en el siglo XIII cuando estos escritores tienen una presencia más contundente en Europa. La obra *Roman de la Rose* llegó a ser un auténtico manual para la nobleza cortesana. “Biblia de la cultura erótica” lo califica Huzinga⁸.

El *Roman de la Rose* tuvo dos autores. El primero, Guillaum de Lorris, lo escribió desde la perspectiva del Amor Cortés, de tal modo que la amabilidad y la amenidad fueron las coordenadas en las que situó la obra que no terminó. Esto lo hizo el segundo autor, Jean de Meung, algún tiempo más tarde y dándole un giro total al contenido de la obra. Como dice Hui-

7. DELUMEAU, Jean. *op.cit.* p.485.

8. HUIZINGA, Joan. *El Otoño de la Edad Media*. Madrid, Revista de Occidente, 5ª ed., 1965, pp 169-187. Dedicar un amplio estudio a esta obra – *Roman de la Rose* – centrándose en el impacto que tuvo en la Baja Edad Media.

zinga, llegó a emplear una frialdad escéptica y una dureza cínica “como rara vez encontramos en la Edad Media”. Y ello se evidencia en el modo de tratar al género femenino. Meung llega a la conclusión de que las mujeres son “bestes feibles et variables”⁹ y con estas rudas y brutales afirmaciones logró tal impacto que lo convirtió en el líder de la misoginia occidental. Uno de los epígonos de Meung es el catalán Cerverí de Girona que, según los estudiosos, es el primer literato de la península abiertamente misógino.

En el siglo XIV fue Boccaccio el que tomó el relevo en el magisterio de esta literatura, aunque, fiel a la paradoja señalada arriba, abordó tanto temas sañudamente ofensivos para las mujeres como de rendida admiración hacia las mismas. Pero lo más digno de mención de su figura es señalar otra vez - el tremendo impacto que logró en Europa.

Con su obra más famosa, el *Corbaccio*, en efecto, ejerció una auténtica labor de guía para los detractores del sexo femenino. La escribió despechado por la burla que le hizo una dama, y, dejando de lado cualquier atisbo de esa racionalidad que de siempre habíamos dado por supuesta a los caballeros cultos, arremetió contra todo el género femenino.

Para encontrar, en lengua castellana, obras misóginas de envergadura deberemos esperar al siglo XV. Sin embargo, en el catalán del siglo XIV, la producción fue considerable. Por un lado está Bernat Metge que reunió varias de las características más curiosas de la literatura que nos ocupa. Se trata de un personaje perfectamente encumbrado en su sociedad. Cortesano de Leonor de Sicilia, esposa de Pedro IV de Aragón, y luego favorito de Juan II, conocerá la prisión, por su conducta irregular, y la posterior rehabilitación, seguramente por su habilidad para brujulear en aquella Corte tan repleta de turbulencias. Su obra fundamental, *Lo Somni*, muestra razonamientos contradictorios de acuerdo con su “escepticismo elegante y exquisitamente mundano”¹⁰. En esta obra traduce, sin apenas transfor-

9. ORSTEIN Jacob. “La misoginia y el feminismo en la literatura castellana”. *Revista de Filología Hispánica*, III (1941), pp 219-232.

10. SANTONJA Pilar., Juan Luis Vives, “Humanista del Renacimiento”. *Letras de Deusto*, 1994, pp. 40-41.

maciones, “La historia de Walter y Griselda”. Se trata del último de los cuentos del *Decamerón* de Boccaccio. Vale la pena considerar el contenido del relato ya que la narración resulta ser un auténtico rezumado del alma misógina:

Griselda, hija de un humildísimo pastor, es entregada en matrimonio a su amo, el Marqués de Saluzzo, que se enamoró fulminantemente de su pastora. Una vez transportada a palacio, el enamoramiento no impidió que Griselda recibiera toda clase de humillaciones y padeciera sufrimientos sin cuento. Los peores fueron cuando, consecutivamente, se le arrebatan la hija y el hijo. La razón era que no podían ser tolerados por la Corte aquellos niños, mezcla tan escandalosa de sangre azul y plebeya. Más tarde el Marqués decidirá cambiar de esposa por esta misma intolerancia de sus cortesanos. Griselda vuelve a su choza, no sin antes haber sido despojada de las ricas vestiduras. La crueldad del noble queda aún más patente cuando, yendo a contraer nuevas nupcias, llama a Griselda para que organice los fastos.

Lo más llamativo de esta narración, no es tanto el sadismo del Marqués hacia su esposa, que queda palmario una y otra vez, sino la inefable humildad de Griselda, que acepta sin rechistar su incomprensible situación. Es sorprendente la contradicción que existe entre el enamoramiento del Marqués y su empeño en martirizar a la hermosa pastora. Pero esa contradicción cuenta para los que no estamos en el secreto de las cosas. Precisamente el *quid* de la cuestión estriba en que ni el Marqués era un malvado ni existía recelo cortesano alguno contra Griselda. Simplemente se trataba de probar que ésta, en su calidad de esposa, era inaccesible a la desobediencia o al menor gesto de rebeldía. Confirmada esta actitud de sometimiento al marido, el Marqués de Saluzzo vuelve a cubrirla de brocados y joyas, le devuelve a sus hijos y la sienta en el trono del marquesado para lo que le quede de vida.

Para entender la profundidad psicológica del tema no hay más que seguir las palabras del Marqués, cuando estima que Griselda ya ha superado todas las pruebas posibles de resistencia:

“Griselda, por fin ha llegado el momento de que obtengas el fruto de tu larga paciencia, y de que quienes me han juzgado cruel, inicuo y bestial sepan que lo que hacía lo llevaba a cabo con un fin premeditado, al querer enseñarte a ser esposa, a ellos a saber tenerla, y a mí procurarme una paz eterna mientras fuese a vivir contigo; pues cuando fui a tomar esposa tuve mucho miedo de no lograrlo, y por ello, para tener pruebas, te herí y te apuñalé de todas las maneras que sabes.”¹¹

Todo estaba encaminado, según nos dice ahora el Marqués, a lograr la paz y el bienestar matrimonial.

En la misma Cataluña y en el mismo siglo XIV, aun vamos a encontrar dos renombrados misóginos. Uno es Francesc Eiximeniç (Gerona 1.340-Perpiñán 1.409). Ingresó en la orden franciscana; estudió teología en varias Universidades europeas y peninsulares; residió en Valencia muchos años y tomó parte en los problemas sociales, religiosos y políticos más importantes de su época; Benedicto XIII le convocó para el Concilio de Perpiñán; entre otros cargos, ostentó el de Patriarca de Jerusalén. Su obra literaria es extensa. Para nuestro tema interesa su *Llibre de les dones*, 1.396. Usa una prosa jugosa y popular. La crítica señala la importancia de esta obra como legado de las costumbres de la época.

El otro, el poeta Torrellas, ha sido calificado como el “prototipo del misógino intransigente”. Abandonó su lengua natal para escribir en castellano unos versos titulados *Maldezir de mugeres*, de tal virulencia que el mismo autor se retractó de su contenido. Pero como señala el estudioso Ornstein¹² de nada le sirvió su arrepentimiento. Los escritores defensores de las mujeres, una y otra vez, criticaron e intentaron desmontar las razones de su machismo. Aún en el siglo XVI, Cristobal de Castillejo escribía en su *Dialogo de mugeres*:

11. BOCACCIO. *Decameron*. Madrid, Cátedra, pp. 1138-1151.

12. ORSTEIN J., *op.cit.*, p.222.

Tanto mal
no se puede en especial
relatar en poco espacio;
remítelo a Juan Bocacio,
Torrellas y Juvenal.

Éste es el complejo entramado ideológico en el que se tuvo que desenvolver el Arcipreste de Hita. Lida de Makiel al describir aquel ambiente que “oscilaba entre el vituperio ascético y el elogio cortesano de la mujer”, añade: “ambos muy templados por la vitalidad y la malicia de Juan Ruiz”¹³. Ya he anunciado que mi propósito es ver, a través de los contenidos del *Libro de Buen Amor*, con qué clase de templanza se mueve nuestro autor por tal maraña.

EL LIBRO DE BUEN AMOR, UNA REFLEXIÓN SOBRE LA SEXUALIDAD

En primer lugar, y expresado en la Introducción a su obra, el Arcipreste parte de una concepción básicamente positiva y esperanzada de la condición humana. Como creyente se acoge a las Sagradas Escrituras en el punto en que éstas consideran que las propiedades del alma son entendimiento, voluntad y memoria (Salmo 31, versículo 10). El entendimiento -reflexiona Juan Ruiz- nos permite distinguir lo malo de lo bueno; la voluntad nos da lugar a optar por el bien; la memoria nos invita a persistir en ese bien escogido. Y, aunque nunca deja de creer en esa capacidad de elección -o sea, de libertad- que para los humanos prevé en la Introducción, encontraremos contradicciones con este inicial optimismo, pues una y otra vez reconoce que la naturaleza humana está más inclinada al pecado que a la virtud¹⁴:

13. LIDA DE MALKIEL, M^a.Rosa. *Dos obras maestras españolas: El Libro de Buen Amor y La Celestina*. Buenos Aires, Eudeba, 2^o ed. 1.968, p. 4.

14. Cito por la edición del *Libro de Buen Amor*, texto íntegro de María Brey Mariño.

“El hombre, cuando peca, bien ve que se desliza,
Mas por naturaleza, en el mal profundiza.” 75

El tema fundamental que distancia el discurso del Arcipreste de su entorno intelectual, es la reflexión que desarrolla sobre el sexo. En primer lugar, lo considera una actividad primordial y básica del ser humano. Recordemos la estrofa tantas veces citada por los estudiosos:

“Aristóteles dijo, y es cosa verdadera,
Que el hombre por dos cosas trabaja: la primera,
Por el sustentamiento, y la segunda era
Por conseguir unión con hembra placentera.” 71

El sólo hecho de emplear la expresión “hembra placentera” y la sinceridad y sencillez con la que enuncia esta verdad del carbonero, nos indica que su talante no tiene nada que ver con lo oído arriba a los Padres de la Iglesia. Y si leemos, sin prejuicios, las estrofas del *Libro de Buen Amor*, nos daremos cuenta que la gran originalidad del Arcipreste consiste en adentrarse en la sexualidad humana con todas sus consecuencias. Afronta lo que la realidad le indica y no lo que la ideología le explica. Así, se decide a partir de evidencias. Y una de ellas es que los humanos no estamos sometidos a las épocas de celo, con lo cual nos recuerda que los apremios sexuales pueden estar presentes cualquier día del año y que estos no son fáciles de calmar:

“Digo que más el hombre, pues otras criaturas
tan sólo en una época se juntan, por natura;
el hombre, en todo tiempo, sin seso y sin medida,
siempre que quiere y puede hacer esa locura” 74

El argumento “por natura”, que observamos en la primera estrofa citada, será fundamental para la lógica con que el Arcipreste aborda el tema que

Madrid, Castalia, 1987.

nos ocupa. Desde el momento que acepta que el sexo es un imperativo de la naturaleza, no le quedaban más que dos caminos: Asustarse ante el abismo que se abría entre esta realidad y la doctrina de la Iglesia, retrocediendo a los argumentos de la ideología al uso, o llevar hasta sus últimas consecuencias su razonamiento. Y esto último es lo que hace:

“Si, después de criar al hombre, Dios supiera
que la mujer sería su mal, no se la diera
creada de su carne y como compañera;
si para bien no fuera, tan noble no saliera” 109

Repetidamente se ha señalado que la ambigüedad es una de las características del *Libro de Buen Amor*, debido, sobre todo, a las ambivalencias que el autor mantiene a la hora de invitar al lector a seguir el bueno o el loco amor. Pero, ante la claridad de esta estrofa, yo me alinee con aquellos exegetas que defienden que la claridad y sinceridad marcan la pauta de la obra. Así lo hace Benito y Durán que considera que el Arcipreste, quizá impulsado por su naturaleza exuberante y ardorosa de persona nacida “bajo el signo de Venus” (estrofa 152), formula un determinismo erótico difícil o casi imposible de vencer, y añade este autor que la falta del Arcipreste quizá está en haber juzgado necesario describir las vivencias sexuales “con la misma plasticidad con que son realizadas”¹⁵. Puyol y Alonso, que se mantiene también en esta línea interpretativa, añade la idea del “pesimismo resignado” que el Arcipreste opone a esta realidad humana por considerarla insuperable. Pero este autor sigue exaltando la gran sinceridad de Juan Ruiz, encareciendo el hecho de que nos revele los más recónditos entresijos de su mente¹⁶. Otro estudioso, Rodríguez Puértolas, abunda en esta línea al señalar que Juan Ruiz eleva a elemento estructural

15. BENITO Y DURÁN, Angel, *Filosofía del Arcipreste de Hita* (1946)», *Revista de Filosofía*, Madrid), año VI, nº 21 (abril-junio 1947), pp. 364-365.

16. PUYOL Y ALONSO, Julio *El Arcipreste de Hita*, Madrid, Sucesores de Minuesa de los Ríos, 1906 p. 110.

de la obra la violenta contradicción que existe entre un Ser Supremo que prohíbe cosas y un sistema natural que las autoriza.¹⁷

Para los que vemos así las cosas, la verdadera ambigüedad que encierra el *Libro de Buen Amor*, es exactamente, la que tenía que afrontar cualquier auténtico creyente en la Edad Media. Como nos recuerda Lida de Malkiel, este razonamiento de la estrofa 109, es empleado, de idéntica forma, por Dama Prudencia en *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer (siglo XIV). Lo cual indica que uno y otro autor tienen el coraje de “pensar” con la lógica humana o, quizá, con lo que podíamos llamar mentalidad de hombre moderno. Lógica humana que Juan Ruiz, en la última estrofa citada, se empeña en aplicar al mismísimo Dios Creador. Parece que el Arcipreste se dice: si el sexo es pecado, venga Dios (y nunca mejor dicho) y lo vea. Y este razonamiento adquiere toda su importancia cuando tenemos en cuenta que el Arcipreste inicia su obra con el propósito confesado de ayudar a sus congéneres a evitar el pecado, el cual, según nos dice en la Introducción, se debe “a la flaca voluntad humana” más “aparejada al mal que al bien”. Pero metido en la harina del raciocinio y sin querer renunciar a esa sinceridad que tan palmariamente muestra, va llegando a la conclusión de que del sexo se derivan cuantiosos placeres y que él no ve lo pecaminoso por ningún lado. El profesor Sánchez Albornoz, después de aclarar que, la vitalidad con la que Juan Ruiz aborda el tema del sexo, en absoluto implica falta de seriedad a la hora de enjuiciar los actos humanos, añade con un lenguaje ciertamente castizo: “Pero se rió de todo y de todos y no dio una higa por ningún valor consagrado cuando se interponía en el camino del goce de la vida”.¹⁸

Puede que Albornoz tenga razón, aunque yo prefiero hacer hincapié en el intento racionalizador que hace el Arcipreste en siglo tan lejano. Y podremos observar como sus sentencias -elemento fundamental del estilo del Arcipreste- van ganando en contundencia:

17. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio. *Juan Ruiz*, Madrid, Edaf, 1.978.

18. SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio. *España un enigma histórico*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1.956, p. 527.

“Muy villano sería y muy torpe payés
Si de la mujer noble hablara de través,
Pues en mujer lozana, placentera y cortés
Reside el bien del mundo y todo placer es.” 108

La claridad del contenido de esta estrofa no se puede olvidar a la hora de hacer cualquier enjuiciamiento sobre la obra. Y, en primer lugar, deberá estar presente en la discusión abierta sobre el posible valor didáctico del *Libro*. Estoy de acuerdo con Lida de Malkiel en que las declaraciones de Juan Ruiz, sobre sus intenciones moralizantes, no pueden ser desechadas sin más¹⁹. Pero evidentemente la discusión debe centrarse en lo que este autor transmite realmente, o sea, en lo que encierre su mensaje y no en sus intenciones, cuya interpretación nunca pasará de ser una teoría. Y, desde este punto de vista, me extraña que el esfuerzo que hace el Arcipreste por racionalizar su actitud ante el sexo, no haya sido considerado como uno de los temas fundamentales de *Libro de Buen Amor*. Sobre todo, porque lo dice un creyente sincero (nadie pone en duda esta faceta del Arcipreste), clérigo de una cierta categoría y desde una época (la Baja Edad Media) en la que había una notable libertad para las actividades sexuales, pero bastante menos para cuestionar la doctrina de La Madre Iglesia.

Y, llegado este punto, creo importante apuntar que, por sincera que fuera la fe de Juan Ruiz, no era la del carbonero. Lo demuestra cuando, al parecer también con toda sinceridad, hace el “planto” por la muerte de Trotaconventos. En medio de la rabia, dolor e impotencia que le embarga, no oculta sus dudas y escepticismos:

“¡Ay! mi Trotaconventos ¡ Leal amiga experta!
En vida te seguían, mas te abandonan muerta.
¿Dónde te me han llevado? Yo no sé cosa cierta;
No vuelve con noticias quien traspone esa puerta.”
1.569

19. LIDA DE MELKIEL MR., *op.cit.* pp. 34-43.

Otro elemento fundamental para entender el talante que al Arcipreste separa de la ideología misógina, es la alegría del vivir que muestra, desea y defiende. Con la sentenciosidad ya señalada, el Arcipreste dice, cuando está mostrando al lector la intencionalidad de su obra:

“Palabras son del sabio y díjolo Catón:
El hombre, entre las penas que tiene el corazón,
Debe mezclar placeres y alegrar su razón,
Pues las muchas tristezas mucho pecado son.” 44

Y para que al lector le quede claro que, para él, no es tema baladí este de la jovialidad, inmediatamente añadirá:

“Como de cosas serias nadie puede reir,
Algunos chistecillos tendré que introducir;
Cada vez que los oigas no quieras discutir
A no ser en manera de trovar y decir.” 45

Esta clara apuesta por el aspecto lúdico, que ya había reclamado en la *Invocación* de los comienzos del *Libro*, tenía que determinar las maneras de Juan Ruiz a la hora de posicionarse ante los temas vitales. Estoy completamente de acuerdo con la distinción que hace Américo Castro entre “el estilo alegre, juguetón y juvenil del Arcipreste” y las erróneas interpretaciones que de su obra se han hecho por tomarla, unilateralmente, como “burlona y salaz”, visión que en ocasiones ha ocultado lo que tiene de seriamente humano²⁰. Y uno de los temas serios es que el trinomio sexo/pecado/mujer, que se había ido engarzando en la ideología patriarcal y que

20. CASTRO, Américo. *La realidad histórica de España*. Méjico, Porrúa, 1.954, p. 39.

además era expresado con esa extrema violencia verbal y actitud adusta que hemos visto, iría cambiando de forma y color bajo la pluma del Arcipreste, mucho más atento a observar y racionalizar la realidad por su cuenta, que a dejarse llevar por los senderos trillados de la ideología al uso.

Y para redondear el aserto sobre la independencia de criterio del que hace gala el Arcipreste, podemos observar que, a la hora de presentar su libro, se dirige explícitamente a “omne e mujer”, haciendo a los dos sexos receptores de su mensaje. Pero, en concreto, advierte a los primeros que “sus muchas engañosas maneras que usan para pecar e engañar las mujeres” les pueden llevar a su propia deshonra, pensamiento nada acorde con la misoginia reinante que de modo obsesivo hacía a la mujer la verdadera responsable de los pecados de los hombres. Esta obsesión venía de lejos. Ya he comentado en líneas anteriores cómo en la Iglesia de los primeros cristianos las normas ante el sexo se fueron endureciendo y cómo, por caminos un tanto inescrutables, la culpabilidad de las prácticas sexuales fueron recayendo sobre la mujer. Como nos recuerda Aubert en su ensayo *La mujer*, el menosprecio de la carne (que tan fácil acogida encontró en el ambiente cristiano) contenía en sí mismo el menosprecio de la sexualidad, en una época en que esta era sólo considerada como actividad corporal (su dimensión psíquica y estructurante de la personalidad no se ha tenido en cuenta hasta muy recientemente). En consecuencia, en una sociedad de esa índole, originariamente patriarcal, la mujer aparecía espontáneamente como el símbolo y la sede de la sexualidad.”²¹

Pero aun es más llamativo que Juan Ruiz, en la estrofa 565, abogue por idénticas normas para ambos sexos, encarando de forma sensatísima la doble moral impuesta y que, hasta los mismos aledaños de nuestra época ha sido, en materia sexual, tan permisiva para los hombres como rígida para las mujeres. Nuestro autor muestra una gran sensibilidad hacia esta injusta situación. Así lo demostrará con palabras que pone en boca de doña Endrina con una emotividad especial:

21. AUBERT JM, *op.cit.*, pp. 61-62.

“Piensa si aguantaría tu caballo tal freno:
Tolerar que tu dama amase a Fray Moreno;
Pues fíjate en ti mismo, examina tu seno
Y por tu corazón, juzgarás al ajeno.”

565

Como señala Corominas en su edición crítica²², “Fray Moreno” vendría a significar “cualquiera”, o bien el nombre propio de alguien famoso por su éxito con las mujeres. En cualquier caso, el hecho de que nuestro autor abogara por una moral sexual igualitaria, significaba distanciarse de una de las joyas más persistentes de la corona misógina y que, bastantes siglos más tarde, dio lugar al llamado Código de Napoleón, que consagró, del modo más brutal, la mencionada “doble moral”. El solo hecho de que el adulterio masculino sólo pudiera ser castigado si el varón metía a la amante en el hogar -según este código- mientras que, para penalizar al femenino, bastara una simple denuncia del marido, nos sitúa ante la gravedad de la cuestión.

JUAN RUIZ Y LA SEXUALIDAD FEMENINA

Por ser para mi análisis un aspecto crucial el tema de la sexualidad femenina, lo he desgajado de lo que Juan Ruiz dice del sexo en general. Y para ello me he centrado en dos momentos de la obra. Uno es la contestación que don Amor da al Arcipreste. El otro corresponde a las secuencias con las serranas. Pero antes tengamos en cuenta lo que Puyol y Alonso comenta, con tono admirativo, al hacer referencia a la complejísima galería de personajes femeninos que se va a desplegar ante nuestros ojos:

“dueñas y zagalas...tomadas del natural y retratadas de mano maestra, con fresco colorido y rica variedad... allí encontramos la dama de abolengo y solar, ... a la fijodalga aragonesa... a la gentil doncella... campesinas no me-

22. COROMINAS, Joan. Edición crítica del Libro del Buen Amor. Madrid, Gredos, 1976, p. 228.

nos enamoradizas que las damas... serranillas... moras”.²³

En el mismo sentido se pronuncia Fernando Lázaro Carreter: “El *Libro de Buen Amor* es un ejemplario, un muestrario, en donde se exponen casos, posibilidades, sucesos pecaminosos, en abundante variedad”²⁴

“Así pues, esta insaciable búsqueda de aventuras que realiza Juan Ruiz nos sitúa ante un verdadero experto en la materia. Y nuestro autor, pensando que esta actividad suya podía serle reprochada, como en efecto se le ha reprochado, procura curarse en salud, trayendo a colación unas palabras del apóstol San Pablo: “Probar todas las cosas el apóstol lo manda” (950).

Como dice Corominas en su edición crítica del *Libro de Buen Amor*, lo que hace aquí el Arcipreste es seguir la tradición goliárdica que parodia estas palabras de forma burlesca²⁵, pues lógicamente el Apóstol se refería a otros temas. En concreto, esta advertencia la dice San Pablo cuando aconseja a los teseos, que forman una comunidad cristiana, que se ayuden y den buen ejemplo (Teseos,IV,21). La frase – en el escrito Paulino - queda algo descolgada y tampoco hacía falta mucho ingenio para sacarla del contexto y tomarla como licencia para seducir a diestro y siniestro. En concreto Juan Ruiz, en cuestiones de amor, si no todo, prueba “casi” todo. Y no es casualidad que cite este pensamiento cuando va a entablar relaciones con serranas, que es tanto como decir que, no contento con haber “conocido” - en sentido bíblico - diferentes mujeres del ambiente urbano, quiere “probar la sierra”, cambiando sus escarceos amorosos a un mundo agreste y montaraz, que nos deparará escenas muy diferentes a las anteriores. Las veremos más tarde.

23. PUYOL Y ALONSO, J. *op.cit.*, p. 265.

24. LAZARO, Fernando. “Los amores de Don Melón y Doña Endrina. Arbor, XVIII (1941).

25. COROMINAS, Joan. *op.cit.* p. 370.

Ahora recordemos que, después de sus tres primeras aventuras, las cuales suponen otros tantos fracasos, el Arcipreste recurre a don Amor, no sólo para desahogar su ira contra la personificación de sus males, sino también para recibir consejos, por ver de cambiar su suerte en las lides amorosas. Y es entonces cuando el Arcipreste, aprovechando la figura de Amor, da su opinión sobre cuáles son las características deseables en las mujeres, tanto en el aspecto físico como en el psicológico. En este último, que es el que a mi análisis interesa y ha sido mucho menos comentado, Juan Ruiz escribe un pensamiento que merece toda mi atención, ya que, de forma escueta y aislada, y con el laconismo con que se suelen enunciar las grandes verdades, nuestro autor no sólo proclama su ideal de mujer, sino que da un giro copernicano al mismísimo corazón del pensamiento misógino:

“en la cama muy loca, en la casa muy cuerda” 446

A continuación, el Arcipreste se amparará en la sabiduría de Ovidio, al que atribuye esta sapientísima frase, aunque en el *Ars Amandi*, no aparece, al menos enunciada con esta contundencia. Pero como yo opto por creer que el Arcipreste sabía perfectamente lo que escribía, me inclino a pensar que era consciente de la trastienda que escondía su ideal de mujer y quizá prefiere escudarse tras el viejo maestro. A mí lo que me interesa es escudriñar en esa trastienda.

El solo hecho de compaginar la figura del ama de casa con la de una persona capaz de disfrutar hasta la locura del sexo - expresión que emplea el autor sin ambages - y que la proclame como mujer ideal, suena como un trallazo en el ámbito ideológico que acabo de describir, pues sitúa en el mismo terreno la virtud y el placer. Y ello referido al sector femenino más emblemático del orden patriarcal: el ama de casa. O dicho de otra manera, el Arcipreste propone como ideal posible que la “legítima” y la “amante” sean la misma persona. Y esto, mirado desde la perspectiva del pensamiento misógino pos-

terior a Juan Ruiz, dedicado -como veremos- a expulsar el placer del lecho conyugal, nos ayuda a situar el *Libro de Buen Amor* en su especial enjundia. El otro aspecto que completa esta línea de pensamiento, es el reconocimiento que este autor hace, a través de los proverbios que pone en boca de don Amor, de una sexualidad femenina cuando menos tan apremiante, biológica y activa como la masculina. Y no olvidemos que don Amor desempeña, en la obra, el papel de experto en la materia. Además, los refranes son considerados por el Arcipreste como verdades incuestionables, lo que queda demostrado por la sentenciosidad con que los acompaña o porque, explícitamente, así lo expresa: “Cierta cosa es...”. Los que emplea don Amor, en esta ocasión, sirven para advertir al enamorado que no se duerma en los laureles cuando haya conquistado a una mujer. La castiza expresividad de éstos, ahorra los comentarios:

“La mujer sin pudor, ni aun por diez Toledos
Dejaría de hacer sus antojos y enredos. 471

Siempre requieren uso mujer, molino y huerta; 472

Cierta cosa es esta: molino andando gana;
huerta mejor labrada da la mejor manzana” 473

El “Enxiemplo de don Pitas Payas, pintor de Bretaña” es relatado a continuación del fragmento que recoge estos refranes. Empieza con el muy significativo verso: “Del que olvidó la dueña, te diré la fazaña”. Con el sentido de humor más delicioso que se pueda imaginar, narra cómo se las arregla una joven esposa para remediar su soledad y aburrimiento.

VINDICACIÓN DE LAS SERRANAS

El tema de la sexualidad femenina también merece trato preferencial en las aventuras con las serranas. La suerte que nuestro protagonista corre

con ellas es variopinta, pero cabe resaltar, la franqueza y naturalidad con que estas aguerridas mujeres manifiestan sus deseos sexuales, el lenguaje marcadamente belicoso que emplean al tomar contacto con los caballeros que deambulan por su terreno, y la total autonomía con la que se desenvuelven. En el caso de las dos “chatas” (o serranas) primeras, como dice L. Beltrán:

“ellas llevan las armas, dictan las leyes, cobran los impuestos, salvan, perdonan, castigan y conquistan al macho. Al amor, desde luego, ninguna de las dos lo nombra; aquí las cosas del cuerpo no se embadurnan de espíritu y la lujuria es de marcado signo militante.”²⁶

Este autor sigue comentando la manera tan agreste que tienen de concebir las relaciones sexuales. Cuando Juan Ruiz se encuentra con Gadea de Riofrío e inicia un convencional galanteo, recibe, como respuesta instantánea, un garrotazo. Y del contexto se desprende que ello no se debe a que la serrana se crea obligada a guardar su cuerpo para nadie. Sencillamente, se siente dueña de la situación y quiere elegir a su conveniencia. Pero lo jugoso de este encuentro estriba en que, al final del episodio, el garrotazo se ha transformado en el “ruego” que ella hace al visitante para que pase allí la noche. Situación que al malicioso Arcipreste le provoca un comentario para su capote:

“Rogóme que pasase con ella aquella tarde
(pues es mala de apagar la estopa cuando arde)” 984

La Chata de Malangosto, después de una copiosa comida junto a una hoguera de encina donde se ha guisado conejo, choto, perdices... le propone al viajero, con una espontaneidad y sinceridad enternecedoras aunque sin abandonar la terminología guerrera, terminar el festín de acuerdo con los mandatos de la naturaleza:

26. BELTRÁN, Luis. *Razones de Amor*, Valencia, Castalia, 1977, p.266.

“La vaqueriza, traviesa
dijo: “Luchemos un rato,
levántate ya depriesa;
quitate de encima el hato”
Por la muñeca me priso,
tuve que hacer cuanto quiso,
¡Creo que me fue barato!”

971

El arrebato de la serrana para que su invitado se desembarace de cualquier impedimento, la confesada preponderancia de ella (“tuve que hacer cuanto quiso”), la satisfacción final de él (“creo que me fue barato”), unido al buen yantar con el que se inició la escena, nos sitúan ante una de los fragmento de más intenso vitalismo -vitalismo de “buen vivir” - de la literatura española. No puedo estar, en absoluto, de acuerdo con Vicente Cantarino cuando de la exclamación “¡creo que me fue barato!” deduce “una gran descortesía y falta de respeto a las reglas del juego amoroso” por parte del Arcipreste²⁷. Muy al contrario, considero que la exclamación encierra un rendido homenaje a la serrana que le ha proporcionado un inolvidable rato, ya que, a esta frase, es difícil darle otro sentido que no sea: “¡creo que valió la pena!”.

Y, para seguir ilustrando esta línea de análisis, tampoco me parece despreciable el hecho de que otros exegetas califiquen, estas escenas del Arcipreste con las serranas, con adjetivos que no creo se ajuste a lo que narra nuestro poeta. Cuando Américo Castro comenta la expresión: “fiz buen barato” con que el Arcipreste concluye su aventura con la primera serrana, califica “la expresión grosera, a tono con la escena”²⁸, dándole el mismo sentido que Cantarino, como he citado con anterioridad.

27. CANTARINO, Vicente. Actas del I congreso Internacional sobre el Arcipreste de Hita. SERESA, Barcelona, 1.973, p. 81.

28. CASTRO, Américo. *Op.cit.*, p. 392.

Por su parte, Márquez Villanueva afirma que la contrapartida al amor divino, en el *Libro de Buen Amor*, está en “los amores *soeces* y *bestiales* de las serranas”²⁹.

Ante tanta unanimidad, estoy obligada a preguntarme por qué, estudiosos de probada sensibilidad y amplios conocimientos, encuentran las escenas de las serranas dignas de adjetivación tan dura. Porque es cierto que en estas escenas hay garrotazos, fealdades, temores, imposiciones... Pero también hay placer sexual y gastronómico a barullo; gustosas sensaciones como la nieve de afuera contrastando con el calor de dentro; relaciones tiernas como cuando la serrana “ruega” al caballero que se quede con ella... A mi entender, lo que ha sorprendido a algunos exegetas es que las mujeres, no sólo se yergan como dueñas de la situación, sino que muestren una sexualidad activa y exigente que les impele a buscar compañero de cama en cuanto se les presenta la ocasión y, además, de un modo franco y sin tapujos. El que su “modus vivendi” consista en ayudar a pasar al caminante los vericuetos de la sierra, cargándoselos a las espaldas si es necesario, y que intenten que uno y otro servicio se les retribuya, nos indica que el término “sexo débil” o “sexo con parquedad de luces”, como oiremos decir a Fray Luis de León en el siguiente capítulo, son opiniones que nada tienen que ver con la realidad de las mujeres.

LA DISTANCIA CON EL “DONJUANISMO”

El “donjuanismo” es un fenómeno muy posterior al Arcipreste y con el que éste, entiendo, no tiene nada que ver. Sin embargo, creo que merece la pena demostrar que es así. En primer lugar porque, el hecho de que don Juan haya pasado a ser el mito universal del insaciable buscador de aventuras amorosas, hace que, cualquier otro personaje, que se muestre liberal y plural en este terreno, se le adjudique el apelativo de “don Juan”. Y, más

29. MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco. El buen amor”. *Revista de Occidente*, tomo IX, 1965, pp.270-291.

aun, si pertenece al ámbito español. De hecho, oír que el Arcipreste es “un don Juan” está dentro del lenguaje cotidiano, cuando se habla de él o de su obra. Cosa que no es ninguna tragedia y que, sin embargo, a nivel de estudiosos, es más correcto aclarar.

Además, en mi caso, marcar las diferencias entre Juan Ruiz y Juan Tenorio, me permite ahondar en un aspecto fundamental de mi análisis: Que el Arcipreste de Hita es un ejemplo de racionalidad y modernidad por lo que al sexo se refiere. Y que ello le facilita una relación igualitaria con las mujeres.

La primera diferencia que podemos señalar es que, en cualquiera de las versiones de don Juan, la prepotencia, la petulancia y el desprecio hacia el otro sexo, son las coordenadas en las que se sitúan sus relaciones amorosas, de tal modo que las mujeres de sus aventuras son meros objetos de placer, prácticamente cercenados de todos sus otros atributos humanos. Lógicamente, la ternura, el cariño, o cualquier otro componente de la práctica sexual que no sea el placer más estrictamente biológico, queda desterrado. Nada más lejano del terreno donde el Arcipreste sitúa sus vivencias. Ya hemos visto arriba de qué forma está considerada la sexualidad femenina, a la que no resta su fuerte componente biológico, pero donde la alegría y una especie de compañerismo o complicidad, acompaña sus lances. Pero, retomando el *Libro de Buen Amor* desde el principio, advertimos como en el relato de la aventura con “la primera dama” ya aparecen estos matices humanos. Observemos, tanto la espontaneidad con que expresa su enamoramiento como la explícita camaradería que se desprende del tercer verso de la siguiente estrofa:

“Hace tiempo, una dama me tenía prendado,
Todo mi amor le di, rendido, entusiasmado;
Ella hablaba y reía conmigo, de buen grado;
Otra cosa jamás conseguir me fue dado.” 77

Además veamos que en el cuarto verso introduce otro aspecto que marca aun más la diferencia con el talante donjuanesco. Me refiero a la fre-

cuencia y naturalidad con que Juan Ruiz afronta sus derrotas amorosas. De las catorce damas a las que corteja a lo largo de la obra, nada menos que seis resultan fracasos totales, mientras que las restantes constituyen victorias parciales y duramente trabajadas. Nada que ver con aquella petulancia del don Juan de Tirso que en sus lances amorosos emula la belicosa eficacia de César³⁰ (31):

“Vite, adoréte, abraséme”

En cualquier caso, lo que más distancia al protagonista del *Libro de Buen Amor* del donjuanismo, es la actitud con la que recibe estos fracasos. Encontramos desde la socarrona resignación que muestra ante el amigo que, habiendo aceptado el papel de mensajero, es él el que seduce a la dama (“él comió la vianda e a mi fazié rumiar”, 113), hasta una sabia indiferencia hacia la mujer que no cede a sus pretensiones (“por non fazer pecado o por non ser osada;/ toda mujer por esto non es de omne usada”, 1.330), pasando por un cierto sabio fatalismo cuando es abandonado por la amada (“Por lo perdido no estés mano en mexilla”, 179).

Pero para apoyar mi tesis sobre el equilibrio emocional y la actitud madura de nuestro autor, aun es más significativo el que sea capaz de elogiar el buen sentido que demuestran las mujeres que no se dejan seducir por él. La tercera dama que aparece en la obra es alabada por el autor en todos los aspectos imaginables:

“Mujer de buen linaje y de mucha nobleza,

.....

Cuerda, de muy buen seso, no conoce vileza;

.....

Atrayente, lozana, placentera y hermosa.” 168, 169

30. TIRSO DE MOLINA, *El Burlador de Sevilla y convidado de piedra*. Jornada 3^o (Diálogo con Aminta).

Pues bien, cuando esta mujer lo rechaza, el protagonista sigue demostrando su admiración por ella, con una actitud que nada tiene que ver con la donjuanesca. El que se pueda captar un importante componente irónico en Juan Ruiz, como han señalado varios autores, no quita importancia al hecho de que, ni siquiera en estas circunstancias adversas, la vanidad u orgullo varonil se adueñen de su espíritu. Muy al contrario, será esa mezcla de auto-ironía, como lo calificara F. Yndurain³¹, y sanísima capacidad para reírse de él mismo, lo que le lleva a no sentirse nunca centro del universo y, por lo tanto, a estar capacitado para encajar derrotas sin que su masculinidad se resquebraje. El significado didáctico que da Lida de Malkiel a estos fracasos sería, a mi entender, en este sentido. En todo caso, nada que ver con aquel don Juan que, cuando quiere mostrarse humilde ante el padre de Doña Inés para conseguir el amor de ésta, exclama en actitud genuflexa³²:

“Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné,

.....

Óyeme Comendador,
o tenerme no sabré.”

Ese forcejeo que Tenorio muestra entre el orgullo masculino y los sentimientos amorosos, no tienen cabida alguna en la personalidad de Juan Ruiz. Para bien o para mal, el Arcipreste lleva las cosas por otros derroteros.

Mientras don Juan Tenorio y don Luis Mejía parecen alcanzar su verdadero orgasmo al hacer públicas sus hazañas en la escena del primer acto, en el que hacen recuento de sus víctimas en infantil competencia -escena que el Doctor Marañón desde su profesionalidad califica de

31. YNDURAIN, Felix, Actas del I Congreso Internacional sobre el Arcipreste de Hita. *Op.cit.* p. 226.

32. ZORRILLA, Juan. *Don Juan Tenorio*. Acto 4º. Escena IX (don Juan y don Gonzalo).

“toda una exposición clínica”³³- el Arcipreste considera que “la lengua parlera” puede jugar graves perjuicios al enamorado. Así lo expresa don Amor cuando da consejos para salir victorioso en estos lances. Toda prudencia será poca:

“De su amor no te alabes, sería vanidad
Muchos pierden la dama por esa necesidad,
A lo que te conceda no des publicidad.” 566

Para Amor en absoluto éste es tema pasajero y lo recalca en las estrofas 567 y 568. En la 572 da un enérgico aldabonazo: “No pierdas a tu amiga por tu lengua parlera” (572).

Pero como si el autor del *Libro de Buen Amor* quisiera ejemplarizar este asunto de modo aun más palpable, inventa historietas donde, en efecto, el protagonista fracasa por no saber frenar su presunción y controlar su lengua. Y ello ocurre ya con la primera dama que es, como queda dicho, su primer fracaso. Será ella la que razonará: “Hombre que mucho habla hace menos a veces” (102).

¿Cómo establecer la menor semejanza entre estos prudentes y casi obsesivos consejos y las vocingleras palabras de don Juan que, nada menos, pone al orbe por testigo de sus andanzas y a Sevilla entera pendiente de sus rivalidades con don Luis?

Pero el aspecto que realmente distancia al Arcipreste del donjuanismo es la valoración que de las mujeres se hace en uno y otro discurso. Para don Juan, la mujer juega el rol que se desprende de aquellos brutales versos de Tirso³⁴:

“... y el mayor
gusto que en mí puede haber

33. MARAÑÓN, Gregorio. *Obras completas*, “Conferencia en la Real Academia de Medicina” Madrid, Espasa Calpe, 1972, vol III,, p.75-93.

34. TIRSO DE MOLINA, *op.cit.*, Jornada 2ª.

es burlar una mujer
y dejalla sin honor.”

De esta “maldad” tan total que muestra don Juan y que nos recuerda a un personaje de cuento infantil, yo me quedo, por ser lo que para mí análisis tiene más significado, con la despersonalización con que son tratadas las mujeres. En contraste, cada vez que un personaje femenino aparezca en el *Libro de Buen Amor*, estará perfectamente individualizado y tratado como ser humano completo. “De carne y hueso y no meros figurones... son las mujeres de la obra de Juan Ruiz”, dirá Puyol y Alonso³⁵. Ello no impide que el Arcipreste haga en ocasiones auténticos alardes de misoginia, crueldad o, simplemente, realismo. Baste con recordar a “la décima dama”, a la que describe con inaudita minuciosidad a fin de no ahorrarnos ni un detalle de su fealdad. Lo que importa a mi razonamiento es la condición de “persona” que les confiere, para bien y para mal. Las retrata, guapas o feas, inteligentes o bobaliconas, calculadoras o impulsivas. Por su parte, el Arcipreste se puede mostrar, comprensivo o machista, tierno o vulgar, apasionado o frío... En todo caso, nada que ver con la actitud de don Juan en cualquiera de sus versiones. Si en la de Zorrilla, Doña Inés llega a jugar otro papel, se debe a las exigencias del romanticismo imperante.

LOS PERSONAJES FEMENINOS EMBLEMÁTICOS

Naturalmente, no todos los personajes femeninos del *Libro de Buen Amor* son tratados con igual intensidad, aunque, en conjunto, constituyan la espina dorsal de la obra. Podemos considerar que hay tres figuras emblemáticas: Urraca, Doña Endrina y Doña Garorza.

De la primera -Trotaconventos o Urraca- se ha resaltado su profundo conocimiento de la psicología humana. En efecto, así lo podemos comprobar cuando asedia a Doña Endrina. Alternativamente la vieja se mos-

35. PUYOL Y ALONSO, *op.cit.*, p. 163.

trará suave y déspota, sutil y vulgar. Pero lo mismo hará con don Melón, al que no permite desfallecer en su intento de conquistar a la joven viuda. Más aun, a cada uno de los amantes les irá administrando las noticias sobre el estado de ánimo del otro, de tal forma que la alcahueta quede como imprescindible, la que lleve las riendas de los acontecimientos. Lo podemos comprobar en la segunda entrevista que mantiene con don Melón. Justo, en este episodio, faltan treinta y dos cuartetas, no conservadas en ninguno de los códices conocidos de la obra de Juan Ruiz; pero, hasta donde podemos escuchar a Urraca, deducimos que hace ver a don Melón, que la voluntad de Doña Endrina se muestra harto difícil de doblegar:

“Hijo, el mejor camino de cuantos vos tenéis.
Es olvidar aquello que tener no podéis,
Lo que no puede ser, nunca lo porfiéis,
Por lo que pueda hacerse, por eso trabajéis.” 782

Estas palabras hunden a don Melón en el más absoluto de los desesperos, situación que será aprovechada por Trotaconventos para manipular los sentimientos de ambos personajes sin el menor miramiento. Así queda demostrado cuando la vieja, sin ninguna explicación, le dice al enamorado que doña Endrina ya está convencida y hará lo que ella le mande. Y es a partir de entonces cuando la técnica del Arcipreste para cincelar sus personajes femeninos adquiere todo su virtuosismo. Sobre todo cuando la incauta doña Endrina ya ha cedido a las pretensiones de don Melón y, ante el comportamiento de él, que aprovecha la primera ocasión que tienen de estar solos para seducirla, ella se sabe engañada y abandonada. Trotaconventos ni se arredra ni conmueve ante el dolor de la joven viuda, a pesar de que fue la alcahueta la que propició el encuentro al dejarlos solos en su casa. Así pues, no le negará su último y eficaz consejo:

“Y si por mí, decís, vuestro daño ha venido,
Quiero que por mí sea vuestro bien conseguido;

Sed vos la mujer suya, sea él el marido
Y así, vuestro deseo, por mí será cumplido.” 890

También es esclarecedor ver cómo Doña Endrina percibe, con toda clarividencia, la diferente moral al uso para los dos sexos. Y ya sabemos de la sensibilidad de Juan Ruiz hacia este tema. Mientras que en los dimes y diretes con don Melón, este no se juega nada, ella sabe cuál puede ser su suerte si no hay matrimonio:

“la mujer comprende el daño cuando ya llora su duelo
Y no la quieren parientes, ni padre, madre o abuelo;” 884

“Aquel que la deshonoró, la deja, no la mantiene
Ha de perderse en el mundo, pues otro arreglo no tiene” 885

El otro personaje femenino importante, Doña Garoza, también asediada por la alcahueta para que conceda sus favores al Arcipreste, se nos presenta como una persona especialmente reflexiva y profunda. Valora con todo cuidado lo que puede ganar y perder si renuncia a la austera seguridad del claustro. Las cínicas y plásticas argumentaciones de Trotaconventos no alteran fácilmente su ánimo:

“Diz la vieja, - Señora, desaguisado hacéis
Dejad placer y mimo por miseria queréis” 1.395

La respuesta no puede ser más digna:

“Y ya que me propones lo que es mi perdición,
Para el alma y el cuerpo muerte y difamación
Yo tal cosa no haré ¡Vete sin dilación!
Si no, según mereces, te daré el galardón” 1.423

El final de la historia, poco tiene que ver con este arranque de puritanismo y fortaleza. Cuando Urraca consigue que se encuentre la pareja, el flechazo es doble y fulminante, aunque pronto es interrumpido, dramáticamente, por la inesperada muerte de la monja.

Estos tres personajes femeninos, muy diferentes entre sí, pero cada uno retratados de cuerpo entero, no sólo acreditan las dotes literarias de su autor, sino que creo que es un aval para demostrar que la actitud del Arcipreste ante las mujeres, no es ni más benévola ni más cínica que ante los hombres. Como he dicho antes, las esculpe como “personas” y ello marca la diferencia con el donjuanismo.

NOSOTROS LOS VICTORIANOS

Una vez expuesta la visión que el Arcipreste de Hita da sobre la sexualidad y la relación entre los sexos, creo que se impone examinar hasta qué punto las lecturas críticas e interpretativas que se han hecho del *Libro de Buen Amor*, han estado mediatizadas por una peculiar moral sexual que va bastante más allá de creencias religiosas.

Entre estos exegetas, quizá el paradigmático es don Marcelino Menéndez y Pelayo que, ni quiere ni puede ocultar la inconmensurable admiración que Juan Ruiz despierta en él. Pero tampoco quiere ni puede perdonar el aspecto carnal y lúdico de su obra. Don Marcelino considera al Arcipreste el mejor poeta de toda la Edad Media peninsular, tanto por haber sido capaz de captar con magnífico realismo “aquel abigarrado mundo”, como por haber conseguido “en época tan temprana” un estilo perfectamente depurado³⁶. Pero expresa esta admiración, entreverada de una también inocultable náusea hacia la sinceridad y espontaneidad que Juan Ruiz emplea en los asuntos amorosos. M. Pelayo, no sólo habla de la “aberración” que supone esta “rehabilitación de la carne pecadora” como él la califica, sino que le parece un disparate de tal tamaño, que no duda en

36. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *op.cit.* p.54.

afirmar que el Arcipreste toma esta postura “de un modo inconsciente”³⁷. Pero el párrafo que aun deja más claro el posicionamiento de nuestro gran erudito es el siguiente: “La misma mezcla para nosotros tan extraña y repugnante, de devoción y lubricidad que hay en la obra del Arcipreste, no prueba más que una contradicción, desgraciadamente muy humana, en el espíritu del poeta”³⁸.

Y si esta cita me parece especialmente reveladora es porque, entre otros conceptos, introduce el de “contradicción”, que será el caballo de batalla de una serie de estudiosos del *Libro de Buen Amor* que, entre finales del siglo XIX y primeros años del XX, ponen el acento de sus críticas en las “ambigüedades” que el Arcipreste refleja en su obra. Menéndez Pidal³⁹ dice que Juan Ruiz “percibe la realidad toda, como enigma indiscifrable de elementos contrarios”. Julio Cejador⁴⁰, en su muy discutida edición crítica, afirma en la Introducción que *Libro de Buen Amor* es todavía un enigma aun para los más doctos y discretos”. Dámaso Alonso⁴¹ habla de “la misteriosa incertidumbre entre piedad y erotismo, que tanto nos desconcierta” y lo califica de “enigmático”. Fernando Lázaro piensa que lo que nuestro “autor se propuso... yace en profundo misterio”. Y Criado del Val⁴² habla de libro “equivoco”.

Y, es evidente, que no son ellos los que se inventan estas calificaciones, ya que es el propio Arcipreste el que, repetidas veces, habla del doble sentido del *Libro de Buen Amor*. En concreto, y según las cuentas de don Américo Castro, lo hace en catorce coplas. Pero en opinión del Profesor Sánchez Albornoz, no debemos obviar la cuestión de que Juan Ruiz no hace más que

37. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *op.cit.* p.87.

38. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *op.cit.* p.66.

39. MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *Estudios Literarios*. Buenos Aires, Col. Austral, 1939.

40. CEJADOR, Julio. *Edición crítica del Libro de Buen Amor*. Madrid, Clásicos Castellanos, 1913, Introducción.

41. ALONSO, Dámaso. *De los siglos oscuros al de Oro*. Madrid, Gredos, 1958, p. 86.

42. CRIADO DEL VAL, Manuel. *Historia de Hita y su Arcipreste. Villa y muerte de una villa mozárabe*. Madrid, Editora Nacional, 1976.

“curarse en salud”. “Siempre Juan Ruiz está asegurando su pasaporte para su picaresca caminata autobiográfica, cubriendo con habilidad su retirada”⁴³.

Sea por una u otra razón, no podemos negar que, en efecto, hay zonas oscuras y contradictorias en este libro y que, como también explica Lida de Malkiel, el zigzaguo incesante y sorprendente es, en la técnica de Juan Ruiz, una constante que mantiene al lector en continuo sobresalto⁴⁴. Sin embargo, elucubrar sobre las posibles razones por las que Juan Ruiz mantuvo una serie de equívocos, nunca podrán llevar más allá de teorías interpretativas imposibles de demostrar, mientras que se han descuidado posicionamientos rotundos y claros ante temas importantes que, aunque no siempre anulen las contradicciones existentes, obligan a ser tenidos en cuenta a la hora de dictaminar calificaciones tajantes.

Voy a intentar exponer datos que avalen lo que estoy argumentando. El primero se refiere al sistemático olvido en que los exegetas del *Libro de Buen Amor* han tenido al muy contundente verso que abre la estrofa 446:

“En la cama muy loca, en la casa muy cuerda”

Como ya expliqué al comentar los consejos de don Amor, este verso es uno de los que encierra mayor envidia en la obra. En cualquier caso, es difícil justificar tanta coincidencia en su olvido, si quiera sea por lo claro de su exposición y lo chocante de su contenido, sobre todo para los críticos que lo leían en plena época victoriana o en sus cercanías. Pues veamos lo que ha ocurrido.

En un exhaustivo estudio que realiza J. Gella sobre los refranes contenidos en el *Libro de Buen Amor*, donde llega a contabilizar 377 proverbios, ronda la estrofa 446 por arriba y por debajo, pero en absoluto se detiene ante pensamiento tan contundente, a pesar de que cita como refranes, muchas frases que, sin embargo, tienen bastante menos identidad⁴⁵.

43. SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio. *Op.cit.*, p.522.

44. LIDA DE MALKIEL, *Op.cit.* p.57.

45. GELLA, J. “Refranero del Arcipreste de Hita”, Actas del I Congreso Internacional.

Tanto Julio Cejador como Joan Corominas, en sus sendas ediciones críticas del *Libro de Buen Amor*⁴⁶, comentan la citada estrofa, pero a ninguno le merece atención el primer verso, quizá porque ellos están más atentos a aquellos que ofrecen dificultades de transcripción o comprensión. Y, ciertamente, no es este el caso, ya que, el verso en cuestión, encierra la luminosidad del mediodía y la fuerza del escopetazo. Ni una palabra comentan sobre él.

Dámaso Alonso, en *De los siglos oscuros al de Oro*, realiza un detallado análisis de los aspectos físicos que según don Amor deben buscarse en la mujer escogida. El estudio lo realiza desde la estrofa 432 hasta la 445. O sea, abandona su análisis justo en la estrofa 446. También es verdad que don Dámaso iba rastreando estos rasgos físicos por ver de dilucidar las influencias culturales que más profundamente habían impactado en el Arcipreste. Por ejemplo, si muestra preferencia por “los labios angostillos”, significará que está más influenciado por la cultura árabe que por la europea, en cuyo ámbito se prefieren los labios gordezuelos⁴⁷. Y, en este sentido, puede estar justificado que no repare en otros aspectos de la amada, por muy interesantes que para otros análisis puedan parecer.

Otro estudioso, L. Beltrán, en su obra *Razones de Buen Amor*, hace una minuciosa lectura de la obra de Juan Ruiz y, cuando arriba he comentado las aventuras del Arcipreste con las serranas, he traído a colación una cita suya por considerar muy expresiva la reflexión que estas escenas le provocan y que tiene mucho que ver - como ya sabemos - con la sexualidad femenina. De ahí mi asombro ante el silencio que también guarda sobre la estrofa 446 a la que, como tantos, roza sin atender⁴⁸.

En definitiva, nos encontramos con la misma línea de análisis que he criticado en mi “vindicación de las serranas”. Allí venía a decir que no entiendo por qué la alegría de vivir es calificada, unánimemente, con ad-

Op.cit. pp 251-269.

46. CEJADOR, *Op.cit.* p. 169. COROMINAS, *Op.cit.* p. 188.

47. ALONSO, Dámaso, *Op.cit.* pp. 86-99.

48. BELTRAN, Luis. *Op.cit.* pp. 193-194.

jetivos pertenecientes al campo semántico de lo despreciable y sucio. Y, menos aun entiendo, que se confunda la rudeza de unas mujeres con un entorno muy concreto -la sierra- con la grosería y lo abyecto. Por supuesto no estamos ante una “pastorela” al estilo provenzal, donde se ha salvado lo maravilloso y encantador de la naturaleza, pero se excluye la realidad menos amena y la tosquedad más hiriente. Recordemos que, una de las pastoras de Cerverí de Girona, retozaba con su pareja entre flores de lis y hierba fresca -e jagren entre flors de lis,/ baysan sotz l'erba novela-. Menos aun estamos ante el ambiente convencional de la novela pastoril que surgiría en el siglo XVI. Insisto que en las serranas del Arcipreste también hay encanto. Y, encima, sin perder ni un átomo de realismo. Ahí es nada.

Pero voy a buscar apoyo en la *Historia de la sexualidad* que ha escrito M.Foucault. Y allí nos encontraremos que, aunque esta obra está escrita en la segunda mitad del siglo XX, el autor titula su primer capítulo “Nosotros los victorianos” confesándose, así, heredero intelectual de esa época tan decisiva para las concepciones sobre el sexo. Este autor nos explica que el siglo XVII supone un gozne para estas concepciones, ya que, en sus principios, “todavía era moneda corriente cierta franqueza. Las prácticas no buscaban el secreto; las palabras se decían sin excesiva reticencia y las cosas sin demasiado disfraz; se tenía una tolerante familiaridad con lo ilícito. Los códigos de lo grosero, de lo obsceno, y de lo indecente, si se les compara con los del siglo XIX, eran muy laxos. A ese día luminoso habría seguido un rápido crepúsculo hasta llegar a las noches monótonas de la burguesía victoriana. Entonces la sexualidad es cuidadosamente encerrada”⁴⁹.

Creo que Foucault nos alerta, de forma certera, sobre la ideologización que, todo lo que tiene que ver con el sexo, ha sufrido entre el siglo XIX y primeros años del XX. Mal haremos en no sentirnos, como él, herederos de esta situación. Me refiero, por supuesto, a los que ya nos afecta de forma tangencial las consecuencias de los nuevos datos sociales que inciden directamente sobre el concepto del sexo (preservativos, acceso de la mujer a la educación y al trabajo remunerado, igualdad de los sexos ante la ley...).

49. FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad*, Méjico, Siglo XXI, Vol. 1, p. 9.

Ya he comentado que el conjunto de estos factores, y varios más, han dado lugar a lo que, sin duda, volverá a ser considerado como nuevo gozne en la historia de la sexualidad. Pero los derivados de la moral victoriana es hecho incuestionable cuando se estudian algunos temas y algunas situaciones.

Así las cosas, no intento poner una pica en Flandes acerca de las críticas hechas sobre el *Libro de Buen Amor*, pero sí me parece interesante haber aportado datos para alertar sobre el hecho de que esa ideologización, arriba señalada, haya mediatizado, de alguna manera, las interpretaciones de una obra tan compleja y sabia como la del Arcipreste. Sin olvidar que, lo que nos dice Foucault, también nos aclara por qué Juan Ruiz hablaba del sexo de un modo determinado y los que hemos nacido entre el siglo XIX y primera mitad del XX lo podemos leer de otro.

Quizá todo queda más claro cuando, Sánchez Albornoz, para rebatir la teoría de Américo Castro sobre el mudejarismo del Arcipreste de Hita, afirma que el autor de *El collar de la paloma* refiere obscenidades “que ni Castro ni yo nos atrevemos a copiar”⁵⁰.

UNA MENTE ANDRÓGINA

De mi lectura deduzco -y así queda expresado arriba- que la falta de prejuicios con que el Arcipreste aborda el tema del sexo, ha sido con frecuencia mal interpretado o no valorado. Esto ha supuesto, por un lado, que no se tuvieran en cuenta contenidos del *Libro de Buen Amor* de una claridad casi indiscutible y que, además, son básicos para una completa interpretación de la obra. Por otro lado, se han podido exagerar o desvirtuar las zonas de sombra que el Arcipreste mantuvo.

Consecuentemente he intentado demostrar que los términos, “ambigüedad”, “misterio” o “enigma”, utilizados tan frecuentemente para epitomizar el *Libro* que nos ocupa, deben ser utilizados con cautela o, al menos, después de haber encarado mensajes que, a fuerza de transparentes, nos

50. SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio. *Op.cit.* p. 458.

pueden haber deslumbrado. Y, ya que el tema que más desconcierto ha creado, es el de la ambivalencia de Juan Ruiz entre el bueno y el loco amor, quiero aclarar que, en mi opinión, el que nuestro autor se presente como un creyente en lucha entre sus creencias y sus apetencias, no sólo no es ninguna contradicción, sino que es una prueba palmaria de que estamos ante un cristiano que se ha tomado en serio la fe y la vida. Los zigzaguesos de pensamiento que encontramos -tan claramente señalados por Lida de Malkiel- pueden ser nada más que un aspecto formal. Pero también pueden ser vericuetos mentales que tienen poquísimo de misterio. En efecto, el Arcipreste peca y no quiere pecar. Desea no perderse la Otra Vida y menos quiere perderse esta. Da pruebas de auténtica devoción a María y, explícita o implícitamente, muestra serias dudas de fe. Por eso, la sinceridad y la espontaneidad han sido señaladas por algunos autores como verdaderos valores del Arcipreste. A ellos me uno, esperando haber aportado más argumentos para esta línea de interpretación.

Creo que la ironía y la capacidad para reírse de él mismo, es una constante del *Libro* que salpica o embadurna la gran sabiduría que toda la obra derrama y que queda manifiesta, sobre todo, cuando Juan Ruiz nos da lecciones prácticas para la vida. Por ejemplo, cuando nos invita echar a buena parte las palabras intencionadas de los demás; a ser moderados con el alcohol, los dados o los naipes; a ser prudentes ante el triunfo en las conquistas amorosas... Si toda esta sapiencia no estuviera salpimentada de ironía, deberíamos hablar de candidez. Y el *Libro* sería un mamotreto ilegible, hoy enterrado bajo una capa de polvo. Por eso entiendo que esa inevitable actitud del Arcipreste, maliciosamente sonriente, en absoluto invalida la seriedad de los contenidos a los que acompaña. Seriedad que viene avalada por el distanciamiento que impone entre la ideología patriarcal y el esfuerzo de racionalidad que introduce en su discurso. Por ello, he detenido mi análisis en los dos temas que son reverso de una misma moneda: la consideración que le merece la mujer como género, y la sexualidad femenina en concreto. Me gustaría haber demostrado que, para llegar a los mismos enfoques o matices a los que este autor llega, ha hecho falta dejar pasar

varios siglos en los que los principios igualitarios se han ido abriendo paso a trancas y barrancas, y a que el movimiento feminista tomara cuerpo y experiencia.

Pero me encuentro muy lejos de concluir que estamos ante un feminista *avant la lettre*. Creo que estamos ante una personalidad de una riqueza, equilibrio y salubridad, muy por encima de lo normal. Entiendo que la calificación que hace justicia al Arcipreste, es el considerarlo poseedor de una mente andrógina, al modo que la describe Virginia Woolf. Para esta autora la androginia mental consiste, no tanto en tener un cerebro donde las características intelectuales, consideradas propias de uno y otro sexo, estén presentes, sino en conseguir escribir sin acordarse del sexo al que se esté adscrito. Estas mentes se caracterizan, siempre según la misma autora, por escribir “sin odio, sin amargura, sin temor, sin protestas, sin sermones”⁵¹. En definitiva, y como dice en otro lugar, cuando el pensamiento brota de “la luz blanca de la verdad” y no “de la luz roja de la emoción”⁵². Pero, lo que mejor podemos aprovechar de esta sagaz feminista, tan alejada de radicalismos e incultura, son las palabras que dedica a Shakespeare, al que considera ejemplo de pensador andrógino: “Porque aunque digamos que no sabemos nada del estado mental de Shakespeare, al decir esto ya decimos algo del estado mental de Shakespeare. Si sabemos tan poco... es porque nos esconde sus rencores, sus hostilidades, sus antipatías... no nos detiene ninguna “revelación” que nos recuerde al escritor. Todo deseo de predicar, protestar, pregonar un insulto, hacer al mundo testigo de una dificultad o una queja, todo esto ha ardido en su mente y se ha consumido. Su poesía mana, pues, de él, libremente, sin obstáculos”⁵³.

51. WOOLF, Virginia. *Una habitación propia*. Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 94.

52. WOOLF, Virginia. *Op.cit.* p.45.

53. WOOLF, Virginia. *Op.cit.* p.80.

2. EL ARCIPRESTE DE TALAVERA Y JAUME ROIG.

LA LITERATURA SE HACE INSULTO

El motivo por el que me detengo en el Cuatrocientos español, no es tanto por ser cronológicamente la época que sigue a la del Arcipreste de Hita, como por encontrarse en esta centuria dos escritores de especialísimo interés para cualquier análisis sobre el pensamiento misógino. Se trata de Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, y de Jaume Roig, que, siendo considerados unánimemente, por los expertos, como escritores de pura raza, sin embargo nadie niega que su incuestionada fama se la deben principalmente a haber escrito tratados sobre las mujeres de contenidos, tonos y léxico, cuando menos discutibles y, sin duda, sorprendentes.

Sorprendentes relativamente ya que en el capítulo anterior he esbozado un estudio sobre la misoginia medieval, en su doble versión: la del púlpito y la de la pluma y hemos podido ver que se trataba de una vigorosa corriente. Tanto que, aun en el siglo XV, estaba abierta la pugna entre detractores y defensores de las mujeres. Cuando a continuación analicemos los contenidos de *El libro del Arcipreste de Talavera*, conocido comúnmente como *Corbacho*, y *l'Espill* de Jaume Roig, veremos que estos autores se adhieren, con inusitada firmeza, al campo de los detractores, y que pondrán toda la enjundia de su arte y toda la fuerza de su expresividad, al servicio de esta idea. Y si, en cuanto a contenidos, descubriremos que son meros epígonos de la corriente medieval, también veremos que los tópicos más manidos quedan revitalizados por la brillantez formal.

Por otra parte, el siglo XV no resulta fácil de definir. O, la manera de hacerlo, es advirtiendo sobre su sugerente complejidad. A nivel escolar se ha patentado la palabra *transición* para clasificar esta centuria, ya que en principio enlaza la Edad Media con el Renacimiento. A nivel de especialistas la cosa se complica, pues estos suelen alertar sobre las dificultades para distinguir entre qué elementos pertenecen a persistencias medievales y qué es ya despertar renacentista. El más explícito es Hauser que, en su “Historia

social de la Literatura y el Arte”, directamente se pregunta: “Petrarca, Boccaccio, Van Eyck, Dante, Giotto...¿Son medievales o renacentistas?...”⁵⁴. Y hay que reconocer que la cuestión no es fácil de responder. J.L.Alborg, exhaustivo historiador de la literatura española, recurre a las corrientes literarias que en el XV tuvieron lugar y que paradójicamente oscilan entre la influencia latina de la antigüedad clásica y el gusto por el lenguaje popular, para demostrar lo complejo y variopinto de las manifestaciones culturales de este siglo⁵⁵. Huizinga en *El Otoño de la Edad Media* nos advierte que la conexión entre el espíritu medieval y el humanista fue bastante más complicada de lo que propendemos a creer. E insiste en que, a pesar de las maravillas que irradia el pensamiento clásico, estas no fueron aceptadas como una súbita revelación que iluminara los espíritus, sino que el clasicismo “fue brotando poco a poco, en medio del jardín del pensamiento medieval”⁵⁶.

Sucintamente hemos visto que, los escritores que voy a estudiar, están dentro de esta problemática, al compaginar sus planteamientos medievales con su condición de hombres integrados en una sociedad en la que los albores del Renacimiento eran más que evidentes.

Mi propósito es analizar el contenido de sus obras sin descuidar lo que podamos conocer de su personalidad y su entorno, a fin de intentar contestar a una pregunta que, a la mayoría de estudiosos que se han acercado a sus textos, se les ha planteado: “¿Por qué tanto odio a las mujeres?. De uno u otro modo, los ensayistas, que irán apareciendo citados a lo largo de mi análisis, muestran su asombro al percibir el contraste entre las personalidades de Talavera y Roig y la virulencia de su ataque al sexo contrario, virulencia que se percibe, tanto en el aspecto formal, como en el de los conceptos.

54. HAUSER, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1964, p. 307.

55. ALBORG, Juan Luis. *Historia de la literatura española*. Madrid, Gredos, 1967, Tomo 1, p. 439.

56. HUIZINGA, Joan. *El Otoño de la Edad Media*. *Op.cit.* p.495.

Ni que decir tiene que no todos los críticos responden de forma escandalizada ante las invectivas de estos autores. Los hay -y muy conspicuos y eruditos- que embelesados ante el buen hacer literario de Talavera y Roig, o por otros motivos, no toman postura ante lo conflictivo de sus contenidos. Ya anuncié que uno de mis propósitos es discutir esta neutralidad.

Como cuestión epistemológica adelanto que no considero posible ni necesario hacer frente o desmontar la avalancha de invectivas que el Arcipreste y Roig lanzan contra las mujeres. Entre otras cosas porque la mayoría se desmontan solas. Pero sí me parece necesario, a modo de ejemplo, tomar al pie de la letra alguno de sus insultos e intentar llevarlos hasta el final al que nos conduciría un razonamiento lógico que partiera de sus mismo supuestos. Pero, en mi opinión, lo importante es descubrir las grandes coordenadas en que se mueve el pensamiento de ambos. Así estaremos más cerca de entender los orígenes y las razones de la ideología misógina.

EL ARCIPRESTE DE TALAVERA

Su nombre es Alfonso Martínez de Toledo, pero ha pasado a la literatura española con el de *Arcipreste de Talavera*. Entre los pocos datos que conocemos de su vida, ciertos o aproximados, está el que naciera en Toledo hacia 1.398, ya que él mismo declara que tenía 40 años cuando termina la obra que le hizo famoso y que nos va a ocupar, el *Libro del Arcipreste de Talavera*, impreso en 1.498 pero terminada de escribir antes de 1.470, año en que debió morir.

De ser cierto este dato, a los diecisiete años Alfonso Martínez ya disfrutaba de un beneficio en la Capilla de los Reyes Viejos de la Catedral de su ciudad natal. Ello nos demuestra dos cosas. Que pertenecía a una familia poderosa e influyente y que poseía una personalidad vital que le impulsaba a fijarse metas ambiciosas.

Gracias a sus escritos sabemos que vivió entre diez y doce años en territorios de la Corona de Aragón, residiendo en Barcelona, Valencia y Torto-

sa. Esta estancia tuvo que ser decisiva para su obra literaria ya que lo puso en contacto con una realidad humana y social diferente a la de su Castilla natal.

Pero para definir su personalidad y conocer su vida, aun son de mayor utilidad los datos que se tiene sobre litigios que tuvo que afrontar para conservar prebendas, como el beneficio de la Catedral de Toledo, que alguien le quería arrebatar. El estudioso de su obras, Miquel y Planas, aventura que “nuestro Arcipreste no se libraría completamente, al menos en su juventud, del estado de corrupción de costumbres de aquellos tiempos”. Y apoyándose en el hecho de que Talavera y su compañero Fernando Sánchez de Cuenca, se llegaron a ver privados de sus beneficios de la Capilla de los Reyes, Planas apuesta a que la larga ausencia de Castilla se debe a una pena de destierro por hechos de alguna gravedad. Y este estudioso nos recuerda que en *Corbacho* Talavera escribe:

“... es menester que el que reprehende, reprensión en él no haya. E como desto non me sienta yo libre, fablar poco e temeroso sabienza es.”⁵⁷

También ayuda a desvelar su personalidad el hecho de que en su obra encontremos “descripciones tomadas del cotidiano vivir, comentarios, refranes, anécdotas, picarescos retratos de hombres y mujeres con que ejemplariza y concreta lo general, relatos llenos de fresca gracia y de intencionada malicia, encaminados sobre todo a describir las vanidades, las modas, las costumbres íntimas, los recursos, los amaños y las codicias femeninas”. Tendremos que concluir con Juan Luis Alborg, a quien pertenece este párrafo, que “a pesar de su condición eclesiástica se muestra el autor conocedor muy minucioso de las prácticas mundanas de su tiempo, de los trajes, composturas y afeites de las mujeres”. Alborg va más allá y apostilla: “Posiblemente todos estos conocimientos... no son ajenos a su propia experiencia de amator frustrado o arrepentido”. Y apoyándose en

57. MIQUEL Y PLANAS, Ramón, “Introducción” a su versión castellana de *Espejo o Libro de Consejos* de JAUME ROIG. Barcelona, Imp. Elzeviriana, 1942.

la frase que Talavera expresa en su obra: “Ay del cuitado que solo siempre duerme”, Alborg piensa que un profundo sentimiento de melancolía yace en la base de estas descripciones⁵⁸.

Algo que también parece fuera de toda duda es que el Arcipreste de Talavera era hombre erudito. Poseía una surtida biblioteca y su interés bibliófilo queda patente al encontrar su nombre estampado en sendos códices de la “Crónica Troyana” y el “Libro de las donas” de Eximénez, hoy en la biblioteca del Escorial, pero en su día propiedad del Arcipreste. No obstante, su erudición y cultura quedan demostrados, sobre todo, en las obras que escribió: “Vida de San Ildelfonso” y “Vida de San Isidoro” de tema religioso, y “Atalaya de las Crónicas” de análisis histórico. Esta última ha ofrecido dudas de autoría pues ha habido dudas sobre si recaía en el autor Fernán Pérez de Guzmán. Pero hay datos cronológicos que demuestran que pertenece al de Talavera⁵⁹. Si los hechos aducidos más arriba nos lo presentaban como vividor y ambicioso, estos últimos nos lo acreditan como hombre culto. Estamos pues ante una personalidad altamente interesante.

EL LIBRO DEL ARCIPRESTE DE TALAVERA O CORBACHO

Queda dicho que el puesto encumbrado que Alfonso Martínez ocupa entre las letras castellanas, se lo conquistó la obra denominada popularmente *Corbacho* por tener puntos comunes con la obra homónima de Boccaccio. Lleva el subtítulo de “Reprobación del amor mundano” en recuerdo de lo que, según varios autores, constituye la principal fuente de inspiración para Talavera, el tercer libro de *De amore* de Andreas Capellanus, titulado *Reprobación del amor*. Si ha recibido muchas denominaciones diferentes es porque, cuando en 1.498 fue impresa por primera vez, apareció sin título por voluntad expresa del autor: “Sin bautismo sea por su nombre llamado Arcipreste de Talavera donde quir que fuere levado”.

58. ALBORG, Juan Luis, *Op.cit.* p. 444.

59. ALBORG, Juan Luis, *Op.cit.* p. 444.

Como apunta Menéndez Pelayo, a pesar de tan terminante declaración, los impresores la rotularon cada uno a su manera. Y, según nuestro estudioso, prevaleció la de *Corbacho* por ser la más breve. En cuanto a la influencia real que Boccaccio pudo tener sobre el Arcipreste, don Marcelino también se pronuncia. En su opinión, es innegable “cierto aire de familia” pero poco más. El *Corbaccio o Laberinto d'Amore* de Boccaccio es “una sátira ferocísima o más bien libelo grosero contra todas las mujeres para vengarse de las esquiveces de una sola...”. La sátira del Arcipreste es mucho más general y desinteresada, y, por lo mismo, más amena, regocijada y chistosa.... “Lo único que puede ser comparable es la sustancia de las acusaciones contra las mujeres” que “se deriva en el uno y en el otro del fondo común de la Edad Media”⁶⁰. Y M. Pelayo señala al franciscano Francisco Eximenis como el verdadero maestro de Talavera, ya que es notable la semejanza de algunos pasajes de la obra de uno y otro, en concreto la que se refiere a la descripción de las galas, joyas, modas, atuendos, adornos, potingues, tintes, maquillajes y toda clase de inventos que las mujeres pueden usar para aumentar sus encantos, siempre encaminados a engatusar a los indefensos hombres, que es aquí la cuestión de fondo. Pero este es un tema absolutamente recurrente entre los escritores misóginos. El mismo Boccaccio lo aborda de modo similar y se puede ver igualmente en Roig.

Antes de entrar de lleno en la obra de Alfonso Martínez de Toledo, es necesario señalar, para de verdad situar a nuestro autor, los méritos literarios que los estudiosos le han concedido y que no son pocos. Ya hemos oído a Alborg, cuando estábamos intentando conocer la personalidad de Talavera, no escatimar elogios a la plasticidad y vivacidad de su arte. Dámaso Alonso, el prestigioso crítico de la literatura castellana, no duda en poner el origen de la novela realista moderna en esta obra del Arcipreste. Elogia la soltura y habilidad con que Talavera utiliza y pergeña los monólogos y diálogos, de tal modo que, a través de ellos, nuestro autor muestra el alma de sus personajes de un modo tan directo que llega a ser

60. MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. *Orígenes de la novela*. Santander, Aldus S.A., 1943, pp. 185-188.

“casi brutal”. Y don Dámaso concluye: “la verísima realidad es el fin único artístico”⁶¹. Y, si volvemos de nuevo a M. Pelayo, vemos que aun son más contundentes sus elogios que también hace en el sentido de valorar el realismo del *Corbacho*. Así afirma: “en sus buenos trozos no hay vestigio alguno de imitación literaria, sino impresión directa de la realidad castellana. Es el primer libro español en prosa picaresca. La *Celestina* y el *Lazarillo* están en germen en él”⁶².

Pero las alabanzas de nuestro gran erudito van más allá: “Su libro, inapreciable para la historia - dirá don Marcelino- es además un monumento a la lengua. Le faltó arte de composición. Le faltó sobriedad y gusto, pero tuvo en alto grado el instinto dramático, la sensación intensa de la vida, y adivinó el triunfo del diálogo. El Bachiller Fernando de Rojas fue discípulo suyo, no hay duda de ello; ...Cuando Sempronio quiere persuadir a su amo de la perversidad de las mujeres y de los peligros del amor, no hace sino glosar los conceptos y repetir las citas del Arcipreste...El *Corbacho* es el único antecedente digno de tenerse en cuenta para explicarnos de algún modo la perfección de la prosa de *La Celestina*... Puede decirse que el Arcipreste de Talavera, a la vez que abrió las puertas de un arte nuevo, enterró el antiguo género “didáctico-simbólico”⁶³.

Sin embargo, para M. Gerli, todas las virtudes artísticas de Talavera se articulan sobre lo aprendido de la predicación medieval: extraordinaria abundancia de interrogaciones que suponen la presencia de un oyente mudo, las recreaciones dramáticas, el habla directa, los monólogos conflictivos, los tonos ridiculizadores, etc.⁶⁴

Inútil sería, con el libro del Arcipreste en la mano, intentar rebatir elogios tan contundentes y aplastantes. El estilo de este autor es de tantísima

61. ALONSO, Dámaso. *De los siglos oscuros al de Oro*. Madrid, Gredos.,1.958, pp. 129 y 133.

62. MENÉNDEZ Y PELAYO. *Op.cit.* p. 181.

63. MENÉNDEZ Y PELAYO. *Op.cit.* pp. 189-190.

64. GERLI, Michael, en la introducción a su *Edición crítica del Arcipreste de Talavera o Corbacho*. Madrid, Cátedra, 1981, 2ª edición, pp. 31-35.

fuerza expresiva, plasticidad tan apabulladora y riqueza léxica tan extraordinaria, que todos estos piropos parecen justificados. Y podemos convenir, con nuestros estudiosos, que estamos en las mismísimas bases de las técnicas de la novelística moderna. Y ello aunque en la estructura externa de la obra, Talavera emplee la fórmula más corriente en la Edad Media para temas filosóficos o didácticos, el “exempla” o anécdotas satíricas. Lo que ocurre es que estas historietas, en la pluma del Arcipreste, adquieren una trama y desarrollo dramático propios, donde se evidencian todas las características que acabo de señalar.

También siguiendo un procedimiento medieval, el autor le da un carácter autobiográfico. Pero ya sabemos que en la Edad Media este autobiografismo era una estrategia didáctica, que aquí queda reforzada por la constante tensión dialoguista que el autor mantiene y que se manifiesta en las continuas interrogaciones que ya señalé apoyándome en Gerli, el cual además ve en ellas una de las pruebas de que el “De Amore” de Andrés Capellán influyó notablemente en el Arcipreste.

En resumen, la finalidad del autor es crear una conversación directa y cordial, de tal forma que los consejos dados o las verdades aducidas, bombardeen al lector de forma eficaz.

LAS FUENTES DEL ARCIPRESTE

El Libro está dividido en cuatro partes. La primera contiene una larga diatriba, repartida en 38 capítulos, “donde se exponen las consecuencias adversas, físicas y espirituales, del apetito sexual desenfrenado...”. El propósito del Arcipreste es descubrir cómo la lujuria yace en el fondo del amor humano, y cómo en ella se origina todo el pecado. Nuestro autor asevera que el amor mundano contradice la voluntad de Dios a la vez que lleva a la transgresión de toda ley religiosa y moral: se quebrantan los Diez Mandamientos; es imposible cumplir con las siete virtudes; nos hace caer en la

tentación y cometer los siete pecados mortales”⁶⁵. En definitiva, esta primera parte es un tratado moral contra la lujuria.

La segunda parte es la más conocida y la que ha dado fama a la obra. El mismo autor nos anuncia que “se trataría de los vicios, tachas e malas condiciones de las perversas mujeres, las buenas en sus virtudes aprovando”.

Pero a pesar del título puesto por el Arcipreste, donde muestra su deseo de elogiar la conducta de las mujeres buenas, los ejemplos de virtudes femeninas son inexistentes. “Los vicios y los pecados del bello sexo, sin embargo, son introducidos con gustoso entusiasmo y ejemplificados a través de gráficas anécdotas dramáticas”⁶⁶. Menéndez y Pelayo, con tolerancia y benignidad sorprendente ante las aceradas invectivas del Arcipreste, se permite alguna que otra ironía acerca de la postura de este ante las conductas femeninas: “Parece que encuentra más curioso y divertido el espectáculo de las malas”⁶⁷, sin que nuestro egregio erudito se sienta obligado a añadir ni una palabra de censura. Será el mismo Talavera el que reconozca su escoramiento total a favor de un sexo cuando, al final de este discurso sobre los pecados femeninos, afirme que, “e porque fasta aquí el amor de las mugeres fue reprovado, conviene quel amor de los ombres non sea loado...”⁶⁸.

J.L.Alborg opina que esta segunda parte es “la verdaderamente original, la que concede al libro del Arcipreste toda su importancia. El moralista genérico y moralizador abandona sus prédicas abstractas y se convierte en un satírico concreto y realista, lleno de regocijo y desenfado”⁶⁹.

A mí entender, Alborg desvía de forma importante, el verdadero sentido de la obra, al no reconocer en ella, el entronque con el fondo medieval misógino, tal y como lo ha señalado Menéndez y Pelayo. Y para que nos

65. GERLI, M., *Op.cit.* p. 23.

66. GERLI, M., *Op.cit.* p. 23.

67. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Op.cit.*, p. 186.

68. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Arcipreste de Talavera o Corbacho*. Edición de GERLI, Op.cit. p.204.

69. ALBORG, Juan Luis. *Op.cit.* p.443.

demos cuenta de que Talavera, por muchos que sean sus méritos literarios, es una correa de transmisión de los seculares postulados eclesiales sobre las mujeres, nos podemos detener en algunos de los manuscritos que alcanzaron notable difusión entre el clero.

Uno de ellos fue el poema del siglo XII, escrito por un monje de Cluny, Bernard de Morlas, y que ya contiene el mismo espíritu y hasta semejantes expresiones que Talavera emplearía en pleno siglo XV:

“La mujer buena es mala cosa , y no hay casi ninguna buena.
La mujer es mala cosa, cosa malamente carnal, carne toda entera.
Solicita para perder, y nacida para engañar, experta en engañar,
Abismo inaudito, la peor de las víboras, hermosa podredumbre...”⁷⁰

Otra obra significativa es la del franciscano Álvaro Pelayo - *De planctu Ecclesiae* - escrita hacia 1.330 a petición del Papa Juan XXII y que aun se estaba editando en 1.474, o sea, en la época de nuestro Arcipreste. Pues bien, en su segunda parte se puede leer un largo catálogo de “los ciento dos vicios y fechorías de la mujeres” muy al estilo del que hace Talavera. En su desarrollo emplea indistintamente los términos “las mujeres”, “unas mujeres”, “la mujer”, pero optando siempre por la descalificación de la totalidad del sexo femenino. Tampoco faltan las páginas dedicadas a los afeites utilizados por este sexo. Y cuando concrete los vicios y defectos, veremos que habla de los considerados tradicionalmente como femeninos y que, puede ser, ahora nos encontramos en los mismísimos orígenes de su lanzamiento: insensatas, chillonas, charlatanas, inconstantes, envidiosas, volubles... serán las invectivas lanzadas desde el *Planctu Ecclesiae*. Delumeau, que en su ensayo *El miedo en Occidente* lo estudia con un cierto detenimiento, hace la siguiente observación: “Quizá es el documento mayor de la hostilidad clerical a la mujer. Pero una apelación así a la guerra santa contra la aliada del diablo no se comprende si no se la sitúa de nuevo en el medio que la lanzó: el de las órdenes mendicantes preocupadas por

70. DELUMEAU J., *El miedo en Occidente*. Op.cit., p. 494.

la cristianización e inquietas por la decadencia del cuerpo eclesial”. Todo esto no lo debemos olvidar a la hora de enjuiciar y situar la obra de Alfonso Martínez, Arcipreste de Talavera.

Retomo otra vez la crítica de Alborg, para volver a mostrar mi desacuerdo cuando califica a Talavera como “satírico...realista, lleno de regocijo y desenfado”. Este historiador, al igual que otros críticos, confunde la riqueza léxica, el ritmo trepidante y la vivacidad de las descripciones del Arcipreste, con el realismo. Digo esto por una razón tan sencilla como que la inmensa mayoría de mujeres no eran cómo estos misóginos las describen. En cuanto a que Talavera sea un satírico “regocijado y desenfadado”, tampoco lo veo por ningún lado. Es el mismo Alborg el que se contradice cuando, en otro lugar de su obra, compara a este Arcipreste con el de Hita y achaca al primero una rigidez de moralista poco propicia a condescender con las flaquezas humanas, así como una aridez de espíritu que nada tiene en común con la generosa tolerancia del segundo⁷¹.

LOS ESTEREOTIPOS FEMENINOS

Continuando con *Corbacho*, la tercera parte sigue siendo una sarta de insultos a las mujeres, tan irracionales como los anteriores, a pesar de que el autor había anunciado que esta parte iba a tratar “de las complisiones de los ombres e de las planetas e signos” y además “fablar de cada uno según su qualidad”. Y así lo cumple en cuanto a sus congéneres, ya que los divide en diferentes “complisiones” o temperamentos, de acuerdo con los saberes de la época, de tal forma que los hombres pueden ser: sanguíneos, coléricos, flemáticos, melancólicos... O, dicho de otro modo, mientras los describe, de acuerdo con la realidad, con sus diferentes modos de ser, el sexo femenino forma - en el discurso de Talavera- un todo compacto, donde ha desaparecido cualquier tipo de individualización, personificación o diferenciación. En todos los aspectos - incluidos los morales e intelectuales- las mujeres somos una manada de entes clónicos. Y, dada la naturalidad y soltura con que el

71. ALBORG, Juan Luis. *Op.cit.* p. 444.

Arcipreste utiliza el término “mujer” en sentido colectivo, no cabe duda de que para él no era esta cuestión que le ofreciera dudas teóricas.

Con esto, Alfonso Martínez de Toledo -lo hemos visto- no hace más que sumarse a uno de los aspectos más reveladores y deleznales del pensamiento misógino que, si en conjunto lo podemos tachar de irracional por más de un concepto, ninguno tan merecedor de este adjetivo como el de la culpabilización del sexo femenino a nivel planetario. Supongo que no hace falta añadir nada acerca de lo deleznable de cualquier argumentación que se base en acusar a *todas* las mujeres de *idénticas* miserias.

Esta falta de originalidad, que queda patente de nuevo por las obras eclesiales citadas arriba, nos puede hacer reflexionar sobre el hecho de que, ese copiarse unos autores a otros, permite ser interpretado como falta de seguridad, por parte de los autores misóginos, en los juicios que expresan. Los misóginos tontos no eran, y el divorcio que necesariamente tenían que constatar entre las mujeres reales que contemplaban, y las que ellos reflejaban, podría ser salvada apoyándose unos en otros, y como si se dijeran para sí mismos: cuando otros lo dicen, por algo será.

El primer capítulo de esta segunda parte, está dedicado a la avaricia y tacañería de las mujeres: “las mugeres comúnmente por la mayor parte de avaricia son doctadas”⁷². Unos párrafos más adelante dará otra vuelta de tornillo, en su descalificación del sexo contrario, al emplear el singular genérico *la mujer*, con lo cual ya *todo* el sexo femenino tiene, según este autor, la tacañería como actitud vital sostenida: “...pudes más creer cuánta es la avariça en la mujer, que apenas verás que menesteroso sea dellas acorrido en su necesidad”.

Afirmar esto tiene trastienda en una época en que la mendicidad era, no sólo plaga, sino también modo de vida, y - lo que es más importante para mi razonamiento- constituía obligación inalienable de toda cristiana o cristiano el socorrer al menesteroso. Pero Talavera está dispuesto a negarnos cualquier comportamiento ético: “La muger piensa que no hay otro bien en el mundo sinón aver, tener e guardar e poseer.”⁷³

72. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.142.

73. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.148.

Y para terminar el capítulo, y haciendo gala de su reconocida maestría en manejar la prosa, pasará a una condena del sexo femenino tan enérgica en el contenido como brillante en la forma:

“que non es muger que de sí muy ávara non sea en dar, franca en pedir e demandar, industriosa en retener, e bien guardar, cavilosa en la mano alargar, temerosa en mucho emprestar, abondosa en cualquier cosa tomar, generosa en lo ageno dar, pomposa en se arrear, vanagloriosa en favlar, acuçiosa en vedar, rigurosa en mandar, presuntuosa en escuchar, e muy presta en executar.”⁷⁴

Y si esta retahíla, chispeante, graciosa y acompasada, de adjetivos dedicados a las mujeres, nos confirma lo que los estudiosos han explicado sobre el magnífico estilo del Arcipreste, no es menos cierto que la descalificación del sexo femenino es de una gravedad demostrable.

Para ello retomo la idea de que, en el ambiente cristiano del siglo XV, la pobreza no era apreciada en términos económicos, sino de acuerdo con una ética justificada por no pocos episodios del Nuevo Testamento y que hacía que los pobres fueran considerados como el vehículo necesario para llegar al Cielo. Siempre, claro está, que se les atendiera y socorriera. La cristiana o el cristiano rico y acomodado, podía aspirar a la salvación de su alma sólo si ejercía la caridad con los menesterosos. En el siglo XV aun no se había planteado el debate sobre la conveniencia de ejercer la caridad por medio de las limosnas, o incorporar a los “pobres válidos” a un puesto de trabajo remunerado. Eso se planteará en el siglo siguiente -el XVI- cuando, de forma decisiva, se enfrenten dos formas de sociedad: la medieval y la burguesa o capitalista. Esta última, debido a su sistema económico, necesitaba mano de obra barata y abominaba de los ociosos a los que había que mantener y que a menudo terminaban en la delincuencia. Las dos formas de entender la justicia social constituyen uno de los temas que marca la diferencia entre la Reforma Protestante y la Católica. Y eso

74. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.153.

aunque algunos pensadores fieles a Roma, como Luis Vives, se mostrara absolutamente escéptico ante el sistema de donativos. En su “De subventione pauperum” (1526), escribe: “¿como si Cristo reconociese por suyos a pobres tan alejados de sus costumbres y de la santidad de vida que él nos enseñó”⁷⁵.

Pero lo cierto es que en el campo católico, el auxilio individual a los pobres, siguió siendo una práctica considerada virtuosa. Recordemos la consigna de los teólogos de la Contrarreforma: “Sólo la fe acompañada de obras, salva” que fue la manera de concretar las exigencias de la moral cristiana en plena reyerta reformista. En este caso *obras* significaba *limosnas*.

Aduzco este dato, no porque piense que Talavera, de forma concienzuda y matizada, buscara lo que más pudiera dañar a las mujeres y que por eso se lanzó a afirmar que ninguna mujer, dada su avaricia, daba limosna. Creo que la cosa aun es peor. Copiando de obras como *De punctu Ecclesiae*, citada arriba por su predicamento entre muchos clérigos a pesar de su carácter lesivo para las mujeres, se embaló por el camino de la detracción, sin preocuparse de aspectos tan básicos como la coherencia o el contraste con la realidad. Y, por ese método, lo vemos pergeñar pensamientos más cercanos al chascarrillo que a la seriedad.

Pero como me estoy debatiendo todo el rato entre los valores literarios de este escritor y lo deleznable de sus contenidos, vale la pena citar uno de los fragmentos de este capítulo dedicado a la avaricia femenina, que ha sido muy elogiado y donde se puede apreciar la dualidad que encaro. Se trata del episodio de la mujer que perdió una gallina:

“... si una gallina pierden, van de casa en casa conturbando toda la vezindat. “¿Do mi gallina, la ruvia de la calça bermeja o la de la cresta partida, cenicienta escura, cuello de pavón, con la calça morada, ponedora de huevos? ¡Quien me la furtó, furtada le sea la vida! ...¡Mala landre, dolor de costado, ravia mortal comiese con ella! ¡Nunca otra com!...¡Hay gallina mía, tan ruvia, un huevo me davas cada día; ¡Desfecho le vea de su casa a

75. Tomado de DELUMEAU. *Op.cit.* p.494.

quien te me comió! ¡Comido le vea yo de perro aína, cedo sea, veánlo mis ojos, e non se tarde!...¡Más avía en ella que en dos otras que me quedaron... que así salían del pollos como del çielo estrellas, atapador de mis menguas, socorro de mis trabajos; que la casa sin bolsa cuitada, él bivo nunca vazía estaba.”⁷⁶

De este fragmento se ha dicho que el Arcipreste no nos presenta estampas de un suceso único, sino un muestrario de variadas posibilidades, sabiendo transmitir lo que podrían decir varias mujeres. Es decir, no se centra en el hecho individual, que sería lo novelesco, sino en un abanico de alternativas para que su intención moralizadora alcance la mayor generalidad posible. La poderosa retina de Alfonso Martínez -como de pintor- le permite apresar el lenguaje directo de la mujer múltiple, con toda la movilidad afectiva de su habla, disparada como en borbotón, sin enlaces explicativos, en un puro *fluir dramático*⁷⁷. Y todo esto es verdad. Tan verdad como que esta mujer -atropellada, histérica, descontrolada- no es “la” mujer por definición. Aunque también es cierto que “algunas mujeres” pueden ser así.

El capítulo cuarto lo dedica a acusar a “todas” las mujeres de sentir envidia de “todas” las mujeres, fiel a su costumbre de culpar indiscriminadamente. Pero, quizá porque la envidia es uno de los defectos más miserables que puede albergar el alma humana, el Arcipreste pone un interés especial en llamar la atención sobre el particular, ya que, sobrepasando todas las irracionalidades encontradas hasta ahora, nada menos que se atreve a afirmar que peca contra el Espíritu Santo quien se atreva a dudar -sólo a dudar- que cualquier mujer es acreedora de este pecado.

Que un clérigo culto, valga el pleonasma, se atreva a hablar de “pecado contra El Espíritu”, es palabra mayor, ya que, según los expertos, este es el pecado por definición, el que no puede tener perdón. Su maldad estriba en que, con plena conciencia, el pecador opta por el mal y se aparta del bien.

76. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.150.

77. ALBORG, Juan Luis, *Op.cit.* p.447.

La frivolidad que supone, por parte del autor, hablar así, es otra prueba de lo inconsistente de su charla. Ahora oigamos al Arcipreste no sin antes recordar que es muy fácil que esta expresión, tan inadecuada, fuera copiada de algún antecesor, también en males de atacar a las mujeres al precio que fuera:

“Envidiosa ser la muger mala dubdar en ello sería pecar en el Espíritu Santo: por quanto toda muger, quandoquier que vee otra de sí más fermosa, de envidia se quiere morir. E desta regla non saco madre contra fija, nin hermana, prima nin parienta...”⁷⁸

LAS CONTRADICCIONES DEL ARCIPRESTE

El descuido en que Talavera tiene a la lógica y a la coherencia, a la hora de lanzar sus invectivas, queda de nuevo patente en el capítulo quinto, en el que nos anuncia que va a tratar de la falta de constancia en las mujeres “Cómo la muger según da non ay constancia en ella”- y, sin embargo, para entrar en materia, la primera afirmación que encontramos es que las mujeres son tercas como mulas: “¿Mudar costumbre de fembra? Facer un otro mundo de nuevo más posible sería.”⁷⁹.

Líneas más abajo afirma, con la misma rotundidad, que los componentes del sexo femenino continuamente cambian de parecer: “Por espe-riencia verás que si a lo que la muger te prometiere dieres logar, o tiempo entrepusieres, todo es revocado; que mil veces a la hora se arrepiente”.

La lógica, desde luego, no brilla en estos asertos; no obstante, la intención de nuestro Arcipreste queda más que clara: las mujeres son tan empecinadas como volubles.

En el capítulo sexto, el primer gran pecado que señala, es una contumaz doblez:

78. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.160.

79. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.169.

“La muger ser de dos fazes e cuchillo de dos tajos non ay dubda de ello, por quanto de cada día veemos que uno dize por la boca , otro tiene al coraçón. E non es ombre al mundo por mucha amistad,familiaridad, conosçençia, privança que con la muger tenga que jamás pueda sus secretos saber, nin que fiel nin lealmente con el que usare la muger fable.”⁸⁰

Más adelante insiste en el tema: “aunque mucho son parleras, de sus secretos muy bien son calladas”. Y lo primero que salta a la vista de este fragmento es que, si desde los tiempos de san Pablo las mujeres debían callar en los lugares y momentos trascendentales, ahora paradójicamente se les reproche que sepan guardar “sus secretos”. Sin embargo, lo más irónico es que a este saber guardar secretos, siempre se le ha considerado como prueba de sensatez, seriedad y autocontrol. No sería de extrañar que las mismas frases, dirigidas a los hombres, tuvieran tono elogioso. Otra vez la irracionalidad como sistema.

EL MIEDO A LA MUJER CHARLATANA

Con la expresión: “aunque mucho son parleras”, entramos en otro de los temas recurrentes del discurso machista: La condena a la supuesta charlatanería femenina. Así, el segundo capítulo titulado “De como la muger es murmurante e detractora”, se inicia -con la sentenciosidad aplastante a la que Alfonso Martínez nos tiene ya acostumbradas- reforzando esta idea: “La muger es murmurante e detractora, regla general le es dello...el callar le es muerte muy áspera”⁸¹.

Ya vimos cómo san Pablo era absolutamente explícito sobre la conveniencia del silencio de las mujeres: “... que callen en las asambleas pues no les está permitido hablar” (1,Cor. 14,34,5).

Si en lugar de mirar hacia atrás, dirigimos nuestra atención hacia delante, nos encontraremos con lo mismo. En el siglo XVI tanto J.L.Vives como

80. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.171.

81. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.154.

fray Luis de León se mostrarán decididamente partidarios de que la mujer guarde el mayor silencio posible. Vives, advertirá: “La doncella no solamente se guarde de hablar entre hombres, mas aun entre mujeres, con las cuales debe tener mucha cordura e remirarse mucho en todo lo que dice”. Y en cuanto a las casadas: “... si acaso su marido riñe con ella, por mucho que le diga y la maltrate, núnca ella le responderá...”.

Hasta ahora sólo había aparecido el hombre indirectamente. En las palabras de san Pablo queda implícito que ellos son los que tienen la palabra. Ahora Vives da un paso más. En el caso de que se les vaya la mano y maltraten a la mujer -y desgraciadamente sabemos que eso es pan de cada día- no tendrá problemas. Lo pueden hacer con impunidad. La esposa no rechistará.

Fray Luis, unos años más tarde que Vives y de acuerdo con la proclividad que muestra en su discurso, como veremos en el capítulo siguiente, para encontrar una base “natural” a todo lo que a él le parece deseable, amonesta de la siguiente forma:

“Es justo que se precien de callar todas, así aquellas a quienes les conviene encubrir su poco seso, como aquellas que puedan, sin vergüenza, descubrir lo que saben; porque en todas es no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco...Porque así como la naturaleza, como dijimos y diremos, hizo a las mujeres, para que, encerradas, guardadas en la casa, así las obligó a que cerrasen la boca...”

La paradoja está en que el Arcipreste de Talavera recrea charlas de mujeres, que han sido reconocidas como uno de los logros de su arte literario, por ser un trasunto fiel de la realidad. Así se lo hemos oído enjuiciar a Menéndez Pelayo, por nombrar una voz autorizada. Por mi parte he aclarado que estos personajes femeninos me parecen caricaturas esperpénticas, aunque contengan parte de realidad. Pero, en cualquier caso, creo que queda en entredicho la afirmación de fray Luis, acerca del mandato de la naturaleza a que las mujeres guarden silencio. Recordemos la expresividad

de la mujer que perdió la gallina. Veamos, a continuación, otro monólogo donde una amante describe los agravios comparativos que siente ante la esposa legítima. Dotes naturales no parece que le falten para expresarse:

“¡Yuy, y cómo iba fulana, muger de fulano, el domingo de pascua arreada! Buenos paños de escarlata con forraduras de martas, finas, saya de florentín con cortapisa de veros trepada de un palmo...Seis mugeres con ella, moça para la falda, moscadero de pavón todo algaliado; safumada, almizclada, las cejas algaliadas, reluciendo como espada. Piénsase Marimenga, que ella se lo meresçe. ¡Aquella, aquella es amada e bien amada, que non yo, triste, cuitada!...yo mal vestida, peor calzada, sola, sin compañía...”⁸²

¿Es así la realidad? ¿Es lícito obligar a las mujeres a que callen, cuando “la naturaleza” les ha dotado de semejantes capacidades? ¿O es verdad lo que dice fray Luis y “la naturaleza las manda callar? Realmente hubiera sido más razonable que los teóricos se hubieran puesto de acuerdo antes de lanzar sus diatribas. Pero lo interesante es preguntar por qué tanto pensador tenía esa preferencia tan marcada por el silencio de las mujeres. Y me temo que la única contestación lógica es que éstas podían decir cosas que a ellos no les interesaba. Quizá, porque podían dar al traste con su muy endeble entramado teórico.

Y, puesta yo a señalar incongruencias, resulta chocante y paradójico que el Arcipreste de Talavera, que ha escrito líneas tan injustas y aceradas dirigidas al sexo contrario, cierra el capítulo pidiendo, a su público, que se abstengan de ofenderse los unos a los otros. Y es que, una cosa es predicar, y otra dar trigo: “Pues, por Dios, cada cual así fable de su próximo, que de ofenderlo se abstenga”⁸³.

Pero el dato más chocante que podemos añadir, estando como estamos en el país de las tertulias literarias, es el que da J.M. de Sagarra cuando, en

82. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* pp.154-155.

83. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.157.

sus Memorias⁸⁴ comenta y contabiliza las horas empleadas en dichas tertulias. Él lo hace en términos de tazas de café y reconoce que, tirando por lo bajo, se trataría de unas catorce mil cuatrocientas tazas consumidas en compañía de amigos con los que se departía amablemente. No sé cuántas horas de charla podemos computar por taza consumida. Sé que de esas tertulias, claro está, estaban excluidas las mujeres.

UNA PECULIAR ANDROFILIA

Es en el capítulo séptimo donde, en mi opinión, la androfilia del Arcipreste, alcanza su punto más sutil. En este capítulo apuesta firmemente por dos cosas: “que la muger ser desobediente dubda non es dello” y que ante cualquier cosa que se le mande “piensa que por el contrario lo ha de fazer”⁸⁵. Por supuesto, a quien la mujer debe obedecer, es al marido. Y será sobre este supuesto con los que Alfonso Martínez construya cuatro historietas, las cuales tampoco se distinguirán por la lógica. Empeñado como está en demostrar que, el sexo femenino, debe obediencia ciega al conyuge, no tiene mejor idea que pergeñar unas narraciones donde la nota sobresaliente será la indescriptible brutalidad de estos últimos.

La primera trata de “un buen hombre” (sic) que estaba planeando el asesinato de su bella y adúltera esposa. El argumento, ya utilizado por Andreas Capellanus y por Don Juan Manuel, siguiendo la inveterada costumbre de los misóginos de “inspirarse” unos en otros, es sencillo. Ante las infidelidades de ella, el marido: “pensó: si la mato perdido so; que tiene dos cosas por sí: parientes que procederán contra mí; la justicia poque ninguno non deve tomarla por sí, sin conosçimiento de derecho e legitimos testigos...”. Y estos razonamientos -tan repletos de sentimientos cariñosos- siguen su curso en la nada ofuscada mente del marido: “non la quiso matar por non ser destroído; non quiso matarla por vía de justiçia, que fuera

84. SEGARRA, José María. Memorias. Barcelona, Noguer, 1957, p. 410.

85. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.175.

difamado... quisiera él que parsciera ella ser de su propia muerte causa”⁸⁶. Para ello preparó un recipiente con veneno y le advirtió a su cónyuge que no lo bebiera pues, de hacerlo, moriría. Ni que decir tiene que la esposa, en cuanto se vio sola, se lo bebió, muriendo en el acto. Pero el Arcipreste matiza la psicología de sus personajes. La mujer bebe porque, al abrir la botella, le llega el olor de un buen vino, y se dice: “¡Non plega a Dios que él solo lo beva; que las buenas cosas no son todas para boca de Rey. Dio con ella a la boca e bebió un poco, e luego cayó muerta”⁸⁷.

El segundo cuento trata de otro justiciero e ingenioso marido que, por alguna maldad que la esposa ha cometido pero que no se nos especifica, también opta por el drástico castigo de la muerte. Para ello prepara un arca a la que le introduce un artilugio, de tal forma que salte una ballesta de acero, que se clavará en el pecho de la incauta persona que la abra. Ocioso es decir que, una vez cumplido el ritual de prohibirle a la esposa que la abra y advertirle que de no obedecer morirá, ella -con la obcecación propia de las féminas- irá directamente a su destrucción.

La tercera narración no es menos aleccionadora. Una mujer, por lo visto, tenía esa feísima manía que a menudo tenemos los humanos de defender lo que consideramos correcto (“porfiosa” la llama el Arcipreste). Y la doble moral que secularmente se ha aplicado para enjuiciar la conducta de los sexos, aquí adquiere toda su envidia como veremos.

El relato empieza con una escena absolutamente cotidiana. El marido anuncia a la mujer que va a tener invitados y que ponga la mesa cerca del río, bajo el peral grande. La esposa no sólo obedece -¡obedece!- sino que cumple a la perfección sus obligaciones, atendiendo a los huéspedes. Lo que no sabía es que su suerte ya estaba echada. El marido, en el transcurso del convite, le pide un cuchillito que ella lleva al cinto. La mujer le responde que son tijeras. Emprenden una discusión sobre tan trascendental tema y el marido, para demostrar que él no es porfiado pero sí justiciero (para ello había cuidado el comer cerca del río), le asesta una patada que la lanza

86. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.175.

87. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Op.cit.* p.176.

al agua. La esposa es arrastrada por la corriente, mientras - aquí viene la prueba de su terrible culpa- “començó a alçar los dos dedos fuera del agua, meneándolos a manera de tiseras”.

Por cierto, en el relato no queda claro si el objeto en cuestión era cuchillo o tijeras. Detalle baladí que le ha costado la vida a la protagonista y que a las lectoras/es nos sigue alertando sobre las incomprensibles incoherencias del autor.

No sé si nos aclararía algo preguntarnos, cinco siglos más tarde, a qué clase de público se dirigía Alfonso Martínez para que semejantes patrañas tuvieran audiencia. Sara Mañero ha dedicado un trabajo a este tema. Da por hecho que la Retórica y el “Ars Predicandi”, ejercen una influencia determinante en Talavera ya que la orden franciscana, a la que pertenecía, era de las más activas en las tareas evangelizadoras. La obra será pues, en principio, para el gran público. Pero la tesis central de Mañero consiste en que, por ser la obra un ataque frontal al amor mundano, su público natural debía ser joven e inexperto. Y teniendo en cuenta que Alfonso Martínez era capellán de Juan II, sospecha esta autora que su “Libro” pudo estar pensado o, al menos, despertaría especial interés entre los jóvenes cortesanos, tanto porque los juegos amorosos eran actividad fundamental en aquel ambiente ciertamente relajado como, porque al ser conocido el autor, la curiosidad sobre la obra sería mayor. La tesis de Mañero queda reflejada en el título de su trabajo: “El público cortesano como elemento configurador”⁸⁸ sin que para ello aporte, a mi parecer, datos concluyentes. En primer lugar, hablar del público al que se pudo dirigir la obra, sin tomar partido ante el contenido de la misma, creo que cuando menos es empezar la casa por el tejado.

A mi entender, más que razonar a qué público se dirigía, hay que abordar qué trascendencia han podido tener estos contenidos. Y puede ser que, el significado fundamental de *Corbacho* sea haber ayudado a perpetuar la retahíla de estereotipos femeninos, que le acabamos de oír, y que

88. MAÑERO, Sara. “El público cortesano como elemento configurador”. *Coloquio sobre la literatura del siglo XV*. Universitat de València, 1992.

constituyen una de las huellas más nefastas de la misoginia, si quiera sea por lo hondo que en nuestra cultura han calado.

Por eso vale la pena que nos detengamos en detallar qué son los estereotipos y que papel social juegan. Y para conocer en concreto los femeninos, es de gran utilidad el ensayo de Rocheblave Spenlé -"Lo masculino y lo femenino en la sociedad contemporánea"- de donde están sacadas las ideas que a continuación expongo:

Los estereotipos consisten en una serie de generalizaciones sobre comportamientos humanos. Generalizaciones que formula una colectividad de personas, ajena al grupo al que se les aplica. Así, los hombres han formulado los estereotipos femeninos, como los blancos lo han hecho para los negros. El estereotipo, según esta autora, representa una opinión caricatural, que deforma la percepción de las conductas, al encerrarlas en un molde interpretativo, rígido y preconcebido. Este esquema de interpretación, no se debe casi nunca a los comportamientos efectivos de los miembros del grupo, sino a una generalización, no racional, que efectúan las personas del exterior, y que derivan de prejuicios, de antipatías primitivas, aprendidas casi siempre en el grupo familiar. El estereotipo arrebató todo carácter individual a los miembros del grupo que se considera⁸⁹.

Esta explicación me parece clara y precisa para determinar lo que ha ocurrido en nuestro entorno. No hace falta repetir que los calificativos como avaras, volubles, mentirosas y charlatanas, han informado lenguaje, chistes, actitudes... cuando no leyes y normas. En el "Código de Napoleón", vigente en España hasta 1975, se decretaba que no podían actuar como testigos, ni los niños, ni los tontos, ni las mujeres. Y la ley era así porque se consideraba a estas con poca solidez moral. Un sacerdote me comentaba que, uno de los argumentos utilizados para negar el sacerdocio femenino, ha sido la presumible incapacidad de las mujeres para guardar los secretos de confesión. Y así se ha escrito la historia.

89. ROCHEBLAVE SPENLE, A.M. *Lo masculino y lo femenino en la sociedad contemporánea*. Madrid, Ciencia Nueva, 1968, p. 34.

Los datos que poseemos de este escritor corresponden a su vida profesional y social, pero apenas sabemos de la familiar, y nada de su personalidad. Lo que conocemos lo muestra como un prohombre de la sociedad valenciana del siglo XV. Una Valencia que, en su pujanza debió de ser maravillosa; la Valerncia de la Lonja, el Consulat del Mar... Nieto de notario e hijo de médico, está documentado que él mismo, en el año 1.434, fue nombrado, por el Consejo de la Ciudad de Valencia, “examinador de médicos”. Se le llama en este documento “Mestre Jaume Roig, pus jove”, lo cual, como señala Miquel y Planas - traductor y comentarista de la obra de Roig - es significativo. En esta fecha, el autor de *l'Espill*, se encontraba en plena juventud, y sin embargo se le adjudica un cargo que se concedía a profesionales de probada competencia⁹⁰.

También el nombre de Jaume Roig aparece en el libro registro del personal que estaba al servicio de la Reina María de Aragón, esposa de Alfonso el Magnánimo. Dato que se confirma cuando, en otros documentos, aparece su nombre, como persona a la que se le encomendaba misiones que acreditan la confianza con que contaba en palacio y, en particular, de la misma reina. Roig, junto a otros médicos, certifica la muerte de esta, ocurrida el cuatro de Septiembre de 1.458⁹¹.

Abunda, en la línea de ser considerado ciudadano insigne, el que fue nombrado Administrador del Hospital de Clapés y, en 1.456, elegido Consejero de la Ciudad⁹². Que Roig era hombre preocupado por la problemática social lo sigue demostrando el hecho de que él y su esposa, Isabel Pellicer, aparezcan como benefactores del Convento de la Trinidad de Valencia y colaboradores de la Parroquia de san Nicolás.

90. MIQUEL Y PLANAS, Op.cit. p. 24.

91. RIQUER, Martín de. *Historia de la literatura catalana*. Barcelona, Ariel, 1980, vol. 3, p. 213.

92. TIÑENA Jordi, en *Llibre de les dones ; Jaume Roig ; prosificació i modernització a cura de Jordi Tiñena.*, Barcelona, Laertes, 2007.

En cuanto a su vida familiar, y por lo que se desprende de su testamento, Roig fue padre de seis hijos, tres varones y tres mujeres. Dos de ellas fueron religiosas y, la menor, sabemos que ingresó en el mismo convento de la Trinidad donde sus padres eran benefactores. Si acaso añadir que este autor murió el tres de abril de 1.478, de una caída de caballo, probablemente producida por un ataque de apoplejía.

Hasta aquí los datos que conocemos del autor de *l'Espill*. No hay ningún estudioso de su obra que, no se haya preguntado, a qué se debe que, este ciudadano, de probadas virtudes intelectuales, profesionales, civiles y familiares, hasta donde podemos conocer, escribiera uno de los libelos más violentos, insidiosos, injustos e histéricos, en contra de las mujeres. Intentar contestar a esta pregunta, necesariamente de forma parcial y discutible, es una de las intenciones del presente estudio. Para ello haré un recorrido por la obra de Jaume Roig y también por parte de las críticas y comentarios que esta ha recibido.

Rápidamente evidenciaremos que el discurso de Roig es, fundamentalmente, el mismo que el de Talavera, pero también podremos palpar cómo el valenciano se implica de forma más personal en el tema. La tesis que he mantenido sobre el toledano, acerca de que es una mera correa de transmisión de la predicación eclesial, hace que de alguna manera este autor se mantenga a cierta distancia y hasta con una cierta frialdad hacia los contenidos de su obra. Nada más lejano al médico valenciano. Martín de Riquer que es uno de los críticos que se pregunta sobre la exaltada misoginia de Roig, concluye así:

“¿per qué té una tan negra visió de la vida ...aquest odi al sexe femení, i escriuí contra les monges les pàgines més feroçes i envilidores que mai s'haguessin escrit...?. No oblidem que el *Espill* no es escrit amb humor sino seriosament, i si alguns dels seus episodis resulten divertits i pintorescos, això es puramente marginal o accidental, car el que hi val i té és la crua diatriba i l'exasperada virulència.”⁹³

93. RIQUER, Martín de *Op.cit.* p. 239.

Para otro estudioso de la literatura catalana, Jaume Vidal Alcover, la interpretación es básicamente distinta, porque donde Riquer ve un indudable odio hacia las mujeres, Alcover ve un discurso, escrito como parodia humorística, sólo entendible si se lee en esta clave y, puesto en este disparadero, cuantas más barbaridades, más conseguida la carcajada buscada. Vidal Alcover reconoce que *l'Espill* tenía que ir dirigido a un público ciertamente inclinado a hacer bromas, y estas preferiblemente de sal gruesa ⁹⁴. Estaríamos exactamente hablando de lo que en Valencia se conoce como “brofegá” y que tiene una especial incidencia en la cultura y creatividad de estas tierras. Pero a pesar de esta explicación sociológica que estoy intentando dar, no creo que la obra de Roig se pueda clasificar dentro de una línea de humor. Pero eso lo dilucidaremos después de analizar sus contenidos.

LA OBRA LITERARIA DE JAUME ROIG

Este médico escritor, sólo llevó a cabo dos obras literarias. En 1.460 termina el largo poema titulado *Espill* que es el que nos va a ocupar, y en 1.474 participa en un certamen poético en honor de la Inmaculada Concepción. El tema estaba en el candelero por la gran discusión que se abrió, en la cristiandad, en torno a la sutil cuestión sobre si la que iba a ser madre de Dios nació - o no-, manchada por el pecado original. Los versos de Roig formaron parte de *Les trobes en lohors de la Verge Maria*, que, durante mucho tiempo, fue considerada como la primera obra salida de la imprenta en la península. Hoy se ha demostrado que no fue así.

L'Espill se escribió entre 1.455 y 1.461, fecha deducida por hechos concretos que se mencionan en la obra; esta se compone de 16.359 versos; si ha podido haber alguna discusión sobre la autoría de la obra, esta queda disipada por el hecho de que, al final de la misma, por medio de un inge-

94. VIDAL ALCOVER, Jaume. Presentación a el *Espejo* de Jaume ROIG. *Estudis de Literatura Medieval y Moderna*. Mallorca. Editorial Moll, 1996, p. 234.

nioso pero inequívoco jeroglífico, aparece el nombre de su esposa - Isabel Pellicer - y el del propio autor⁹⁵:

“Blanc e vermell
es el nom dell.
Dellam recort
Is, primer mort,
lo Peix lliçer
hach nom primer.”

16.107-16.112

En cuanto al título, o títulos, que ha recibido la obra, vale la pena detenerse, porque ellos nos alertan, sobre la intencionalidad del autor y el contenido de la misma. En primer lugar, el único manuscrito de esta obra, que corresponda al siglo XV, y que se conserva en el Vaticano, no lleva ni título, ni nombre del autor. Será en la primera edición, realizada en 1531, cuando se le ponga el título *Libre dels consells*.. En la tercera edición, que data de 1651, aparece un nueva denominación: *Libre de les dones, més verament dit de consells*. En 1905, en la edición realizada por el Dr. Chabás, aparece el título de *Spill o Libre de les dones*. A mi entender, lo importante a constatar en estas variaciones es que, de un modo u otro, todas reflejan la intencionalidad del autor. Por un lado, la palabra “spill” es empleada literalmente, por el autor, en las primeras partes de libro - la “consulta” y el “prefacio” - en el sentido que nos explica Tiñena, en su edición de 1988⁹⁶, cuando nos recuerda que la palabra “espill” es la equivalente a la empleada, por la tradición medieval, “specula”, título utilizado para obras moralizadoras e instructivas. Y, en efecto, Roig nos dice:

“Spill, llum e regla,
hòmens arregla,

95. Las obras de L'Espill están tomadas de la edición de MIQUEL Y PLANAS. Barcelona, Biblioteca Catalana, 1929-1950.

96. TIÑENA, *Op.cit.* p. 17.

dones blasona,
lo Llir corona,
espines, cards crema.”

41-45

Más adelante, Roig, repite esta idea del espejo, en el cual mirarse para aprender. Y lo que hay que aprender, según este autor, y con ello llegamos al tema de la obra, es algo muy claro y muy preciso: cuáles son las maldades de las mujeres y cuál su nefasta influencia sobre los hombres.

Si atendemos a la estructura externa de la obra, veremos que esta comienza con una “Consulta” escrita en versos octosílabos y donde quedan claros los motivos del autor. Además de entretener su ocio, en el pueblo alicantino de Callosa, donde se refugió huyendo de la peste que asoló Valencia entre 1.459 y 1.467 y que provocó más de 20.000 muertes, Roig se propone:

“mostrar, non subtilment,
sols rimat portant l'estil,
les dones tenir en vil,
comportant-les virilment;”

17-20

O sea, la obra tiene por objeto, enseñar a considerar a las mujeres como cosa despreciable y a tratarlas con dureza. Y, a partir de esta sincera declaración, el autor no sólo demostrará que es muy capaz de poner su arte literario -de gran enjundia como veremos- al servicio de esta finalidad, sino que se entregará a esta labor, con fruición digna de más nobles causas. Con esto ya entramos en la segunda parte de la obra, denominada “Prefacio”, y que se subdivide en otras cuatro. Y en él, Roig, fiel a su afán didáctico, aunque brinda la obra a otro valenciano encumbrado, Joan Fabra, en realidad la dirige a su sobrino Baltasar Bou que, por su juventud, necesita consejos que le ayuden a navegar por el proceloso mar de la vida. Proceloso, en la visión de Roig, porque las mujeres, con sus maldades, acechan. En realidad, Roig va a desplegar una infantil dicotomía de buenos y malos,

en la que el sexo es la línea divisoria. Tendremos que esperar al final del libro, para oír el primer elogio a una mujer: La suya. Pero eso será luego, y ya tendremos más datos para saber hasta donde llega la ironía o donde empieza las obsesiones.

De momento sabemos que su sobrino está adornado de las virtudes más envidiables: inteligencia y equilibrio emocional:

“lo teu iuvent
tens ben conpost,
he prou dispost
lo sentiment;
lenteniment
te veig molt clar;”

247-253

En el segunda parte del prefacio, el autor se declara hombre sedentario y apartado del mundo, pero sigue mostrando su preocupación, tanto por los jóvenes que aun no tienen conocimiento del mundo, como por los viejos que no han sido capaces de enterarse, por ellos mismos, de cuál es la naturaleza de las mujeres.

Con esto estamos pues en el cogollo del tema, pero, antes de entrar en su análisis, llamo la atención sobre la métrica escogida por este autor. Si en “Consulta” hemos visto que emplea versos octosílabos, a partir del “Prefacio” se convertirán en tetrasílabos o pentasílabos, rimando en pareados. Adopta la forma llamada “Noves rimades” que tenía en la literatura valenciana tradición para poesías narrativas. Fueron utilizados por Bernart Metge, el poeta misógino, del siglo XIV, antes mencionado. En cualquier caso, estos versos brevísimos, dotan a la obra de un ritmo de especial cadencia y ligereza, que ayuda a darle a la obra una gran originalidad y acentúa su posible aire irónico. También atestiguan un perfecto dominio del lenguaje, al ser capaz el autor de mantener esta métrica a lo largo de más de dieciséis mil versos. La dificultad de componer, con versos tan breves, la que se ha llamado novela picaresca valenciana, es incuestionable.

Roig entra en materia, o sea, en su diatriba contra el sexo femenino, de la forma más “devota” dentro de la tradición misógina cristiana. Basándose en el relato bíblico, según el cual Eva fue la que se dejó tentar por el diablo, pasa a denominar a las mujeres “dinfern portal” (puerta del infierno), lo cual nos retrotrae al siglo IV en el que ya Tertuliano empleaba, recordemos el capítulo anterior, esta misma expresión. Y Roig, con una meticulosidad impecable, se dedica a culpabilizar a todas las mujeres, con la consabida inocentación de Adán. Por supuesto que la meticulosidad no le lleva a darse cuenta de que, si Eva ha pasado a ser el símbolo de la maldad, Adán, por su comportamiento en el Paraíso, debía ser el de la debilidad. Muy al contrario. Roig, con su escorada saña, califica a las mujeres de “diablessas y demoníacas”:

“hi, quantes son
ara en lo mon,
son diablesses,
dimoniesses.”

351-368

Que en pleno siglo XV, o sea, cuando se supone que las luces de la Razon iban disipando el oscurantismo medieval, se siga condenando al género femenino en los términos que lo hace Roig, podría ser interpretado como el anacronismo de una pobre mente enferma, o los vericuetos de un truculento sentido del humor. Lo grave es, como afirma el historiador San Valero comentando *L’Espill* y como hemos visto en el marco histórico descrito al principio del capítulo, que estas invectivas contra las mujeres, coincidían con que, en la vida real, se les perseguía, degollaba, emparedaba y quemaba⁹⁷.

Siguiendo la tradición misógina, Roig va a culpabilizar a la totalidad del género femenino. Pero mientras a Talavera y otros, los hemos visto emplear, genéricamente, los términos “la mujer” o “las mujeres”, el escritor

97. SAN VALERO, Julian. *La modernidad del protagonista del SIPI de Jaume Roig*. Valencia, Centro de Cultura Valenciana, 1971, p. 2.

valenciano emplea la torrencial fuerza de su estilo y la indescriptible riqueza de su léxico, para enumerar todos los tipos de féminas que es posible encontrar, no sé si en un intento de asegurarse de que ni una se va a escapar de su furibunda condena:

“Donchs, dich que totes,
de qualque stat,
color, edat,
lley, naçio,
condiçio
grans e maiors,
chiques, menors,
jovens e velles,
lleges e belles
malaltes, sanes,
les cristianes,
jhuyes, mores,
negres e llores,
roges e blanques,
dretes y manques,
les geperudes,
parleres, mudes,
ffranques, catives,
quantas son vives,”

412-430

Presunción, falsedad, doblez y versatilidad, serán los vicios que, a continuación, Roig adjudica al sexo contrario. Prácticamente los mismos que hemos visto barajar a Talavera. Otra vez la paradoja de achacar a las mujeres una perversidad poderosa -los términos de diablasas y demoníacas empleados arriba, deja claro el punto de vista del autor- a la vez que se les reconoce vicios que, podríamos designar como menores. O, empleando

los términos de los expertos⁹⁸, los vicios masculinos suelen ser exageraciones de cualidades -severo, cínico, orgulloso, competitivo...- mientras que los femeninos son características miserables y débiles desde sus mismos principios:

“per presumir
sols pronuncien;
ver sentençien
que çert no saben.
Mentint se guaben;
sempre varien;
jamay se rien
sens ficcio;
per traïçio
rien e ploreñ;”

438-447

Con esto llegamos al núcleo de la obra, que se subdivide en cuatro partes o “Libros”. En el *primer llibre*, el protagonista o narrador - que así lo llamaremos a lo largo del comentario, por no tener nombre conocido- nos cuenta su vida desde el momento en que murió su padre. Pero Roig va a ser fiel a lo que anunció al principio de la obra, de tal forma que en ella poco importa la vida apicarescada y aventurera de este personaje. Una y otra vez comprobaremos lo que queda dicho; *l’Espill* tiene, como verdadera protagonista, la maldad del sexo femenino. Así, cuando empieza el relato de la vida del narrador, lo de menos es que acabe de morir el padre; lo decisivo es que la madre, a la que empieza por hacer responsable de todos los males de su padre, enfermedad mortal incluida, queda con las manos libres para ejercer sobre el hijo la crueldad más indescriptible. Basta que veamos en qué condiciones lo expulsa del hogar, no sin antes haberle burlado la herencia; medio descalzo, jubón desgarrado, sin camisa...

98. ROCHEBLAVE, Op.cit. p. 36.

“hun peu calçat
altre descalç,
gipo al falç
tot esquinçat,
ben desayrat
hi sens camisa,”

890-895

Y, para que nada falte ni al esperpéntico retrato, ni al sadismo materno, nuestro protagonista estaba enfermo:

“La gran fretura
prest matengue,
em repregue
gran malaltia:
mare ne tia
nom acolliren,
ni may bolliren
ordi per mi.”

(912-919)

¿UNA NOVELA PICARESCA?

Al rosario inacabable de las maldades de las mujeres, tenemos acceso gracias a la vida aventurera del narrador, que nos lleva por diferentes ambientes, en la medida que tiene que ir buscándose la vida, dada la extrema indigencia en que salió del hogar materno. Debido a estas circunstancias, los estudiosos de la obra han debatido si, realmente *l'Espill*, es una novela picaresca. Tanto Vidal Alcover como Tiñena lo niegan, porque observan que “el protagonista no tiene nada de pícaro... no burla a nadie como lo hace Lazarillo, sino que el engañado, el burlado, el perjudicado, es siempre él”. Sin embargo, para San Valero, *l'Espill* es la gran novela picaresca valenciana ya que cumple todos los requisitos que F. Ayala prevé para que un relato pertenezca a este género: au-

tobiografía ficticia, protagonista de ínfima extracción social que pasa por avatares sucesivos, de tal forma que nos hace contemplar la vida “desde bajo”...⁹⁹.

A mi entender, las diferencias con los pícaros castellanos son de envergadura y van por otros derroteros. En primer lugar, no es cierto que todos se burlen del protagonista. Lo que caracteriza a este personaje es la conmisericordia que tiene de sí mismo, como lo demuestran algunas de las frases recién citadas: “mare ne tia / nom acolliren / ni may bolliren / ordi per mi.” (ni madre ni tía me acogieron, ni cocinaron para mí). O esta otra: “Sol, sense ningú que m'estimés” (solo, sin nadie que me quiera). Nada más lejano a la actitud de los pícaros castellanos, bastante más hechos y derechos y sin estos tonos llorosos y narcisistas. Pero la diferencia fundamental se evidencia al tener en cuenta que, la característica que ha inmortalizado al género picaresco, es el realismo y exactitud con que retrata un mundo poblado de *personas*, buenas o malas, perversas o bondadosas, ruines o entrañables, pero siempre convincentes por su verosimilitud. Ciertamente predominan los caracteres negativos, pero el profundo valor testimonial de la novela picaresca, nadie lo ha podido negar.

Por el contrario, la visión de Roig está absolutamente escorada por su intensa misoginia. El mundo que nos transmite podrá ser tan negro y pesimista como el de la novela picaresca, pero no se tiene de pie debido a que uno de los soportes del entramado social -la mitad de la población constituido por el sexo femenino-, queda amueñecado o caricaturizado hasta extremos inadmisibles. Nada que ver, en mi opinión, con la esperpentización de Valle Inclán, que nos acerca la realidad hasta darnos de bruces con ella.

UN INVEROSÍMIL PEREGRINAJE POR LA MALDAD FEMENINA

En prueba de lo que estoy diciendo, no tenemos más que seguir la marcha del libro. Recordemos que cuando su madre lo echa de casa, el protagonis-

99. VIDAL ALCOVER, *Op.cit.* p. 235. TIÑENA, *Op.cit.* p. 35. SAN VALERO, *Op.cit.* pp. 16-17.

ta está enfermo. Se dirige al hospital que había afuera de las murallas de la ciudad de Valencia -donde Roig fue Administrador- y la hospitalera¹⁰⁰, con ayuda de otra mujer, le roba las pocas monedas que su madre le había dejado y le maltrata en cuanto a alimentos y cuidados que, como enfermo que llega al hospital, se merecía.

Una vez curado, marcha a Barcelona y consigue que, un activísimo e importante bandolero, le contrate para su servicio. Aprende bien su oficio, pero precisamente por su habilidad y buen hacer, se granjea la envidia de la esposa de su amo, que había malcriado a su hijo hasta el extremo de hacerlo afeminado. Esta mujer -cegada por la envidia por no tener un hijo de la prestancia del narrador- llega a perpetrar un plan, para asesinar a nuestro protagonista. Al fracasar, opta por la calumnia. Podemos observar la complacencia con él mismo, que muestra al narrar los hechos:

“Quant lo veu moure
inhutilment,
he gentilment
yo auançar-me,
pensa matarme:
la chaquirosa”

1018-1.023

Antes de abandonar Cataluña, nuestro hombre aun verá a la esposa de Pedro IV de Aragón, Sibila de Fortiá, maniatada y presa por haber saqueado el palacio de su propio marido.

No obstante será en París donde el narrador de *l'Espill* -siempre con la maldad femenina pisándole los talones- vivirá las aventuras más jugosas:

100. La hospitalera era un cargo importante para la eficacia de los hospitales. El hospitalero era el responsable de la atención directa a los enfermos pero, dada la estricta separación de sexos, este cargo exigía, al que lo desempeñaba, estar casado. Y su esposa se hacía cargo de las enfermas. A. Rubio, al estudiar los hospitales valencianos de la época, señala que Roig tiene que manipular la realidad de estos para exagerar la maldad de la hospitalera. A. RUBIO, *Autobiografía i ficció en L'Espill* de Jaume Roig, *L'Espill*, 1.983, p.133.

Precisamente, la misma noche que llega a la capital francesa, la hostelera del albergue mata al padre con la ayuda de un hermano, con la finalidad de robarle.

La siguiente aventura tiene lugar unos meses más tarde cuando, una hermosa mujer bien acomodada, le hace saber a nuestro narrador que está interesada en mantener relaciones con él. La dama, para celebrar la cita con tranquilidad, con la ayuda de una alcahueta, le suministra un somnífero al marido. La dosis era demasiado alta y el marido ya no despertará. Acusada esta mujer por sus vecinos, morirá en la hoguera (versos 1512-1631).

Pero sus aventuras parisinas alcanzan el clímax en la cena de fin de año. El protagonista la celebra con sus amigos. Cuál no sería la sorpresa de los comensales cuando, en un pastel de carne, aparece, un dedo humano, un trozo de oreja, una uña partida... He aquí un ejemplo temprano de misoginia escatológica, que volveremos a encontrar en Cela. Vale la pena escucharlo en directo:

“En un pastis,
capolat, trit,
dom cap de dit
hi fon trobat

.....

vn cap de orella

.....

lungla y el dit
tros mig partit.”

1.647-1.683

A continuación sigue contando cómo la pastelera, con ayuda de sus dos hijas, mataban a hombres para aprovechar la carne. Con las tripas hacían salchichas, longanizas...Tan exquisito era todo, que no daban a basto para complacer a sus clientes (versos 1.726-1.731).

Roig concluye su narración comentando que los diablos ayudaban a estas mujeres en el muy pesado trabajo de matar tanto hombre. Y esta misma

morosidad que muestra para darnos a conocer el espantoso negocio que habían montado en torno a carne humana, la empleará para relatarnos el castigo y martirio de las malvadas (versos 1732-1743). Es difícil decidir cuándo el autor de *l'Espill* muestra más morbosidad, si en la descripción de los delitos o en el de los castigos.

Roig se muestra especialmente justiciero ante estos. Veremos como, el gerifalte del bandolerismo catalán, cuando se entera que su esposa ha atentado contra él, se quita la correa y le propina una buena cantidad de latigazos. Y los garrotazos son aplaudidos, por nuestro autor, con especial calor, cuando los da un marido joven a su anciana esposa, que ha tenido la imperdonable indecencia de intentar apurar los goces de la vida. Este último tema es tratado con significativa coincidencia, tanto por Talavera como por Roig.

Sigo creyendo que, lo más significativo de *l'Espill*, es la barahúnda de maldades femeninas que es capaz de acumular, sin ninguna concesión a la lógica ni a la realidad. Pero tampoco es desdeñable, como característica significativa de la obra, la brutalidad que estoy remarcando. Esta se concreta, tanto en los pequeños detalles, siempre truculentos, con que adereza sus relatos, como en el léxico escogido, enfatizado por las figuras retóricas empleadas. Ello se hace patente a lo largo del capítulo que acabo de comentar. Así, la hermosa burguesa que quiso seducirlo, y mató al marido, fue “socarrada / ffins tot fos çendra”. Emplea el verbo “socarrar”, mucho más plástico que “quemar” y aun le añade el pleonasma “hasta que todo se convirtió en ceniza”. Similares expresiones emplea para narrar la tortura infligida a Sibila de Fortiá, o a la hostelera que, recién llegado nuestro protagonista a París, había matado a su padre para robarle. El castigo, para la última, consiste en lanzarla al agua, metida, desnuda, en un tonel; le dan, como compañía, una serpiente, un mono y un gallo viejo (versos 1418-26). Curiosos detalles que consiguen una intensificación expresiva de clarísima raigambre española. Pero, en el caso de Roig, dedicado a castigar a mujeres y sólo a mujeres, invita a asomarse a la trastienda de sus brillantes formas estilísticas, por ver si esconden algo más que arte literario, cosa que haré inmediatamente.

Para terminar de comentar la perspectiva, truculentamente sexista que Roig transmite, cito los versos con que pone fin a este capítulo, donde quiere mostrar su admiración por Francia. Reparemos en el contraste entre los hombres pacíficos que describe -suaves, llega a decir- y la malignidad de las mujeres a las que, estos “suaves” hombres, no tenían más remedio que ahorcar. Eran tantas las mujeres culpables, que llegaban a formar, al colgarlas, “racimos”. Resulta enternecedor comparar el campo semántico de los adjetivos que dedica a los hombres, y la metáfora -”racimos”- que dedica a las mujeres:

“may uiu diuis,
bandoleiar,
homens prou richs
he paçífics,

suaus, benignes;
dones malignes,
moltes veguades
viu condempnades”

1.751-1.758

El *segundo libro* lleva como subtítulo “De quan vaig ser casat” y, en efecto, trata de sus cuatro matrimonios. Su nuevo estado es aprovechado, por el autor, para seguir su irracional ataque contra las mujeres. La brutalidad se mantiene al mismo nivel que en el primer libro, pero la intimidad física y la peculiar psicología que las relaciones matrimoniales conllevan, da lugar a que Roig se muestre más violento y escatológico, si es que ello es posible. Algunos críticos consideran a esta parte, el núcleo de la obra.

En esta etapa de la narración, el protagonista está ya de vuelta en Valencia, después de haberse hecho rico con el botín ganado en las contiendas entre ingleses y franceses, en episodios de la guerra de “los cien años”. En concreto, su riqueza proviene del rescate de una duquesa que el rey francés le había concedido, como pago a su valioso y valeroso comportamiento en

el campo de batalla. Y es con esta limpia y honrosa fortuna, con la que comienza su vida de casado. Como no podía ser de otra manera, su primera esposa le engaña con la dote, le hace la vida imposible con sus caprichos y le atormenta con sus malos humores. Mientras él, esposo paciente y generoso, la cubre de regalos y mimos. Las relaciones de cama son el corolario de esta situación. Al enamorado esposo, la esposa le recuerda un cochinitillo gruñón:

“Porçell grunyent
tota la nit,
era en lo llit.”

2.354-2.356

Pero, cuando el cálido y expresivo verbo de Roig alcanza toda su magnificencia, es cuando se lanza a darnos detalles sobre estas relaciones. Ahora sí que el lenguaje se vuelve, todo él, sutileza, metáfora y eufemismo. A los ronquidos ya señalados, hay que añadir orines pudriendo el colchón y apestosos paños de la menstruación, abandonados en cualquier parte, con un descuido y dejadez, por parte de la esposa, realmente impresionante. Veamos cómo es el entrañable marco que describe para los recién casados:

“Souint al llit

se orinaua
he freseçiaua
(tant y souint
lo llit podrint).
Dalre podia
quant li uenia
son ordinari”

2.378-2.386

Si en el *Libro Primero* hemos visto, sobre todo, maldad y crueldad en las mujeres, ahora las vemos fallar en las sacrosantas obligaciones maternas y en las cotidianas de ama de casa. El segundo matrimonio es con una beata a la que descubre vicios repugnantes. El tercero, con una viuda que le en-

gaña en todos los aspectos imaginables. Pero me voy a detener en el cuarto casamiento, en el momento que consigue, nuestro narrador, ser padre.

ALEGATO ANTIMONJIL

Su nueva esposa se había criado en un convento de monjas y, uno de los poquísimos razonamientos lógicos que encontramos en *l'Espill* - aunque implícito- es que, realmente, un convento no es la mejor escuela para el matrimonio. Pero lo que tampoco era de esperar es que, a partir del relato de estas relaciones matrimoniales y de la prematura muerte del hijo por los inadecuados cuidados que la esposa dedica al recién nacido, Roig lleve a cabo “una crudísima descripción de vicios, maldades y lascivias de las monjas, con anécdotas picantes y escabrosas, de forma que no se salva ninguna”. Otra vez el brillante estilo, la portentosa imaginación y el sentido dramático que este autor posee, en grado envidiable, se pone al servicio de la más insidiosa de las demoliciones morales contra las religiosas.

Este alegato está estructurado en varias partes. Primero hace una especie de introducción, ambientándonos en la vida del convento y mostrándonos las actividades de estas, vacías de cualquier sentido espiritual y llenas de hipocresía y falsedad. La vivacidad del estilo de Roig hace la descripción amena y plástica. Por ejemplo, nos cuenta que, cuando las monjas eligen Abadesa, votan a la más ineficaz, para que no coarte la libertad de la comunidad. Pero si alguna resulta ser cumplidora, el insulto, en la forma más tradicional del estilo valenciano, no se hace esperar:

“sempre li dien
vella merdosa”

Y este es el tono que mantiene en el relato, entre la chabacanería y el gracejo. Pero donde el relato alcanza otra especie de “clímax” es en la segunda parte, donde el lector, ya metido en la harina de la depravación de

las monjas, va a asistir a cinco historietas que tienen en común los esfuerzos de algunas de ellas por seducir a los hombres que tienen a su alcance: el confesor, el médico...La tretas de las monjas en absoluto responden a artes de seducción más o menos refinados. Muy al contrario, Roig marca un contraste supremo entre la impudicia de las religiosas y su condición de célibes.

Me voy a detener en la narración que protagoniza un joven galán que, al caer en la cuenta que está flirteando con una “virgen del Señor”, se bate en retirada, porque no quiere “hacer cornudo” al mismísimo Dios:

“¿Donchs, per marit
-dix- Deu teniu?
¿he yo, catiu,
ha mon Senyor
sere traydor,
ffent lo cornut?”

5.683-5.687

La tercera fase de este alegato anticlerical en versión monjil, está dedicada a especificar los consejos que diferentes monjas, ya veteranas en el oficio, le dan a la joven novicia que acabaría siendo la cuarta esposa del protagonista de *l'Espill*, y que es la que relata esta parte de la obra. Los consejos contienen toda clase de enredos en torno a la vida sexual femenina. Y abordan, desde cómo provocar un aborto, hasta cómo manejar al marido.

Muchas y sabrosas reflexiones pueden provocar estas desvergonzadas historietas del prestigioso médico valenciano. Creo que, en primer lugar, debemos de tener en cuenta que, por los años que Roig escribía, ya se habían creado las circunstancias objetivas que, en el siglo siguiente, llevarían a la Iglesia Católica a celebrar el Concilio de Trento (1.545-1563). Y si en este concilio había que tratar muchos temas que, la realidad de la Iglesia y la Reforma Protestante, había puesto sobre el tapete, no cabe duda que, uno de los asuntos vertebrales, era el que atendía a la disciplina de clérigos y religiosos. Sin salirnos del ámbito literario, tenemos la cántiga de

los “Clérigos de Talavera” del Arcipreste de Hita, testimonio perfecto de esta realidad social. Y no cabe duda que un fondo de verdad había en lo que Roig describe, sin olvidar que el tema de los “galanes de monjas” fue tratado por otros escritores. Quevedo hace una brillante descripción sobre ellos en la “Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos”.

Por otro lado, ya sabemos que en su vida se dan circunstancias por las que podría tener un buen conocimiento del ambiente. Dos hijas suyas -como sabemos- eran religiosas, y él mismo era benefactor y protector del convento de la Trinidad. Más aun. La reina María lo nombró administrador de las obras que ella patrocinó para mejorar este monasterio; y el propio poeta se comprometió a pagar a un equipo de médicos que atendiera a las monjas de esta comunidad.

La primera cuestión que se plantea es cómo compaginar esta doble función del autor de *l'Espill*, entre benefactor y demoledor de las monjas, ambas tareas tomadas tan a pecho como hemos visto. En nombre de la lógica más simple, cabría preguntarse que, si era cierto que las monjas se comportaban como él describe, y motivos tenía para saberlo, por qué se complacía en amparar tanta hipocresía.

Si nos lo tomamos como una parodia jocosa, lo que salta a la vista es el humor, tan intensamente burdo, escogido para el caso, y que, aun dejando de lado la imagen de obseso sexual que da, es imposible no ver una contradicción con la persona culta que, en principio, era En Jaume. Supongo que es por estas razones por lo que Vidal Alcover, en su análisis del *l'Espill*, decide que sólo en clave de humor llega a tener sentido esta obra. Pero, a mi entender, si a los aspectos escatológicos señalados en el “Libro Primero”, añadimos la descripción morosa de la lascivia de las monjas y el ambiente de libertinaje, tan plásticamente conseguido en esta segunda parte de la obra, tendremos datos que deberían conducirnos a pensar en una personalidad claramente conflictiva, como origen probable de visión tan peculiar.

La dicotomía que señalé al principio, como característica importante de la obra, y que, a pesar de los méritos literarios, le confiere el aire infantil

de buenos y malos, adquiere en estas escenas toda su fuerza. Ni uno de los caballeros se deja seducir por las monjas, mientras las pobres mujeres, ahí quedan con sus furores uterinos.

El *libro tercero* lleva por subtítulo “La lección de Salomón” y constituye una interminable perorata, donde, de nuevo, aparecen los más conocidos y repetidos lugares comunes de la misoginia medieval. Como advierte Martín de Riquer, Roig recoge esta tradición, remontándose hasta el *Adversus Iovinianum de San Jerónimo*. Pero nuestro autor, con los ejemplos que añade por su cuenta, y sus agudas y maliciosas observaciones, renueva con destreza el tópico.¹⁰¹

El punto de partida no podía ser menos que la legendaria sabiduría de Salomón, que, para el tema que nos ocupa, se ancla en el cuantitativo dato de que disfrutó de setecientas esposas y más de trescientas concubinas. “Y ni una de ellas fue buena”, y ahí está Roig para atestiguarlo. Lo decisivo es que esta penúltima parte de *l’Espill*, es un mucho más de lo mismo. Joan Fuster recuerda que el fabuloso personaje bíblico fue, en realidad, uno de los misóginos más insignes y duros que registra la historia y, dada su fama de sabio por antonomasia dentro de la tradición judeocristiana, unido a que los libros que se le atribuyen formaban parte de las Escrituras oficiales, constituía una ayuda notable para los detractores de las mujeres. Y un enemigo difícil de atacar por parte de sus defensores. En manos de Roig, concluye Fuster, la diatriba de Salomón, que ocupa decenas de versos, pretende ser implacable.

El *libro cuarto* y último de *l’Espill* se subtitula “De la viudedad” y encierra una gran lección y una gran sorpresa. Por un lado, nos encontramos al protagonista de *l’Espill* hecho un auténtico asceta. La lección de Salomón había hecho su efecto porque, según atestigua el protagonista, resultó ser práctica para la vida. Siguiendo al sabio, nuestro hombre prescinde de toda compañía femenina y, rodeado de sirvientes varones, recobra el equilibrio y la tranquilidad. Esta es la gran lección. No obstante, el narrador toma otras medidas para conservar su salud física y mental. Cada día cava un rato en el huerto, vive espartanamente, es devoto de la Virgen a cuya cofradía de la Catedral pertenece...

101. RIQUER, Martín de *Op.cit.* p. 235.

La gran sorpresa viene cuando, hacia el final del libro y en un nuevo alarde de irracionalidad, se compadece del sexo femenino. Y la extraña manera de mostrar su benevolencia consiste en hacer un inconmensurable elogio de su esposa ya fallecida, no sin antes proclamar que ella - y sólo ella- se escapa de la miseria femenina. Eso sí. A él le cupo la inaudita suerte de que fuera su cónyuge. Y tantas eran sus virtudes que, a punto de finalizar el libro, cae en la cuenta que éstas -al ser tantas- son suficientes como para reconciliarle con el resto del género:

“huna llohable,
sola famosa
he fructuosa,
ben coneguda
dona tenguda
per prous, valent”

16.060-16.065

A partir de aquí, compone una auténtica letanía de las virtudes de su mujer. Pero la alegría dura poco en la casa del pobre. Roig, fiel a sí mismo hasta el final, a pesar de este último e inopinado giro, cierra el libro como lo empezó: Su esposa era tan extraordinaria...tan extraordinaria...que a todos parecía más hombre que mujer:

“a tots paria
la llur persona
mes hom que dona”

1.685-1.687

LA MISOGINIA DEL SIGLO XV

El hecho de que esta literatura misógina llegue con todo esplendor hasta el siglo XV, o, por ser más exacta, con esa rudeza tan poco humanística, a pesar de venir de hombres cultos, nos obliga a preguntarnos -o al menos

me obliga a mí a preguntar- cuáles son las verdaderas causas de estos posicionamientos. Y creo que para hurgar en estas causas, la figura de Roig encierra un interés especial. Ya hemos visto que todo en su biografía apunta a que lo consideremos como ciudadano intachable, profesional y familiarmente. Lo acabamos de oír encomiando las virtudes de la esposa muerta. No es célibe y, lo que es más importante, no está sometido a la presión de no serlo pero tener que parecerlo, como podría ser el caso de buen número de escritores misóginos.

De hecho, los exégetas de Roig se muestran escandalizados ante tanto odio a las mujeres y con tanta saña expresado. Pero la pregunta de por qué estas actitudes, queda sin respuesta. Probablemente por falta de datos sobre la vida de Roig, máxime cuando estos críticos, en general, rechazan el carácter autobiográfico de *l'Espill*. Martín Riquer hace un minucioso contraste entre los datos cronológicos que conocemos de *l'Espill* y la vida de su autor, para concluir que no es una obra autobiográfica¹⁰²; y al comprobar las semejanzas que hay entre Talavera y Roig, apunta que la intensa misoginia de ambos se debe a una circunstancia social que la propicia. J.Tiñena, igualmente, afirma que la accidentada vida del protagonista está lejísimos de la del afamado médico valenciano y afirma tajantemente que nada tienen que ver el uno con el otro¹⁰³. Miquel y Planas también rebate la idea de que *l'Espill* sea autobiográfica y afirma que “en la medida en que los investigadores han ido exhumando documentos que han permitido conocer detalles de la personalidad real de Jaume Roig, se ha visto que *El espejo* es una simple ficción novelesca, a través de la cual podemos, sin embargo, atisbar innúmeras realidades de su tiempo. Se trata de una a modo de novela de costumbres, con tendencia francamente satírica”¹⁰⁴.

Me parecen razonables estos posicionamientos. No obstante creo precipitado afirmar que *l'Espill* no es autobiográfica. Desde luego no lo es en el sentido en que no nos cuenta los hechos y anecdotario de la vida del

102. RIQUER, Martín de. *Op.cit.* p. 241-2.

103. TIÑENA, *Op.cit.* p. 24.

104. MIQUEL Y PLANAS, *Op.cit.* p. 38.

autor, pero sí lo puede ser en la medida en que, Roig, vierte en el narrador actitudes, juicios y sentimientos que, cuando menos, demuestran gustos y preferencias, si quiera sea por lo reiterativo o minucioso de algunos temas.

Ya he advertido antes que Joan Fuster nos lanza un guante cuando dice que, quizá la virulencia de Roig, es la propia del moralista, pero puede estar alimentada por algún resentimiento personal que desconocemos¹⁰⁵. Julián San Valero da un paso más allá cuando afirma que, en *l'Espill*, podemos entresacar datos que nos hablan de unas pésimas relaciones entre el protagonista y su madre, y un ambiente familiar conflictivo. San Valero apoya su aserto en tres puntos. Por un lado, Roig hace que su protagonista evite hablar de su infancia y, de hecho, declara explícitamente no querer contar algunos aspectos de su madre: “no vullc dir quals... per ser ma mare”. Por otro lado, los pocos datos familiares que el protagonista aporta, son para declarar lo infelices que fueron sus progenitores, a los que nunca vio disfrutar de la vida:

“e mai ensempe
los viü menjar
ni festejar
mai los viü riure.”

Y, por último, demuestra una cierta obsesión con el tema de su madre al que vuelve varias veces. San Valero concluye que la madre fue un “verdadero drama íntimo de nuestro joven”¹⁰⁶.

Estoy de acuerdo con el profesor San Valero, aunque yo le quitaría contundencia a sus afirmaciones, consciente de que todo lo que digamos nunca pasará de ser especulaciones. Pero, como lo que escarbemos en la personalidad de Roig nos servirá para acercarnos, no sólo a las motivaciones de su misoginia, sino a las de todos los de la cuerda, creo que vale la pena es-

105. FUSTER, Joan. *Obres Completes I, Literatura moral y expresió literària*. Barcelon. Edicions 62, 1968, p. 228.

106. SAN VALERO, Julián, *Op.cit.* pp.2-7.

peculiar, aprovechando al máximo los datos disponibles. Sobre todo, porque algunos me parecen altamente significativos. Entre ellos están las frases que, el autor de *l'Espill*, pone en boca del protagonista y que denotan dos actitudes que pueden ser elocuentes para conocer su personalidad. Por un lado, una profunda compasión por él mismo. Por otro, una exigencia hacia las mujeres para que le dediquen atención. Su desconsuelo no tiene límites cuando no lo logra. Ello se demuestra en las frases que expresan un profundo sentimiento de soledad y desamparo, y que he citado cuando he pretendido distanciar, a nuestro narrador, del pícaro tradicional.

Otro síntoma de una personalidad, al menos hasta cierto punto quebrada y conflictiva, serían las anécdotas, también citadas arriba, al resumir el contenido de *l'Espill*, y que denotan una inclinación indiscutible hacia la violencia verbal, así como el gusto por lo escatológico, en su doble acepción de acercamiento al tema de la muerte y gusto por excrementos y suciedades. A modo de ejemplo, podemos volver a traer a colación la cena, celebrada un fin de año en París, donde aparecen los exquisitos pasteles hechos con carne humana. Recordemos que la hazaña se completa con el descubrimiento de un pozo donde habían decenas de cadáveres de hombres, cuya carne iba a ser utilizada con fines gastronómicos. La última truculencia es el descuartizamiento de las malhechoras. Abunda en el mismo sentido escatológico, la meticulosidad que hemos visto cuando cuenta alguna escena de cama de su primer matrimonio, donde los detalles lúdicos y eróticos son sustituidos por los mucho más “entrañables” del orín de la esposa pudriendo el colchón, o los paños de la menstruación apestando la habitación.

Resumiendo pues los elementos que quedan patentes y reiterados en el protagonista de *l'Espill*, vemos que son, un claro sentimiento de frustración ante la madre; una actitud sumamente compleja ante las mujeres, que oscila desde exigencias de amor y sumisión, hasta un profundo rechazo, pasando por una búsqueda de amparo y cobijo. Y, por último, una no disimulada inclinación hacia la violencia y suciedades, al menos en forma verbal. Dudo mucho que, cualquier experto en conductas humanas, no

sacase jugosas consecuencias de estos datos, para referirlos, no al personaje literario, sino al creador del mismo.

Ocioso es que los que no somos profesionales en este campo, intentemos sacar conclusiones de lo dicho. Pero lo que yo sí me siento autorizada a afirmar es que no encontraremos las motivaciones finales del desprecio a las mujeres, si no tenemos en cuenta datos de la personalidad de los misóginos, de acuerdo con la ciencia actual de los comportamientos. Y, sin el menor afán profesional, me voy a permitir cierto acercamiento a la personalidad de los autores objeto de mi estudio.

Si acudimos a la doctrina sobre el comportamiento humano de uno de los más esclarecidos maestros, Sigmundo Freud, nos encontramos que, para la maduración de la personalidad, este pensador prevé fases de desarrollo, que hay que cumplir para la correcta maduración psíquica de las personas. Llama “fase oral” a la que cubre los primeros meses de la vida, caracterizada porque de la succión del pecho de la madre o del chupete o del pulgar, obtiene el niño la primera gratificación de su libido. Lo importante, para el tema que nos ocupa, es que este chupar para alimentarse constituye, según la escuela psicoanalítica, el prototipo de toda satisfacción sexual posterior. El niño desea deglutir lo que ama, y ello conduce a la destrucción del objeto amoroso. Se trata de un tipo de amor primitivo, que se termina inmediatamente después de esta fase. El problema estriba en que “ciertos adultos que no han superado la fase oral, pueden retener estos elementos destructivos en el amor de su vida adulta. Aman a sus objetos amorosos, en la medida en que pueden explotarlos, y sólo aman si se produce explotación”. El carácter que se prefigura para las personas que no superan correctamente esta fase de lactancia, son altamente significativas; sarcásticos, pesimistas, canibalistas...Y, lo que es muy importante para nuestro caso: estos sujetos viven centrados en sí mismos y creen que el mundo les debe apoyo y afecto, aunque duden conseguirlo, lo cual no los hace personas alegres, ni confiadas¹⁰⁷.

107. WOLMAN, J.J, *Teoría y sistemas contemporáneos en Psicología*. Madrid, Ed. Martínez Roca, 1960, pp. 273 y 310.

Pero para los humanos que superan correctamente la fase oral, aun quedan más obstáculos en los que poder enredarse, dando al traste con una personalidad equilibrada. Existe una tercera fase llamada “fálica” que es la que cubre entre los tres y los seis años. De manual es que, esta, se caracteriza por el “miedo a la castración”, y que, de la mala resolución de estos temores, se puede derivar un comportamiento narcisista, entreverado de seguridad propia, ostentación y agresividad, como conductas reactivas al citado miedo a la castración.

El tema no es sencillo y otros estudiosos ven las cosas de forma bien diferente. Vidal Alcover, simplifica tremendamente la cuestión al afirmar, como ya hemos comentado, que este autor escribió para divertir a un público predominantemente masculino aunque, recuerda, que si tenemos que creer a Boccaccio, también habría mujeres entre ese público, capaces de disfrutar de las mismas brutalidades que los hombres, con la ventaja de que su condición de ociosas - siempre según Boccaccio - las hacía un público más asiduo¹⁰⁸. En cualquier caso, ya sabemos que para Alcover, la única manera lógica de leer *l'Espill* es en clave de humor y, de ese modo, cualquier exageración estaría justificada, pues las bromas, cuanto más exageradas, más hacen reír. Y máxime, cree el autor, si están escritas en verso. Claro que Alcover reconoce que, para entenderlo así, hay que pensar en un público especialmente burdo y teniendo muy en cuenta el sentido utilitario y la moral de aquellos tiempos.

Seguramente habría que decirle, en primera instancia, al filólogo catalán, aquello de “en broma te las derribo y eran las muelas”, teniendo en cuenta la indefensión de las mujeres y su real marginación, precisamente en aquellos tiempos. Sin embargo pienso que es imposible negar que en el ánimo del autor existía la intencionalidad jocosa. El hecho de haber escogido la métrica de “les noves rimades” que le dan el carácter de la poesía popular festivo/crítico de las aleluyas, la acumulación de anécdotas absurdas con el inconfundible tinte de lo inverosímil, y las situaciones soeces que, sin duda, harían desternillarse a un público muy poco refinado, así lo acreditan.

108. VIDAL ALCOVER, Op.cit. pp. 225 y 234.

Pero el que una importante dosis de humor sea innegable, en absoluto anula la posibilidad de que también exista una personalidad distorsionada. Además, lo siguiente que hay que plantearse es si este humor es lícito. Para decidir este aspecto, retomo aquella cita del profesor San Valero donde afirma, en trágica enumeración, que aquella sociedad no se limitaba a crear una literatura de denostación hacia las mujeres, sino que en la vida real, “las ahorca, las lapida, las empareda, las degüella o las quema”. Y ahí están los datos históricos sobre la brujería para demostrar que este historiador tiene toda la razón.

A lo dicho al principio del capítulo, podemos añadir que, la historia de la brujería hunde sus raíces en la sociedad pagana y, en contra de lo que podría parecer, con la proximidad de la Edad Moderna no hace más que recrudecerse. R. Van Dülmen explica claramente este tema. “Dada la convicción de que los poderes superiores pueden intervenir directamente en la vida humana, la creencia en las brujas, junto con la astrología y la magia, es parte integrante de la visión fundamental del mundo de la sociedad agraria, sirviendo al mismo tiempo como explicación a las desgracias y como medio prometedor para el restablecimiento del orden y, en consecuencia, de efectos estabilizadores sobre las normas de la vida aldeana. Pero la brujería de inicios de la Edad Moderna será causa, al menos en centroeuropa, de ejecuciones masivas y, aunque se basaba sin duda en la idea tradicional sobre las brujas, revelaba un carácter fundamentalmente distinto, de índole urbana e intelectual”. Para este historiador, la nueva situación económica, debido a la economía de mercado, da lugar a serios conflictos sociales que atemorizan al poder tradicional. El recrudecimiento de la caza de brujas sería una de las maneras de aherrojar al pueblo. Van Dülmen insiste que la brujería de principios de la Edad Moderna sería la causa de un número de víctimas aún mayor que la Inquisición¹⁰⁹.

La práctica totalidad de historiadores que abordan este tema están de acuerdo en el agravamiento señalado, y también están de acuerdo en que,

109. VAN DÜLMEN, Richard. *Los Inicios de la Europa Moderna (1550-1648)*. Madrid, Siglo XXI, 1984, p. 267.

si en un principio se perseguía por igual a ambos sexos, en la época central de la persecución, que corresponde a la segunda mitad del siglo XVI, las mujeres fueron encausadas con más ahínco, mientras que en la última época se caracterizó por los procesos contra niños, mendigos y mujeres pobres y ancianas. El mismo Van Dülmen especifica que “la actitud fundamental de los cazadores de brujas era misógina. Para los autores del “*Malleus mafficarum*”(1.486-7), obra fundamental de la demonología intelectual, la mujer era mala por naturaleza, “pues duda antes de la fe, de la cual reniega también antes, lo cual es la base de la brujería”. Y este posicionamiento, siempre según Dülmen, correspondía a un principio intelectual europeo, según el cual la mujer, como símbolo de la naturaleza, la sensualidad y la sexualidad, era un obstáculo para el desarrollo intelectual del hombre”¹¹⁰. Sobre la crueldad y terror que se alcanzó, Julio Caro Baroja afirma: “Hoy vemos la lucha terminada y desde muy lejos. Es difícil que nos imaginemos con exactitud la situación”¹¹¹.

Pero para entrar de lleno en el tema que me ocupa, que consiste en dilucidar si era lícito escribir como lo hicieron Talavera y Roig, por nombrar a los misóginos objeto de mi estudio, es muy aleccionador el dato que aporta Delumeau, sobre la relación que se puede establecer entre las obras que se escriben a favor de la caza de brujas y la realidad de los procesos. Este historiador defiende que, “a finales del siglo XIV y a lo largo del XV, se incrementan los procesos de brujería y los tratados que la condenan, con una interacción de los unos sobre los otros. Porque las obras teóricas impulsan las persecuciones; pero, a la inversa, se nutren con la experiencia de los jueces. Se han contabilizado en Europa - cifras no exhaustivas, desde luego- 12 procesos de brujería llevados por tribunales de Inquisición entre 1.320 y 1.420, frente a 34 entre 1.421 y 1.486, fecha de la publicación del *Malleus*. A lo dicho antes sobre esta obra, cabe añadir, que va precedida por una bula de Inocencio VIII, uno de tantos Papas degradados pero

110. VAN DÜLMEN, *Op.cit.* pp. 270-271.

111. CARO BAROJA, Julio. *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 65.

que no tenía el menor escrúpulo en predicar virtudes. Y, por primera vez, identifica la magia popular con la herejía, lo cual tiene una consecuencia gravísima, ya que amplía poderosamente, tanto la justificación para las persecuciones, como los organismos que podían ejercerla. Pero, además, se afirma también por vez primera, y esto para mi razonamiento es decisivo, que la secta diabólica está constituida esencialmente por mujeres¹¹². Y no podemos olvidar esa especial ferocidad con que Roig insulta a las mujeres, en sus historietas inventadas, llamándolas “brujas” o “diablesas”.

Talavera y Roig son un ejemplo claro de lo que significó el siglo xv ya que, por el tema casi exclusivo que abordan -la maldad de las mujeres-, e incluso por algunos aspectos de su estilo, tienen todo que ver con la misoginia medieval que hemos visto en el capítulo anterior. O sea, significan la parte anacrónica del choque de las dos concepciones de vida que se dio en este siglo. De hecho, los podemos considerar como el broche de oro de la literatura medieval en la península, tanto más refulgente el oro, cuanto más insidioso es su ataque contra las mujeres. De ahí el dudoso honor que ostentan, desde el punto de vista que los estoy enjuiciando y que pretendo situarlos, correctamente, en el puesto que les corresponde dentro de la evolución de la ideología patriarcal. Pero, para ello, deberemos tener en cuenta lo que veremos en el siguiente capítulo. El sexismo de la sociedad no cesa y los ataques contra las mujeres no pierden peligrosidad. Pero sí cesan las formas burdas y las invectivas coléricas e histéricas que hemos visto en Talavera y Roig. No podemos hablar de ellos como gozne con las nuevas formas porque su medievalismo y su rudeza lo impiden. Los tenemos que dejar como punto final de toda una forma de denigrar a las mujeres.

Su puesto en la literatura española viene dado, sin duda, por los ya señalados méritos literarios. En Talavera sobre todo resalta la maravillosa captación del lenguaje popular, la fuerza torrencial de su léxico, el arte inimitable para llevar, a las páginas del libro, las escenas callejeras y cotidianas con vitalismo inigualable. Características estas que le acreditan como el excelente escritor ya comentado, pero también como un predicador muy a la usanza medie-

112. DELUMEAU, *Op.cit.* pp.538-540.

val. De hecho se trata de las mismas características que Joan Fuster señala como las claves del indescriptible éxito de san Vicente Ferrer, precisamente en la misma época de Alfonso Martínez de Toledo. Gracias a que se han conservado parte de estos sermones y además transcritos de dos formas, una realizada por amanuenses mientras el fraile predicaba, y otra redactada antes o después del sermón -quizá por el mismo autor- pero de forma reposada, Fuster ha podido observar cuáles fueron las técnicas de Ferrer, encaminadas a impactar en su público. Aunque en primer lugar nos señala que aquella sociedad, entre Edad Media y Renacimiento, se mantenía en perpetua, latente y activa tensión religiosa, propensa a exasperarse cuando alguno -y eran muchos- acertaba a herirle la fibra radical, Fuster no deja de reconocer que san Vicente supo explotar los recursos emotivos con una astucia retórica inigualada. El conjunto de estos datos darían, como resultado, el gran éxito del predicador valenciano. Los recursos emotivos serían los que se desprenden de una manipulación ingeniosa del idioma, unido a una gesticulación y mímica que le llevan a Fuster a afirmar -después de leídas los “sermons” transcritos por los amanuenses- que el santo valenciano era un histrión inimitable. Fuster explica y pone ejemplos de cómo Ferrer construía diálogos imitando diferentes voces, y escenificando situaciones hilarantes, por medio de la reproducción de sonidos de la vida cotidiana, como cuchicheos, ruidos de cocina, etc.¹¹³. Si recordamos fragmentos del Arcipreste veremos que, en lenguaje escrito, reúne las mismas características. Las podemos encontrar en el episodio de la mujer que perdió la gallina o en la descripción de la avaricia del sexo femenino, antes citados. Pero podríamos añadir muchos más ejemplos, como el de la mujer que perdió un huevo o el de la embriaga. Lo importante es recordar que tanto san Vicente, como el Arcipreste -los dos clérigos, los dos del siglo XV, los dos misóginos de fuste- no se sentían obligados ni a razonar ni a demostrar sus asertos. Los dos tenían una idea fija: impactar en un público casi entregado de antemano.

De Roig cabe destacar un lenguaje sabroso, con una riqueza léxica inconfundible. Me ratifico en la idea de que la forma métrica que escoge,

113. FUSTER, Joan, *Op.cit.* p. 227.

entiendo que difícilísima de mantener, lo acredita como un incomparable maestro del lenguaje, ya que a pesar de sus 16.000 versos, tetrasílabos en su mayoría, el ritmo mantenido es de una eficacia inesperada. La vivacidad y la comicidad, unidas al sentido del arte narrativo, ha hecho que se le considere, por algunos estudiosos, como la gran novela picaresca de la Valencia del siglo XV.

Siendo todo esto así, creo que aquellos críticos de nuestra literatura que se han acercado a la obra de Talavera y Roig y no se han pronunciado ante el significado y trascendencia social de sus contenidos, han dejado su labor a medias. Los expertos están de acuerdo en que, el comentario literario de un texto, exige una toma de postura ante los temas de la obra. De no hacerlo así, el necesario pulso que el crítico debe valorar entre lo que un autor literario dice, cómo lo dice, cuándo y para qué lo dice, pierde su tensión. Y este conjunto es, ni más ni menos, el arte del escribir.

Por lo que a mí respecta, creo que, el gran fiasco de estos dos escritores del “cuatrocientos” peninsular, es que abren un abismo insondable entre la realidad del sexo femenino y las descripciones que hacen del mismo. Tanto el imperativo biológico, como el orden patriarcal, han responsabilizado a las mujeres de las tareas de reproducción, cuidado y sobrevivencia de la especie. Si ellas fueran la cuarta parte de miserables que estos autores declaran -de forma reiterativa y cruel- ya hace tiempo que la especie humana hubiera estado en serio peligro de extinción y, esta vez, no por pecados ecologistas.

Los disparates acumulados en *l'Espill* y el *Corbacho*, necesariamente tienen que venir de personalidades muy concretas que los especialistas podrán determinar. El que existiera una “espesa, y vigorosa tendencia misógina en la literatura medieval”, como señala Fuster, explica sólo una parte. Los componentes sociopolíticos que pudieron dar lugar a esta corriente, ya han sido examinados en el primer capítulo. Pero si entonces apostaba por la mente andrógina del Arcipreste de Hita, como la última causa de sus actitudes benévolas y tolerantes, por la misma lógica, ahora tengo que hablar de adustez, rigidez e intolerancia hacia las flaquezas humanas, por

decirlo con palabras de J. L. Alborg¹¹⁴, complicado todo por una enfermedad actitud ante las mujeres.

114. ALBORG Juan Luis. *Op.cit.* p.444.

3. EL CANCIONERO DE BAENA.

INESPERADA FINTA AL MACHISMO IMPERANTE.

Afirmaba el profesor González Cuenca, en el primer congreso sobre el *Cancionero de Baena*, que su recopilador “actúa sometido a sus propias querencias, a las de su círculo cortesano y, por encima de todo, a las de su gran mentor el rey”¹¹⁵. Mi análisis va encaminado a examinar una circunstancia histórica del *Cancionero* que quizá ratifica esta idea. Para ello parto de la evidencia de que esta obra fue compuesta en un momento y lugar significativo para el debate que sobre la condición femenina había tenido lugar a lo largo de la Edad Media y que adquirió una especial intensificación precisamente en el siglo XV, como hemos visto en la introducción a este siglo. Este recrudescimiento se tradujo en cosas tan concretas como un mayor rigor en la persecución de brujas o la revitalización de las letanías de insultos que contra el sexo femenino se habían lanzado desde los púlpitos, los confesionarios o las obras literarias. Jean Delumeau, en su brillante ensayo *El miedo en occidente*, estudia con detenimiento este tema y concluye que fueron “las órdenes mendicantes, preocupadas por la cristianización e inquietas por la decadencia del cuerpo eclesial” las que protagonizaron el nuevo hostigamiento contra las mujeres¹¹⁶.

En cualquier caso y como acabamos de ver, es precisamente en el siglo XV cuando se escriben, en el ámbito peninsular, las dos obras más brillantes e insidiosas contra las mujeres con que cuenta nuestra literatura: *El Corbacho* del Arcipreste de Talavera, y *l'Espill* de Jaume Roig. Además, otro *Cancionero* contemporáneo del de Baena, el *de Stúñiga*, recoge en sus páginas las *Coplas fechas por Mosén Pedro Torrellas*, que consisten en una recopilación de esa letanía de tópicos medievales antifemeninos a la que

115. GONZÁLEZ CUENCA, Joaquín. “Criterios, gustos y servidumbres de un antólogo. Juan Alfonso de Baena y su cancionero”. *Actas del primer Congreso Internacional sobre el Cancionero de Baena*. Baena, Córdoba, 2001, p.191.

116. DELUMEAU, Jean., *El miedo... Op.cit.*, pp 494-533.

he aludido. Dos historiadores que se han ocupado de este tema -Ornstein y Oñate¹¹⁷- coinciden en señalar que estas obras indignaron a la Reina María, primera esposa de Juan II, y a sus damas. Pero veremos que no sólo a ellas, pues un dato significativo del *Cancionero de Baena*, para encuadrarlo en el ámbito ideológico en que se compuso, consiste en que, al menos cuatro de los poetas presentes en el *Cancionero*, son autores de sendas obras en prosa dedicadas a la defensa del sexo femenino. O sea, se trata de intelectuales que tomaron firme partido en aquella contienda.

ALGUNOS CONTENIDOS DEL CANCIONERO DE BAENA

Si me propusiera estudiar el trato que el conjunto de la recopilación hecha por Baena dispensa al género femenino, seguramente lo primero que debería dilucidar es qué se esconde tras las refinadas formas del amor cortés ya que, como repetidas veces se ha dicho, las reglas de este juego palaciego están presentes en muchas poesías del *Cancionero* que nos ocupa. Pero no es mi intención bucear en ellos y averiguar si tenía razón Cristina de Pisan cuando, en el siglo XIV, levantaba su voz denunciando la gran mentira que se escondía tras las formas convencionales del “fino amor”, afirmando: “No son las mujeres las que han hecho estos libros”¹¹⁸. Para este estudio, entiendo que hay obras más significativas que la de Baena. Mi intención, ahora, es comentar las escasas poesías que, en esta recopilación, vilipendian o critican a alguna mujer, para señalar que, a pesar de ello, estos poemas no participan de los planteamientos de la misoginia al uso e incluso mantienen posturas diametralmente opuestas a las de los detractores del sexo femenino.

Si como punto de referencia utilizamos las obras citadas de Talavera y Roig y su auténtico resumen del discurso misógino, revitalizado por

117. ORNSTEIN, “La misoginia y el feminismo en la literatura castellana”. *Revista de Filología Hispánica*, III,(1941), pp 219-232 OÑATE, M^o Pilar, *El feminismo...* *Op.cit.*

118. HUIZINGA, J., *El Otoño...* *Op.cit.* p.210.

la brillantez inusitada del arte literario de ambos, (ya decía Menéndez Pelayo que “la palma del ingenio y de la gracia más bien correspondió a los detractores que a los apologistas de las mujeres”¹¹⁹), veremos que en el *Cancionero de Baena* ninguna de las invectivas, propias del discurso misógino, tiene lugar. Encontraremos, eso sí, críticas, ironías o descalificaciones a alguna mujer, pero siempre de forma individualizada. Nunca ataques indiscriminados al género.

Así lo podemos ver en el poema número 6, perteneciente a Álvarez de Villasandino, donde el autor expresa dolor e impotencia por haberse equivocado al escoger esposa. Y aunque el sentimiento de fracaso está expresado con hondo lirismo, la idea central del poema estriba en la autocrítica que Villasandino hace de su vida pasada y del desafortunado modo que tuvo de elegir compañera. Y es precisamente este talante y esta actitud autocrítica, la que lo sitúa a años luz de los grandes misóginos de la época. Lo llamativo, si lo leemos desde estos presupuestos, es que, no sólo en ningún momento culpabiliza a la esposa, sino que, a lo largo de los cincuenta y seis versos que componen el poema, hace un auténtico ejercicio de humildad que queda bien plasmado en el refrán que escoge para cerrar la primera estrofa:

“Amansar debe su saña
quien por sí mesmo se engaña”

En otras ocasiones el mismo Villasandino adopta posturas tradicionales en el sentido que emplea los tonos admonitorios propios de los caballeros en males de adoctrinar a mujeres. Así ocurre en el poema número 100 en el que tacha a Catalina de frívola, alcahueta, bebedora y, sobre todo, de casquivana y lujuriosa. Las dotes poéticas de Villasandino, sirven para dar plasticidad a la crítica:

119. MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. Prólogo al *Libro de las virtuosas è claras mujeres de don Álvaro de Luna*. Sociedad de bibliófilos españoles, Madrid, 1941.

“... el tu nido es tan seguido
que non cría telarañas”

Sin embargo, a pesar de abordar el tema de la sexualidad femenina incontrolada, que fue uno de los temas recurrentes en las homilias, y de hacer una dura descalificación de Catalina por la vida desbocada que lleva, Villasandino sigue alejado de los enfoques misóginos ya que sus críticas van encaminadas a la conducta de una mujer concreta que merece su reprobación, pero no hace condenas ni del género ni, menos aun, del sexo.

Y con esto llegamos a otro tema fundamental para la retroalimentación del discurso misógino: la lujuria femenina. O, dicho de otra manera, la lujuria masculina dispuesta a abolir el oscuro objeto del deseo. Y es que sin tener en cuenta el miedo al sexo, nada podemos entender de esta mentalidad. Y es aquí donde el *Cancionero de Baena* toma mayor distancia de dicha ideología. Vamos a encontrar, en sus poesías, desde el léxico más descarnado, vulgar y fisiológico para describir la actividad sexual, hasta las metáforas más hermosas, atractivas y jugosas dedicadas al mismo tema. En cualquiera de los casos, el sexo escapa indemne.

En la poesía 104, según cuenta la rúbrica que la encabeza, Villasandino cumple el encargo que recibe de otro caballero, de “afear e deshorrar” a una dueña que había rechazado los requerimientos amorosos de éste último. Sin duda este poema, caracterizado por estar absolutamente despojado de eufemismos a la hora de describir o mencionar cualquier cosa que se relacione con el sexo, ha sido uno de los principales responsables de que el *Cancionero de Baena* sea calificado de soez y obsceno en más de una ocasión. Su autor, tan afecto en otras ocasiones al *gay trinar*, esta vez ha eliminado, de su pluma, cualquier elaboración estilística. Al pan, pan y al vino, vino. Pero para situarnos adecuadamente ante tanta desenvoltura, debemos recordar lo que los historiadores nos dicen sobre la rudeza con que se desarrollaba la vida erótica en estos siglos, aun entre las clases superiores, y la franqueza y espontaneidad con que se abordaba la actividad sexual. Lógicamente estas maneras tuvieron su repercusión en la literatura, dando lugar a lo que se ha deno-

minado *estilo epitalámico* o, como una rama de éste, el *género cómico-erótico*. Dutton y González Cuenca optan por la clasificación “porno-grotesca” para otra poesía de léxico equivalente¹²⁰. De cualquier forma que se quiera denominar, la poesía que nos ocupa, concebida “a manera de difamación” de la dama esquiva, puede considerarse una verdadera joya del género. Pues más allá de intenciones manifiestas, lo cierto es que la poesía está anegada por la irrefrenable atracción biológica, sin mezcla de romanticismo alguno, que el caballero muestra por la dama. Aunque también podemos pensar que, en resumidas cuentas, la composición es un desafío que se hace Villasandino con él mismo, para ver hasta donde alcanza su desenfado y atrevimiento. Para dilucidar esto, bástenos leer los cuatro primeros versos donde tenemos todos los datos para decidir sobre el contenido y el estilo:

“Señora, pues que non puedo
abrevar el mi carajo
en ese vuestro lavajo,
por demás es mi denuedo.”

El problema del caballero consiste, pues, en que no puede conseguir los favores de la dama. Pero el sexo, como tal, no sólo queda al margen de cualquier descalificación, por mucho que la rudeza de las formas puedan darnos, en primera lectura, una sensación de desprecio, sino que irrumpe en el contenido del poema con todos sus fueros. Son las últimas manifestaciones de una manera de abordar el tema que, salvando diferencias, no se retomará hasta la revolución sexual consumada en nuestros días.

Siguiendo con el *Cancionero* y contrastando fuertemente con la crudeza léxica del poema recién comentado, encontraremos, entre las poesías de Fray Diego de Valencia, el poema 505. Se trata de la magnífica alegoría a la que antes hacía referencia, dedicada a describir el placer sexual. Menéndez y Pelayo no duda en calificarla como la mejor composición erótica de la

120. DUTTON, Brian y GONZÁLEZ CUENCA, Joaquín. *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*. Madrid, Visor, p.639.

recopilación de Baena¹²¹. Desde mi punto de vista lo que llama la atención es la apuesta a favor del placer por el placer, con todo lo que ello supone de alegría del vivir y valoración positiva del sexo. Y este posicionamiento sí que significa situarse en las antípodas del pensamiento misógino.

También en Fray Diego de Valencia, encontramos la poesía 499 dirigida “contra una muger de León [Teresa] que era mala e puta” según reza el epígrafe. Pero a pesar de esta contundencia, a lo largo de la poesía encontraremos un curioso trenzado de descalificaciones y elogios. Por un lado, la “gran puta natural” como es calificada Teresa, se nos presenta como una persona de poca textura moral: mentirosa, desleal... Sin embargo, por otro lado, se describe como una mujer generosa con su cuerpo y su dinero y atenta y servicial con sus clientes:

“El tu cuerpo non se niega
a cualquier que te lo pide;
.....
que le tú das mucho presta,
sin tomar muy grant cabdal.”

Otro religioso, Fray Lope del Monte, compone una poesía, la 349, para responder a dos damas que le piden consejo sobre el mal comportamiento de sus maridos. Uno es lujurioso, el otro es un déspota que maltrata a su esposa. En opinión de Fray Lope, por muy aborrecible que sea el de conducta violenta, al que califica duramente -“Vida es desvariada la de escarnidores,/ toda es locura seca, sin virtud”- peor es el lujurioso ya que no tiene remedio. Recurre a un refrán para razonar su respuesta: “...tornado en ávito [la lujuria], non puede enmendar / ca el coraçón tiene todo carnal”. Pero lo más curioso de este poema es que el autor confiesa que, antes de responder a las damas, se asesora en los libros de moral que la iglesia tenía de forma oficial u oficiosa. Cita el *Decreto* que, desde el siglo

121. MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. *Antología de poetas líricos castellanos*. Madrid, Biblioteca Clásica, 1909, p.383.

XII y casi hasta nuestros días, ha sido la fuente del Derecho de la iglesia. También cita las *Sentencias* que recopila pensamientos de los Padres de la Iglesia y el *Coletio*, otra recopilación de leyes. Ninguna de estas obras tiene una postura neutral ante los sexos. Antes bien, todas exhiben una marcada doble moral de la que se beneficia, con creces, el sexo masculino. La obligada sumisión de la esposa es uno de los temas recurrentes. Sin embargo, el autor de esta poesía, escuchando atentamente a las mujeres que le han buscado como consejero, mantiene una línea de sentido común y realismo, enjuiciando los problemas que le plantean desde un punto de vista humano que nada tiene que ver con los estereotipos misóginos eclesiales.

POETAS DEFENSORES DE LA FEMINEIDAD

Entre los poetas presentes en las páginas del *Cancionero de Baena* hay dos nombres emblemáticos por lo que a la defensa de las mujeres se refiere: Juan Rodríguez de Padrón y Suero de Ribera. Pero también Juan de Mena se alinea con estos en su *Proemio* a la obra de don Álvaro de Luna titulada *Libro de las virtuosas e claras mujeres*. Como sabemos, el todopoderoso Condestable de Juan II, figura señera en el momento en que tienen lugar los episodios que estamos comentando, no está entre los poetas escogidos por Baena. Sin embargo, los editores Dutton y González Cuenca lo han incluido en el Suplemento con que cierran el *Cancionero*, por considerarlo poeta muy próximo a la obra que nos ocupa. Y ya vemos, por el título de su obra, que también tomó firme partido en la contienda sobre los sexos.

JUAN RODRÍGUEZ DEL PADRÓN (O DE LA CÁMARA)

Es quizá la figura más significativa en cuanto al debate sobre la condición femenina. Pilar Oñate en su obra *El feminismo en la literatura española* (1938) lo llega a calificar de “exaltado feminista” ya que, según esta au-

tora, es el único pensador que reivindica, para las mujeres, el derecho a la instrucción, tema entonces ignorado por el resto de pensadores¹²². Su presencia en el *Cancionero de Baena* es mínima, pero, en sus dos brevísimas poesías, deja entrever tanto un carácter apasionado, como la vida aventurera e insólita que llevó, incluido un destierro de la Corte, quizá por un amor “políticamente incorrecto”. Vida de “interés dramático” en opinión de M. Pelayo y que “está por encima de sus insípidas canciones”¹²³. A pesar de todo, la poesía 470 es una sentidísima despedida de su esposa cuando, según la rúbrica, Juan Rodríguez de Padrón “se fue meter fraire a Jerusalén”. Hay una segunda y muy breve poesía, la 470 bis, donde con la misma fuerza lírica, proclama inquebrantable fidelidad a la esposa que, paradójicamente, está a punto de abandonar.

Antes de esta decisión, y por los mismos años en que fue recopilado el *Cancionero de Baena*, Rodríguez del Padrón escribió *Triunfo de las donas*, denodada defensa del sexo femenino, como hemos oído a Oñate, en medio del recrudescimiento misógino del siglo XV. Padrón califica de “cuestión odiosa” aquella que plantea “qual sea, la muger o el hombre, más noble o de más exçelencia”. Su razonamiento parte de palabras del “maldicente et vituperoso Covarcho, ofensor del valor de las donas”. En contraposición, Padrón esgrime “cuatro naturales razones” por las que las mujeres merecen “mayor afección” que el varón, todas ellas basadas en la dignidad y débitos que se derivan de la función materna¹²⁴.

SUERO DE RIBERA

El poeta Fernán Pérez de Guzmán, autor de varias poesías de tema amoroso/cortesano recogidas por Baena, se muestra especialmente hiperbólico y

122. OÑATE, M^a Pilar, *Ibid.*, 47.

123. MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. *Prólogo...* *Op.cit.* p. VII.

124. RODRÍGUEZ DE PADRÓN, J. *Obras Completas*, Madrid, Editora Nacional, 1982, pp. 213 y 216.

desmesurado a la hora de cantar las gracias de una amiga (poesía 573). Tal es su exageración que provoca la respuesta de tres poetas, entre ellas la de Suero de Ribera, el cual, entre sentencias e ironías, desmonta los fervores de Pérez de Guzmán. Pero lo que le ha concedido su título de poeta comprometido en la defensa del género femenino, es la poesía contenida en el *Cancionero de Lope de Stúñiga* titulada *Respuesta de Suero de Ribera en definsion de las donas* y que fue provocada por otra composición presente en el mismo *Cancionero: Coplas fechas por mosén Pedro de Torrellas, de las calidades de las donas*.

La poesía de Torrellas se limita a reproducir la machacona cantinela de defectos que, a lo largo de la Edad Media, se acuñó contra las mujeres y que, como he indicado, se había institucionalizado, con mayor ahínco, en el cuatrocientos europeo. La acusación de avariciosas, hipócritas, mentirosas, inconstantes, frívolas, fatuas, imprudentes... vertebró la trillada inspiración de Torrellas¹²⁵ que, a su vez, hace de precedente de nuestro Arcipreste de Talavera. La contestación de Suero de Ribera, al igual que hemos visto en la poesía que de él recopiló Baena, es un ejercicio de sentido común y lógica. Empieza por mostrar su incomprensión ante los hombres de linaje y prosapia que se atreven a formular tales descalificaciones “Non por vía de iusticia / Mas con sobra de malicia”. Les recuerda que son los hombres los que fijan las pautas sociales: “Sy complasen nuestro modo, / Nosotros somos en todo / La causa de acçidente”, adelantándose dos siglos al sabio razonamiento de sor Inés de la Cruz, para terminar con una enérgica maldición, no sólo de los detractores, sino también de los neutrales que no se mojan en la reyerta: “Mal haya quien mal dixiere, /Y también el que lo oyere/ si non responde por ellas”¹²⁶.

125. Coplas fechas por Mosén Pedro Torrellas, de las calidades de las donas, *Cancionero de Lope de Stúñiga*, Madrid, 1872, pp 395-399.

126. Respuesta de Suero de Ribera en definsion de las donas. *Cancionero de ... Op.cit* pp 400-402.

Su presencia en el *Cancionero de Baena* es irrelevante para mi análisis, pero, en principio, pertenece al grupo de poetas que, en alguna obra en prosa, asumieron la tarea de defensor de las mujeres. Y digo “en principio” porque las líneas que Mena dedica al tema -el Proemio al *Libro de las virtuosas y claras mujeres* de don Álvaro de Luna- tienen, como propósito primordial, halagar y elogiar al, en aquel momento, todopoderoso Condestable. En ningún momento se propone profundizar -como hacen los otros poetas aquí comentados- en las razones o sinrazones del debate que sobre el sexo femenino tenía lugar. Opta -con un gesto tradicionalmente masculino- por asumir la representación de las damas para, en su nombre, agradecerle a don Álvaro el libro, “que tan sabiamente defiende la honrra de las mujeres, é tan templadamente castiga el desenfrenado maldecir de los hombres”¹²⁷.

DON ÁLVARO DE LUNA

Don Álvaro, además de su intensa actividad política ya sabemos que era hombre de letras, muy de acuerdo con el paradigma de caballero/cortesano que se iba institucionalizando como precedente del Renacimiento. Pero, como señala don Marcelino Menéndez Pelayo, el Condestable, “apenas citado hasta ahora como escritor más que por insignificantes composiciones poéticas, ha sido olvidado como autor de su obra en prosa, *Libro de las virtuosas y claras mujeres*, perteneciente al grupo muy numeroso de libros compuestos, ya en loor, ya en vituperio del sexo femenino”. Y don Marcelino, aunque reconoce, como ya cité arriba, que la palma del ingenio y de la gracia más bien correspondió a los detractores que a los apologistas de las mujeres, alaba la obra de don Álvaro por haber evitado las ampulósidades latinizantes tan en boga en la época, y porque su estilo, “con tener

127. Juan de Mena, Proemio al Libro de don Álvaro de Luna, *Ibid.*, p. 6.

mucho de retórico, participa todavía más del decir suelto y apacible de la conversación culta, y nos da el mejor trasunto de la urbanidad palaciana del siglo XV¹²⁸(16). En cuanto a la condición femenina, el Condestable, fuertemente influenciado por el *De claris mulieribus* de Boccaccio, proclama la igualdad entre los sexos a través de la vida de santas y de mujeres ilustres.

CONCLUSIONES

Seguramente la única conclusión lícita a sacar es que en las páginas del *Cancionero de Baena* no queda reflejado el debate que sobre las mujeres tuvo lugar, de forma singular, en aquel lugar y en aquel momento. Pero si damos por buena la tesis de González Cuenca, citada al principio de la ponencia, y añadimos la de José Labrador, también defendida en el Congreso de 1999 sobre este Cancionero, y que formula de la siguiente forma: “Juan Alfonso se propuso, además de otros objetivos, entretener tanto al rey y a sus hombres como a la reina, sus damas y sus doncellas, cuyos gustos cortesanos conocería y tendría muy en cuenta mientras juntaba y seleccionaba el contenido de su obra”¹²⁹ (17), podemos elucubrar que en la corte de Juan II existió un ambiente proclive a la defensa de las mujeres, y tendríamos otro argumento para apoyar la idea sobre el descontento creado entre la reina María y sus damas, por el *Corbacho* del Arcipreste de Talavera y las poesías de Torrellas.

Por otra parte creo que, teniendo en cuenta los datos aportados, resulta inútil intentar justificar la mentalidad misógina por condicionantes del momento histórico. En la misma época y con diferentes o similares circunstancias sociales, siempre podremos encontrar personas con puntos de vista diferentes sobre la cuestión. Los nada tibios posicionamientos de Rodríguez de Padrón, de Suero de Ribera o de Álvaro de Luna, así lo atestiguan.

128. MENÉNDEZ y PELAYO, Marcelino. *Prólogo...Op-cit.* pp.X-XI.

129. LABRADOR, José., *Actas Iº Congreso...Op-cit.*, p. 215.

Finalmente aclaro que el título de este capítulo se debe a que, después de haber estudiado detenidamente las obras citadas del Arcipreste de Talavera y de Jaume Roig, pienso que por maravillosos que sean sus logros formales -y lo son-, sus obras quedan lastradas por la cansina repetición de las descalificaciones de las mujeres, por el insondable abismo que abren entre la realidad de éstas y la visión que transmiten y por sus aburridas actitudes de imperturbables acusadores.

4. JUAN LUIS VIVES Y FRAY LUIS DE LEÓN.

INTELIGENCIA Y COMEDIMIENTO AL SERVICIO DEL PODER

Las palabras Renacimiento y Humanismo suenan en nuestros oídos, y con razón, como las que abren el cofre de las maravillas de una nueva etapa en occidente, las que dan paso a la Edad Moderna, las que significan raciocinio y progreso y, en definitiva, las que hicieron posible el avance científico y técnico que, a fuer de inconmensurable, ya nos ha dejado sin capacidad de asombro. Hauser en su ya clásico ensayo “Historia social de la literatura y el arte”, afirma: “El Renacimiento pleno fue de corta duración. No floreció más de veinte años...(pero) el rigorismo formal del Renacimiento en su esplendor ha continuado siendo ciertamente para las generaciones posteriores una continúa seducción”¹³⁰. Alborg en su historia de la literatura es igual de expresivo: “...el hombre del Renacimiento...trató de hacer el mundo confortable y bello... Ninguna otra época de la historia ha ofrecido un ejemplo de plenitud, de energía, de audacia creadora, de anhelo de vivir, como el que dieron los hombres de aquel tiempo”¹³¹.

En España hay que tener en cuenta algunas características que la diferencian de Europa. Dámaso Alonso lo explica con exactitud por lo que a la literatura se refiere: “...lo diferencialmente español en literatura es esto: que nuestro Renacimiento y nuestro Post-renacimiento barroco son una conjunción de lo medieval hispánico y de lo renacentista y barroco europeo. España no se vuelve de espaldas a lo medieval al llegar al siglo XVI, sino que sin cerrarse a los influjos del momento, continúa la tradición de la Edad Media. Esta es la gran originalidad de España y de la literatura española, su gran secreto y la clave de su fuerza y de su desasosiego íntimo”¹³². Y esto que Dámaso Alonso anuncia, al menos en parte lo encontraremos en dos autores que tratan largamente el tema de la condición femenina.

130. HAUSER, Arnold. *Op-cit-* p.87.

131. ALBORG, Juan Luis. *Op.cit.* p.619.

132. ALONSO, Dámaso, *Op.cit.* p.617.

Luis Vives en dos de sus obras, *Instituto foeminae christianae* y *De officio mariti*. Fray Luis de León en *La perfecta casada*. Ambos nos van a mostrar qué esconden las míticas palabras Renacimiento y Humanismo para el sexo femenino, porque ambos, cada uno con las peculiaridades que veremos al analizar sus textos, son la respuesta a una nueva situación que atañe, y muy seriamente, a la suerte de las mujeres.

Tan seriamente que creo necesario, para zambullirnos de lleno en estas obras y acercarnos a su verdadero significado, tener en cuenta la realidad socioeconómica que se dio en el siglo XVI y las características que los historiadores han fijado para esta época. Una de ella es el establecimiento de una nueva reglamentación de las relaciones sociales que determinaron una sociedad cada vez más jerarquizada, reforzándose la separación de campesinos, burgueses y nobles, como producto de la diferenciación social resultante del naciente Estado Moderno y el desarrollo de la economía de mercado que, por primera vez, adjudicó a cada estamento un papel claramente definido¹³³.

Otra característica es que, la idea de educación, va adquiriendo identidad. Un paso, que con el tiempo sería decisivo, fue que el saber, en la Edad Media monopolizado por el clero, pasaría a estar a disposición de todas las capas del pueblo. Se dio una “revolución cultural” que dio lugar a un notable auge de alfabetización, que no hay que magnificar en su extensión, pero que supuso el primer paso para la creación del sistema educativo.

Una de las facetas de los inicios de la sociedad moderna es una reorganización de la “casa”, sometiendo por vez primera a normas estrictas, tanto a las familias nobles como a las burguesas y campesinas. Las relaciones entre los miembros de la familia fueron quedando fuertemente jerarquizadas, de tal forma que los hogares se convirtieron “en principios ordenadores de la sociedad, complementarios e interdependientes, por medio de los cuales se habría de reconducir -en beneficio de los señores- a un orden armónico el mundo del XVI caído en desorden.”¹³⁴

133. VAN DÜLMEN, Richard, *Op.cit.* p. 5.

134. *Ibid.* p. 6.

De esta forma se fue consolidando una familia ya muy cercana a la nuclear, cuyo rasgo esencial sería el ilimitado poder del cabeza de familia -el “pater familias”- al que debían obediencia esposa, hijos y sivientes. Esto crea una nueva situación para la mujer, la cual “podía, en general, gobernar “libremente” dentro de la vida doméstica pero que en realidad se hallaba totalmente sometida al marido, sin cuya autorización no podía efectuar negocios jurídicos”¹³⁵. Con la consolidación de la autoridad del marido en el siglo XVI, y aun más en el XVII, la situación jurídica de las mujeres empeoró. Pero también empeoró lo que podemos llamar vida cotidiana, ya que, por un lado, esta nueva familia comportaba una moral en algunos aspectos nueva y que empujaba a la mujer a la sumisión. Por otro, el ámbito de trabajo de ambos sexos quedó separado drásticamente y también la nueva moral dictaminaba el encierro del sexo femenino en el hogar. Y, para que este encarcelamiento se admitiera como “natural” y justo, tuvieron que crearse entramados teóricos en los que se cuestionaba, desde las capacidades mentales de las mujeres, hasta la fragilidad psicológica de las mismas.

Si no era previsible que el torrencial pensamiento misógino y sus consecuencias en la vida práctica, desaparecieran como por encanto ante el empuje racionalizador del Humanismo, tampoco era de esperar que arreciaran las invectivas contra el sexo femenino como de hecho ocurrió. Ya hemos visto que, en el terreno de la brujería, la persecución explícita de las mujeres/brujas se recrudeció de forma importante. El historiador Van Dülmen que facilita estos datos, intenta encontrar razones para este empeoramiento. “A medida que las personas fueron perdiendo su orientación religiosa-eclesiástica, no pudiendo ya interpretar su destino personal, precisamente en el conflictivo siglo XVI, los modelos de interpretación mágica y supersticiosa pasaron nuevamente a situarse en un primer plano”¹³⁶. Pero el que las mujeres pasaran a ser las primeras y más importantes víctimas, tiene su origen, siempre según Van Dülmen, en la misoginia de la intelectualidad europea que consideraba a la mujer, con su sensualidad y

135. *Ibid.* . p. 182.

136. *Ibid.*.p. 270.

sexualidad, un entorpecimiento para el desarrollo intelectual del hombre. Lo cual no quiere decir que se buscara la destrucción del sexo femenino. Lo que se buscaba y deseaba era integrarlo bajo el dominio del hombre y de la comunidad. “Las mujeres piadosas y sumisas, concluye Dülmen, eran las que menos habían de temer la caza de brujas”¹³⁷.

Las obras reseñadas en los capítulos anteriores por haber tenido un fuerte impacto entre los predicadores, y que se caracterizaban por prevenir contra las maldades de las mujeres, seguían estando en plena vigencia. Pero además aparecen nuevos teólogos que continúan arremetiendo contra el sexo femenino. Sobresale, por su rudeza, la “Suma de los pecados” del jesuita Benedicto. También alcanzó notabilísimo éxito las “Instrucciones a los confesores” de san Carlos Borromeo. Ambas vuelven a aleccionar sobre los poderes seductores de las mujeres a las que consideran, en el terreno moral e intelectual, seres inferiores. Borromeo, con meticulosidad de obseso, va describiendo cómo deben vestirse las penitentes para acercarse al sacramento de la confesión, en qué lugar deben emplazarse los confesionarios, qué edad debe tener el confesor que atienda a mujeres...todo encaminado a defender la integridad de este. También podemos citar, como más cercano y entrañable para los creyentes españoles, a san Francisco Javier, el apóstol de las Indias, que llega a afirmar que la religión que importa es la que profesen los hombres, y que un confesor, ante un conflicto conyugal, jamás quitará la razón al marido en presencia de la esposa¹³⁸.

El matrimonio cristiano, con las características que acabo de señalar siguiendo a Van Dülmen, se convirtió en ideal de la sociedad moderna y en garantía del orden. A nadie se nos puede escapar todo lo que las mujeres se jugaron en este nuevo sistema. De ahí que sea pertinente recordar que los cambios descritos no son de los que se imponen por decreto ley.

No debemos olvidar esto al leer a Juan Luis Vives y Fray Luis de León. Ambos autores son considerados como egregios representantes de los nuevos tiempos. Sus actitudes de hombres de estudio y reflexión, el com-

137. *Ibid.* pp. 271-72.

138. DELUMEAU j., *Op.cit.* pp. 498-500.

promiso con las realidades de su tiempo, los logros concretos de su obra literaria, la sólida coherencia entre sus decires y sus hechos...hacen de ellos dos personalidades señeras de la literatura española de este siglo, aunque Vives escribiera sus obras en latín. Como he indicado, yo me voy a detener en aquellas obras donde se erigen en consejeros y maestros de las mujeres. Lógica e irremediamente los tengo que juzgar con la mentalidad del siglo XXI. Ello no quiere decir que no intente comprender los puntos de vista que ellos defienden y que son propios de su época.

Otro punto a tener en cuenta es el del lenguaje que van a utilizar los escritores que en este siglo se ocupan del sexo femenino. Si en el siglo XV hemos podido ver cómo las detracciones hacia las mujeres ganaban en virulencia formal, en el XVI observaremos que se opta por la corrección: La violencia ha cedido el paso a un tono comedido. La insidia se ha vuelto adoctrinamiento. El insulto se ha transformado en paternal admonición. Pero no debemos permitir que las nuevas formas nos oculten la gravedad de los mensajes. A ello vamos.

JUAN LUIS VIVES

“Vivimos unos momentos difíciles, en los cuales no podemos ni hablar ni callar sin riesgo”. Esta patética frase la escribía Juan Luis Vives a su amigo Erasmo desde Brujas el 10 de mayo del año 1.534. Y en cuanto repasemos, aunque sea brevemente, la vida del intelectual valenciano, sabremos perfectamente por qué la escribió.

Nació en Valencia y se suele dar como fecha el emblemático año 1.492, aunque hay controversia sobre el particular. En cualquier caso, las opciones oscilan entre 1492 ó 1494. Más importante es recordar el dato de que Vives no estaba llamado a brillar en el solar patrio, como le hubiera correspondido por su altura moral e intelectual.

Angelina García, en su bien documentado ensayo *Els Vives, Una familia de jueus valencians*, demuestra hasta la saciedad la condición de converso

del pensador valenciano, descendiente de los Vives, March, Valleriola y Maçana, todos heréticos y condenados. En concreto, a partir de 1482, todas las ramas familiares de Juan Luis, fueron insistentemente requeridos por la Inquisición valenciana y sometidos a toda clase de penalizaciones:

“Unes vegades anirán a confessar les culpes; d’altres seran rehabilitats gràcies a pagaments en metallic...o bé seran hostes de les presons secretes, sofriran turments, seran cremats en carn...y cremats en la foguera...Només uns pocs se salvrien d’algun d’aquest càstigs, fugint a Nàpols, Venècia o Barberia.”¹³⁹

La historia de estas familias, como tantas otras en su misma circunstancia, no puede ser más terrorífica. En concreto, en el ensayo de García podemos seguir su calvario que va, desde la confiscación de todos los bienes familiares, cuantiosos como correspondía a su condición de ricos mercaderes -lo que no evitó que las hermanas menores de Juan Luis llegaran a la indigencia- hasta la condena del padre a la hoguera en 1524¹⁴⁰, no sin antes haber sido sometido a tormento para que desvelara nombres de presuntos herejes, pasando por la exhumación y quema de los restos de la madre¹⁴¹ que había fallecido años antes.

Juan Luis escapa a este horror gracias a que su padre, percibiendo lo que iba a ocurrir y consciente de que como descendiente de herejes, la Pragmática de 1501 dificultaba seriamente el desarrollo profesional de su hijo, envía a su heredero a París. Pero Vives escapa sólo físicamente de esta situación. Su corazón y sus sentires quedan en la patria chica. En carta a su amigo Craneveld, escribirá: “Con estas noticias aumenta mi angustia y la inquietud de mi espíritu, porque estoy pendiente de las cosas de España.”¹⁴²

139. GARCÍA, Angelina. *Els Vives. Una família de jueus valencians*. Valencia. Edicions Tres i Quatre, 1987, p. 157.

140. *Ibid.*, p.187.

141. *Ibid.*, p.197.

142. *Ibid.*, p.184.

Una y otra vez, en su correspondencia, Vives expresa el profundo dolor y abatimiento que le produce la infernal máquina de la Inquisición - la “Fortuna”, como eufemísticamente la denomina- que va triturando todo lo que él amaba. En este aspecto nos desvela mucho, en cuanto a la añoranza que sentía hacia su entorno natural tan tempranamente perdido, la descripción que hace de Valencia con ocasión del nombramiento, como arzobispo de esta ciudad, del que era obispo de Lieja:

“Tan fértil es su suelo, que me atrevo a decir que no hay ningún otro ángulo del mundo fruto, ni mies, ni linaje alguno de hierba saludable que no los ofrezca la huerta valenciana en su halda ubérrima. Es su campo el propio asiento de la amenidad.. Es puro y transparente el cielo; y es indulgente y manso: ni áspero de hielos rigurosos, ni encapotado de brumas sombrías...”¹⁴³

Angelina García, además de sostener la tesis ya comentada sobre la ascendencia judía de Vives, defiende lo que va aparejado a ello: que nunca fue un exiliado voluntario, oponiéndose así a la tradición sostenida sobre el filósofo valenciano. Para valorar cómo ha sido estudiada la figura de Vives, tengamos en cuenta que en 1947 se podían escribir cosas como esta:

“Lo que sí nos merece una repulsa instintiva, mientras no existan probanzas más autorizadas... es el presente origen judío de Juan Luis Vives. Nos duele enormemente ver mancillados con esa tacha ancestral al más cristiano de los epígonos del Renacimiento.”¹⁴⁴

Esperamos que los documentos aducidos por García sirvan de “probanzas autorizadas” y definitivas sobre los orígenes del filósofo valenciano. El fuerte antisemitismo que el juicio citado demuestra, será más difícil de

143. Citado por L. River en Introducción a VIVES, Juan Luis. Obras Completas. Madrid, Aguilar, 1947, p. 13.

144. *Ibid.*, p. 15.

curar. Aunque lo increíble de verdad es que algunas ediciones de libros gasten sus lujos en las pastas de cuero o en los cantos dorados, como son los tomos de las obras completas de Aguilar, mientras en su interior puedan albergar tamaño alarde racista, sin que a mi entender sirva de excusa -sino muy al contrario- los hechos que ocurrían en aquellos tardíos años cuarenta del siglo XX, tan desgraciados entre otras muchas cosas por el holocausto judío.

Otra faceta importante para encuadrar debidamente la figura de Vives, son las dolencias físicas que padeció y que, por el tono con que las transmite en su correspondencia, condicionó de forma importante su vida y su talante, al menos en algunas épocas: "...el mal de gota me atormenta terriblemente; sube serpeando hasta las rodillas, hasta las manos, hasta los brazos...Algún día llegará el fin de esta cárcel tan terrible"¹⁴⁵.

En carta de 1532, Vives comenta: "...desde hace tres años estoy sufriendo un grave dolor de cabeza y ojos" Pero, seguramente, la parte más conflictiva y contradictoria del intelectual valenciano fue la fricción que albergaba al ser un hombre de su época -participando de lo más esencial del espíritu renacentista como la pasión por el análisis científico despojado de todo esoterismo- y el malestar que le producía lo que él, por otra parte, sentía como pérdida de los valores espirituales. En más de una ocasión expresa sus deseos de morir: "... y no veo a quien puede ser grata y deseable esta vida en la actual situación del mundo".

No obstante este divorcio vivido dramáticamente por Vives entre sus preferencias y elementos de su entorno, no le impidió realizar una obra que le ha proporcionado un lugar realmente brillante, tanto en nuestra literatura como en el terreno de las ciencias sociales, donde se le considera un auténtico avanzado. Menéndez y Pelayo es absolutamente contundente al afirmar que Vives es "el genio más universal y sintético que produce el siglo XVI en España"¹⁴⁶. Su papel precursor como pedagogo y psicólogo,

145. SANTOJA, Pilar. "J.L Vives, Humanista del Renacimiento con rasgos medievales. Su linaje Judío" *Letras de Deusto*. 28 (1998), p. 45.

146. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Estudios y discursos de crítica histórica y*

queda bien resumido por Alborg en su Historia de la literatura española: “Le preocupó sobremanera la pedagogía y estudió con preferencia las disciplinas que podían apoyarle en este camino... supo captar como ninguno el alcance y significación de las nuevas corrientes ... adelantándose a Bacon, señaló la importancia de la observación y la experiencia, distinguiendo entre la observación externa...para el estudio de los fenómenos naturales y la interna para adquirir el conocimiento de los fenómenos psicológicos”: Y Alborg concluye que Vives es el precursor indiscutible de la psicología y la pedagogía moderna¹⁴⁷.

Muy atractivo resulta también de Vives su esfuerzo por luchar contra los últimos escolásticos decadentes, inmersos en sofismas. Leemos en una carta de su maestro y amigo, Erasmo:

“Hemos puesto empeño en descubrir las fuentes de la piedad y de la religiosidad; nos hemos esforzado con el mayor interés en restituir a su antiguo esplendor la teología mucho más inclinada a cuestiones sutiles y agudas que a las necesarias.”¹⁴⁸

Y lo realmente admirable de él es la tensión que mantiene entre su religiosidad profunda y el esfuerzo continuado por que de esa religiosidad surgieran los principios éticos y morales que informaran su vida y su obra. Si a ello añadimos el sentido social de hombre moderno que muestra en obras decisivas como *De subventione pauperum* o *De comunione rerum*, tendremos el perfil de una gran persona y de un profundo pensador.

Además, hay que reconocer que no todo fueron calamidades en la vida de Vives. Siguiendo con ella debemos recordar que, como intelectual europeo, riguroso y prolífico, Vives tuvo su época de esplendor y reconocimiento. Erasmo de Rotterdam y Tomas Moro intercambian cartas en las que hablan con admiración del filósofo valenciano. Es nombrado pre-

literaria. Santander. Editora Nacional, 1941, p. 23.

147. ALBORG, Juan Luis, *Op.cit.* p.627.

148. SANTOJA P., *Op.cit.* p.53.

ceptor de Guillermo de Croy, Obispo de Cambrai y emparentado con las más conspicuas familias europeas. También es nombrado profesor de la Universidad de Lovaina donde conoce al que sería papa con el nombre de Adriano VI. Por otra parte, en aquellos años en torno a 1520, las Germanías valencianas eran una esperanza para el desarrollo de la burguesía emprendedora de este país¹⁴⁹. Y Vives, por el círculo de personas con las que se relaciona, también tendría buenos auspicios sobre su ciudad natal.

La muerte inesperada de Guillermo de Croy vuelve a ensombrecer el panorama de Vives. Anímica y económicamente resurgen los problemas. Tampoco se siente seguro en los Países Bajos. En 1523 marcha a Inglaterra donde iba a estar protegido por Enrique VIII y Catalina de Aragón. Cuando el Monarca decide divorciarse, la actitud de Vives que, según escribe a su amigo Vergara, debía estar sometida a los dictados de su razón y no a las leyes de los reyes, hará que sea invitado a abandonar el país. Como comenta su biógrafa García con el tono apasionado que mantiene en el ensayo, Vives recuperaba su oficio de perdedor¹⁵⁰.

En 1534 Juan Luis se casa con Margarita Valldaura, de otra familia conversa y muy conocida para nuestro humanista por haber sido preceptor de los jóvenes de la casa durante doce años. Además, también eran viejos conocidos de Valencia, pues las familias habían hecho multitud de negocios juntos, tal como lo acredita una extensa documentación mercantil. Todo indica que fue un matrimonio pensado con la cabeza y no con el corazón, muy de acuerdo con la época y con la mentalidad de Vives que dedica muchas páginas a racionalizar las características que debe tener la esposa. Si hay romanticismo, mejor, pero siempre sometido al intelecto. Por otro lado, este matrimonio nos sigue hablando de su entronque sentimental con la perdida patria. Además, al casarse con Margarita Valldaura, no hacía más que repetir los esquemas mantenidos por su familia de emparentar con familias conversas.

149. GARCÍA. Angelina. *Op.cit*, p. 181.

150. *Ibid.*, p. 196.

Una de las obras del prolífico Vives, donde con mayor rigor intenta dilucidar la realidad de los sexos, sus encuentros y desencuentros y las posibles igualdades y diferencias, es en la titulada *De officio mariti*. Como su título indica, y en principio, está dedicada a reflexionar sobre las obligaciones de los maridos. Pero ese no es el tema preferido de nuestro escritor. Lo que él se propone enfrentar, con todos los matices que su gusto por la pedagogía y la psicología le permiten, es la conducta que debe observar la mujer. Ello le obliga a definir la naturaleza femenina que, tras la larga tradición misógina, estaba cuestionada. Veremos que tan evidentes son las contradicciones en las que cae, como el continuado esfuerzo por mantenerse en una línea de comprensión. Como introducción me parece significativo el siguiente párrafo:

“La mujer es un animal dotado de razón, como el hombre; pero tiene el natural ambiguo, doblegadizo en un sentido u otro por la costumbre y los consejos. Si las hay algunas malas, esto no arguye malicia de su natural, ni más ni menos que en los varones. Salpicáronse copiosamente de ridículo aquellos moralizadores que, por algunas mujeres cuyas costumbres no se pueden aprobar, atacaron con ciego arrebató al sexo todo; pero no se desataron en idéntico furor contra el sexo masculino, con sus ladrones y sus hechiceros.”¹⁵¹

Como vemos, en primer lugar, parte de la consideración de que las mujeres son seres inteligentes. Pero, sin solución de continuidad, pasa a debatirse entre la idea de que sean un producto de la “naturaleza” o del ambiente, sin duda obligado por el debate sobre la cuestión. Pero para situar correctamente a Vives, debemos observar cómo intenta distanciarse de los pensadores misóginos. Y ello lo hace señalando los puntos más endebles de estos y que consiste en achacar a “todas” las mujeres los mismos

151. VIVES, Juan Luis. *De officio mariti, Obras Completas*. Madrid, Aguilar, 1947, p. 1309.

pecados, a la par que justifican, con igual irracionalidad, a la totalidad del sexo masculino. La altura intelectual del humanista valenciano, su fina sensibilidad, su sólida preparación universitaria, le sitúan a distancia de los misóginos al uso. Cae con frecuencia en tópicos graves, pero no en los burdos. Es interesante el párrafo con el que inicia la obra sobre los deberes de los maridos, donde apuesta por el amor, la honradez y la fidelidad como base del matrimonio:

“Antes de empezar a tratar de la elección de esposa me considero en la obligación de raer de la mente de aquellos a quienes va dirigido ese tratado el frenesí de quienes no eligen esposa, sino que la asaltan; no la conducen al altar, sino que la roban; la captan, la engañan y la llevan arrastrada al redopelo y como por la melena contra su voluntad. ... puesto que tiene que ser una compañera indisoluble, y caso esté enamorada, aunque cargada de riquezas y de linda disposición y cuerpo, más ha de acarrear enojos que otra cosa, ¿qué locura no es pedir al odio lo que debe ser fruto del más grande amor? Amor con amor se gana, y con honradez y con fidelidad; no se extorsiona con la violencia. Acaso gozarás tú por algún tiempo de las riquezas, de la belleza, del linaje de la esposa; pero jamás de la esposa.”¹⁵²

Este inicial respeto que Vives exige para la mujer, queda enriquecida por la reivindicación que hace del amor como única base plausible para la vida matrimonial:

“Condúzcanse de tal manera los esposos entre sí que cada uno entienda y sienta ser una porción del cuerpo y del alma del otro. Por esta identificación absoluta que entre ellos debe reinar, ya ni la fealdad, ni la belleza, ni la penuria, ni la riqueza, ni el abalorio, ni la cuna humilde... son de uno de ellos dos, sino que es de ambos... si este amor está arraigado en el espíritu y se funda en la virtud, será duradero, o, por mejor decir, inmortal.”¹⁵³

152. VIVES, Juan Luis. *De offitio...Op.cit.* p.1271.

153. *Ibid.*, p. 1299.

Dado que Vives sólo concibe una organización familiar fuertemente jerarquizada, es importante que veamos cómo intenta compaginar amor y autoridad:

“Y así como quiero que el varón, cuando ama se acuerde de su autoridad, quiero también que cuando gobierna no se olvide del cariño, que de esta manera conviene que anden templados y equilibrados el amor y la autoridad...De este modo habrá en el matrimonio aquella dulcedumbre y suavidad de convivencia, en cuyo defecto ya no es matrimonio sino cárcel, y odio, y lugar de tortura y potro de dos almas.

Experimente la mujer que es amada con sinceridad y con buena fe y que el motivo sea el subido y delicado concepto que de ella tienes...”¹⁵⁴

Esta firme apuesta por el amor, la ternura y la armonía, sería un verdadero avance en la consideración de las mujeres si no fuera porque, en otras páginas, Vives desanda el camino, una y otra vez.

En primer lugar, se une a la más patriarcal de las tradiciones al seguir reivindicando para los padres el derecho a decidir sobre el matrimonio de las hijas. Con lo cual, su firme apuesta por el amor queda si no totalmente invalidada, sí en trance muy difícil de conseguirse. Ciertamente es que también para los varones jóvenes prevé Juan Luis que sean los padres los que elijan esposa, ya que al estar en la edad de las pasiones, no tienen suficiente serenidad ni conocimiento para tan trascendental elección. Claro que no los pone a rezar como a continuación veremos que hace con las niñas:

“... la virgen, mientras sus padres hablan o platican en casarla, ayúdeles con votos y oraciones, suplicando con gran aflicción y lágrimas a Nuestro Señor que alumbré e inspire en el corazón de sus padres lo que más fuere su santo servicio.”¹⁵⁵

154. *Ibid.*, p.1304.

155. OÑATE, P., *El feminismo en la literatura española*. Madrid, Espasa Calpe, 1938, pp. 141-2.

Entre los estudiosos de Vives, hay una clara tendencia a valorar positivamente sus ideas como pedagogo o psicólogo y a no considerar la gravedad de las consecuencias que, para las mujeres, se desprenden de sus teorías. Pero, además, uno de los argumentos que esgrimen como irrefutable es que, en todo caso, las discriminaciones que él apoya, eran norma en su época. Sin embargo, los que así argumentan, están obligados a escuchar a otros ilustrados que, también por el mismo tiempo, opinaban de forma diferente. Sin salirnos del ámbito de la literatura, podemos fijarnos en Cervantes que, sólo a pocos años de Vives, se muestra decidido defensor del derecho de las mujeres a elegir marido. Muy elocuentes son las palabras que pronuncia un personaje de *Persiles y Sigismunda* (escrito en 1617), que se siente víctima de la imposición patriarcal:

“...de modo que nuestras cuatro voluntades están trocadas, y esto ha sido por querer todos cuatro obedecer a nuestros padres y a nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios; y no puedo yo pensar en que razón se consiente que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo sino por el gusto ajeno”. (*Persiles y Sigismunda*, libro II, cap. XI).

Volviendo a Vives, uno de sus aciertos consiste en haber situado la discusión sobre la condición femenina en el terreno comprendido entre la herencia biológica y la cultural. O sea, en el mismo punto en que cuatro siglos más tarde se situaría, aunque esta vez bajo el epígrafe “La mujer, ¿nace o se hace?”. En cualquier caso, nos hemos dejado al humanista valenciano empeñado en una doble labor: Definir la naturaleza femenina, aptitudes mentales incluidas, y delimitar los comportamientos, actitudes y saberes que se deben exigir a las mujeres según su estatus social.

Por lo que a la naturaleza humana respecta, Vives no se hace ilusiones ni para un sexo ni para otro:

“... todos a una mano, sin sacar a nadie, tienen en mucho la nobleza, aman la riqueza, buscan el poderío, desean tener mando, adoran las honras, loan la hermosura, maravillanse de la gloria mundana, siguen los placeres de la carne y, por el contrario, huellan la pobreza, ríense de la simplicidad de ánimo, tienen la religión por sospechosa, la doctrina por aborrecida y la bondad por locura.”¹⁵⁶

Sin embargo, una buena parte de las teorización de Juan Luis sobre las mujeres irá dirigida a demostrar que existen dos naturalezas -la masculina y la femenina- que darán lugar a diferentes roles sociales. Y, para empezar a teorizar sobre dichas diferencias, sitúa el origen del sexo femenino en un punto bien chocante: “La naturaleza, cuando introduce el semen humano en el asiento de la maternidad, en el caso que fructifique, si encontró suficiente grado de calor, produce un varón, y si no, una hembra”¹⁵⁷.

No se trata aquí de discutir las convicciones “científicas” de la época que lógicamente pertenecen a la más lejana prehistoria de estos conocimientos. Se trata de señalar cómo, una vez más, estamos ante una de las constantes del pensamiento misógino: Lo femenino, como lo subsidiario, lo inacabado, lo imperfecto. Lo masculino, como lo necesario y perfecto. Oigamos las consecuencias que de ello saca mas adelante nuestro humanista: “la hembra es un animal flaco, no ya en la especie humana sino en cualquier otra especie animal, y es de salud más quebradiza y precaria por el aumento de secreciones para cuyo cocimiento no le basta el calor nativo y de ahí los periodos menstruales ...es además medrosa la hembra, puesto que es el calor el que pone corazón y bríos; es guardosa de lo suyo por temor de que no le falte, pues, por un callado aviso de la naturaleza, se sabe inválida y débil”.

A mi entender, en uno de los aspectos donde Vives cede de forma más incomprensible ante la arremetida del pensamiento patriarcal, es cuando

156. VIVES, Juan Luis. *Instrucción de la mujer cristiana*, Madrid, Editorial Signo, 1936, pp. 141-2.

157. VIVES, Juan Luis, *Offitio*. *Op.cit.* p. 1275.

acepta la especial debilidad de la naturaleza femenina a la que atribuye, de acuerdo con dicho pensamiento, una mayor fragilidad moral si se la compara con la masculina, dando al traste con la ecuanimidad que, nos había hecho creer, iba a mantener sobre ambos sexos: -“el sexo femenino es de suyo débil y flaco, con un semillero de males en su parte física y con alborotos y tempestades frecuentes en su parte moral”¹⁵⁸ -“ella naturalmente es más inclinada a cosas de placer que no el varón”¹⁵⁹ -“El ánimo de la mujer es ligero y en pocas partes halla puerto seguro”¹⁶⁰.

Ciertamente, con estas afirmaciones, Vives no hace más que sumarse al coro de detractores tradicionales. No se trata aquí de culpabilizar a nadie, pero tampoco de negar lo evidente. El discurso de Vives sobre las mujeres es este y no otro. Pero, además, si es mi propósito estudiar los derroteros del pensamiento misógino, creo necesario señalar las contradicciones que tienen que cometer estos ilustrados para mantener sus posicionamientos. Y una de las paradojas más llamativas de Vives es que siendo, como a continuación veremos, un auténtico paladín de la sumisión femenina, tampoco escatima prendas en reconocer que, de dicha sumisión, se derivan muchos sufrimientos, máxime cuando además -como él mismo reconoce- la vida de las mujeres está sesgada por el débito biológico e ineludible de la procreación. El humanista valenciano, con las dotes de psicólogo y pedagogo ya reconocidas, consigue tener una idea muy ajustada de lo que es la vida de estas. En la siguiente cita lo demuestra, con admirable sensibilidad y exactitud:

“¡Qué molestia la de todos los meses cuando se purga aquella especie de sentina que es el útero! ¡Qué ascos le ocasiona el preñado! ¡Qué peligros los del parto y los del puerperio, de los cuales salen quebrantadas! ¡A cuántos azares y riesgos están expuestas, hasta el punto de parecer milagro puro el que haya alguna que viva y esté sana! Y todo el restante discurso de su

158. *Ibid.*, p.1340.

159. VIVES, Juan Luis. *Instrucción...Op.cit.* p. 21.

160. *Ibid.*,p.57.

vida, ¿qué es sino un continuo servicio del hombre? De doncellas sirven a sus padres; de casadas sirven al marido; de madres sirven a sus hijos. Y puesto que tienen menos reciedumbre y fuerza en su alma, su juicio es más débil y su instrucción más limitada y están menos enseñadas por la práctica y por la experiencia. ¿Quién tendrá el pecho tan de pedernal que no se compadezca de ese en su ser y condición? Así que se ha de condescender con ellas muchas cosas, y el más fuerte, que es el hombre, ha de soportar generosamente una criatura que es de sí tan flaca.”¹⁶¹

No obstante, este intelectual que ha sido capaz de escribir estas líneas, en otros momentos caerá en el mismo tipo de desvalorización de lo femenino, generalizando sus vicios de la forma irracional que antes le hemos visto criticar en otros escritores y olvidando la ecuanimidad que en momentos le hemos visto adoptar:

“... es gruñona, es envidiosa, juguete de sus propias imaginaciones, y de ahí su radical incapacidad en todo negocio largo y complicado; sabiéndose débil sospecha que se la tiene en menos. Por ello, en materia tan delgada y combustible, como en la estopa, la ira prende con suma facilidad y se enardece en el deseo de la venganza; ama los atavíos por eximirse del desdén, y como débil que es y expuesta a las caídas, busca en dondequiera sustentáculos que la apoyen.”¹⁶²

Hay que reconocer que meritorio hubiera sido el que Vives, en el siglo XVI, hubiera tenido la suficiente clarividencia para relacionar estos deleznable comportamientos femeninos -en el supuesto que estuvieran más generalizados entre este sexo- con el tipo de vida descrito arriba, de la que claramente se desprende enajenación, colonización y explotación. Sin embargo, sí que parece se le pueden pedir responsabilidades por las contradicciones que comete, cuando aduce una serie de ejemplos protagoni-

161. VIVES, Juan Luis, *Offitio...Op.cit.* p.1340.

162. *Ibid.*, p.1275.

zados por mujeres de su entorno o por personajes históricos, que demuestran hasta la saciedad la fortaleza física, moral y humana de las mujeres, sin que de ello extraiga conclusión alguna. Entre estos ejemplos, ninguno tan expresivo como la historia que de la propia suegra relata nuestro humanista, con la plasticidad que suele poner en estos ejemplos:

“Clara, mujer de Bernardo Valdaura, siendo doncella muy hermosa [y] muy delicada, como fuese traída a su esposo, hombre de edad de cuarenta años, a la ciudad de Bruges, la primera noche que se la dieron le vido fajadas las piernas y conoció que Dios le había dado marido enfermo y pepitoso, pero por eso no le huyó el rostro ni mostró ningún señal de alteración, en especial como nadie pudiese aún conocer su voluntad. Cayó dende a poco Valdeura en muy grave dolencia, tal que ya todos los físicos estaban desahuciados de su vida, en el cual tiempo su mujer y madre della le sirvieron con tanto cuidado y amor que en espacio de seis semanas ninguna dellas se desnudó, si no fuera por mudarse camisa...”¹⁶³

A continuación explica cómo la esposa le curaba una hedionda llaga que se formó en el interior de la nariz y que sólo ella era capaz de soportar el nauseabundo olor. ¿Cómo explicar tanta resistencia física, tanta capacidad de amor, tanta entereza moral, si la naturaleza femenina fuera como la describe el mismo Vives? Pero el dato que redondea la heroicidad de las damas en cuestión es el que el mismo Vives aporta, al aclarar que “era la raíz de la dolencia mal francés o bubas, que dicen, mal pegadizo, cruel y contagioso”.

Cruel y contagioso, sí, pero de transmisión sexual también. Como vemos, se trataba de la sífilis. Y aunque no es tema para el chiste fácil o la ironía cruel, no debemos olvidar la tolerancia y naturalidad con que Vives acepta las transgresiones de su conspicuo suegro, y la dureza, intransigencia y hasta inhumanidad -como veremos más adelante- con la que este autor prohíbe a las jóvenes hasta las más inocentes de las diversiones.

163. VIVES, Juan Luis. *Instrucción...Op.cit.* p.109.

Esto es lo que se llama doble moral, llevada a las últimas consecuencias.

Pero no entenderemos de verdad el discurso de Vives si no tenemos en cuenta que las coordenadas en las que sitúa su raciocinio sobre las mujeres, son la castidad y la sumisión femenina.

LA CASTIDAD, ESE BIEN INAPRECIABLE

Por lo que a las excelencias que a la castidad femenina respecta, Vives adopta el punto de vista del profeta que ha recibido la revelación divina: “Porque no hay cosa con que Nuestro Señor más se huelgue que con la virginidad”. Ni que decir tiene que, ni por un momento, se molesta en cimentar teóricamente tan tajante afirmación, ni menos citar las fuentes divinas que con tanta soltura parece manejar. Debemos creerlo porque él lo dice:

“Lo primero y principal quiero que sepa la mujer cristiana que su principal virtud es castidad y que ésta sola es como dechado y pendón real de todas las otras virtudes, porque si a ésta tiene, nadie busca las otras.”¹⁶⁴

Uno de los aspectos más llamativos del discurso de Vives es el apasionamiento con que condena cualquier actividad femenina que, desde su puritano punto de vista, considere inapropiada, pecaminosa o indecente. En pocos autores queda tan evidente la evolución de la mitificación del sexo que nos ha señalado Foucault en su *Historia de la Sexualidad*. Las normas que da para cada uno de los estados de las mujeres (adolescentes, casadas, viudas), es un durísimo antecedente de la moral victoriana. Las adolescentes quizá salgan peor paradas: “... va mucho en que la doncella o nunca salga de casa o muy a tarde”¹⁶⁵.

Y a partir de aquí emprende una obsesiva lista de prohibiciones, encaminadas a preservar la castidad de las jóvenes y que, como he menciona-

164. *Ibid.* p. 60.

165. *Ibid.* p. 54.

do, atañe a cualquier clase de distracción. De los bailes se pregunta qué honestidad puede haber “en ir adelante y volver atrás”¹⁶⁶. De los libros de caballería -los que tanto gustaban a santa Teresa en su juventud- piensa que fueron escritos por “hombres ociosos y desocupados, sin letras, llenos de vicios y suciedad”. Ciertamente que con gracejo comenta las barbaridades e imposibles desatinos de las hazañas de los caballeros:

“Cuando se ponen a contar algo, ¿qué placer o que gusto puede haber a donde tan abiertamente, tan loca y tan descarada mienten? El uno mató él sólo veinte hombres y el otro treinta. El otro, traspasado con seiscientas heridas y dejado por muerto, el día siguiente se levanta sano y, cobradas sus fuerzas si a Dios place, torna a hacer armas con dos gigantes y mátalos...”¹⁶⁷

En realidad, no le espantaban ni más ni menos que a Cervantes, el cual, unos años después, en el prólogo del *Quijote*, da razones para emprender su inmortal crítica. Cervantes basa su rechazo a los libros de caballería en razones morales, lógicas y estilísticas. Pero también es cierto, como señala Santonja¹⁶⁸, que el escrutinio de Vives es aún más severo que el que hacen el cura y el barbero en el capítulo V del *Quijote*. Estos salvan de la hoguera el *Amadís de Gaula* y la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, del que el cura hace un panegírico. Vives despacha a todos, con el generalizado y piadoso adjetivo de “pestíferos”.

Pero ante tanta medida policial para salvar la castidad de las jovencitas, ¿Cómo no acordarse de la copla popular que gustaba citar al autor del *Quijote* y que tan elocuente resulta para el caso?:

“Madre, la mi madre,
Guarda me ponéis.

166. *Ibid.* p. 76.

167. *Ibid.* p. 33.

168. SANTOJA, P. *Op.cit.* p.56.

Si yo no me guardo,
Mal me guardaréis.”¹⁶⁹

No podía faltar en Vives la crítica, igual de intolerante, a los afeites usados por las mujeres para acrecentar su hermosura. Aunque hay que reconocer que en este tema introduce sentido común y lógica, además de adobarlo con tintes de buen humor:

“... si por solo afeite agradas a tu marido, si por ello sólo te quiere, ¿Cómo te querra después, viéndote sin ello?...¿cuál mujer que tenga un poquito de seso no se fatigará y aborrescerá ...considerando el cuidado que ha de tener para que siempre esté entero en el rostro: guardarse del sol, huir del polvo, acatarse de no sudar por la vida porque no se le hagan canales por las mejillas.”¹⁷⁰

Vives encuentra en san Bernardo una frase que bien puede servir de broche a su diatriba contra los afeites: “la superficialidad exterior es indicio de la huequedad interior. Los vestidos primos y delicados descubren la mollez del ánimo”¹⁷¹.

Sin embargo, el verdadero broche de oro viene cuando nos habla de los atavíos de las mujeres casadas, pues ya hemos podido advertir que, lo dicho hasta ahora, era referido a las solteras. Como era de esperar, las mujeres casadas deberán hacer lo que el marido desee; la esposa tendrá que acicalarse y embadurnarse si a él le agrada, aunque a ella le repugne:

“... deba entonces decir con la santa Ester: Tú, señor, sabes la necesidad que a esto me mueve y cuánto abomino al estandarte y pompa de mi vana gloria, la cual tengo sobre mi cara en los días que he de mostrarme al que

169. CERVANTES, Miguel. *El celoso extremeño*. Madrid, Bruño, 1991, p.220. Se trata de una coplilla muy conocida en Sevilla, que Cervantes transcribe íntegra.

170. VIVES, Juan Luis. *Instrucción...Op,cit.* p.47.

171. *Ibid.* p. 48.

tú me diste...llevo sobre mi tan gran abominación, que no es más para mí que llevar paño de mujer menstruada encima de mis ojos...”¹⁷²

Pero en cualquier caso, la profunda razón de Vives para rechazar los afeites es que estos van encaminados a atraer a los hombres y a despertar esos instintos sexuales que tanto horror le provocaban. Así las cosas, nuestro humanista opta por el camino más corto. ¿Cómo evitar seducciones, atracciones, miradas, tentaciones...? La solución es bien sencilla: que la mujer quede encerrada en casa.

EL CONFINAMIENTO EN EL HOGAR

Y, a mi entender, es en este tema donde toda la reputación de Juan Luis, como pedagogo y como psicólogo, se va al traste. No sé que está más desquiciado, si las causas por las que cree que toda joven corre miles de peligros por el sólo hecho de pisar la calle, viendo lubricidad hasta en la sopa, o la enfermiza minuciosidad con la que prevé los modos y maneras con los que las adolescentes deben ser protegidas. En definitiva, es más de lo mismo de lo que acabamos de ver respecto a las distracciones y divertimentos. Pero si cabe, aún hay más inhumanidad en los matices de Vives cuando decreta, para las mujeres en edad de merecer, un encastamiento que linda con emparedarlas en vida. No tenemos más que leerlo con detención:

“Bien es que salga la virgen de casa alguna vez, pero sea tan tarde como fuere posible, porque cada vez que la doncella sale de casa, pone en el peso de las lenguas a su hermosura, su crianza, su saber, su bondad...”

“Gran daño sería, por cierto si nunca saliese, porque sería ...estar en prisión de continuo...Mas ante que saque el pie de casa, apécibase en su corazón

172. *Ibid.* p. 126.

como que sale a la batalla del mundo...porque no sólo ella no debe pecar, más aun no debe dar a otros ocasión de pecado...sino que se cobije el rostro y pechos y apenas descubra el uno de los ojos para ver el camino por do fuere... San Jerónimo quiere que toda ande cubierta la doncella, sino los ojos para ver el camino”¹⁷³.

La cita de san Jerónimo acerca de que la mujer “apenas descubra el uno de los ojos para ver el camino”, nos permite valorar hasta donde llega la intransigencia -teñida de irrealismo- de Vives. La misma actitud demuestra cuando recuerda con añoranza, pero también con espíritu crítico, las costumbres de su Valencia natal, en concreto las festividades religiosas que daban lugar a que hombres y mujeres se vieran y hablaran en la puerta de las Iglesias. Para Juan Luis la situación no tiene vuelta de hoja: “¿Qué queréis que haga el fuego cabe la estopa? ¿Creéis por ventura que hablará de Cristo o de su madre?”¹⁷⁴

Vives trae a colación el mismo refrán castellano que el Arcipreste de Hita, pero enfocado de forma muy diferente. Mientras que para Juan Ruiz la metáfora del fuego y la estopa esconde una realidad humana que prácticamente no tiene vuelta de hoja, para Vives -que contempla el sexo como algo absolutamente condenable- cualquier relación entre hombres y mujeres, se convierte en una situación de emergencia. Hasta la rutinaria escena, descrita por él, de encuentros amistosos en la puerta de la iglesia, se le antoja un peligro. Cualquiera diría que está confundiendo el atrio de la iglesia con el quicio de la mancebía. Me hace el efecto de que, estos enjuiciamientos, nos acercan más al campo de las obsesiones personales, que al de la moral cristiana que pretende salvaguardar. Sólo así se puede entender el atroz puritanismo del que hace gala machaconamente en su *Instrucción de la mujer cristiana*: “aunque siempre es bueno, mucho más en la mocedad deben ser con toda solicitud receladas de toda oportunidad

173. *Ibid.* pp. 63-66.

174. *Ibid.* p. 68.

ansí de ver como de oír”¹⁷⁵.

Y ya metidos en el disparadero de las obsesiones, y puesto que para nuestro filósofo la naturaleza femenina no es mucho de fiar, lógicamente también le preocupa cómo entretener tantas horas de encerrona: “cuando la virgen se viera sola o retraída en su cámara, no esté sin hacer algo, porque pasa peligro la mujer en estar sola y ociosa”¹⁷⁶.

Que la virtud de las adolescentes traía de cabeza a Vives, está fuera de toda duda. Pero cuál no será nuestra sorpresa cuando nos enteremos que, las casadas, aún tienen más razones para permanecer en el hogar:

“Las casadas deben aún salir menos de casa que las doncellas, porque ya ellas tienen hallado lo que estotras parecía que buscaban. Por tanto todo su cuidado de la casada debe ser en trabajar de conservar a su marido y a él solo agradar”¹⁷⁷.

¿Y si el marido ha fallecido, qué deberá hacer la viuda? Con la lógica que ya nos tiene acostumbrados, la contestación de Vives es la misma; quedarse en casa:

“Si alguna vez la viuda tuviere necesidad de salir de casa, salga muy cubierta y mostrando con afecto lo que suena su nombre, es a saber: triste, sola y desamparada, porque todo eso significa el nombre de viuda en griego y en latín. Por eso es mucha razón que haya diferencia agora que es sola a cuando era acompañada... es necesario que se dejen de toda manera de afeites y galas y vanidades, ni menos se curen de ir a los baños ni a los convites y bailes, ni de oír músicas, ni de ver torneos o juegos o fiestas, ni de ir por jardines en compañía de otras mujeres y menos de hombres.”¹⁷⁸

175. *Ibid.* p. 42.

176. *Ibid.* p. 57.

177. *Ibid.* p. 126.

178. *Ibid.* p. 166.

Con esto hemos llegado a la otra coordenada del discurso de Vives, la sumisión total al varón. Primero al padre, luego al marido. La cimentación de dicha sumisión la entronca con la más pura tradición cristiana: “porque es notorio que Adán fue primeramente formado que no Eva y él no fue engañado y Eva sí y traspasó el mandamiento de Dios”¹⁷⁹.

En concreto estas palabras las copia Vives de san Pablo y, a lo largo de este estudio, hemos tropezado varias veces con ellas ya que, en efecto, han servido de justificación y razón para decretar la subordinación de las mujeres. La actitud acrítica de Vives es, seguramente, la única que se podía esperar, a pesar de que, en el siglo XVI, Lutero ya había abierto la caja de los truenos y la racionalidad pugnaba por abrirse camino en todos los terrenos. Pero ya que en la cultura occidental las mujeres han pagado un precio tan altísimo por la interpretación que se ha dado a esta escena edénica, y en el discurso de Vives, la sumisión femenina al varón ocupa un papel fundamental, no me resisto a plantear dos cuestiones, cuya respuesta entiendo se cae por su propio peso. La primera es, por qué el comportamiento de Adán no fue considerado igual de perverso que el de Eva, ya que los dos comieron del fruto prohibido, por mucho que san Pablo afirme que “él no fue engañado y Eva sí” (Ahí está la Biblia para desmentirlo). Y la segunda cuestión, pero no la menos importante, sería por qué todas las mujeres estaban representadas en Eva y no todos los hombres en Adán. Y, ya puesta a hacer brindis al sol, me pregunto, por qué si Eva se convirtió en el símbolo de la maldad, por su astucia para hacer pecar a Adán, éste no pasó a ser el emblema de la debilidad y la estupidez.

En todo caso, Vives, lejos de adoptar una postura crítica ante las interpretaciones de la escena bíblica, se apresurará a sacar a continuación las mismas conclusiones que los otros misóginos:

“Por tanto, como la mujer sea de natura animal enfermo, y su juicio no sea de todas partes seguro, y puede ser muy ligeramente engañado, según mos-

179. *Ibid.* p. 28.

tró nuestra madre Eva, que por muy poco se dejó embobecer y persuadir del demonio, ... no es bien que ella enseñe”¹⁸⁰

Pero lo más llamativo es que nuestro humanista, en los comienzos de la obra *De officio mariti*, reclama para la mujer amor y respeto a su dignidad, como base del comportamiento del marido hacia la esposa. Y para avalar sus ideas recurre de nuevo a la escena que estamos comentando, pero esta vez de forma bien diferente. Amor, tolerancia y comprensión, serán las enseñanzas que saque del episodio bíblico:

“No robó Adán a Eva, sino que la tomó en manos amorosamente, como una dádiva graciosa de Dios Padre; no la impuso Dios a la fuerza a su marido, sino que para conciliar entre sí la bienquerencia sacó a la una del cuerpo del otro; dióles semejante forma y naturaleza a fin de que ya antes de la unión conyugal pudieran parecer una sola cosa, no dos”¹⁸¹.

Por difícil que resulte aceptar estas contradicciones, en ningún momento debemos negar lo que las citas traídas hasta aquí creo que han evidenciado. Vives realiza un encomiable esfuerzo por racionalizar la suerte de las mujeres, en medio de la hecatombe machista en que estaba sumergida la ideología al uso. Que su puritanismo, su ortodoxia y una cierta pusilanimidad ante la vida, le jugó más de una mala pasada, está fuera de toda discusión. Pero tiene un mérito que nadie le puede negar; su opción a favor de que las mujeres recibieran educación.

EDUCACIÓN FEMENINA ¿PARA QUÉ?

Vives dio un paso importante en esta dirección al fijar tres puntos decisivos: Que hay mujeres capacitadas para el aprendizaje de las letras, aunque

180. *Ibid.* p. 28.

181. VIVES, Juan Luis. *De officio...Op.cit.* p. 1271.

otras, al igual que ocurre entre los hombres, no lo estén. Que aquellas que muestren estas habilidades, deben recibir formación humanística. y, en tercer lugar - pero en absoluto el aserto menos importante- afirma que las mujeres cultas están mejor pertrechadas contra cualquier tipo de maldad, saliendo así al paso de los que defendían que la preparación intelectual sería perjudicial para el sexo femenino:

“Ni hay mujer buena si le falta crianza y doctrina. Ni hallareis mujer mala sino la nescia y la que no sabe y no considera cuán buen bien es la castidad, y no piensa en la maldad que hace si la pierde, ni cuán incomparable es el bien que trueca a ferias de una falsa apariencia de placer torpe, breve y luego peresceder, y no mira cuántos males trae a su casa en lanzar de sí la bondad virginal, ni examina cuán vana, cuán loca, cuán bestial cosa es el placer del cuerpo, por el cual no se debería mover un dedo de la mano, cuanto más perder el mayor y máspreciado bien que se puede hallar en la mujer. La doncella que por letras habrá aprendido a tener ojo a estas cosas y otras semejantes, habiendo fortalecido su alma con estos santos avisos, no temerá los combates del enemigo tentador ni se inclinará rendir su bondad al demonio”¹⁸².

Pero, coherente con todo lo dicho por nuestro autor, acerca de la conveniencia de que las mujeres -sea cual sea su estado y edad- vivan recluidas en el hogar, la formación intelectual que reciban, sólo será lícito utilizarla en el ámbito familiar.

“Cuando digo que la mujer no debe mostrar ni alabarse que sabe mucho, más le diré: que no debe enseñar ni tener escuela para avezar hijos ajenos, lo cual es también reprendido por Sant Hierónimo, ecepto si en su casa quisiere enseñar a sus hijos o hermanos, lo cual no solamente otorgo, mas aun ruego. Y esto cuando tiene muy bien sabido que es lo que enseña, porque otramente no es de otrogárselo.”¹⁸³

182. VIVES, Juan Luis. *Instrucción...Op.cit.* 24-25.

183. *Ibid.* p. 27.

Como señala Rábade¹⁸⁴, Vives recomienda a los padres que, a la hora de elegir maestro para la muchacha que ha demostrado su buena disposición para el aprendizaje intelectual, escojan a una mujer. Sin embargo, le acabamos oír afirmar que no le parece decoroso que las mujeres se dediquen a la enseñanza a no ser en el más riguroso círculo íntimo, cuestión que Rábade señala como una contradicción, ya que aconseja dos cosas opuestas.

Con esto llegamos a uno de los puntos habituales al estudiar la ideología patriarcal. De sobra es sabido que, hasta los derechos más básicos de las mujeres, han sido concedidos con cuentagotas. Pero cada paso adelante evidenciaba que, no concederlos en toda su amplitud, era como intentar seguir poniendo puertas al campo. Y esta es la encrucijada en la que se encuentra Vives. Educación a las mujeres, sí, pero ¿Para qué? Si escuchamos al propio autor, para que la mujeres tenga mejores defensas de su virtud. Y eso sí que es intentar poner puertas al campo.

FRAY LUIS DE LEÓN

Si como dice Valbuena Prat, la retirada del Emperador Carlos V al Monasterio de Yuste, significa “el triunfo de la ascética sobre el mundo heroico”, no cabe duda que Fray Luis de León puede ser la más emblemática de las figuras que representan esta época. Por su parte, Dámaso Alonso es bien tajante al afirmar que fray Luis es el renacimiento español y todo el renacimiento español. Y, en general, todos los críticos están de acuerdo en que su obra - en prosa y en verso- es un continuado esfuerzo por lograr lo que tan caro fue a los renacentistas: armonía en el lenguaje, claridad en la expresión, sencillez como norma de elegancia. Y todo ello como soporte de un pensamiento depurado y profundo, en el que el equilibrio y la lógica eran la regla. Cuando estudiemos sus teorizaciones sobre las mujeres, algunos de estos términos, quedarán, al menos en parte, en entredicho.

184. RÁBADE, Pilar. “El arquetipo femenino en los debates intelectuales del siglo XV castellano”. *En la España Medieval*. 1988, p. 289.

Nació en Belmonte (Cuenca) en 1527 y murió en Madrigal de las Altas Torres en 1591. Quizá lo más notable a resaltar de su niñez y juventud, fue la sólida formación religiosa y humanística que recibió. Asistió a la cátedra de Melchor Cano y Domingo Soto en Salamanca y a la del orientalista Cipriano de la Huelga en Alcalá.

En 1544 ingresó en la Orden de San Agustín y en 1558 recibió el grado de Doctor en Teología. Tres años más tarde ganó la cátedra de Santo Tomás en Salamanca, ciudad a la que ya estaba estrechamente vinculado y que será el marco de su interesantísima vida. De ésta, los hechos más relevantes son su gran prestigio como profesor y su incansable decisión de luchar por los asuntos que considerara justos y razonables, bien fuera en el terreno filosófico, académico o humano. Dicho de otra manera, se comprometió con la problemática que le rodeaba en aquella España de la segunda mitad del siglo XVI, en plena efervescencia contrarreformista y en agitado ajuste con la sociedad moderna que se iba configurando.

Esta intensa actividad de fray Luis estuvo adobada por una personalidad de una fuerza extraordinaria. Alborg la sintetiza a la perfección.

“La silueta humana de fray Luis de León ofrece todos los rasgos de una figura ejemplar. Ninguna de las pasiones -las más nobles y dignas- que pueden calificar a un hombre auténtico, le fueron ajenas; y siempre las colocó al servicio de lo que honradamente consideraba la verdad. Sus mismas frecuente extremosidades, su intransigencia a veces, su irritabilidad, su desnuda y sincera rudeza, no era sino la natural reacción de un temperamento vigoroso que amaba exacerbadamente la justicia en la misma medida en que no podía sufrir la presunción, la necedad, la hipocresía y la santurronería”¹⁸⁵.

La prisión que tuvo que sufrir en los calabozos de la Inquisición, entre marzo de 1572 y diciembre de 1576, tuvo probablemente más que ver con esta personalidad, que con las acusaciones que se formularon y que eran

185. ALBORG, Juan Luis, *Op.cit.* pp. 802-3.

referentes a su ascendencia judía por su bisabuela Leonor de Villanueva, su postura crítica hacia la *Vulgata* y por haber realizado la traducción, al castellano, del *Cantar de los Cantares*, conservando la importante carga erótica que la obra original comporta.

Donde su fuerte personalidad le jugó mal papel fue en las rivalidades que existían en el seno de la Iglesia entre religiosos de diferentes órdenes o incluso entre los mismos miembros de alguna de ellas. Las más enconadas fueron las de los dominicos y agustinos. Nuestro autor, con su temperamento apasionado y nada propicio al silencio, se situó en el centro de la vorágine y exacerbó a sus enemigos, sobre todo al dominico León de Castro, al que con frecuencia atacó denodadamente. El otro elemento fundamental a añadir es que fray Luis postulaba novedades que chocaban con aquel claustro salmantino, anticuado e intransigente. Para conocer el ánimo con que vivió estos hechos, es elocuente el poemilla que escribió desde la prisión:

“Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado...”

Con esto llegamos a otra de las facetas de la personalidad de fray Luis y que Rafael Lapesa explica así:

“Amante del mundo clásico, abrigó la ilusión de una serenidad que pugna con la vehemencia de su propio temperamento; y si en vez de apartarse de las luchas universitarias se dejaba arrastrar por su torbellino, a esa misma impulsividad debió los acentos más personales de su creación poética”¹⁸⁶.

186. LAPESA, Rafael. De la Edad Media hasta nuestros días. Madrid, 1967, p9. 172-192.

Riquer y Valverde llegan a afirmar que en la poesía de León “se unen en armonía el elemento humanista del Renacimiento con el encendido espíritu religioso de la Contrarreforma, en un equilibrio que ya no tendrá nueva ocasión de repetirse”¹⁸⁷. En efecto, cuando se está interesado en siluetear la personalidad de fray Luis, surge una antinomia entre el luchador empedernido que jamás bajó la guardia en la defensa de sus convicciones, y menos se arrojó ante las artimañas de sus oponentes, y su anhelo de una paz y soledad, que sólo podía encontrar alejado del “mundanal ruido”. Pero él se mantuvo en el ojo del huracán de las discusiones universitarias, sociales y religiosas, aunque en sus poesías escribiera:

“Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.”

(de la *Vida retirada*)

¿Sentía de verdad esa atracción por la “vida retirada” o era un luchador nato, incapaz de quedarse en la talanquera? En cualquier caso, basta repasar su obra literaria para saber la cantidad de temas conflictivos que abordó. El historiador Huizinga, en su ensayo *El Otoño de la Edad Media*¹⁸⁸, trata con cierta extensión el tema de los cortesanos o ciudadanos que desde la Baja Edad Media tienen, como tema recurrente, el anhelo de la vida bucólica: “La seguridad, la tranquilidad y la independencia son las buenas cosas por las cuales se quiere huir de la corte, para llevar, en cambio, una vida sencilla de trabajo y de dorada medianía en el seno de la naturaleza... El villano, cien veces despreciado, llegó a ser el ideal”¹⁸⁹. Pero Huizinga

187. DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. Historia de la Literatura Universal. Vol 2. Barcelona, Planeta, 1968, p. 64.

188. HUIZINGA, J. *El otoño...Op.cit.* p.199.

189. *Ibid.* p.204.

desconfía de estos anhelos y cede la palabra al poeta francés del siglo XV, François Villon que, lleno de escepticismo y cinismo, compara al campesino “ideal”, con su comida de cebollas y su amor bajo las rosas, con las comodidades del gordo canónigo, que goza de hermoso fuego, buen vino y lecho blando¹⁹⁰. No tiene por qué tener que ver, esta interpretación, con el asceta fray Luis. Pero comparada su vida, comprometida y belicosa, con estrofas de su conocidísima oda, algo nos suena a irreal:

“A mí, una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me baste, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.”
(de la “Vida retirada”)

Desde luego, los oros no le deslumbraron, pero “la amable paz” no era lo suyo porque entró a todos los trapos. Pero que está fuera de discusión, y es lo que pretendía señalar, es que León es uno de los magos del lenguaje poético, en un país donde tantos hay. Lo de menos es la indudable influencia de Horacio. Lo importante es que, como aquel, fray Luis, sabe que “es más eficaz una reducción que un estruendo, es el límite a la palabra que disminuye y calla para dejar vibrando una atmósfera de emoción, un ambiente silencioso y tiernamente conmovido”¹⁹¹. Si de verdad no sentía la llamada de la vida bucólica, más mérito aun como poeta, por su capacidad para crear un ambiente determinado. Pero también más mérito como persona, porque trasluce hasta qué punto vivió, con angustia, sus interminables luchas ideológicas.

Su producción se puede agrupar en la escrita en latín y en castellano, y esta, a su vez, en prosa y en verso. Entre la obra latina - por nombrar sólo las que encierran anécdotas trascendentales para su vida- se encuentra *De*

190. *Ibid.* p.210.

191. Citado por ALBORG, Juan Luis. *Op.cit.* p.824.

Fide, que contiene la “lectura sobre la Vulgata”, que fue una de las causas por la que fray Luis tuvo que enfrentar el proceso. La más famosa en prosa castellana es *La perfecta casada*, de cuyo éxito ya hablé y en la que me voy a detener. La que más disgustos le acarrió fue la traducción y comentario del *Cantar de los Cantares*, que realizó a los treinta y tres años de edad, a petición de una pariente, religiosa en el Convento de Sancti Spiritus de Salamanca. Fray Luis que conocía lo acordado en el Concilio de Trento sobre las traducciones de los libros sagrados, no tenía intención de publicarlo. Pero alguien de su convento sacó una copia, y ya sabemos que fue otra de las acusaciones que le llevaron a juicio. Los estudiosos se suelen preguntar qué sentido tuvo el que fray Luis compusiera la traducción de una obra con contenido tan encendidamente amoroso, sin darle ningún sentido espiritual, sobre todo teniendo en cuenta que iba destinada a una monja del Carmelo. La extrañeza no impide que se reconozca que trata el amor humano con toda exquisitez y delicadeza.

Pero su obra más conocida es la poética, y, entre ellas, la oda “Vida retirada” que acabo de citar, quizá sea la más popular. Algunos entusiastas exégetas como el Padre Vega llegan a considerar a fray Luis como el primer lírico en lengua castellana. Y aunque esta es una total exageración, no se puede negar que su poesía constituye un ejemplo de ponderada sencillez y equilibrio, resultado de un tenaz esfuerzo con el que fray Luis disciplinaba, tanto su sentimiento y pensar, como la envoltura de sus creaciones¹⁹².

No acabaremos de valorar debidamente sus méritos literarios, si no tenemos en cuenta la labor que llevó a cabo a favor del empleo del castellano como vehículo de la teología. No fue el primero en utilizarla para estos temas, pero su ejemplo fue decisivo, no sólo por la significación de su persona - como catedrático que era de la Universidad salmantina - sino por el carácter rigurosamente científico de sus escritos¹⁹³. Y este fue otro motivo para que, los que juzgaban equivocado el empleo de la lengua vulgar para los temas teológicos, atacaran al prestigiado profesor salmantino. Pero lo

192. *Ibid.* p.824.

193. *Ibid.* p.805

cierto es que fray Luis fue uno de los escritores que más dignidad y perfección confirieron a la lengua de Castilla.

LA PERFECTA CASADA, UN ÉXITO CLAMOROSO

Para analizar y criticar el contenido de *La perfecta casada*, debemos tener en cuenta que el autor utiliza, como espina dorsal de su obra, el capítulo XXXI del *Libro de los Proverbios*. Este capítulo consiste en un poema acróstico donde cada versículo comienza con una letra del alfabeto hebreo, dispuestas en el mismo orden en que lo hace la gramática. Según los comentaristas de la Biblia de ediciones Paulinas (22 edición, Madrid, 1964), “con este artificio se ha querido expresar la totalidad, perfección, integridad, ya que nada falta ni nada sobra...al argumento del poema, que es la descripción de la mujer perfecta”. Fray Luis, en principio, está de acuerdo: “el último capítulo de los Proverbios...pinta acabadamente una virtuosa casada con todos sus colores y partes; para que las que pretenden ser (y débenlo pretender todas las que se casan) se miren en ella como en un espejo clarísimo¹⁹⁴”.

Y digo que León está “en principio” de acuerdo porque, aunque es cierto que cada uno de los capítulos de “La perfecta casada” corresponde a uno de los versículos del poema, él efectuará una importante tarea de interpretación, lógicamente de acuerdo con sus más profundas convicciones o conveniencias para su discurso, de tal forma que, si echa de menos alguna idea o razonamiento, no tendrá inconveniente en añadirla.

También utiliza otras fuentes. Algunas indiscutibles, como los Padres de la Iglesia que el autor cita expresamente. Otras inciertas, como la posible influencia de Luis Vives, cuestión debatida por los especialistas y difícil de delimitar si no es cogiendo, a manos llenas, los contenidos de ambos. (Espero aportar datos para que sea posible avanzar en el tema) . Pero sin duda, y lo más importante, fray Luis se mueve, sin problemas, dentro de la ideología patriarcal que tan sólidamente estaba arraigada.

194. FRAY Luis DE LEON. *La Perfecta Casada*. Gèneve, Ferni, 1972, p. 26.

Fray Luis de León, en la dedicatoria con la que comienza el libro, arranca de dos puntos de vista perfectamente razonables. En primer lugar, considera el matrimonio como un oficio que exige, no sólo preparación, sino también afición: “... como en cualquier otro negocio y oficio... dos cosas: la una, el saber lo que es, y las condiciones que tiene, y aquello en que principalmente consiste y la otra, el tenerle verdadera afición”¹⁹⁵.

Esta clara apuesta por la “profesionalidad” es tanto como optar a favor de que las mujeres accedan al matrimonio y a la maternidad, libremente y con conocimiento de causa. Dicho de otra manera, es oponerse a que se llegue al matrimonio, o como una obligación moral, o como una maldición divina ineludible. La importancia de la “profesionalización” que pide fray Luis estriba, a mi entender, en la idea de que el sexo femenino se ha jugado su discriminación, marginación o explotación, según el caso, a causa de la instrumentalización que se ha hecho de la tareas reproductoras; y la primera manipulación ha consistido en ocultar o desviar la importancia de dichas tareas; la ardua lucha que se tiene que seguir manteniendo en el siglo XXI, para que las mujeres trabajadoras no sean discriminadas en el momento de la maternidad, muestran la gravedad de lo que estoy diciendo.

Por otra parte, aunque fray Luis considera que el matrimonio es menos perfecto que el celibato, los cónyuges se ganarán el cielo, cumpliendo con sus obligaciones matrimoniales:

“el casado agrada a Dios en ser buen casado...Dice Cristo en el Evangelio que cada uno tome su cruz; no dice que tome la ajena, sino manda que cada uno se cargue con la suya propia. No quiere que la religiosa se olvide de lo que debe al ser religiosa y se cargue de los cuidados de la casada, ni le place que la casada se olvide del oficio de su casa...”¹⁹⁶

195. *Ibid.* p. 26.

196. *Ibid.* p. 27.

Hasta aquí todo correcto. El problema comienza cuando, a continuación, fray Luis va a ir desgranando lo que él considera deberes de las mujeres. Pronto nos daremos cuenta de que la cruz reservada para estas es, inconmensurablemente, más pesada que la de los varones, y no sólo por imperativo biológicos. Y así empiezan esas paradojas que tanto tienen que ver con la sustancia del pensamiento misógino.

Las consideraciones sobre una “naturaleza femenina” - al igual que en Vives- van a estar presentes en la misma base del discurso de León, que también entiende que las mujeres son seres débiles y enfermizos:

“porque como la mujer sea de su natural frágil y deleznable más que ningún otro animal y de su costumbre e ingenio una cosa quebradiza y melindrosa, y como la vida de casada sea vida sujeta a muchos peligros y donde se ofrece cada día trabajos y dificultades muy grandes, y vida ocasionada a continuos desabrimientos y enojos... menester es que la que ha de ser buena casada, esté cercada de un tan noble escuadrón de virtudes...”¹⁹⁷

Por un momento hemos podido pensar que, ante tanta debilidad femenina, nuestro gran humanista iba a pedir un incondicional apoyo del marido. Nada de eso. Lo que pide son virtudes para que las mujeres aguanten el duro tirón de la vida matrimonial y el débito maternal. En la medida que avancemos en la lectura del libro, iremos viendo cuáles son esas virtudes que León, con la inapreciable ayuda de los *Proverbios* de Salomón, decreta como propias de las esposas. De momento observemos cómo la existencia de la mencionada “naturaleza femenina”, es enunciada sin el menor intento de cimentar esta idea con bases teóricas. Muy al contrario. Otra vez encontraremos, al igual que en Vives y en tantos otros, que lo que fray Luis considera como naturaleza femenina, chirría con el comportamiento generalizado de la inmensa mayoría de mujeres. Pero la endeblez teórica y práctica de estos planteamientos, no le impide deducir, desde las conclusiones más chuscas, hasta las más trascendentales, como va a quedar explícito en las dos citas siguientes:

197. *Ibid.* pp. 38-39.

“...la naturaleza las hizo por una parte ociosas para que rompiesen [la ropa] poco, y por otra aseadas, para que lo poco les luciese mucho... aunque el desorden y demasía ...es vituperable en todo linaje de gentes, en el de las mujeres que nacieron para sujeción y humildad, es mucho más vicioso y vituperable”¹⁹⁸.

Pero lo que es más difícil de justificar es que estos eruditos -al margen de épocas, costumbres o ideologías- cometan incoherencias que les aleja de la lógica más elemental. Y eso es lo que hace León cuando, habiendo dictaminado sobre una naturaleza femenina notoriamente endeble, no sólo no aligera a las mujeres de responsabilidades, sino que decreta para el ama de casa los más variados y cuantiosos trabajos. De hecho, el libro es una abrumadora relación de obligaciones para las esposas.

Del primer versículo de los *Proverbios*, León deduce que “la mujer buena” tiene muchísimo mérito, dado lo escaso de tal especie. De nuevo nos encontramos con el dedo acusador - masculino por supuesto- que descalifica a la inmensa mayoría del sexo femenino al repetir, de varias maneras, la inquietante escasez que hay de mujeres bondadosas. Algo hemos adelantado desde el Arcipreste de Talavera hasta aquí, ya que aquel, recordemos, descalificaba, inmisericorde, a todas: “La primera loa que da [el espíritu Santo] a la buena mujer es decir della que es cosa rara, que es lo mismo que llamarla preciosa y excelente cosa”¹⁹⁹.

Y a continuación, y para que nadie malentienda el tema de los méritos de las mujeres, nos aclarará que aquella que sea considerada “de valor”, significa que es “varonil”. Recordemos el final de la obra de Jaume Roig. Nada nuevo bajo el sol.

El siguiente versículo que León comenta, reza así: “Confía en ella el corazón de su marido, no le harán mengua los despojos”. Y cuál no será la sorpresa de la lectora o lector, cuando lee que la consecuencia fundamental de este enunciado es que la casada ha de ser honesta. Si el Espíritu Santo

198. *Ibid.* p. 49.

199. *Ibid.* p. 37.

no habla de ello, nos explica León, es porque es tan sabido y evidente que las mujeres tienen que ser honestas, que ni vale la pena mencionar el tema. Nuestro autor, como tantas veces a lo largo del libro, no dudará en hablar en nombre del Espíritu Santo:

“De manera que el Espíritu Santo, en este lugar, no dice a la mujer que sea honesta, sino que presupone que ya lo es...Dios...quiere que este negocio de honestidad y limpieza lo tengan las mujeres tan asentado en su pecho, que ni aun piensen que puede ser lo contrario”²⁰⁰.

Sorprende la soltura con la que fray Luis interpreta la voluntad divina, permitiéndose modificar dogmáticamente lo que dice y adivinando, con gran seguridad, lo que no dice. Y como quien hace un cesto hace ciento, a partir de aquí tendremos que estar muy atentos a las interpretaciones que del texto bíblico haga fray Luis, pues ya sabemos que, además de tener como sabio profético a una personalidad tan discutible como Salomón, sobre todo por lo que a las mujeres respecta, (ya vimos, comentando la obra de Roig, que el gran mérito reconocido para teorizar sobre mujeres, le viene a Salomón de haber tenido setecientas esposas y trescientas concubinas, lo cual es una discutible cátedra de feminismo), también nuestro autor, ya hemos visto que se puede permitir licencias.

La segunda obligación de la esposa es que sea hacendosa. Y sin duda este es el gran tema de los sendos discursos de Salomón y de fray Luis. De lo veintidós versículos que componen el poema de la mujer perfecta, doce están ligados directamente a la actividad económica de la esposa. Pero otro talón de Aquiles aparece en la teorización del segundo. Con ese desparpajo que hemos visto en fray Luis, a la hora de dictaminar sobre la naturaleza femenina, le oiremos hablar sobre la parquedad de las capacidades mentales de las mujeres:

“Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, mídanse con

200. *Ibid.* p. 44.

lo que son y conténtese con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola”²⁰¹.

A pesar de estas afirmaciones tan tajantes sobre las limitaciones femeninas para las actividades extrahogareñas, además de la inconveniencia de que las mujeres salgan de casa, cuando fray Luis llega a la frase que se inicia “Buscó lana y lino”, no duda en afirmar que tiene que ser el ama de casa la que se provea de estas materias, sin esperar la colaboración del marido²⁰². Pero, lógicamente, nuestro autor ha quedado preocupado por esta invitación a actuar fuera del hogar y, páginas más adelante, retoma el tema para advertir que, aunque esto sea así, la verdadera riqueza que la esposa incorpora a la familia, consiste en no desperdiciar nada de lo que haya en la casa:

“... lo casero y lo hacendoso de una buena mujer, gran parte dello consiste en que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y crezca en sus manos, y que, como sin saber de qué, se haga rica y saque tesoro, a manera de decir, de entre las barreduras de su portal”²⁰³.

Esta inefable idea de que la mujer convierta los desperdicios en riqueza, cosa que, por cierto, la tradicional ama de casa ha hecho durante decenios, ante el frecuente aire de suficiencia del marido, llega a ser recurrente en fray Luis. Pero aún hay otra idea que lo que trabaje la mujer, pase desapercibido. Así en otro lugar comenta:

“... como hace la nave, que sin parecer que se menea nunca descansa, y cuando los otros duermen navega ella, y acrescenta con sólo mudar en aire el valor de lo que recibe; y así, la hacendosa mujer estando asentada no para, durmiendo vela, y ociosa trabaja, y casi sin sentir cómo o de qué manera, se hace rica”²⁰⁴.

201. *Ibid.* p. 132.

202. *Ibid.* p. 59.

203. *Ibid.* p. 65.

204. *Ibid.* p. 68.

Pocas veces las palabras de fray Luis han sido tan proféticas, porque a pesar de la importancia del trabajo doméstico -nada menos que de él depende el mantenimiento de la especie y la recomposición de la fuerza de trabajo- el sistema capitalista ha mostrado un especial interés en mantener esta actividad de las mujeres en el anonimato. De ello se ha derivado la falta de reconocimiento social y el que sea, sin fricción aparente, un trabajo no retribuido. El movimiento feminista no ha dudado en calificarlo de “trabajo invisible”. Reivindicar su importancia y una justa cooperación entre los sexos, de hecho ha pasado a ser uno de los puntos emblemáticos de su programa. Pero esto ha ocurrido cuatro siglos después de que fray Luis diera rienda suelta a su disquisición. Lo que no era previsible es que alguien tan docto como nuestro catedrático de Salamanca, formulara con tanta precisión su deseo de que la mujer trabajara en el tan aborrecido como heroico anonimato.

Otra obligación que recae sobre las mujeres y que fray Luis deduce del tercer versículo del poema de la mujer perfecta -“ella le procura el bien y no el mal, todos los días de su vida”- es que la esposa sea para el marido la alegría y el descanso. Y otra vez nuestro autor acerca su lenguaje y condensa sus conceptos, para imponer a la mujer una nueva obligación tan insoslayable como aplastante. Y es así porque otra vez Dios habla por boca de fray Luis:

“Dios, cuando quiso sacar al hombre dándole mujer, dijo: ‘Hagámosle un ayudador su semejante’. de donde se entiende que el oficio natural de la mujer y el fin para el que Dios la crió es para que sea ayudadora del marido”²⁰⁵.

Por si no habíamos entendido bien, aun reiterará:

“... no es gracia y liberalidad este negocio, sino justicia y deuda que la mujer al marido debe, y que su naturaleza cargó sobre ella, criándola para este oficio”²⁰⁶.

205. *Ibid.* p. 53.

206. *Ibid.* p. 54.

No entenderemos de verdad el espíritu de la teorización de fray Luis, si no reparamos en el lenguaje tan significativo que elige para enviar su mensaje. Fijémonos en las dos bimetraciones con las que construye la frase adversativa. No se trata de “gracia y liberalidad”... sino de “justicia y deuda” el que las mujeres sirvan al marido.

La idea de que la finalidad de la mujer es servir de descanso al marido -“descanso del guerrero” ha sido denominado por el movimiento feminista esta función - ha llegado a constituir uno de los ejes del pensamiento patriarcal. Pero, al igual que lo que comentaba del trabajo doméstico, es difícil creer que se hayan teorizado estos conceptos con semejante frialdad. Sin embargo, los ilustrados de todos los tiempos ya nos han acostumbrado a estas formulaciones. A partir de la época de fray Luis, encontraremos muchas de estas. Entre las muchas a escoger, hay dos que me parecen especialmente aleccionadoras por la personalidad de quienes las emiten, y su significado social e intelectual. Una de ellas corresponde a J.J. Rousseau, el padre espiritual de la Revolución Francesa, que en su *Contrato Social*, escribe:

“Resultar agradable en su presencia, ganar su amor y su respeto, instruirlo durante la niñez, servirlo cuando sea adulto, aconsejarlo y consolarlo, hacer su vida agradable y feliz: tales son los deberes de la mujer en todo tiempo, y así se le ha de educar de joven.”

El otro ilustrado que escojo es Santiago Ramón y Cajal, que en *Los tónicos de la voluntad* especifica con todo lujo de detalles, qué clase de mujer puede ser útil al investigador científico y esta será:

“La señorita hacendosa y económica, dotada de salud física y mental... con instrucción para comprender y alentar al esposo. Inclineda a la dicha sencilla... cifrará su orgullo en la salud y felicidad del esposo. El cual encontrará en el hogar ambiente grato, propicio a la germinación y crecimiento de las ideas. La gloria... la esposa la merece también... El toque está en conquistarla para la obra común; en constituirse en su director espiritual; en modelar su carácter, plegándolo a las exigencias de la vida seria...”

Las líneas escritas por Rousseau y Cajal, dejan bien a las claras que el tono razonable, comedido y moderado de los escritores del siglo XVI, tan alejado de las virulencias de los misóginos medievales, pero que encierran una desvalorización de la mujer de gravedad suma, había encontrado terreno fértil para su maduración. Podemos comprobar cómo estos pensadores, que desplegaron un trabajo profundo, serio y progresista, aceptan, con toda naturalidad, el papel de las mujeres absolutamente en función del hombre, en una situación de dependencia económica, social y psicológica total. De tal forma que podemos afirmar, sin caer en simplificaciones inaceptables, que desde el Renacimiento, hasta la llamada revolución sexual de los años sesenta del siglo XX, la desvalorización de lo femenino, al menos en occidente, alcanzó su cota máxima. Y en este sentido, la advertencia de fray Luis a los maridos, muy escasas por cierto, encaminadas a recordarles que tienen que tratar bien a la esposa, corresponde a la conocida táctica del palo y la zanahoria:

“aunque es verdad que la naturaleza y estado pone obligación en la casa...de la cual ninguna mala condición dél la desobliga; pero no por eso han de pensar ellos que tienen licencia para serles leones y para hacerlas esclavas...han de entender que es compañera suya, o por mejor decir, parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna...”²⁰⁷.

Esta es la zanahoria. El palo viene cuando, líneas más arriba, nos ha recordado que la mujer debe sumisión al marido aun en la peor de las circunstancias. El lenguaje y el estilo es de una plasticidad que ahorra comentarios:

“... por más áspero y de más fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer lo soporte, y que no consienta por ninguna razón que se divida la paz. ¡Oh, que es un verdugo!. Pero es tu marido. ¡Es un beodo!. Pero el nudo matrimonial le hizo contigo uno.”²⁰⁸

207. *Ibid.* p. 55.

208. *Ibid.* p. 55.

Las consecuencias de estas actitudes y aptitudes asignadas por fray Luis a las mujeres, tienen una incidencia directa en la vida cotidiana. Con frecuencia une, la defensa de las limitadas capacidades mentales de estas, con su obligación de estar confinadas en el hogar. Y, en concreto, en la cita que sigue, añadirá aquella vieja cuestión sobre el silencio, que ya vimos comentando los textos del Arcipreste de Talavera y que ahora completo:

“... El estado de la mujer, en comparación al marido, es estado humilde, y es como dote natural de las mujeres la mesura y vergüenza, y ninguna cosa hay que se compadezca menos o que desdiga más de o humilde y vergonzoso que lo hablador y lo parlero”²⁰⁹.

Ya tenemos pues, a las mujeres, enterradas en casa y amordazadas. Aun fray Luis nos reserva otra sorpresa. Conocido es el exquisito refrán castellano, rebotante de respeto hacia las mujeres y sensibilidad ante el tema: “la mujer en casa y con la pata quebrada”. Nuestro humanista, llevado de su extensa cultura y amplitud de miras, no se contenta con la sabiduría popular de su entorno; vuelve sus ojos a la cultura china. Las mujeres no salen con ello mejor libradas:

“Los chinos, en naciendo, les tuercen a las niñas los pies, porque cuando sean mujeres no los tengan para salir fuera, y porque para andar en su casa aquellos torcidos les bastan.”²¹⁰

En la España del siglo XXI seguimos agujereando las orejas a las recién nacidas. Millones de niñas de otras culturas siguen siendo sometidas a la ablación del clítoris. Quizá eso sea excusa para comprender al intelectual del siglo XVI. Me temo que no.

209. *Ibid.* pp. 126-7.

210. *Ibid.* p. 132.

Sin embargo, más útil que fijarnos en costumbres que siempre habrá alguien que defenderá como inevitables, será que consideremos la continuada dureza que, nada soterradamente, fray Luis adopta ante las mujeres y que se acerca más a la rudeza del campesino que aspiraba a ser cuando añoraba la “vida retirada”, que a la finura espiritual que cabría esperar de él. Oigámosle cuando habla a las madres:

“...no ha de pensar la casada que el ser madre es engendrar y parir un hijo; que en lo primero siguió su deleite, y a lo segundo le forzó la necesidad natural”²¹¹.

Pero aun redondeará mejor esta su postura exigente cuando, reconociendo que son muchas las virtudes que entre Salomón y él han urdido como necesarias para el buen comportamiento del sexo femenino, lejos de reconocer que el cumplimiento total de dichas virtudes resulta humanamente imposible, pasará a descalificar a aquellas mujeres que lo intenten, poniendo incluso en entredicho su buena voluntad. Me atrevo a opinar que, en el texto que voy a citar a continuación, fray Luis, cuando menos, roza el cinismo:

“Y porque todas ellas tienen algo de su perfección, que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen de ella, porque no es cosa que se vende por partes. Y aun hay algunas que se esfuerzan a todo, pero no se esfuerzan a ello por razón, sino por inclinación o por antojo; y así son movedizas, y no conservan siempre un tenor ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejen mucho a lo bueno.”²¹²

La buenísima prensa que ha acompañado a fray Luis como teorizador de la familia y de la condición femenina, a menudo ha estado basada en aciertos que no creo nadie ose negar. Entre ellos el que defienda la lactancia

211. *Ibid.* p. 137.

212. *Ibid.* p. 144.

natural a cargo de la madre, desechando con gran sentido común, realismo y sensibilidad hacia el tema, la figura del ama de cría que, sin embargo, se institucionalizó en los siguientes siglos, con tan nefastos resultados que ha llegado a ser considerada como una causa severa de infanticidio. También aparece como totalmente encomiable la opinión de fray Luis a favor de criar pocos hijos pero buenos²¹³, posicionamiento que choca frontalmente con la política pronatalista de la Iglesia, sobre todo bajo el mandato de Juan Pablo II que es donde tintes más irreales ha alcanzado esta cuestión. Pero lo que creo que está fuera de discusión es que estos aciertos, justifiquen la totalidad de su discurso.

MISOGINIA RENACENTISTA

Por todo lo dicho hasta aquí podemos comprender que Juan Luis Vives y fray Luis de León sean considerados como figuras relevantes en temas relacionados con la condición femenina y con la familia. Cosa muy diferente es la valoración que nos merezcan sus teorías. Por otra parte, el impacto de cada uno de ellos entre los lectores es muy diferente. Vives escribió toda su obra en latín y el halo que le rodea se lo debe a ser considerado un “avant la lettre” en ideas sociales, pedagógicas y psicológicas. Y aunque se puedan mostrar discrepancias con su discurso sobre el sexo femenino, y aunque se detecten importantes contradicciones, nadie le puede negar que este corresponde a una actitud reflexiva, profunda y con un decidido deseo de comprensión. De alguna manera, la faceta de preceptor de mujeres, que él mismo se adjudicó, no desmerece su condición de ser el representante más europeo del Renacimiento español.

Fray Luis de León vivió durante la época de Felipe II, bajo cuyo reinado España llegó a estar incomunicada con Europa. Su teorización sobre las mujeres es, comparada con la de Vives, esquemática, lineal y en ocasiones lo hemos visto rozar la vulgaridad. El increíble impacto que *La perfecta casada*

213. *Ibid.* p. 142.

ha alcanzado en España -y probablemente también en Hispanoamérica- entiendo que es un dato a favor de que sea desentrañado su contenido sin contemplaciones. Decía Marañón en 1927, que este libro era regalo obligado para muchísimas novias españolas²¹⁴. Quizá el dato queda sin completar al no saber cuántas de estas novias lo leyeron. Pero el hecho cierto es que, como dice M.A.Durán, “A título indicativo basta con recordar que entre 1938 y 1968 (o sea, cuatro siglos después de escribirse) una sola editorial laica de Madrid publicó nueve ediciones en su colección de libros de bolsillo, récord este alcanzado por muy pocos libros”²¹⁵. Por mi parte pongo la cuestión al día añadiendo que, al iniciar el siglo XXI, al menos seis editoriales tienen esta obra en venta (Alba, Ediciones 29, Edimar Libros, M.E. Editores, S.L., Espasa-Calpe, Ramón Sopena) cifra esta que no creo debemos olvidar. Ni tampoco que fray Luis es un de los líricos que más han llegado al gran público, como persona y como poeta. La anécdota de la frase, “Como decíamos ayer...”, que ha quedado como paradigma de entereza y dominio de sí mismo, (el que sea dudosísima su historicidad, poco importa para el simbolismo alcanzado), la fama lograda por algunas de sus poesías -como es la oda “Vida retirada”, de la que algunos fragmentos son memorizados por miles de escolares, como pocas poesías- obliga a tomar una postura crítica ante sus prédicas sobre las mujeres, sin que ello signifique despreciar sus otros méritos.

Por el análisis anterior de sus textos, sabemos que Vives y León comparten puntos importantes sobre las mujeres. Uno, es la creencia en una peculiar “naturaleza femenina” que hace, de estas, seres frágiles e indefensos. Otro punto que comparten es el de la obligada sumisión al hombre. La castidad como virtud reina, y el confinamiento en el hogar, vendrán a cerrar la perspectiva en común.

A los dos los hemos visto cometer contradicciones de bulto. Entiendo que la más alarmante es cuando aceptan acríticamente los estereotipos

214. MARAÑÓN, Gregorio. *Tres ensayos sobre la vida sexual*. Madrid, 1927, p. 114.

215. DURÁN, María Ángel. “El papel de la mujer en la estructura demográfica del Antiguo Régimen hasta el Renacimiento”. *Análisis e investigaciones Culturales*. Madrid, 1982, p. 87.

femeninos -lujuriosas, perezosas, tacañas, volubles...- que el pensamiento misógino había establecido machaconamente. Sin embargo, los dos tuvieron ocasión de medir el abismo entre estos malintencionados juicios y la realidad de la mayoría de amas de casa. Este es uno de los pecados difícil de perdonar en un intelectual, cuya obligación primera es pensar con lógica.

No obstante, la crítica más severa, y quizá más objetiva que se les puede hacer, es cuando, con tanta vehemencia, defienden que la castidad es la virtud que el sexo femenino debe situar en primer término, contradiciendo así el mandato divino de poner el amor y la caridad por encima de cualquier otra norma. Cierto es que, tanto Vives como León, invitan a las mujeres a que sean generosas con los menesterosos. En absoluto caen en aquellas violentas diatribas del Arcipreste de Talavera, que acusaban, a la totalidad del género, de la más miserable avaricia, expresada con su particular contundencia: “ser una mujer de entrañas duras o secas con los necesitados, es en ella vituperable más que en hombre ninguno”²¹⁶.

Pero la convicción y rigidez con la que decretan para las mujeres la castidad y, sobre todo, cómo hacen de ella el eje vertebrador de la moral cristiana y del comportamiento femenino, y que se concreta en el encierro en la casa, la privación de diversiones o distracciones - aquí es Vives el que se lleva la palma- y cualquier otra cosa que, en criterio de estos autores, pueda poner en peligro la pureza de las mujeres, me obliga a recordar escenas del Evangelio que hacen, del mensaje de Cristo, algo muy diferente a lo que estos escritores expresan como mandato divino.

Quizá el pasaje más contundente para resumir el mensaje evangélico es aquel en la que un letrado, queriendo confundir a Jesús, le pregunta:

“Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la ley?” La respuesta es escueta y clara: “Amarás al Señor tu Dios, con todo corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y primer mandamiento”. El segundo es semejante a este: “Amarás al prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se funda toda la Ley y los Profetas” (San Mateo, 22, 37).

216. Citado por OÑATE, *El feminismo...Op.cit.* 102.

Que este mensaje de amor, se convirtiera en el siglo XVI en el alegato de puritanismo que hemos visto en fray Luis y en Vives, es desviación digna de tener en cuenta. Pero si recordamos el pasaje de Jesús con la mujer adúltera y aplicamos toda la fuerza de la lógica, que a mi entender el tema merece, el asunto se complica. Los que quieren apedrear a la pecadora son sus conciudadanos hombres que hablan en nombre de la ley de Moisés y así se lo plantean a Cristo. San Juan nos cuenta que Jesús se pone a escribir en el suelo, como si quisiera decirnos que no dio mayor importancia a la situación. Sin embargo, las pocas palabras que pronuncia, son inequívocas: “El que de vosotros no tenga pecado, tírele una piedra el primero”. Y cuando la mujer ya ha quedado sola, a la claridad de las palabras de Jesús, se añade la más hermosa de las tolerancias: “Tampoco yo te condeno. Vete y no peques más” (San Juan, 8, 11). He intentado recoger las escenas más significativas, pero, en realidad, todos los evangelios son un alegato a favor de la comprensión y en contra de la hipocresía.

Así las cosas, la pregunta inmediata es el por qué del endurecimiento de estos autores hacia la sexualidad femenina y ese empeño en intentar ser más papistas que el papa en materia de costumbres, y que se traduce en el talante inflexible e inhumano que hemos podido observar a través de sus textos. Bastaría que hubieran tenido en la mesilla de noche el “Libro de buen Amor”, para que su actitud ante la condición femenina se hubiera relajado y, sus concepciones sobre el sexo, desdramatizado. Sin embargo, en este caso, no podemos hablar, como ante Talavera y Roig, de personalidades conflictivas desveladas por insultos violentos o lenguajes escatológicos. Muy al contrario, es el equilibrio, la naturalidad y la sabiduría la que, al menos en apariencia, iluminan la producción literaria de estos humanistas. Sin embargo hay facetas, en cada uno de ellos, que llaman poderosamente la atención.

Por lo que a Vives respecta, lo más llamativo e inexplicable es su exacerbado puritanismo. Para entender algo tendríamos que recordar su educación judía o, mejor, la situación de desarraigo en la que se vio forzado a vivir. El temor y la desconfianza quizá le proporcionaron

un panorama sombrío donde el optimismo o los aspectos lúdicos no tenían cabida. En cualquier caso, lo que debemos descartar es que el humanista valenciano estuviera obligado, por época, sexo o condición, a pensar así. Basta, para convencernos de ello, que comparemos, las concepciones de Vives sobre la sexualidad, con las de su amigo Erasmo, para que tengamos una visión exacta de la peculiaridad del primero, ya que ambos intelectuales profesaban, con la misma seriedad, los principios cristianos y ambos se mantuvieron en la ortodoxia romana. O sea, partían de los mismos principios morales. Sin embargo, sus enfoques en este tema son notoriamente distintos. En una carta, Erasmo amonesta a Vives: “En punto al matrimonio parecías demasiado duro con las mujeres; creo que serás más comedido con la tuya”. Vives se defiende y se ratifica: “Dices que traté a las mujeres con demasiada aspereza. ¿Y lo dices tú que nos has devuelto a Jerónimo? ¿Qué cosa más desenfrenada que una mujer? Si le sueltas un poco las riendas, allí no habrá más moderación ni medida”²¹⁷.

Pero donde de verdad podemos apreciar la gran distancia entre los dos humanistas, es en el comentario de Bataillon en su ensayo “Erasmo en España”. Hablando del “Diálogo del pretendiente y la doncella”, escrito por el mismo Erasmo, nos recuerda una frase, deliciosamente irónica, inserta en esta obra: “la virginidad es un tesoro precioso, del cual no se puede hacer mejor uso que perderlo”. Bataillon añade que -ingeniosidades aparte- lo esencial es constatar la nueva doctrina o consideración que el matrimonio merece a Erasmo:

“Se podría resumir muy bien esta doctrina diciendo que si la pérdida de la virginidad no es cosa trágica, la unión de dos seres es cosa seria. A través del fino diálogo amoroso de Pánfilo y María, el porvenir de la pareja se va esbozando. María cederá a la ley de la especie, cuyo defensor persuasivo es Pánfilo, pero esto no será sin haber considerado lo que ella arriesga: el enajenamiento de su libertad, la vida estrecha del matrimonio sin fortu-

217. SANTOJA, Pilar. *Juan Luis Vives... Op.cit.* p. 54.

na, las dificultades en la educación de los hijos, los temores ante la viudez posible...”²¹⁸.

Como vemos, la monográfica obsesión de Vives sobre la castidad femenina, se convierte en Erasmo en realismo y sentido común.

En el caso de fray Luis, cabe hablar, por lo que a *La perfecta casada* se refiere, de un libro hecho sin buscar profundización. La facilidad con que habla en nombre del Espíritu Santo, sin que se sienta obligado a dar mayor explicaciones de sus fuentes; la utilización de los tópicos de la predicación medieval, evidenciados en la ligereza con la que le hemos visto pergeñar sus consejos, aunque haya moderado la expresión; y el que, en sus teorizaciones, no avance ni un ápice en los derechos de las mujeres de su tiempo (su negación a que estas reciban educación, es un ejemplo de lo que estoy diciendo), hace que sus ideas no se despeguen, ni un ápice, de la ideología patriarcal del momento. Labor propia del intelectual de alcurnia, es iniciar esos despegues.

De todos modos, las especulaciones sobre las personalidades de estos escritores, no nos pueden llevar muy lejos y, desde luego, no nos van a explicar el trastoque de jerarquía de valores que, respecto al mensaje evangélico, realizan. Para ello debemos pensar en el momento histórico en que viven. La Iglesia de Roma, acorralada desde fuera por la embestida de los Reformadores, y, desde dentro, por la indescriptible degradación de costumbres, inicia un escoramiento hacia el sexto mandamiento que alienta este tipo de actitudes. El espíritu de la Contrarreforma y el hito del Concilio de Trento, nos pueden dar cuenta de buena parte de los posicionamientos de muchos pensadores.

El punto crucial ahora es determinar si estos intelectuales fueron instrumentos inconscientes del poder establecido, suministrando la doctrina moral, social y económica necesaria para su cohesión interna y actividad productiva. En este sentido es interesante el enfoque del trabajo de

218. BATAILLON, Marcel. *Erasmo y España. Méjico*, Fondo de Cultura Económica. 1966, p. 289.

M.A.Durán -ya citado- considerando *La perfecta casada* como un verdadero tratado de economía, en el que el trabajo doméstico, realizado por las mujeres, sería columna fundamental del sistema. Durán nos ayuda a llegar a una conclusión: En el espíritu del siglo XVI estaba el crear un nuevo sistema social que se ajustara a los nuevos valores que la pujante burguesía iba imponiendo, como hemos visto al principio del capítulo. Entre ellos estaba el que las mujeres fueran las “restauradoras” de la fuerza de trabajo, por medio de las tareas domésticas. Pero, sobre todo, que “reprodujeran” la insustituible fuerza de trabajo, faceta esta que Durán creo que trastoca en su orden lógico²¹⁹.

Cuando Luis Vives y fray Luis abogan, tan contundentemente, por la sumisión femenina y el enclaustramiento en el hogar, están colaborando - lo sepan o no- en la imposición de algo fundamental en aquella sociedad: el control del poder reproductor de las mujeres. A más castidad, a más prohibiciones, a más intolerancias, a más intransigencias morales... mejor control. Así las cosas, ambos pensadores se ajustan, a la perfección, con la categoría Gramsciana del intelectual tradicional - monopolizadores de servicios importantes como la instrucción, la moral o la filosofía - a la vez que contribuyen, como intelectuales orgánicos, a la hegemonía social; esto es, la adhesión “espontánea” del conjunto de la sociedad, a la dirección impresa a la vida social, por el grupo fundamental dominante.²²⁰

219. El papel fundamental del imperativo biológico de la reproducción para determinar la condición de la mujer es analiado en extenso en MARTÍ, Sacramento y PESTAÑA, Ángel. *Sexo, Naturaleza y Poder*. Madrid, Nuestra Cultura, 1983.

220. GRAMSCI, Antonio. *Cultura y Literatura*. Madrid, Península, 1968.

5. CERVANTES.

UNA MENTE ANDRÓGINA

De Miguel de Cervantes y Saavedra sabemos que fue bautizado en 1547 en Santa María la Mayor de Alcalá de Henares y que murió en 1616. Empezó la producción literaria en 1585 y, como se mantuvo en esta actividad hasta su muerte, comprobamos que su vida de escritor se reparte, por igual, entre los siglos XVI y XVII o, lo que es más importante, entre el equilibrado estilo renacentista y el exuberante estilo barroco. Y ésta privilegiada circunstancia la podemos considerar como un signo que gobierna su personalidad. Ser contemporáneo de estas dos corrientes literarias, de inconmensurable trascendencia, y que sus obras no se ajusten a ninguna de ellas, da medida de la altura y calidad de los escritos cervantinos, que se sitúan a niveles muy por encima del normal escribir. Al menos eso ocurre con *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* que ha puesto el techo a las novelas en castellano. Y para tener una medida algo exacta de su figura, debemos de añadir que su vida estuvo jalonada de hechos memorables. El más llamativo, su presencia en la batalla de Lepanto, en la que la cristiandad, o sea, nuestro privilegiado mundo occidental, se jugó la sobrevivencia. Y por ello, nuestro novelista se sintió orgulloso de su minusvalía, que procuró llevar con paciencia y resignación. Lo mismo hizo con otras adversidades que le aportó la vida, como un matrimonio conflictivo, penurias económicas y tropiezos con la justicia.

Un conjunto de actitudes vitales y de virtudes humanas y literarias, conforma el perfil de Cervantes. Entre ellas sobresale la sensibilidad, a flor de piel, que demostró poseer el autor de *El Quijote*, para captar los entresijos de la humana condición. Y en esa labor de observación, que es la base de su arte novelístico, capta que en la sociedad hay leyes, normas y costumbres que oprimen de modo específico a las mujeres. Y es a través de los personajes y situaciones que crea en sus relatos, como

va denunciando esta realidad que había provocado rechazo en él. No vamos a encontrar, en su obra, alegatos sobre la relación entre los sexos, como hemos encontrado en la obra del Arcipreste de Hita. Ni tampoco novelas escritas, casi exclusivamente, en torno a la problemática femenina, como encontraremos tres siglos más tarde, entre la obra de Pérez Galdós.

Y para calibrar este posicionamiento de Cervantes, nada mejor que inmiscuirse en sus *Novelas ejemplares* donde, a través de los argumentos que pergeña, muestra, con claridad meridiana, cuáles son los comportamientos, valores y actitudes que merecen su aprobación. Y entre ellos está la sinceridad, la alegría, la generosidad, la coherencia. En contraposición, nunca es aprobada la sumisión ante los prejuicios sociales, la hipocresía de la moral impuesta o las falsas bondades. *La Gitanilla Preciosa*, o Constanza de *La ilustre fregona*, o Esperanza, la sobrina de *La tía fingida*, son personajes que emanan, por todo su cuerpo, actitudes positivas y auténticas. Su recompensa será el matrimonio por amor.

Que ni ellas ni su autor, eran sufragistas “avant la lettre” es algo más que evidente. Pero también lo es que Cervantes tomó postura ante la moral sexual impuesta a las mujeres y que, de alguna manera, se debate entre sus convicciones y la posibilidad de expresarlas, ya que rechinaban con la moral al uso. Para demostrar esto podemos detenernos en varios datos de este conjunto de novelas. Pero antes de entrar en sus contenidos, debemos tener en cuenta los propósitos confesados por su autor.

En el emotivo prólogo que Cervantes escribió para encabezar las *Novelas Ejemplares*, explica que da por descontado que todo lo que en ellas incluye es honesto y a nadie inducirán al mal. Además, cree que contienen grandes verdades, entendibles por todos. Y finalmente concluye que, de cada una de estas novelas, se pueden sacar ejemplos provechosos. Hasta lamenta que los prólogos no deban de ser muy extensos, porque, de haber tenido suficiente espacio, él mismo explicaría a sus lectores las diferentes enseñanzas que de sus relatos se pueden extraer. Obligación nuestra es pues entresacarlos.

Para los fines de este estudio -lo que Cervantes dice sobre las mujeres- el relato más significativo es *El celoso extremeño*²²¹ que constituye una diatriba irónica y punzante contra la vigilancia que se quería ejercer sobre las jóvenes, con el fin de preservar su honestidad. Si tenemos en cuenta datos dados, en páginas anteriores, sobre la doctrina predicada en esta materia por la Iglesia Católica o por intelectuales de tanto ringorrango como Luis Vives o Fray Luis de León, entenderemos mejor que la alegría de vivir que muestran las protagonistas femeninas arriba citadas, o la parodia desarrollada en *El celoso extremeño*, significa una clara actitud crítica de la moral patriarcal entonces vigente. Hemos visto, en páginas anteriores, cómo Vives pergeña una serie de medidas, advertencias, consejos y normas, encaminadas a proteger a las jóvenes de los miles de peligros que el reflexivo filósofo veía para las jóvenes. Recordemos cómo pormenoriza las cautelas que se deben tomar para que las mujeres, cuando estén en el esplendor de su desarrollo físico, se vistan y actúen de tal modo que nadie las vea, nadie les hable, ni, mucho menos, nadie llegue a recrearse con su presencia o ellas se sientan halagadas por ello. Pues bien, cualquiera diría que Cervantes se propuso contestar puntualmente a las obsesiones y temores de Vives... y de cuántos Vives habrían en la época y que tanto éxito tuvieron para crear un clima de represión y vigilancia. Porque nuestro novelista demuestra que hay dos temas que le producen especial rechazo: la falta de libertad de las mujeres jóvenes y los matrimonios impuestos.

El protagonista de *El Celoso...* es Felipe de Carrizales, ya anciano y muy rico. Ha vivido de manera muy irregular. Marchó a América, que según Cervantes era “refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salva conducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores...” y vuelve a la patria decidido a cambiar de costumbres y a rectificar “el mal gobierno que en todo el discurso había tenido”. Entre sus nuevos

221. CERVANTES, Miguel. *Novelas ejemplares*, editado por Eugenio Alonso Marín. Madrid, Bruño, 1991.

propósitos está “proceder con más recato que hasta allí con las mujeres”. Y, dispuesto a cumplir sus planes, se enamora de una muchacha bella y joven -casi niña- con la que se casa, gracias al trato que hace con los padres de ésta. Apenas casados, al viejo “le embistió un tropel de rabiosos celos” y para sustraer a su esposa de toda posible tentación, trata de incomunicarla de la gente y de la vida por todos los medios imaginables. Compra una casa adecuada para que no tenga ventanas al exterior, refuerza la puerta con mil artilugios y extrema los medios para controlar entradas y salidas. La servidumbre es cuidadosamente elegida y él se reserva el derecho a tener las llaves, de modo que nadie, su esposa incluida, tenga acceso a ellas. El paranoico desarrollo de esta estrategia ocupa buena parte del relato. La estrategia fracasa cuando el joven y atractivo Loaysa logra meterse en la casa de Carrizales, después de mil artimañas para ganarse al criado negro al que el amo había encomendado la vigilancia de la puerta, y consigue organizar un jolgorio tan alegre como significativo. No sólo burla las artimañas del viejo para clausurar la casa, sino que pone a toda la servidumbre a bailar y cantar, con gran éxito, aburridas como estaban de la vida de encierro. Además, enamora a la Dueña Marialonso, que era la responsable de la custodia de las virtudes de la esposa y, por si no habíamos entendido el mensaje, Cervantes pone en boca del pícaro unas coplas, cuyo estribillo sintetiza la profunda convicción del autor sobre el tema:

“Madre la mi madre
guardas me ponéis,
que si yo no me guardo,
no me guardaréis.”

Para celebrar la fiesta con tranquilidad, Loaysa había llevado un narcótico para suministrarlo a Carrizales. Leonora, la esposa, es la que se ocupa de esto, metida ya de lleno en el ambiente festivo. La meta de Loaysa es seducir a Leonora. Cuando consigue estar a solas con ella, la sorpresa es que ella se defiende bravamente y -lo sabemos porque ella más tarde se lo confiará

al moribundo marido- no consiente en tener relaciones íntimas. Todo ésto ocurre a altas horas de la noche y los castos amantes se duermen, uno en brazos del otro. Así los sorprende Carrizales que, de golpe, ante la conmovedora escena, comprende todo su desvarío y, unos días más tarde, morirá arrepentido y aconsejando a Leonora que se case con el hombre que ama.

Cervantes aún remacha el clavo, redactando una moraleja. En ella atiende a tres temas. El primero trata de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre. O sea, le da la razón a la copla que canta Loaysa. El segundo tema atiende a la indefensión de una mente joven, ante los consejos de una dueña envuelta en tocas y años. El tercero, añora el autor que Leonora no se defendiera mejor ante su marido, poniendo en valor el hecho de que ella no claudicó ante el asedio de Loaysa, cuando todo lo tenía a favor de haber hecho el amor con el atractivo joven.

Esta última idea, broche que cierra la obra, sin duda es la fundamental para Cervantes. Leonora, asediada por un guapo mozo, ambos en la cama, resiste el embate por un acto supremo y libre de voluntad. Pero resulta curiosa esta lamentación de Cervantes cuando él, como autor, podía hacer terminar la obra como le diera la gana. En este sentido, debemos de tener en cuenta que escribió una primera versión de *El celoso extremeño* -recogida en el Códice de Porras- donde el adulterio se consuma. Sin embargo, en la nueva versión que preparó Cervantes para la imprenta en 1613, fue modificado el desenlace. Ello ha dado lugar a sabrosas discusiones entre expertos, sobre todo porque ha surgido la duda acerca de si Cervantes escribió estas dos versiones o si plagió la del Códice de Porras. Para Américo Castro²²², el hecho de suprimir, en la segunda versión, el adulterio, queda dentro de las cautelas que Cervantes toma ante los temibles censores de la época. Para Agustín González de Amézua²²³ se trata de escrúpulos de orden moral del propio autor.

222. CASTRO, Américo, *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1967.

223. GONZÁLEZ DE AMEZUA, Agustín. *Cervantes creador de la novela corta española*, Valencia, CSIC, 1956-58.

La cuestión no es fácil de dilucidar con total exactitud. Ni tenemos razones para dudar de la sinceridad de este autor cuando, en el prólogo de las *Novelas Ejemplares*, expresa su deseo de moralizar, ni podemos dejar de lado las pistas que nos deja cuando escoge coplas populares, como la que canta Loaysa, en las que se apuesta por la responsabilidad de cada mujer para cuidar de su honestidad. Y ésto significa una seria crítica a la moral impuesta desde el púlpito, el confesionario y la autoridad patriarcal.

LA ILUSTRE FREGONA

En palabras del propio Cervantes²²⁴, son “dos caballeros mozos” las “principales personas de este cuento”, Carriazo y Avendaño. Los cuales, por su espíritu aventurero, que no por cuna que era acomodada, se les podía considerar dentro de la estirpe de *pícaros*. El argumento tiene su parte de intriga y enredo. Pero lo que atañe a *La Ilustre Fregona* consiste en que ésta reside en la Posada del Sevillano, una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo. Desde que aparece en escena, Constanza -que éste es su nombre- está aureolada por un cerco de misterio. Por supuesto que el principal atributo es su belleza, que es descrita como algo sin igual. Todo el léxico castellano parece escaso para valorarla. A esta singularidad de Constanza contribuyen frases de los propietarios de la Posada, intencionadamente confusas: “ni es sirvienta ni deja de serlo”. También contribuye el hecho de que comparte habitaciones con los propietarios y recibe un trato especialmente cercano, diferente al dispensado a las otras sirvientas. De todo ésto nos van informando los dos pícaros cuyas andanzas los llevan a recalar en la Posada El Sevillano. Avendaño se ha enamorado perdidamente de Costanza y, dispuesto como está a no alejarse del lugar, consigue que le hagan el encargo de distribuir la cebada entre los animales de la posada. Ello le permite ver a la joven, admirarla y embelesarse ante ella.

224. CERVANTES, Miguel. *Novelas ejemplares*, vol.1. Madrid, Círculo de Amigos de la Historia, 1972.

Hasta consigue en dos ocasiones hablarle, aunque sin poder establecer una verdadera conversación. La dignidad y el distanciamiento de la Ilustre Fregona le ponen difíciles las cosas al enamorado.

El otro pícaro, Carriazo, mucho más aventurero al no estar traspasado por la flecha de Cupido, sino, muy al contrario, en abierta suspicacia hacia el sexo femenino, protagoniza una serie de aventuras que le llevarán a la cárcel y hasta cerca de la muerte. Pero el final es igualmente feliz para ambos. Ya el lector se ha enterado de que el origen de Constanza es noble y que su madre murió sin poder cumplir su deseo de ir a recogerla, tal y como prometió a los propietarios de la posada cuando la dejó bajo su custodia. Y lo sabemos porque un buen día aparece en la posada, junto a don Juan de Avedaño, el padre biológico de la muchacha - que “casualmente” es el padre de Carriazo- y relata su historia:

“Hace muchos años, él, don Diego de Carriazo, forzó a una noble dama en un inexplicable arrebató, pues no era ese su comportamiento habitual. Pero aquel día, saltó por encima de cualquier obstáculo físico o moral, cegado por el deseo, llegando a introducirse en el dormitorio de aquella señora. “Yo la gocé contra su voluntad y a pura fuerza mía”, confiesa con caballerosa sinceridad. Muchos años más tarde se enteró de la existencia de su hija y allí está para recogerla, pues la niña que engendró no era otra que Constanza.”

Como vemos, Cervantes va cumpliendo con las normas de las obras de enredo, hasta llegar al final más feliz posible. Constanza - la *ilustre fregona*- se va con su progenitor, don Diego de Carriazo, no sin antes derramar cuantiosas lágrimas al separarse de los que se han comportado con ella como padres, el huesped y la huespeda, que quedan inconsolables. El Corregidor, que ha actuado como representante de la Justicia para estos trámites, organiza una gran fiesta de despedida con ayuda de su esposa. El mismo Corregidor, de acuerdo con los padres de los antes “pícaros”, don Diego de Carriazo y don Juan de Avedaño, acuerdan que Tomás se case con Constanza, ya que él había demostrado la autenticidad de su amor al

quererse casar con ésta cuando la creía una humilde fregona. Y, ya metidos en harina de casamenteros, también añaden unos cuantos matrimonios más entre las gentes aparecidas en el relato. Y, para que midamos la profundidad del final feliz, nuestro novelista nos informa de que Costanza y Avedaño tuvieron tres hijos que estudiaron en Salamanca.

LA GITANILLA

Desde el punto de vista de este trabajo, o sea, analizando la postura que Cervantes tiene sobre la situación de las mujeres, quizá *La Gitanilla*²²⁵ es un homenaje a la virtud femenina. “Virtud” entendida en su genuino significado de “fortaleza”, ya que la protagonista -Preciosa- no sólo es de una belleza tan deslumbrante que a todos llama la atención y a todos atrae, sino que ella, imperturbable a sus hechizos y dueña siempre de las situaciones, mantiene el más honesto comportamiento, en medio de una vida que podríamos llamar “peligrosa”, ya que su cometido, como miembro de la caravana de gitanos con la que vive, es bailar, con el éxito que ya hemos señalado. Otra vez a Cervantes se le queda pequeño el castellano para elogiar la hermosura física y moral de Preciosa.

El argumento es muy conocido ya que en la literatura anterior y posterior a Cervantes, se repite aunque de muy variada manera. Por citar a los autores más célebres, Gitanilla tiene antecedentes en la juglaresa Tarsiana del *Libro de Apolonio*, hay reminiscencias en la Esmeralda de *Nuestra Señora de París* de Victor Hugo y en *La Carmen* de Marimée.

Volviendo a Cervantes, su Preciosa atrae a un caballero de la Corte, don Juan de Cárcamo. La Gitanilla le someterá a fuertes pruebas para comprobar su amor. El joven deberá sumarse a la tribu de gitanos con todas las consecuencias. Cambiará de vestimenta, aprenderá a robar, ya que es el modo de vida de aquella gente, y convivirá con Gitanilla aunque, durante un tiempo, vivirán como “si fueran hermanos”, sin vida marital. El ahora

225. CERVANTES, Miguel. *Novelas ejemplares*, vol1. *Op.cit.*

Andrés, pues don Juan también ha tenido que cambiar de nombre, pasa por todas aquellas pruebas con una moral inmejorable. Su gran pecado consiste en que, en ocasiones, no puede reprimir los celos que le suscita el atractivo que ejerce Preciosa sobre el género masculino. Su gran virtud consiste en que se niega a robar; pero lo disimula y compra con su dinero la mercancía que debía de haber robado, para que nadie advierta su objeción de conciencia al *modus vivendi* de sus nuevos camaradas.

Pero el gran personaje del relato es Preciosa, que continuamente da muestras de profunda sabiduría a pesar de sus quince años. El tema donde muestra toda su agudeza es cuando se trata del trato con los hombres. Su hermosura, su oficio de bailarina y su condición de gitana nómada, la abocaban a toda clase de promiscuidad. Y es aquí donde Cervantes pone todo el énfasis en demostrar que, hasta en circunstancias tan adversas, es la voluntad humana -sin distinción entre hombres y mujeres- la que es capaz de pilotar la vida de cada uno.

Las escenas significativas en *La Gitanilla* son numerosas. En una ocasión, Preciosa y sus amigas son invitadas a entrar a bailar en un local donde varios caballeros se entretenían con diferentes juegos.

“-Si tu quieres entrar, Preciosa -dijo una de las tres gitanillas que iban con ella- entra enhorabuena; que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres.

-Mira, Cristina -respondió Preciosa- de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas y no de tantos juntos; porque antes de ser muchos quita el miedo y el recelo de ser ofendidas... está cierta de una cosa: que la mujer que se determina a ser honrada, entre un ejercito de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas”²²⁶.

Todas las respuestas y aseveraciones que va expresando Preciosa, son de la misma sensatez y sentido común. Hasta el detalle de estar orgullosa de

226. *Ibid.* p. 36.

ser gitana, queda señalado, quizá como muestra de su autenticidad. Así, uno de los que estaba en el local le interpela:

“-¿Quién te enseña eso rapaza?- dijo uno
-¿Quién me lo ha de enseñar? -respondió Preciosa- ¿No tengo yo mi alma en mi cuerpo?¿No tengo ya quince años?... no hay gitano necio, ni gitana lerdia; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio a cada paso...”²²⁷.

La perorata más significativa y contundente de Preciosa es la que construye cuando se encuentra por primera vez, con don Juan de Cárcamo, el que va a ser su esposo. Como queda relatado arriba, Preciosa le exige que, en prueba de amor verdadero, cambie por completo su vida para integrarse en el grupo como un gitano más. No obstante, el argumento sorprendente es cuando Gitanilla define el valor de su virginidad y exige de don Juan, no sólo el más absoluto de los respetos, sino también de distanciamiento, mientras ella lo desee así:

“Yo, señor caballero, aunque soy gitana, pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espiritallo fantástico acá dentro, que a grandes cosas me lleva. A mi ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones... Una sola joya tengo, que la estimo más que a la vida, que es la de mi entereza y virginidad y no la tengo que vender a precio de promesas o dádivas... Flor es la de la virginidad que, a ser posible, que, aún con la imaginación, no debía dejar de ofenderse... Si vos, Señor, por sólo esta prenda venís, no la habéis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio”²²⁸.

Lo paradójico de esta loa a la virginidad y al matrimonio -hecha con tanta fuerza y garra como la podrían haber hecho Luis Vives, fray Luis de

227. *Ibid.* p. 39.

228. *Ibid.* p. 47.

León, el celoso extremeño, o cualquier otro personaje partidario de una moral estricta- nos la encontramos cuando tratábamos de comprobar que Cervantes tenía una mente liberal que, por lo que a la condición femenina se refiere, se traducía en la defensa de una educación que llevara a las mujeres a ser sus propias guardianas. Y, vistas así las cosas, ya no nos sorprenden las palabras de Preciosa. Justo en ese momento es cuando la gitanilla está en el cenit de lo deseado por Cervantes. Tomadas las riendas de su comportamiento, y lógicamente de acuerdo con los grandes iconos de la época, defiende su integridad y dignidad con todo ímpetu. Pero ya no son ni los muros, ni las llaves, ni las prohibiciones. Son sus propias convicciones y su sentido común lo que le lleva a pronunciar las palabras que acabamos de escucharle.

Llama la atención que avezados comentaristas de nuestra literatura, como Américo Castro, González de Amézua o Alborg, cuando debaten sobre el doble final de *El celoso extremeño* -recordemos que en el código de Porras se consuma el adulterio, mientras que la edición que Cervantes hace para la imprenta, no se consuma- no tengan en cuenta estas líneas de *La Gitanilla*. Si se hubieran fijado en ellas, quizá estarían de acuerdo en que nuestro gran novelista quiere llevar a sus jóvenes protagonistas a una situación límite, para que ellas demuestren que son dueñas de sus actos, más allá de cuales fueran las convicciones morales de Cervantes.

Volvemos al relato de *La gitanilla*. La tribu se ha trasladado a Murcia y allí Andrés es acusado falsamente de robo. Agredido, durante el incidente, por un soldado bravucón, Andrés le da muerte. Todo el grupo es detenido y llevado a la cárcel. Aquí empieza el final feliz: La Corregidora, que ha oído hablar de la belleza de Preciosa, quiere conocerla y, por una serie de sorprendentes coincidencias, la reconoce como la hija que le fue robada cuando era niña. Las pruebas que le presenta la vieja gitana, que ha cuidado siempre de la niña, son irrefutables.

Antes hemos dicho que la novela parece un homenaje a la virtud femenina, pero hay que matizar más. Por las actitudes mantenidas por Cervantes a lo largo de su obra, podemos concluir que la trastienda de este

homenaje consiste en defender, de nuevo, que la honestidad de las mujeres depende de su conciencia y no de rejas, puertas y vigilancias. Así ocurre exactamente en la vida de Preciosa. Y cuando su creador riza más el rizo, en el tema de la virtuosidad, es cuando hace que la pareja viva “como hermanos”, sólo para demostrar, aparentemente, que Andrés ama seriamente a la gitanilla y que no se trata de un capricho pasajero. Pero además, a nivel más profundo, lo que queda demostrado es que la Gitanilla es dueña de su cuerpo y de su voluntad. Sólo un siglo antes Luis Vives nos había pintado una especie de muñeca de trapo, necesitada de todos los apoyos materiales imaginables para comportarse decentemente.

LA TÍA FINGIDA

Esta novelita es un nuevo acercamiento de Cervantes a su tema preferido. Otra vez muestra su rechazo a los matrimonios impuestos y su empeño en que éstos se celebren por amor y sin coacciones. Como detalle significativo, para explicar el punto de vista de Cervantes, recurre, a la idea que vimos en *El libro de Buen Amor* y que nos movía a reflexionar sobre lo que se esperaba del comportamiento de las mujeres y de sus posibles transgresiones. La frase del Arcipreste era “... en la casa muy cuerda, en la cama muy loca”. Cervantes la aplica de diversas formas. En *La tía fingida*²²⁹ pone esta idea en la boca de la protagonista, Esperanza, que recibe miles de consejos y prédicas de su Dueña Claudia, a cada cual más hipócrita y convencional. La respuesta de la joven, para defenderse del asedio a la que es sometida, es contundente. “¿Hay más que hacer que... ser ángel en la calle, santa en la Iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama?”²³⁰

El argumento de *La tía fingida* es el siguiente: La acción transcurre en Salamanca. A dos estudiantes manchegos de esta ciudad, les llama la

229. CERVANTES, Miguel. *Novelas ejemplares*, vol. 2. Madrid, Círculo de Amigos de la Historia, 1972.

230. *Ibid.*. p. 307-8.

atención que en una casa “de las llamadas de carne”²³¹ apareciera una de las ventanas protegida por una celosía. Comienzan a investigar y así saben que ha llegado a dicha casa una al parecer rica y distinguida dama, acompañada de una hermosa sobrina -Esperanza- de unos dieciocho años. En el transcurso de las idas y venidas para acercarse a la atractiva sobrina, interfiere un caballero que es el que consigue colarse en la casa y entablar relación con la Dueña Claudia. Relación un tanto tormentosa ya que la Dueña se ha encontrado al caballero escondido en la cama de su sobrina. Lo que ha ocurrido es que a Felix, que así se llama éste, le han venido tres fuertes estornudos que son oídos por la tía y guardiana de Esperanza. La espina dorsal del relato lo constituye la sarta de consejos que la supuesta tía propina a la sobrina y, como queda dicho, la actitud defensiva de ésta, que va demostrando su capacidad para gobernar su persona y comportarse siempre con honradez, prudencia y lealtad, sin aceptar las triquiñuelas y tapujos de su supuesta tía y que se ajustan a la hipócrita moral al uso. La cosa termina de acuerdo con lo previsto. La moza logra zafarse de aquella falsa mujer, de la cual nos enteramos que la había robado de niña, al igual que a otras pequeñas, y “vendido por doncellas muchas veces”²³². Lo sabemos porque por un incidente menor, Claudia es apresada y en la cárcel se descubre su negro historial, con brujería incluida. El Corregidor la castiga a recibir azotes y ser introducida en una jaula en la plaza pública. Esperanza, por su parte, acepta la oferta de matrimonio que le hace el mocetón manchego, que le acosó al principio del relato y que ahora le propone un matrimonio de amor. El joven la lleva a casa de su padre, al que miente sobre el origen de la muchacha y aunque algunos -según el relato- intentan advertir de la verdad al viejo, éste no quiere renunciar a hija tan maravillosa y no hace el menor caso de las advertencias. Cervantes es concluyente: “tal fuerza tienen la discreción y la hermosura. Y tal fin y paradero tuvo la señora Claudia de Astudillo y Quiñones; y tal le tengan todas cuantas su vida y proceder tuvieren”.

231. *Ibid.* p. 297.

232. *Ibid.* p. 314.

Es la más breve de las novelas de Cervantes y, en parte, se continúa en los diálogos de *Cipión y Berganza*. El relato tiene por protagonista al alférez Campuzano al que conocemos, al principio del relato, saliendo del hospital de la Resurrección de Valladolid, donde tuvo que ingresar afectado por una grave enfermedad infecciosa que le transmitió su esposa doña Estefanía de Caicedo. Este mal no es más que uno de los muchos que le acarreó a Campuzano este matrimonio. En otras novelas ejemplares, como *La Gitanilla*, *La tía fingida* o *La ilustre fregona*, el verdadero protagonista del relato es el triunfo de los buenos sentimientos. Hemos visto, líneas arriba, como sus protagonistas chorrean bondad, alegría y sentido común por todos los poros de su cuerpo, lo cual tiene, como importante recompensa, la felicidad. Sin embargo, la novela que ahora nos ocupa -*El casamiento engañoso*²³³ - se fija en la otra cara de la medalla. La primera parte está dedicada a relatar los infortunios que el matrimonio de Campuzano con Estefanía proporcionó al primero. La esposa se nos presenta como una dama imaginativa, atrevida y manipuladora hasta extremos impensables, dispuesta como está a engañar al Alférez para sacar de él el mayor provecho posible. Para ello miente, finge, engaña y maniobra de tal modo que Campuzano aparece ante el lector como una pobre víctima. Las situaciones son de auténtico relato de enredo, culminando en el momento en que Campuzano y esposa están en la cama, creyendo él que la casa en la que están alojados es la de ella, cuando llega otra familia, con criados incluidos, dando muestras de que están entrando en “su” casa. La aventurera Estefanía aún encuentra el modo de seguir engañando a Campuzano, haciéndolo creer que la dama que ha invadido la casa está tratando de hacer una burla a su marido. A partir de aquí los engaños se van aclarando, pero con la sorpresa añadida de que el Alférez también había engañado a Estefanía. Ésta desvalija el baúl de él porque creía que llevaba joyas de valor. Campuzano, cuando se entera de ésto, reconoce que el oro del que había alardeado era tan falso

233. CERVANTES, Miguel. *Novelas ejemplares*, vol. 2. *Op.cit.*

como la misma Estefanía. El final consiste en que la aventurera huye -se entiende que a seguir haciendo pillerías- y el Alférez Campuzano queda amargado y pesadoso por su mala conducta.

Si las novelas comentadas arriba, significaban el triunfo de la virtud, la de ahora es el ejemplar castigo a la falsedad. Pero confirmamos que para Cervantes, la maldad o virtud no va por sexos, sino por condición humana.

RINCONETE Y CORTADILLO

Si nos tomamos en serio las emotivas declaraciones de Cervantes en el prólogo que escribió para su *Novelas Ejemplares*, tenemos que aceptar que su propósito primordial era el de moralizar. En ese caso, tenemos que afrontar que, para ello, tomó dos caminos bien diferentes. Por un lado, están las novelas que he tratado hasta ahora, en las cuales juega un papel importante una notable idealización de los protagonistas y unos finales felices poco frecuentes en la vida real. Finales felices que constituyen el gran premio a los buenos sentimientos y sensatas conductas de sus personajes.

En *Rinconete y Cortadillo*²³⁴ el enfoque es diferente. Lo maravilloso ha cedido el puesto a lo real. Y, el glamour de los buenos sentimientos, ha dado paso a las pillerías de un mundo de delincuencia. Los expertos están de acuerdo en que Cervantes se encuentra más cómodo apesando la realidad que creando maravillas. Quizá por eso, esta novela se ha considerado la mejor de Cervantes, después del *Quijote*. En cualquier caso, *Rinconete* es la que mejor se ajusta a la idea que a los lectores del *Ingenioso Hidalgo* nos quedó sobre su autor. Y es que el patio de Monipodio, que es donde se desarrolla *Rinconete*, es un pintoresquísimo retablo, poblado por tipos variados del hampa sevillana. La novela no tiene una acción propiamente dicha. Es una sucesión de escenas caracterizadas por la veracidad de los personajes que la pueblan.

234. CERVANTES, Miguel. *Novelas ejemplares*, editado por Eugenio Alonso Marín. Madrid, Bruño, 1991.

Y, en este retablo de personajes, encontramos una escena protagonizada por una mujer que, desgraciadamente, está llena de actualidad y es una magnífica muestra de las capacidades de Cervantes para recrear situaciones realistas. No obstante, lo que más llama la atención de este episodio, es la hondura psicológica de cada personaje, perfectamente matizados y, por lo tanto, con una riqueza humana impresionante.

Se trata de una mujer maltratada que llega a pedir auxilio al patio de Monipodio. La mujer -Cariharta- está llena de moratones y contusiones, como resultado de la brutal paliza que ha recibido de su compañero. El motivo -tal como ella lo relata- no puede ser más característico en el ambiente en que se mueve esta mujer. Ella se dedica a la prostitución y, por lo tanto, es la que aporta dinero. La escena tiene lugar porque Repolido -que así se llama “su” hombre- está jugando a las cartas y está perdiendo. Llama a Cariharta para que le dé treinta reales para seguir jugando. Ella, que ya conoce la situación, le da sólo veinticuatro. Repolido la saca al campo y le da la gran paliza con el cinturón, aprovechando con sadismo -como ella relata con gran verismo- la hebilla. Las expresiones que intercala en el relato son las más adecuadas para expresar su despecho: “león con las ovejas y cordero con los hombres” dice de su maltratador.

Monipodio “y todos los bravos que allí estaban”, le prometen justicia. Monipodio decide que Repolido le tendrá que pedir perdón de rodillas.

Sin embargo, una de las mujeres del patio, la Gananciosa, también le atiende con todo cariño, pero despliega ante Cariharta la mentalidad “exquisitamente” machista, que ha llevado a las mujeres a aceptar el orden patriarcal, aún en casos tan terribles como la violencia ejercida por los hombres, aprovechando dos cosas de muy diferente índole. Por un lado, la fuerza física debida al peculiar desarrollo de los músculos masculinos, que deja a las mujeres en inferioridad de condiciones. Por otro lado, una estructura social y mental que ha favorecido la supremacía masculina y que ha tenido, como dramática consecuencia, una histórica indulgencia hacia estos comportamientos. La espeluznante cifra de setenta mujeres muertas en España durante el año 2008, víctimas de lo que ha dado en llamarse *vio-*

lencia de género, nos ahorra argumentar más sobre la gravedad del tema. Quizá sólo anotar que, esas víctimas actuales, pueden ser el resultado de la quiebra de la supremacía masculina, preservada durante siglos. La bestialidad de la reacción de algunos hombres ante esta nueva situación, claro está que no tienen la menor disculpa, pero sí nos hablan de horrores vividos durante siglos con total impunidad.

Cervantes, con las palabras que pone en boca de la Gananciosa, muestra que era buen conocedor de esta cuestión. No nos presenta a una Gananciosa insensible a la paliza que ha recibido su congénere. Lo que nos muestra es que esta experimentada mujer sabe que la Cariharta ama a su maltratador y prefiere perdonarlo antes que perderlo como acompañante y “protector”. También conoce a los hombres y no duda de que Repolido ya ha intentado caricias y arrumacos para conseguir el perdón de su víctima:

“-Porque quiero -dijo Gananciosa- que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que a lo que se quiere bien se castiga; y cuando esos bellacos nos dan y azotan y acocean, entonces nos adoran; si no confiésame una verdad por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado ¿No te hizo alguna caricia?

-¿Cómo una? Cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él a la posada; y aún me parece que le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.”²³⁵

A partir de estas palabras, Cariharta muestra su deseo de perdonar a Repolido y de ir a por él. Gananciosa le aconseja que se calme y que se haga de rogar, para que el otro no se envalentone. Al final, aparece Repolido en el patio. Cariharta se esconde para hacer el papel de dura que le han aconsejado. Monipodio, con el mismo tono sosegado y lúcido que gobierna a su grupo de delincuentes, interviene para poner paz y concordia. El acto

235. *Ibid.* p.111.

termina con una alegre fiesta con música producida por un zapato, una escoba y “dos tejoletas”, fabricadas con los pedazos de un plato que, con este fin, había roto Monipodio. La ironía, la alegría y el realismo que nuestro escritor insufla a la escena es inigualable.

Lo que no sabemos es que hubiera pensado don Miguel de Cervantes y Saavedra si se hubiera enterado de que, en los últimos años del siglo XX, cuando los asesinatos de mujeres a manos de sus maridos llegaron a ser ciertamente preocupantes, los servicios sociales de España, encargados del tema, creyeron conveniente hacer un cartel con la siguiente y obvia leyenda: SI TE PEGA, NO TE QUIERE.

6. EL TEATRO DEL SIGLO DE ORO.

EL HONOR, EN EL CULO DE LAS MUJERES,
TAL COMO ADVIRTIÓ QUEVEDO.

Para un estudio sobre el trato que han recibido las mujeres en obras literarias de reconocida fama, como es el caso de este trabajo, el teatro castellano del siglo XVII ofrece un peculiar interés. Cierto es que la primera reacción es escandalizarse ante las espeluznantes escenas que llegan a plantearse, pero también despierta nuestra curiosidad por la posibilidad de obtener nuevos datos de interés sobre la ideología patriarcal. Estoy hablando de los llamados “dramas de honor” y los asesinatos de esposas a manos de los maridos. Este teatro no era totalmente novedoso por el tema, pero sí por la increíble profusión y proliferación que en el siglo XVII alcanzó.

Las características de este teatro son peculiares. La más llamativa consiste en la inmensa fuerza que el sentimiento del honor ejerce sobre los personajes masculinos, de tal modo que les empuja a cometer crímenes horrendos de las formas más sádicas, con tal de dejar a salvo el mencionado honor. Por otra parte, la culpabilidad o inocencia de la víctima no llega a tener verdadera relevancia; lo determinante es la “sospecha”, pues si el marido ha podido dudar, cualquier otro lo puede hacer también. Con ésto llegamos a un punto muy esclarecedor: nos encontramos ante “dramas de honor” -como se han denominado- y no ante dramas de mujeres, por mucho que en escena ellas actúen como protagonistas y, desde luego, sean las víctimas. El protagonismo lo ejerce el honor de los caballeros, generalmente de alta alcurnia pero también, como veremos, de campesinos acomodados.

Se crea así una paradójica situación: los caballeros vivirán, según estos dramas, en continuo sobresalto por la conducta de sus esposas; y ellas, a pesar de tener la llave de la tranquilidad de sus maridos, vivirán en inalterable sujeción al poder que la sociedad concedía a éstos. Alfonso de Toro, que en 1998 publica un documentado ensayo sobre estos dramas, afirma

que estos conflictos “no son desencadenados por razón de una pérdida real o presunta de honra femenina o por la inmoralidad o infidelidad de mujer, sino por una ofensa que los personajes masculinos se infringen recíprocamente”²³⁶.

No obstante, será un contemporáneo de agudo ingenio y relumbrante pluma, el que nos dé una idea exacta de dónde se encontraba en aquella sociedad el honor. Se trata de Don Francisco de Quevedo que, con su proverbial desenfado, se pronuncia sobre el tema. Lo hace cuando en su obra hipercrítica “El sueño del infierno” se propone reparar las miserias de la condición humana:

“Y porque veáis cuáles sois los hombres de desgraciados y cuán a peligro tenéis lo que más estimáis, hase de advertir que las cosas de más valor en vosotros son la honra, la vida y la hacienda; y la honra está junto al culo de las mujeres, la vida en la mano de los doctores y la hacienda en las plumas de los escribanos”²³⁷.

Como era de esperar, en edición posterior de las Obras Completas de Quevedo, la palabra “culo” ha sido sustituida por “arbitrio” Conocido el estilo y la actitud de Quevedo, el cambio huele más a “papanatismo” que a otra razón. En otra página del presente libro le he dedicado unas líneas a *nosotros los victorianos*. Quizá por ahí anden las cosas.

En cualquier caso, una vez más el mordaz observador que fue Quevedo ha puesto las cosas en su sitio. O sea, donde el teatro que analizamos también las dejaba. Las mujeres eran las víctimas pero hacían girar el mundo de la opinión y la fama en torno a su comportamiento sexual.

Por otra parte, la intensidad y cantidad de estas obras, ha hecho que muchos historiadores de la literatura se pusieran a escarbar en el entorno socio/económico por ver de encontrar orígenes, razones y finalidades. Y lo

236. TORO, Alfonso de. *De las similitudes y diferencias. Honor y drama de los siglos XVI y XVII en Italia y España*. Vervbuert, Iberoamericana, 1998, p. 355.

237. QUEVEDO, Francisco de. *Obras Completas*.- Madrid. Aguilar, 1935.

primero que se han encontrado es la llamada *crisis barroca*, que se extiende por toda Europa pero tiene una incidencia especial en España. Esta crisis tiene un clarísimo doble origen. Uno económico y otro vital y existencial.

Entre los estudiosos de esta literatura destaca el profesor Maravall, que partiendo de sus convicciones marxistas enumera cuidadosamente circunstancias económicas de la España del XVII, aunque también incluye otras de carácter ideológico. Lo hace en su obra *La cultura del Barroco*, donde señala como causas de la crisis barroca una mezcla de elementos de distinta naturaleza: progresiva despoblación de España, desordenada alza de precios, confusión monetaria, penosos efectos del estatuto de pureza de sangre, arrasamiento mental que practica la Inquisición, incomunicación con el mundo que produce las novedades técnicas y científicas y, finalmente, el grave empeoramiento del régimen de alimentación de las masas campesinas y urbanas.²³⁸

A esta trágica enumeración de causas, hay que añadir las que hemos señalado de carácter vital, producidas por la desazón que trajo consigo el resquebrajamiento de los ideales renacentistas, sobre todo en lo que atañía a la confianza en las posibilidades de equilibrio, armonía y raciocinio de la condición humana. Valverde y Riquer en su *Historia de la Literatura* opinan que el Renacimiento que había empezado prediciendo una hermosa unidad y una síntesis perfecta, “se desgaja entre interiorismos y formalismos ...y el optimismo humanista va a parar al desconcierto de las guerras de religión”.

Recordemos que en el siglo XVI se produce la escisión de la Iglesia debido a la Reforma protestante, hecho decisivo para Europa y que la sumió en horribles guerras que se extendieron al siglo XVII debido a la confesionalización de la política. Sólo después de aquellas, se vio la necesidad de la tolerancia recíproca.

En definitiva, vemos que la literatura barroca y en concreto los dramas de honor, surgen en una sociedad convulsa, plena de problemas y tensio-

238. MARAVALL, José Antonio. *La cultura del Barroco*. Barcelona, Ariel, 1975, pp. 66-69.

nes. Y si esto se puede aplicar a toda Europa, las circunstancias españolas tienen unas características especiales, derivadas de una situación realmente difícil. La existencia de tres religiones -cristiana, mora y judía- que tenían que convivir y que, aunque durante decenas de años se había logrado la paz y el buen entendimiento dando como resultado una cultura riquísima, los naturales problemas llegaron a aflorar fuertemente, dando como resultado una convivencia imposible. Y es en este punto donde uno de nuestros grandes historiadores, Américo Castro, señala un determinante de la sociedad castellana del siglo XVII. Se trata del sentimiento del honor vivido con gran angustia y que consistía en demostrar la limpieza de sangre. O por ser más específicos, un firme deseo de distanciarse de los judíos. Castro afirma:

“... cuanto eran y cuanto había acontecido a los españoles, debía ser relacionado con la convivencia y con las pugnas de cristianos, moros y judíos. La ruptura de aquel orden tradicional, creó un nuevo sistema de valoraciones y de estimas sociales, fundamento del nuevo aspecto en que aparece la “honra” en el siglo XVI y XVII y de su correlato la “opinión”. En ningún país occidental llegó el individuo a sentirse acosado y asfixiado por la opinión ajena como en España”²³⁹.

Esta historiador señala, como la verdadera tragedia de España, el hecho de que cualquier actividad cultural, económica o técnica, se hacía peligrosa por vincular estos quehaceres con antecedentes judíos. Para Castro, la comedia lopesca y calderoniana, con toda su belleza, sería la expresión poética de esa realidad.

Pasando por alto la peregrina idea de que los crueles asesinatos perpetrados por algunos caballeros hacia sus esposas, fueran “la expresión poética” de aquella realidad, lo que debemos plantearnos, desde un punto de vista feminista, es por qué siendo tan amplio el abanico de prejuicios derivados de las tensiones entre judíos y cristianos (estancamiento del

239. CASTRO, Américo. De la edad conflictiva. Madrid, Taurus, 1961, pp. 28-33.

avance científico, rechazo de la normal actividad económica, desprecio por el conocimiento, etc. etc.) este teatro se enroscara, de modo machacón y único, en torno a la fidelidad conyugal femenina y no abordara otros temas harto más trascendentales para el bienestar social. Será la infidelidad supuesta o real de la esposa, la que alimente decenas de dramas de forma monocorde. Dicho de otra manera, el honor masculino pasa a ser el tema único de este subgénero teatral.

Para M^a Aurelia Campmany, una de nuestras feministas más agudas y cultas del siglo XX, la exacerbación del sentimiento del honor por parte de los varones castellanos se debería a que “el hombre del barroco ha dejado de ser un señor feudal cuyo poder nadie discute, para convertirse en un hombre rico cuya autoridad y hombría de bien tiene que ser constantemente demostrada... tiene que conquistar perennemente su posición, siempre temeroso de un proceso de limpieza de sangre, siempre temeroso de la opinión ajena, siempre cuidando de su prestigio, en el cual fundamenta su poder”²⁴⁰.

Alfonso del Toro, en su ya mencionado ensayo, insiste en la misma línea: “el conflicto político-religioso, racialmente condicionado, que dirimieron los españoles por razón de la estructura étnica de aquella sociedad, en realidad hasta el siglo XVIII, desempeña un papel determinante en la formación del concepto de honor, en especial, en la susceptibilidad ante el mismo, y en la especificidad de la concepción española del honor”²⁴¹.

RELACIÓN ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN

Como vemos, estos estudiosos y otros que se podrían citar, están de acuerdo en que el sentimiento del honor y el de la limpieza de sangre se vive en España de modo especial, lo cual puede justificar la proliferación que hemos señalado de dramas de honor. La siguiente pregunta lógicamente

240. CAMPMANY, M^a Aurelia. *Carta abierta al macho ibérico*. Barcelona, Ediciones 99, 1974, pp. 30-31.

241. TORO, Alfonso. *De las similitudes...Op.cit.* p. 82.

debe de ser hasta qué punto existe relación entre estos dramas y la realidad. El mismo Toro, a lo largo de su ensayo, aborda esta cuestión y critica a aquellos estudiosos que los utilizan como documentos históricos. Él ha estudiado diferentes aspectos del siglo XVII español y, aunque percibe esa especial presencia del sentimiento de honor, también observa que, el modo con que el teatro barroco trata el tema, poco tiene que ver con la vida real y para demostrarlo aduce datos y argumentos. Por un lado advierte que la Iglesia en general, consecuente con el espíritu evangélico, prohibía la venganza, idea que se ratificó taxativamente en el Concilio de Trento. Más aún, Toro alude a documentos de la época, donde se recogen quejas de grupos intransigentes, contra la actitud tolerante de algunos sacerdotes que conseguían que los reos de pecados sexuales fueran indultados.²⁴²

En cuanto a las leyes civiles sobre el adulterio, también este autor rastrea nuestra tradición jurídica, desde el Fuero Juzgo (siglo V) hasta el siglo XX, para seguir el rastro de las condenas por adulterio. Percibe que el espíritu de las leyes, e incluso sus textos, llegaban a ser durísimos. Por ejemplo, Toro nos informa que en el Fuero de Vizcaya, llegó a castigarse el adulterio con pena de muerte pero estos extremos raramente se llevaron a efecto. “Es admisible la conclusión de que los casos de adulterio se resolvían con penas leves, si es que llegaban a los tribunales, y que la tesis según la cual los dramas de honor serían un reflejo directo de la realidad, debe ser rechazada por incorrecta”²⁴³. De sus estudios Toro deduce que, cuando ocurría algo similar a lo que se representaba en escena, el impacto que producía se debía a lo aislado e inesperado del caso. Pone como ejemplo un hecho recogido en el Archivo de Indias y que pudo proporcionarle modelo a Calderón para uno de sus dramas de honor más significativo, *El médico de su honra*²⁴⁴.

Otro estudioso que se ha ocupado de esclarecer la relación existente entre realidad y comedia del siglo XVII es Noël Salomón que en el artículo

242. TORO, *Ibid.* p. 172.

243. TORO, *Ibid.* p. 163.

244. TORO, *Ibid.* p. 158.

titulado *Los significados de la comedia*, explica que se ha propuesto estudiar “la parte de realidad y la parte de idealización que intervienen en los temas esenciales de la comedia”. Su conclusión es que hasta la parte de la obra que obedece a una interpretación idealizada de la realidad, obedece a las exigencias ideológicas de la época -propaganda sobre el retorno a la tierra, propaganda monárquica...- pero nada sería más erróneo que utilizar estos textos poéticos, cuya máxima virtud es la de ser eminentemente poéticos, como documentos de historia social. “Lo que hay que hacer es todo lo contrario. “Partir de los testimonios históricos para iluminar dichas obras y ver su coincidencia o no coincidencia con la realidad”²⁴⁵. O sea que Toro y Salomón, por citar a dos brillantes ensayistas, coinciden en que los dramas de honor son una interpretación de la realidad, realidad sobre la que pretenden incidir, pero no son documentos históricos.(el subrayado es mío, SM)

TEATRO BARROCO ¿ESCUELA O DIVERSIÓN?

La otra cuestión, estrechamente relacionada con la anterior, es dilucidar qué finalidad perseguían sus creadores, o mejor, si tenían algún propósito que fuera más allá del puro divertimento o éxito de la obra. Para unos teóricos, aquel teatro fue una “escuela” que influyó en la conformación de la mentalidad de la época. Para otros, fue el divertimento más importante que tuvo aquella sociedad de analfabetos. El primer aserto lo defiende, con brío y contundencia J. A. Maravall que, en lógica con su adhesión a la teoría marxista, afirma que el teatro español, sobre todo después de la revolución lopesca, aparece como manifestación de una gran campaña de propaganda social destinada a difundir y fortalecer una sociedad determinada, con su complejo de intereses y valores”. Cuando otros estudiosos le discuten esta idea, Maravall matiza más y dice que, ciertamente, aquel

245. RICO, Francisco. *Historia y crítica de la Literatura Española*. Vol 3. Barcelona, Crítica, 1983, pp. 338-9.

teatro “no ha educado al pueblo, pero sí ha contribuido a moldearlo, a configurarlo”²⁴⁶. Por mi parte me parece divertida esta visión de aquel Lope de Vega mujeriego, vivaz y liberal, escribiendo “en horas venticuatro”, decenas de comedias que además eran -según Maravall- lecciones de orden y ortodoxia.

Otro crítico, Ch.V. Aubrun, también concede a la comedia del XVII un papel didáctico. “La comedia, formulando para sus espectadores una mentalidad que contribuye a imponer y a difundir en las gentes y apelando a sus sentimientos y a sus instintos, les arrastra a adherirse a las soluciones más conservadoras de los problemas que plantea en escena y que son siempre problemas colectivos sociales. En primer lugar, las tensiones entre autoridad y rebeldía, que por uno y otro giro se resuelven siempre a favor de la primera, como factor de justicia armonizadora...Con la comedia se vino a conseguir que acudiendo al teatro, la multitud española buscara, y de antemano esperase encontrar en ella, una prueba plásticamente comparable de la validez de su sistema de valores y llegase a creer que podía reconocer en la comedia una justificación de su manera de vida”²⁴⁷. “De esta manera -concluye Maravall²⁴⁸- la comedia nueva contribuyó... a imponer la conservación del sistema de estratificación social”.

Toro se mantiene en esta línea aunque de forma más moderada. Admite que este teatro es un reflejo de la ideología dominante y que quizá lo que perseguía, al representar de forma tan exagerada los conflictos de honor, era intimidar y adoctrinar al público. Pero en cualquier caso, este teatro confirma de facto el orden existente²⁴⁹.

Por su parte Salomón nos recuerda que Lope de Vega en su Arte Nuevo de hacer Comedias recomendaba compartir los sentimientos del público, de manera que se le hiciera vibrar y que se provocara su simpatía.

246. MARAVALL, José Antonio. Teatro y literatura en la sociedad barroca. Barcelona, Crítica, 1990, p. 17.

247. MARAVALL, José Antonio. *Ibid.* pp. 23-24.

248. MARAVALL, José Antonio. *Ibid.* p. 68.

249. TORO, Alfonso de. *De las similitudes... Ibid.* p. 503.

Ahora bien ¿Cómo hacerle vibrar sin interpretar estéticamente sus tendencias y los sentimientos que le eran propios? Lope y los dramaturgos de su época, según Salomón, supieron teatralizar este propósito, al menos en las obras en que abordaron el tema campesino, ya que añadieron detalles que sumaron verosimilitud a los hechos representados²⁵⁰.

Sin embargo, para otros críticos, el teatro del siglo XVII es, sobre todo, el espectáculo lúdico por excelencia, con un gran implante en la sociedad. Como señala Wardropper, a los corrales asistían hombres y mujeres, personas de alta condición y pueblo bajo... aunque éste último, como era más numeroso, fue imponiendo sus gustos y preferencias. “Los autores, nos dice, se quejaban cada vez más, del creciente poder e influencia del “vulgo”, que según ellos, favorecía la afición al sensacionalismo, una insistente demanda de novedades, el gusto por los conceptos extravagantes y por la artificiosidad del lenguaje y retórica”²⁵¹.

El profesor García Berrio describe con vivacidad la sociedad castellana del siglo XVII a la que estaba dedicado este teatro, “bulliciosa y festiva, maniatada y hambrienta, desengañada de guerras y desengañada de paces, que habitaba casas malas y poco confortables y comía peor pan”. Según Berrio esta sociedad “exigía del arte el cotidiano alimento del espectáculo alienador, que se servía, bajo apariencias superficialmente distintas, en corrales y púlpitos”. Y pone el dedo en la llaga sobre la importancia del arte dramático en aquella sociedad, cuando informa sobre los cierres teatrales que se efectuaron en 1598 y 1630 y que, estuvieron relacionados con problemas políticos²⁵².

El historiador de la literatura española, J.L. Alborg, busca, para explicar lo que llegó a ser el teatro de los corrales, a un testigo de excepción. Nada menos que a Miguel de Cervantes cuando, detalladamente, enumera las premisas que debe cumplir una buena obra teatral. Nos recuerda Alborg que el gran novelista se había educado en los principios de la comedia y la

250. RICO, Francisco. *Op.cit.* p. 339.

251. *Ibid.* p. 24.

252. *Ibid.* p. 276.

tragedia clásica. Pero, además, por carácter y temperamento, Cervantes, que era “el más humano de nuestros escritores”, le interesaba, por encima de todo, la verosimilitud esencial de los hechos que se llevaban a escena. No le escandalizaban, aclara Alborg, las inverosimilitudes de detalle, pero sí le irritaba “que brincaran los ánimos de los personajes, se enamorara rápidamente un galán a la vuelta de diez segundos y rindiera a su ama en otros tantos y se muriera a continuación de celos y se olvidara de su fogoso amor en el tiempo que se tarde en recitar dos redondillas. Y le estomagaban los repetidísimos convencionalismos de la novela al modo lopesco... En definitiva, Cervantes sentía, por este tipo de teatro, desdén”. Alborg añade por su cuenta que, en el teatro barroco, “aderezado con todas las bellezas literarias que se desee, las obras de indudable densidad humana emergen como islas solitarias en medio de un océano de increíbles puerilidades... lo cual no impedía que aquel teatro entretuviera deliciosamente”²⁵³.

A continuación, los comentarios sobre dos dramas de honor de Lope –*El castigo sin venganza* y *Fuenteovejuna*– y otros dos de Calderón –*El médico de su honra* y *A secreto agravio, secreta venganza*–, todos ellos emblemáticos en su género, nos ayudarán a comprender las diferentes teorías de los expertos y a conocer mejor las raíces de nuestra cultura.

EL CASTIGO SIN VENGANZA

El argumento de *El castigo sin venganza* está tomado de una novela de Bandello, novelista italiano del siglo XVI que tuvo un singular impacto entre escritores de diversos países. En él se inspiró Shakespeare para su obra *Romeo y Julieta*. *El castigo sin venganza* nos relata los trágicos e incestuosos amores del Conde Federico, hijo del Duque de Ferrara, y su madrastra Casandra. El simple enunciado de estos hechos, nos permite adivinar que la obra contiene todos los elementos necesarios para construir un drama de honor. Y, en efecto, Lope de Vega no desperdicia ni uno de estos elementos para crear un clima especialmente sobrecogedor

253. ALBORG, Juan Luis. *Historia de...Op.cit.* p. 49.

que ha encontrado, en general, muy buena crítica. Dámaso Alonso afirma de él que es uno de los más perfectos y grandiosos dramas de la literatura universal²⁵⁴.

El contenido es el siguiente. Federico y Casandra se conocen casualmente cuando ambos viajan a Ferrara. El coche de ella sufre un accidente y Federico le presta sus auxilios salvándole la vida y dando lugar a un repentino pero profundo enamoramiento. Enamoramiento que surge cuando ambos aun ignoran sus respectivas personalidades. Casandra acababa de ser casada con el Duque de Ferrara, o sea, con el padre de Federico. Ese matrimonio había tenido lugar porque así lo habían deseado los cortesanos del Duque, con miras a que éste abandonara su disoluta y libertina vida y también a que tuviera un heredero legítimo.

El corolario para el desarrollo de la tragedia y el clima de tensión y sentimientos encontrados que Lope necesita para su ejecución, está en el comportamiento impropio que el Duque se obstina en llevar. Lope nos transmite concienzudamente el desamparo y soledad en que vive el joven Federico y la rabia -ni siquiera demasiado contenida- que respira la joven y bella esposa. Con estos datos sobre los protagonistas, el autor transmite al público el estado de ánimo conveniente para seguir la trama con apasionamiento. Por un lado están los desmanes del Duque, que preparan a los espectadores para ser indulgentes sobre cualquier actitud de los jóvenes, máxime cuando el amor va a ser el motor de su comportamiento. Por otro lado está la ley, la moral, la tradición y el deber. Lope cincela con todo lujo de detalles esta dualidad y no escatima ningún tema que pueda contribuir a aumentar la tensión. Así, al comienzo del acto segundo, en un largo circunloquio que recita Casandra ante unas damas, queda evidente, no sólo la clase de persona que ella es -seria, sensata, afectuosa- sino también la claridad con que analiza los ultrajes que recibe en su condición de ser humano y por el hecho de ser mujer. Una vez más Lope de Vega demuestra su fina sensibilidad para contemplar temas muy por encima de la mentalidad de la época. Oigamos a Casandra:

254. RICO, Francisco, *Op.cit.* p. 367.

“Dichosa la que no siente
un desprecio autorizado
y se levante del lado
de su esposo alegremente;
la que en la primera fuente
mira y lava ¡o cosa rara!
con las dos manos la cara,
y no en llanto, cuando fue
mujer de un hombre sin fe,
con ser Duque de Ferrara.”

(1024-1033)

El subrayado es mío porque pienso que la expresión *un desprecio autorizado* resume de forma sencillísima pero magistral uno de los aspectos más tórridos del orden patriarcal: el comportamiento despótico e inhumano que se fomentaba entre los maridos. Quizá Lope estaba decidido a hacer un drama a favor de las mujeres.

En otro fragmento de la misma alocución oiremos a Casandra reivindicar su derecho a no ser *cosificada* por su brutal marido. Oigamos los símiles que va haciendo entre la esposa y los objetos de la casa. Una luchadora feminista del siglo actual, no lo hubiera expresado con lenguaje más preciso. Pero Lope aun redondeada mejor el razonamiento añadiendo los ingeniosos versos con los que culpabiliza al marido. Si él fuera bueno, a ella no se le ocurriría sea mala. Y esta idea es fundamental para el reparto de responsabilidades en el drama que se representaba:

“El Duque debe de ser
de aquellos cuya opinión
en tomando posesión,
quieren en casa tener
como alhaja la mujer,
para adorno, lustre y gala,
silla o escritorio en sala;

y es término que condeno
porque con marido bueno,
¿cuándo se vio mujer mala?”

(1054-1064)

Además Lope pone en boca de Aurora, uno de los personajes importantes de la obra pues es a la que quieren casar con Federico, unas contundentes palabras a favor del derecho de las mujeres a elegir marido. El tema era muy controvertido en la época a nivel de intelectuales y, aquellos que defendían ese derecho femenino, tenían que enfrentarse a todo un sistema social. Lope toma partido decisivo:

“AURORA El casarse ha de ser gusto;
yo no le tengo del Conde

CASANDRA Aurora tiene razón,
aunque atrevida responde.
.....
Señor
no uséis del poder, que amor
es gusto, y no ha de forzarse”
(2687-2693)

Siguiendo con el desarrollo de la obra, otra cosa que llama la atención es que ese disoluto y depravado caballero que es el Duque de Ferrara, sea llamado por el Papa de Roma para que ayude a defender los Estados Cristianos. Él, claro está, acude presuroso y, no sólo vuelve victorioso, sino que ha sufrido una ejemplar evolución interior que le devuelve al hogar transformado en un enamorado marido, dispuesto a enmendar su pasado pecador. Pero para ese momento, el público ya sabe cómo se han complicado las cosas. Casandra y Federico, aprovechando la “soledad” de palacio, han dado rienda suelta a su amor. Ahora, ante las variadas muestras de arrepentimiento del Duque y las cariñosas atenciones a la adúltera esposa, el pú-

blico no sabe a qué carta quedarse ¿Quién es el culpable? ¿Quién merece el castigo que seguro va a desatarse, el Duque que se ha comportado como padre irresponsable y marido libertino o la pareja que siente un verdadero amor y ha sido tratada con tanto desdén por el mismo Duque?

Ya queda dicho que así se ha creado el clima perfectamente adecuado para que, cuando una nota escrita advierta al Duque de que la más insoportable de las infidelidades ha caído sobre él, el público tenga el corazón dividido y probablemente su opinión enfrentada dentro de sí mismo pero también con el resto de espectadores que siguen, junto a él, el drama.

En cualquier caso, a partir de ese momento, el encumbrado noble urde contra los enamorados la más alevosa de las venganzas. No es cierto lo que dice Toro y otros críticos, acerca de que el Duque “cree, de inmediato, el contenido de la misiva”. Lo cree *casi* enseguida, pero el autor deja unos tensos minutos, en los cuales el Duque no puede dar crédito a lo que lee, aunque comprobaremos que rápidamente pasa a ocuparse de sus intereses:

“Duque ¿No puede un enemigo
del Conde haber tan grave traición forjado,
porque con su castigo,
sabiendo mi valor, quede vengado?” (2630)

Esta tan razonable duda es rápidamente superada por la lógica del nada sutil código del honor. Nuestro Duque inmediatamente pasará a sentirse en una encerrona. Su sentimiento dominante será cómo conseguir que nadie se entere de su deshonor :

“Duque ¿Cómo sabré con prudencia
verdad que no me disfame
con los testigos que llame?”

La otra gran preocupación del Duque, en el momento de la venganza, será un verdadero sarcasmo. Desea obrar con *templanza* para que Dios

le pueda perdonar. Y es sarcasmo porque si algo caracteriza a esta obra es la inusitada crueldad y ruin retorcimiento con que el marido imagina el castigo que él, por su cuenta, va a imponer. Encierra en una habitación oscura a la dulce Casandra, amordazándola y cubriendo su cuerpo. Llama a su hijo y le explica que, en la estancia donde ha maniatado a su esposa, hay un traidor que ha atentado contra Ferrara y que deber del Conde es matarlo. Federico intuye, con toda nitidez, quién se oculta en aquel fardo y qué es lo que su padre le está exigiendo que haga ante el macabro espectáculo:

“de pies y manos atada,
con un tafetán cubierta,
y por no escuchar sus ansias,
con una liga en la boca.”

El joven sabe que no tiene escapatoria y la degüella. Cuando el crimen ya está consumado, el Duque llamará a su gente para que sean testigos del crimen cometido por su hijo.

Esta obra junto *A secreto agravio, secreta venganza* de Calderón, comparte ex aequo el dudoso honor de contener las más horribles de las venganzas. Y, si cabe, la de Lope gana en espanto a la del adusto D. Pedro de Calderón.

Ciñéndome a la del primero, pues la de Calderón la comentaré más adelante, lo que cabría preguntarse es qué tiene que ver ese Lope que hemos escuchado en sus versos, liberal y aperturista, con estas truculencias. Y, probablemente, la única respuesta convincente será la dada por el mismo autor cuando en su *Arte nuevo de hacer comedias* repite, hasta la saciedad, que la única finalidad del teatro es entretener y agradar al público. Y que agradar al público pasa por alimentar sus más bajas pasiones. Recordemos lo dicho arriba, sobre cómo el pueblo bajo van imponiendo sus gustos primitivos. Y recordemos el éxito que, hoy en día, consiguen los *culebrones* en la sobremesa de los programas televisivos.

No obstante, tenemos una pequeña reivindicación que hacer a favor de Lope. De *El castigo sin venganza* se ha conservado el manuscrito y en él existe una corrección, hecha por el mismo Lope, que nos desvela las dudas que éste tenía en el momento de justificar la venganza del Duque. En los versos que dejó como definitivos, nuestro autor da por seguro que el Duque será perdonado por Dios (v. 2842-2845). En los versos que aparecen tachados, el autor hace hincapié en la doble afrenta que el Duque ha recibido por parte de su esposa y de su hijo, de forma que la venganza pudiera estar justificada. No es mucho, pero, al menos, sabemos que el alegre y confiado Lope de Vega, se armaba algún lio mental a la hora de coronar tamaña tragedia.

Los estudiosos del tema han opinado de forma muy variada. Unos opinan, como Amado Alonso, que el público nunca hubiera consentido sentimientos de lástima hacia los culpables y que el final tremebundo que perfeña Lope es el adecuado para una sociedad regida por ideales de honra. El público teatral español sentía tan en serio las cosas de la honra -afirma A. Alonso- que ni por asomo podía un autor pensar en fines lastimosos. “Lope -prosigue Alonso- poseído de ese sentido, concibe la historia entera como una tragedia... y hace con ella uno de los más perfectos y grandiosos dramas de la literatura universal”²⁵⁵. Otros opinan -como K.Vossler- que para Lope, tan fácil le era crear, como poco le importunaba la conciencia, ya que “como poeta popular auténtico y hondo, le estaba permitido desembarazarse de la responsabilidad última de su arte dramático y cargársela a la masa de espectadores que le tributaban su aplauso”²⁵⁶.

Podemos cerrar este capítulo con el comentario que J.F. Montesinos hace de un fragmento de *El arte...* de Lope, en el que el autor se autodefine como “bárbaro”, aludiendo a su propia fecundidad, que le ha permitido escribir, en una semana, cuatrocientas ochenta y tres comedias, de las cuales, según el mismo Lope, “todas menos seis, pecan contra el arte”. En criterio de Montesinos, lo que ha descubierto Lope, es que el poeta cómico se debe

255. RICO, Francisco. *Op.cit.* p. 365.

256. *Ibid.* p. 323.

a su público, que su teatro se justifica cuando éste lo alienta, y que, cuando nos dice “perdonad, pues debo obediencia a quien mandarme puede” o sea, el público, nos está dando la clave de su arte teatral²⁵⁷.

Por nuestra parte, podemos concluir que, aunque el teatro castellano del barroco, ayudara a mantener el orden social existente, también pudo mandar mensajes renovadores, como los feministas de Lope. Pero eso no era ni lo fundamental, ni lo buscado. Fue, principalmente, un divertimento para una sociedad analfabeta en su mayoría y sin otras posibilidades culturales o lúdicas. Y el morbo y el sensacionalismo alentaron muchas páginas de nuestros comediógrafos.

FUENTEOVEJUNA

Aunque los estudiosos han comprobado que esta obra no alcanzó el éxito en el momento en que fue estrenada, hoy ha pasado a ser la obra emblemática de Lope de Vega. A ello puede haber contribuido, tanto los méritos de la misma, como la crítica elaborada después que, en concreto a partir del siglo XIX, con más o menos rigor, ha sabido resaltar los aciertos que contiene.

Para nuestro objetivo, analizar el impacto de la ideología patriarcal en la literatura española como ya queda dicho, *Fuenteovejuna* reviste un interés especial, ya que, de forma novedosa, las mujeres van a jugar un marcado protagonismo en la atroz venganza que urde el pueblo de este nombre contra el despótico y libidinoso Comendador Mayor de la Orden de Calatrava, Fernán Gómez de Guzmán. En esta ocasión, Lope se inspira en un episodio ocurrido en este pueblo de Córdoba. En Abril de 1476 se produjo una insurrección contra dicho Comendador debido, según crónica escrita en 1572, a que éste, hizo “tantos y tan grandes agravios a los vecinos de aquel pueblo, tomándoles por la fuerza hijas y mujeres, que no pudieron ya sufrirlos ni disimularlos” Por ello “determinaron todos, de un

257. *Ibid.* p.325.

consentimiento y voluntad, alzarse contra él y matarle” (Crónica de las tres Órdenes Militares de Rades y Andrada).

En efecto, así se recoge en la obra teatral. El pueblo asalta la casa del Comendador y le da muerte de la forma más brutal. Los reyes, Fernando e Isabel, envían un juez, el cual somete a tormento a muchos habitantes de la villa para averiguar quiénes perpetraron el crimen. La repuesta, a pesar de los tormentos aplicados, es única, “Fuenteovejuna, señor” que ha venido a ser la expresión de la literatura española más divulgada.

Aunque uno de los aciertos de la obra es la novedosa técnica del protagonismo colectivo, también lo es el que las mujeres del pueblo jueguen un papel destacado, en especial Laurencia que, junto a su prometido Frondoso, representan la bondad y la honestidad frente al malvado y degenerado Comendador. Ambos serán víctimas pero, por su comportamiento, simbolizan, él la firmeza y ella la indignación popular y el detonante definitivo de la insurrección y de la venganza.

Las críticas a *Fuenteovejuna* se han vertebrado sobre el tema del posible valor revolucionario de la obra. Para algunos estudiosos esta obra constituye un verdadero manual de rebeldía. Así opina el erudito Menéndez y Pelayo que llega a hacer afirmaciones ciertamente bizarras. Ve en Fuenteovejuna un auténtico reflejo de las luchas sociales de las postrimerías de la Edad Media y no duda en calificarla de obra profundamente revolucionaria: “El genio -nos dice- otras veces tan dulce y apacible de nuestro poeta, se ha identificado maravillosamente, con las pasiones rudas, selváticas y feroces de aquellas muchedumbres... un drama que es la realidad misma, brutal y palpitante... En *Fuenteovejuna* el alma popular que hablaba por boca de Lope, se desató sin freno y sin peligro, gracias a la feliz inconsciencia política en que vivían el poeta y sus espectadores. Hoy, el estreno de un drama así, promovería una cuestión de orden público, que acaso terminase a tiros en la calle. Tal es el brío, la pujanza, el arranque revolucionario que tiene; enteramente inofensivo en Lope, pero que trasportado a otro lugar y tiempo, explica el entusiasmo de los radicales en Rusia”²⁵⁸.

258. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. Obras Completas. Santander, Editora Na-

Ya hemos visto que en el polo opuesto estaría Maravall, para el cual, las enseñanzas del teatro barroco estaban dedicadas a reforzar el orden social establecido. Si le preguntamos al profesor Maravall cuál sería la enseñanza de *Fuenteovejuna*, tenemos su respuesta; En las comedias lopescas, cuando hay protestas o reivindicaciones, “en ningún caso se producen sino contra aquellos individuos que no cumplen sus deberes tal y como les son señalados... No trata de cambiar su estado, sino de oponerse a las injustas ofensas que algunos soberbios puedan cometer contra el orden. De ahí que no hay actitud revolucionaria ni movimiento de protesta de ninguna clase... cada uno acepta y es feliz en su puesto. Por lo menos, así se da a entender en el teatro... precisamente porque en la sociedad amenazaba otra cosa”. Lo más chocante de este estudioso es cuando se pregunta: ¿Era consciente Lope de esta manipulación? La contestación es inequívoca:

“Sí, indudablemente”²⁵⁹.

Por el contrario, entre los estudiosos de Lope también encontramos a los que defienden que este autor parte de la realidad de aquel momento pero para transformarla e idealizarla y sin ninguna intencionalidad política. Así lo defiende Noël Salomón en un clarividente ensayo titulado *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II*. En él nos da un buen ejemplo para sustentar esta tesis. Comenta que en *La villa de Getafe* se confeccionaban redes de esparto o un material similar, labor que realizaban niñas de esta población. Salomón explica lo durísimo que era ese trabajo para unas manos infantiles que debían estar jugando, según reza un documento de la época, pero que la paupérrima economía del campo castellano, obligaba a las familias a recurrir al trabajo infantil²⁶⁰. La actitud de Lope es, en efecto, de una total idealización:

cional. 1949, p. 176.

259. MARAVALL, José Antonio. *Teatro y... Op.cit.* pp. 69 y 197.

260. SALOMON, Noel. *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II*. Barcelona, Planeta, 1964, p. 294.

“Suelen en este lugar
mozas, como en oro, hacer
redes a la puerta”

Otro crítico, López de Estrada, comentando *Fuenteovejuna* afirma “en ella hay énfasis, hay retórica, hay artificios escénicos, y lo que parecía torbellino revolucionario de un pueblo sediento de justicia, se ha cambiado por la expresión de una concepción musical, de la que resulta que cuentan tanto los gritos de odio, como las canciones de la obra”. Estrada afirma que la investigación histórica ha demostrado que los hechos no fueron tal y como los cuenta Lope y concluye que no hubo intención política o social a la hora de concebir esta tragicomedia. En su teoría se apoya en S.G. Morley que sostiene que los dramaturgos del siglo XVII manejaban los datos históricos con gran liberalidad, sin que tuvieran más guía que el gusto del pueblo, el cual presionaba sobre la creación teatral con una intensidad que hoy no podemos imaginar²⁶¹.

Al recopilar aquí estas opiniones de los críticos, no ha sido con la intención de formular una nueva teoría, sino para tener un suelo, controvertido pero sugerente, donde apoyar la interpretación de los altisonantes versos que vamos a encontrar en *Fuenteovejuna* y que mucho van a tener que ver con la suerte de las mujeres en los siglos que nos han precedido. Al menos, eso es lo que voy a intentar demostrar.

LA AMBIGUA ALOCUCIÓN DE LAURENCIA

Desde mi punto de vista tiene una importancia básica la extensa alocución que Laurencia dirige, en la tercera escena del tercer acto, al Concejo de la ciudad. En ese momento de la obra, el Comendador ya la había raptado, llevándosela de la misma ceremonia de la boda. En el momento de la alocución aparece en escena precedida de una acotación significativa:

261. LOPEZ DE ESTRADA, Francisco. “Fuenteovejuna en el teatro de Lope”. *Curso de apertura del curso académico*. Sevilla, 1965. pp. 12-13.

“Sale Laurencia desmelenada”

El desmelenamiento nos hace temer que Lucrecia ha sido víctima de lo peor. Luego nos enteraremos de que el Comendador la ha acosado y maltratado, pero no la ha podido violar porque ella se ha defendido bravamente. Pero eso lo sabremos más tarde. Ahora aparece ante el público como una fiera herida y deshonrada. Sus primeras palabras son todo un presagio de lo que va a ocurrir. Las dirige a su padre que es también el regidor de la villa:

“Laurencia Dejádme entrar, que bien puedo,
 en consejo de los hombres

 si no ha dar voto, a dar voces. (1712)

Estaban ¡Hija mía!

Laurencia No me nombres tu hija

Esteban ¿ Por qué, mis ojos?
 ¿Por qué?

Laurencia ¡Por muchas razones!
 Y sean las principales,
 porque dejas que me roben
 tiranos sin que me vengues,
 traidores sin que me cobres.
 Aún no era yo de Frondoso,
 para que digas que tome,
 como marido venganza,
 que aquí por tu cuenta corre;
 que en tanto que de las bodas

no haya llegado la noche,
del padre y no del marido,
la obligación presupone.” (1720-1735)

Podemos fácilmente imaginar lo impactante de la escena. El contenido de los versos es fuerte e implacable. Sin fisuras. ¿No son las mujeres posesión, primero del padre, luego del marido?... Lope conscientemente sitúa el hecho en el momento preciso para poder culpar a ambos. Estos versos corresponden al turno del padre. Ni un pelo en la lengua de hija timorata o sumisa. Cada palo que aguante su vela. Es una hija que exige al padre que cumpla con su deber. De momento, no vemos nada revolucionario en el contenido, si acaso, la actitud descarada de la muchacha. Pero eso no rompe estructuras, más bien las fortifica ya que Lucrecia sólo ésta defendiendo la tradición. En la forma, vemos versos perfectamente pergeñados para “llegar” al público. Lope no desperdicia ni una de las oportunidades que el lenguaje literario ofrece, para crear un clima tenso y emocional. Exclamaciones, paralelismos, paranomasias...el ambiente se electriza gracias a una sabia utilización del arte de versificar. Quizá hay que concluir que ese es el mérito de Lope.

Pero nos hemos dejado a Laurencia en el escenario y ella sigue con su larga alocución. Súbitamente vemos que ha pasado del singular al plural, pues ahora su acusación es a todos los hombres del Concejo:

“Llévome de vuestros ojos
a su casa Fernán Gómez;
la oveja al lobo dejáis,
como cobardes pastores.” (1741-1745)

A partir de aquí Laurencia, que, repito, ha sido brutalmente ultrajada pero no violada, se autovictimiza a fin de desprestigiar a los notables del lugar que la escuchan y así poder insultarlos a placer:

“Ovejas sois, bien lo dice
de Fuenteovejuna el nombre.

.....

Liebres cobardes nacistes;
barbaros sois, no españoles.
¡Gallinas, vuestras mujeres
sufrió que otros hombres gocen!
¡Poneos ruelas en la cinta!
¿Para qué os ceñís estoques?”

(1758-1773)

Laurencia sigue dentro de una de tantas gloriosas tradiciones patriarcales. Para insultar eficazmente a los hombre, nada mejor que adjudicarles cualquier signo de feminidad:

“Hilanderas, maricones,
amujerados, cobardes!”

(1779-1780)

Pero el drama que se representa en la obra sigue su curso y también el discurso de Laurencia. Advierte al Concejo que su casi marido, Frondoso, va a ser colgado por el Comendador, pero como ya no se fía de los hombres, anuncia que va a apoyarse en las mujeres:

“y yo me huelgo, medio hombres.
porque quede sin mujeres
esta villa honrada y torne
aquel siglo de amazonas,
eterno espanto del orbe.”

(1788-1793)

Ni que decir tiene que estas encendidas palabras logran movilizar no sólo al Concejo que le escucha, sino a todo el pueblo. Y ya sabemos cómo termina el asunto. El pueblo queda como héroe al sostener, a pesar de las torturas, que todos han contribuído al asesinato del Comendador. Las

mujeres, armadas, pondrán la nota impactante, comportándose entre el coraje y la crueldad. El final de la obra es un acatamiento entusiasta de la institución monárquica.

El Lope que encontramos en *Fuenteovejuna*, se ajusta mejor a lo que conocemos de su personalidad y de sus convicciones artísticas. Ya dijimos que las truculencias de *El castigo sin venganza* chirrían fuertemente en este aspecto. Pero si examinamos atentamente estos versos, a la luz de lo que hemos visto entre los estudiosos de la obra -sin perder de vista nuestro interés primordial en torno a las mujeres- vemos que, en principio, ganan aquellos que opinan que en el arte de Lope predomina la teatralidad por encima de cualquier otra consideración. Queda dicho que, sus brillantes y altisonantes versos, sirven a la perfección para crear momentos de intensa emoción. Pero, por muy sugerente que sea la figura de Laurencia, también hemos visto cómo su discurso se ciñe totalmente al orden patriarcal establecido. Su más profunda queja consiste en reprochar a los hombres que no le hayan protegido, tal y como preveían las leyes y las costumbres. Hasta en cosas más triviales, como es el lenguaje empleado por ella, también queda dicho que se debe a que Laurencia acepta que todo lo que concierne al mundo femenino, quede como el gran insulto que se puede propinar a los hombres. La pretendida actitud rebelde ante el padre o ante el resto del Concejo, no pasa de ser un vibrante y bien construido discurso lopesco que emociona al público de cualquier época. Paradójicamente, la que se ha considerado frecuentemente como paradigma de personaje femenino revolucionario, no pasa de ser un bello bastión de la más monótona tradición. Para concluir este razonamiento, volvamos a recordar que la obra termina con emocionada exaltación de los monarcas.

Se me podrá objetar que aquellos que han defendido *Fuenteovejuna* como una obra revolucionaria, se fijaban sobre todo en el magnicidio cometido con la participación de mujeres. En primer lugar, recordemos que en 1598, Juan de Mariana publicó su *De rege et regis institutione*, obra considerada como una defensa y una ilustración del regicidio, aunque igual se puede aplicar al ajusticiamiento de cualquier poderoso que abuse

de los privilegios que le ha otorgado la sociedad. En cualquier caso, estos ajusticiamientos se dieron alguna vez. Pero en una sociedad estamental, donde cada uno tiene asignado un papel, el ajusticiamiento de los que gravemente alteraban este orden cometiendo importantes desmanes, lejos de ser un ruptura del sistema, era un reforzamiento del orden instituido. En la obra que comentamos, el verdadero protagonista es el quehacer de las mujeres que con su valentía, capitaneadas por Laurencia, restablecen el orden alterado por los desmanes del Comendador y la falta de respuesta de los demás hombres del pueblo.

EL MÉDICO DE SU HONRA

No es ninguna casualidad que, en el lenguaje popular, se haya acuñado la expresión “honor calderoniano” Otra cosa es que sepamos con certeza que se esconde realmente detrás de ella. Creo que una vez comentadas estas dos obras, podremos saber con bastante exactitud su significado.

El médico de su honra (1637) trata de la truculenta historia que protagonizan don Gutierre y doña Mencía. Cuando empieza la obra, el rey de Castilla, Pedro el Cruel, y su hermano, el príncipe don Enrique, cabalgan hacia Sevilla. El Príncipe cae del caballo y, herido, es llevado a casa de aquéllos.

Esta parte de la obra tiene mucho de las comedias de enredo: Don Enrique y Doña Mencía habían estado enamorados en su juventud. El matrimonio no se celebró dada la encumbrada posición de él, imponiéndosele a la joven la boda con don Gutierre Alfonso Solís, el cual pertenecía a su misma categoría social. Reunidos ahora de nuevo, de forma tan inesperada, don Enrique empieza a acosar a Mencía. Ella vive esta situación llena de espanto. Todo habla en la obra de un ambiente de miedo y opresión provocado por el marido, don Gutierre. Desde el principio Mencía expresa que teme por su honor y por su vida. Sigue enamorada del Príncipe, pero ni por un segundo piensa en ser infiel a su esposo. A pesar de tanta

prudencia, las más absurdas coincidencias hacen que Gutierre empiece a sospechar. Reconoce, en un acto de la Corte, la vaina de un puñal que el príncipe había perdido en su casa y que ahora lleva al cinto. Por otra parte, Mencía, por dos veces, se duerme en el jardín y ello da lugar a sospechas por no decir evidencias ya que, en la segunda ocasión, Gutierre se acerca a su esposa y ella lo confunde con don Enrique. Finalmente, la carta que Mencía escribe al Príncipe, rogándole que abandone Sevilla para evitar más sospechas, cae en manos de Gutierre, colmando así el vaso del infortunio de los enamorados.

Doña Mencía, siguiendo la tradición de los dramas de honor, es condenada por su propio marido. La venganza pertenece a aquellas que se realizan de forma secreta para que el deshonor quede realmente borrado. Y, tal como la ejecuta Gutierre, es considerada entre los expertos, la más audaz y radical de las que acaecen en los dramas de honor españoles. Aunque cabe preguntarse cómo medir el horror de estos crímenes perpetrados por caballeros cristianos, nobles y respetados.

María Aurelia Campmany, una de las feministas más cultas y agudas que tuvimos, ha resumido este argumento con el tono irónico y burlón que merece este argumento rocambolesco e irracional. Así lo hace en un ensayo concebido como una extensa carta escrita a un genérico *macho ibérico* :

“En *El médico de su honra* está usted sublime, ya que lanza grandes párrafos de versos preguntándose si su esposa le engaña o no le engaña y al final llega a la conclusión de que la culpabilidad o inocencia de la resignada mujer no tiene mayor importancia , ya que lo importante es el hecho de que usted haya podido sospechar , ya que si usted lo ha hecho, ¿cómo evitar que los otros sientan también la tentación de sospechar? Solución heroica: hacer de médico de su honra ¿cómo? dando una sangría de muerte a la presunta esposa infiel, la cual, pequeño detalle sin importancia, es inocente”²⁶²

262. CAMPMANY, M^a Aurelia. *Op.cit.* p. 32.

Como vemos, Campmany observa la obra desde la doble perspectiva que se ofrece para los sexos. Si nos mantenemos en este punto de vista, los aspectos que debemos tener en cuenta son los siguientes:

- la víctima es inocente y muere afirmándolo
- ambos esposos tienen sentimiento de honor. Ella basado en la virtud. Él, en el orgullo y los celos
- los indicios por los que Gutierre condena a Mencía son endeble y éste en absoluto los contrasta con la realidad
- Gutierre prepara la venganza con toda frialdad y cálculo, asesinando también al barbero que realiza la sangría
- el vengador contrae segundas nupcias, con motivo de las cuales se reafirmará en su acción vengativa en todos sus extremos”.

Estos son los datos, de forma escueta. Cabe preguntarse si los personajes que los protagonizan esconden un significado trascendental, porque podría tener razón el escritor argentino Ernesto Sabato cuando afirma que los personajes de una obra no son abstracciones o generalizaciones, sino que son intensificaciones concretas. Y con eso quiere decir que se destacan más claramente de los modelos reales. Concluye Sabato que “es como si la realidad fuera vista con una luz muy intensa, en situaciones muy especiales”.²⁶³

De alguna manera podemos decir que así se cumple en *El médico...* donde vemos que los protagonistas están sobreactuados. Don Enrique se comporta de forma irreflexiva, sin calibrar los perjuicios que puede acarrear a Mencía, a pesar de las advertencias de ella. Además, no acierta a ocultar ni a controlar sus sentimientos.

Don Gutierre aparece como hombre arbitrario y violento, incapaz de comportamientos sensatos. Un notable infantilismo se desprende de todas sus acciones, aunque lo realmente estremecedor es su capacidad de crueldad.

263. Citado por O'CONNOR en ESTRADA, Francisco. *Historia y crítica... Op.ciot.* p. 783.

Doña Mencía es un personaje infinitamente más complejo. Sobre todo, parece estar muy mimada por su autor a la hora de cincelarlo. Ya queda dicho que doña Mencía estaba enamorada, desde hacía tiempo, de don Enrique, pero de acuerdo con la normativa de la época, tuvo que aceptar el matrimonio con don Gutierre por imposición paterna. Y lo acepta con todas sus consecuencias. Su concepto del honor le obliga a la fidelidad. Entre los enredos argumentales arriba señalados, quizá el comportamiento de Mencía es el más coherente, espontáneo y natural, fruto de una buena conciencia de esposa fiel. Muere prolamando su inocencia, con su moral y honestidad íntegra.

Doña Leonor, la segunda esposa de Gutierre, adquiere una importancia fundamental para desentrañar el papel de las mujeres en los dramas de honor. Ello se evidencia en la escena del último acto en la que están presentes el rey don Pedro, don Gutierre y la propia Leonor. El diálogo que mantienen los tres personajes, no sólo hay que calificarlo de macabro, sino que es en extremo esclarecedor. El Rey está animando a Gutierre a que contraiga matrimonio con Leonor. Él se resiste porque, con una sinceridad que oscila entre el cinismo y la humildad, no se considera un marido de fiar. Finalmento ofrece su mano, aunque sin dejar de advertir:

“Gutierre Mas mira que va bañada
 en sangre, Leonor.

La respuesta de ella llega clara y precisa:

Leonor No me importa;
 que no me admira ni me espanta.”

Ante la insistencia de ella en admitir la espantosa conducta de él como esposo, Gutierre, de forma tan escueta como clara, proclama su adhesión a los principios sanguinarios de los que hizo gala en su primer matrimonio:

“Gutierre Mira que médico he sido
 de mi honra: no está olvidada
 la ciencia”.

Si, comentando Fuenteovejuna, veíamos que en la célebre alocución de Laurencia contenía, por encima de cualquier otra consideración, un exaltado canto al orden patriarcal, también aquí, en las palabras de Leonor, podemos apreciar una total aceptación de dos aspectos especialmente caros para dicho orden: la supremacía masculina y la doble moral sexual.

A SECRETO AGRAVIO, SECRETA VENGANZA

Calderón también desarrolla un tema de infidelidad conyugal femenina. Escoge como protagonista a un caballero portugués, don Lope de Almeida, suspicaz y celoso. Valbuena Briones nos recuerda que en la literatura española de la época, los portugueses aparecían caracterizados reiteradamente como arrogantes, celosos y vengativos²⁶⁴. Y a esta línea se suma Calderón en la obra que voy a comentar.

La tendencia morbosa de don Lope de Almeida se declara en el primer soliloquio extenso que tiene lugar en el acto segundo. Almeida había pedido permiso a su mujer para participar en la expedición a África que el rey don Sebastián estaba preparando. Doña Leonor se lo otorga y aún le encarece que vaya. En cambio, don Juan, protegido y amigo de Almeida, le aconseja que no se ausente. Este clima de dudas se debe, además del carácter de Almeida, a que ha reaparecido don Luis, antiguo novio de Leonor y que ella lo consideraba muerto. Ahora es su enamorado galán.

Las sospechas sobre la infidelidad de su esposa se vuelven certezas cuando Almeida encuentre escondido, en el dormitorio de su esposa, al enamorado don Luis, al cual deja escapar para no levantar sospechas sobre la integridad de su honor. Esta actitud del marido incrementa la audacia de

264. VALBUENA, B. *Obras Completas*. Madrid, Aguilar, Vol. 1, 1969, p. 421.

los amantes. Ella le escribe una carta en la que invita a don Luis a pasar la noche con ella. Así se va urdiendo la trama que desembocará en terribles celos y propiciará un trágico final.

Los Almeida vivían en un palacete a las afuera de Lisboa y para acceder a él había que atravesar el llamado mar de Palha. Por circunstancias enredosas y más o menos forzadas, como era típico en estos dramas, don Luis termina por embarcarse, para esta travesía, con el mismísimo don Lope de Almeida, circunstancia que regocija al amante pues cree que así llevará su burla a las últimas consecuencias. Pero, muy al contrario, el marido de Leonor apuñala al confiado amante y hunde la embarcación simulando un naufragio. A nado llega a su hogar y, en cuanto las circunstancias le son propicias, quema la cama de su mujer que muere abrasada en un supuesto accidente. La venganza ha quedado en secreto y el buen nombre de don Lope a salvo, que es de lo que se trataba. Para un estudioso como Menéndez Pidal, la muerte que Almeida da a Leonor se debe sólo a una cuestión de honor. Los celos, a diferencia de la muerte que Otelo da a Desdémona, no están presentes²⁶⁵.

El final podría ser este y el drama estaría cumplido. Pero Calderón de la Barca lo matiza mucho mejor. Aprovechando que el rey don Sebastián está celebrando la despedida de su empresa militar a África, Almeida aparecerá con su séquito ante él, para pronunciar un muy particular epitafio referido a doña Leonor, a la que llama “noble, altiva, honrada, honesta”. La meditada venganza parece que queda, pues, en secreto. No obstante, aún quedaba para el emocionado público, un último sarcasmo. Éste llega con don Juan, el amigo de Almeida, que se ha dado cuenta de toda la maniobra y decide confiarle toda la verdad al Soberano. Éste, con un espíritu corporativista digno de mejor causa, aprueba y acepta la justicia impartida por el cristiano marido, el cual, en calidad de tal, partirá con don Sebastián a la mencionada campaña. Campaña que, por cierto, terminó con el descalabro de Alcazarquivir y desaparición del rey portugués. No sabemos

265. MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. De Cervantes a Lope de Vega. Madrid, Espasa-Calpe, p.148.

si el desastre fue consecuencia lógica por la calidad de prohombres que lideraban la empresa. Los historiadores no suelen decir nada al respecto²⁶⁶.

CONCLUSIÓN

Los cuatro dramas de honor que acabo de comentar pertenecen a ese subgénero que proliferó generosamente a lo largo del siglo XVII castellano. Como sabemos, los argumentos, los personajes, las situaciones... son reiterativos hasta la saciedad. No he encontrado ningún estudioso que dé una cifra de la cantidad de estos dramas, pero sí puedo aportar, a modo orientativo, que De Toro, en su concienzudo ensayo sobre este teatro, ofrece, en el índice, cincuenta y cinco títulos. De Lope de Vega se han conservado 470 comedias y sabemos que buena parte de ellas corresponden a este subgénero. En cualquier caso, el número de dramas de honor es lo suficiente elevado como para que nos volvamos a preguntar hasta qué punto reflejaban una realidad de aquella España. Para contestar debemos echar una mirada al marco ideológico, jurídico e histórico en el que surgieron estos dramas.

La primera cuestión a recordar es que, al igual que hemos visto que empezaba a ocurrir en el siglo XVI, la situación de las mujeres cambia en la medida en que la estructura familiar se va fortaleciendo y haciéndose más opresiva para ellas, proceso que continuó a lo largo del siglo XVII. Ello se debió a que el naciente Estado moderno y el desarrollo de la economía de mercado adjudicó a cada estamento social un papel claramente definido y dio lugar a una sociedad más jerarquizada.²⁶⁷ Todo ello influyó nota-

266. En el año 1578. El rey de Portugal, don Sebastián se enfrenta con el Sultán de Marruecos de forma bastante temeraria y no teniendo en cuenta las gestiones que estaba realizando Felipe II. Don Sebastián se hizo acompañar de la flor y nata de la nobleza portuguesa. El desastre fue enorme. El Monarca murió y muchos nobles también. Otros quedaron presos.

267. VAN DÜLMEN, Richard. *Los Inicios... Op.cit.* p. 79.

blemente en la institución familiar y en el destino de las mujeres. Como características fundamentales de esta nueva situación, podemos señalar la drástica separación del ámbito de trabajo para los sexos, pues las mujeres fueron excluidas del trabajo productivo y remunerado, con la subsiguiente confinación en el hogar, quedando sus funciones limitadas al cuidado del hogar y los hijos; toma fuerza una doble moral sexual que prevé para ellas una vida estrictamente controlada por los esposos, las leyes y las costumbres. Como ya sabemos, la moral al uso fue para los hombres infinitamente más permisiva. Esta panorámica social es lo que conocemos como *sociedad patriarcal* y ha durado hasta bien entrado el siglo XX. Cuando en el siglo XVII se escriban los *dramas de honor* que nos ocupan, veremos que muchas de estas características se hacen patentes.

Lo comprobaremos fijándonos en el adulterio, tema central para muchos de estos dramas. Este delito, en el entorno cultural de España, era considerado grave desde la antigüedad y se imputaba solamente a las mujeres. El hombre únicamente resultaba afectado cuando tenía relación con una mujer casada o cuando imponía por la violencia el acto sexual. Este tratamiento desigual se derivaba del hecho de que la virtud se reducía, en el caso de la mujer, a la virginidad, así como de la muy limitada función social que se le adscribía a la mujer. También de que, según la ley, ella era propiedad del marido y por eso estaba completamente sometida al mismo. Dado que un ataque a la propiedad era considerado en primer lugar como “injuria” y después como deshonor, la infidelidad de una esposa había de entenderse como una deshonor directa del marido.

Ahora bien, De Toro explica cómo con la regulación legal, por parte de los romanos, de la vulneración del honor en los casos de adulterio, se da el primer paso para abolir castigos bárbaros como la lapidación, la quema en la hoguera, la mutilación, etc. La legislación romana pasa a formar parte de los textos legales que se constituyen en Europa desde el siglo X, para ser luego completada por el derecho germánico, la doctrina cristiana y la teología y filosofía morales. De esta tradición intelectual surge en los siglos XVI y XVII una conciencia jurídica que excluye la venganza y que intenta

solucionar todos los conflictos con la aplicación de medidas legalmente fijadas.

Sólo en caso flagrante, la ley deja a cargo del marido la muerte de la adúltera o de los adúlteros; pero al mismo tiempo introducía una serie de obstáculos e inconvenientes, dirigidos a que el marido ofendido desistiera de una acción violenta. El hecho de dar muerte traía consigo una investigación judicial, lo que hacía pública la ignominia, y el esposo perdía la dote de la mujer. La práctica legal era muy variable; pero resulta claro que la pena de muerte u otra de carácter grave apenas si se aplicaba a los adúlteros. Además la teología moral y la Iglesia, vinculadas al Quinto Mandamiento y a la doctrina cristiana, rechazaban por principio la venganza. Podemos concluir que el dar muerte, en el caso de adulterio, en los siglos XVI y XVII, no estaba permitida en España ²⁶⁸.

Otro aspecto a tener en cuenta es que el honor y la sexualidad femenina están en relación especial con la idea de “vergüenza”, equivalente al temor a ser deshonrado por causa de la deshonestidad o infidelidad de la mujer. Este sentimiento actuaba como un regulador ético, pero lógicamente iba estrechando el cerco a la libertad y sosiego de las esposas. Además, este sentimiento de “vergüenza” llevará, cuando ha habido afrenta, a procurar por todos los medios, a que ésta permanezca en secreto, tema fundamental en los dramas de honor.

También debemos considerar, si quiera sea someramente, qué relación pudo haber entre el Estatuto de limpieza de sangre y los dramas de honor. Porque lo cierto es que desde la Edad Media se equiparó “tener honra” con “ser español y critiano”, por tanto honra y limpieza de sangre se correspondían en gran parte. De hecho, las leyes, costumbres y mentalidad sobre la sexualidad femenina, se van concretando en diferentes Fueros a lo largo de la Edad Media (el de Miranda del Ebro en 1095 y el de Cuenca en 1170)²⁶⁹, de tal forma que cuando llegamos al siglo XVII la única virtud femenina reconocida es la virginidad para las solteras y la castidad para

268. TORO, Alfonso de. *De las similitudes... Op.cit.* p. 183.

269. TORO, Alfonso de. *Ibid.* p. 87.

las casadas, dándose cada vez medidas más estrictas para la protección de la integridad femenina. En *Castigos e Documentos* y en los Estatutos de limpieza de sangre, se regula durísimamente las relaciones sexuales entre cristianos, moros y judíos. Ya había otro motivo para vigilar celosamente a las mujeres.

Américo Castro añade a los términos honor y limpieza de sangre el término “valentía” Y ello porque la violencia estaba mal vista entre los judíos, los cuales se mantenían imparciales en las guerras y, en general, en los enfrentamientos de cualquier naturaleza, lo que les dio fama de cobardes. Y Castro, que opinaba que los temas de limpieza de sangre no eran representables en el escenario, consideraba que la venganza de los maridos contra sus mujeres presunta o realmente adúlteras, se debía al deseo de no ser considerados cobardes, o sea, a que no los confundieran con judío/conversos y faltos de virilidad. Mataban, según esta teoría, para ofrecer prueba de hombría y, por tanto, demostrar que eran cristianos viejos y limpios de sangre.²⁷⁰

En cualquier caso, vemos que los dramas de honor reflejaban una parte de aquella sociedad española. No obstante, la más llamativa, o sea, la truculenta, la sanguinaria... se la inventaban los autores. Si la finalidad era educar o adoctrinar al público, como hemos oído a algunos eruditos, debemos concluir que la lección iba dirigida a las mujeres. El final que hemos visto en los dramas comentados, debe sonarnos a advertencia sobre el comportamiento sexual de éstas. Si la lección se hubiera dirigido a los varones, los esposos vengativos de la escena, tendrían que haber terminado en el cadalso o en el descrédito absoluto. Muy al contrario, la situación privilegiada de estos maestros del sadismo no sufre merma alguna.

Si, por el contrario, la finalidad era entretener al público o, dicho de otra manera, agradar y triunfar como autores, no podemos decir que nuestros afamados dramaturgos -Lope de Vega y Calderón de la Barca a la cabeza- hicieran alarde de finura espiritual, respeto a la mujer o aprecio por los valores caballerescos. Más bien se diría que habían estado educados en la más

270. TORO, Alfonso de. *Ibid.* p. 194.

siniestra escuela de crueldad humana. No podemos alegar, en su defensa, las costumbres o valores de la época. Ahí tenemos a nuestro Cervantes que con elegancia a toda prueba y altura de miras imbatible, no renunció a sus principios sobre lo que debía ser el teatro, aunque ello le costara -quizá- su carrera como dramaturgo de éxito. Así lo piensa el historiador de la literatura española, J. L. Alborg cuando comenta el insuperable desprecio que Cervantes sentía por los dramones.

Por último, si lo que hubieran buscado Lope, Calderón y otros dramaturgos, hubiera sido criticar aquella sociedad carcomida por la quimera de *la limpieza de sangre* y la obsesión de la *opinión*, no se hubieran limitado al tema del posible adulterio. Había temas muy serios, profundos e interesantes que suponían un grave problema para la sociedad española, también derivados del conflicto con las otras razas presentes en la península. Recordemos lo que llega a afirmar Américo Castro cuando quiere explicar cómo el sólo hecho de acrecentar la propia riqueza, o ser un buen profesional o un eficaz financiero, despertaba la sospecha de tener antecedentes judíos y por lo tanto, en aquel siglo XVII, a ser estigmatizado socialmente. Castro concluye que era mejor estarse quieto, aunque trae a colación al Padre Mariana que en 1.601 se lamenta de la expulsión de los judíos, “gente tan provechosa... que sabe de todas las veredas de allegar dinero”²⁷¹. Evidentemente, de esta realidad se desprenden argumentos que podrían haber sido muy atractivos para decenas de dramas o comedias. La controversia, las tensiones, el interés del público...hubiera estado garantizado. Quizá también el de la Inquisición, pues todo lo que fuera teatro tenía alerta a la santa institución.

Recogiendo lo dicho hasta aquí, el gusto por el tema del adulterio no puede tener más explicación lógica que el morbo que conlleva y una relativa facilidad para lograr el éxito. Ni más ni menos que los culebrones de sobremesa de nuestra época. Claro que podemos formular una interpretación más digna, considerando que en el siglo XVII se acabó de desprezarse la sociedad moderna que se había iniciado en la centuria anterior. Y ello

271. CASTRO, Américo. *De la Edad Conflictiva. Op.cit.* p. 209.

dentro del entramado de un capitalismo primitivo pero que ya exige una función especializada de cada sector social. La familia -como queda dicho- será la encargada de formar el ámbito adecuado para la reproducción de la especie y la transmisión de la ideología al uso. Ni que decir tiene que, ante estos trascendentales cometidos, la mujer será el centro, la garantía y... la sufridora de todo lo que se tercie. A pesar de esta importantísima misión, las mujeres siempre quedaron al socaire de los hombres, fuera en forma de padre, esposo, hermano y hasta hijo si no había otro varón a mano. Las artimañas del Duque de Ferrara, de Don Gutierre, o de don Lope de Almeida -nuestros intrépidos protagonistas de las obras arriba comentadas- podrían resultar nada más que una truculenta “interpretación poética” -Don Américo Castro dixit- de lo que les esperaba a las mujeres en la sociedad patriarcal que se instauraba y que, como queda dicho, perduraría con vigencia admirable hasta bien entrado el siglo XX.

7. PADRE FEIJOO.

UN ILUSTRADO CONSECUENTE

Sobre la importancia que el siglo XVIII tuvo para el mundo occidental, apenas existe discusión. Fue una época de incalculables cambios para esta área geográfica. Lo más característico fue que se intentó aplicar la racionalidad a todos los aspectos de la vida. Por lo que al padre Feijoo se refiere, lo interesante es que, muy conspicuos estudiosos, lo han valorado como un eslabón clave en aquel momento de crisis (o cambio) que fue ese siglo XVIII y que a él le tocó vivir casi en toda su extensión, ya que nació a finales del siglo XVII y murió en 1774.

Estudiosos tan eminentes como Menéndez Pelayo no escatiman elogios a este benedictino que, desde su celda del convento de San Vicente de Oviedo, se hizo acreedor de ser tenido como pieza sustancial de la Ilustración en España. Así lo podemos leer en la *Historia de los Heterodoxos españoles*:

“Siguiendo a aquel grande y sesudo pensador, antorcha inmortal de nuestra ciencia, no se ató supersticiosamente a ningún sistema; filósofo con libertad, y fue de todas veras, como él mismo dice, con voz felicísima, *ciudadano libre de la república de las letras*. Peregrinó incansablemente por todos los campos de lo humano, pasó sin esfuerzo de lo más encumbrado a lo más humilde y, firme en los principios fundamentales, especuló ingeniosa y vagamente de muchas cosas, divulgó verdades peregrinas, impugnó errores del vulgo y errores de los sabios y fue, más que filósofo, pensador, más que pensador escritor de revistas o de ensayos a la inglesa.”²⁷²

Cuando don Marcelino apea a Feijoo de la condición de filósofo, para dejarlo en la de escritor de revistas o ensayos, que es lo que le acabamos de oír, ni lo denigra, ni rebaja. Lo sitúa donde él cree que está: escritor

272. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. 2. Madrid, Biblioteca Homologens, 2008, p. 247.

polígrafo, que trató de todas las materias, aunque -añade maliciosamente don Marcelino- en algunas, no pasaba de *dilettante*. Pero también reconoce que “lo que pierde en profundidad, lo gana en extensión”. El doctor Marañón también nos habla del “verbo impetuoso” del padre Feijoo, lo que le lleva a confeccionar escritos que pueden ser más geniales que profundos, pero con el valor añadido de que la vehemencia del benedictino está al servicio de lo mejor del espíritu ilustrado. Marañón nos invita a que repasemos el programa de Feijoo: “...que los hombres vivieran en una fraternidad cristiana.....que las normas naturales inspiraran la conducta de la gente. Que la ciencia se atuviese a las pautas de la observación y de la experiencia. En suma: libertad, bondad y razón”²⁷³.

Don Gregorio reconoce que la llegada de los Borbones a España, significó la desaparición del acantilado inexpugnable que habían sido hasta entonces los Pirineos. Pero a continuación afirma que la nueva ideología no hubiera arraigado en España con la vehemencia con que prendió, sin un profeta, sin un hombre elocuente, convencido, dotado de ese espíritu de la propaganda que Dios da y nunca se adquiere. Y, para Marañón, ese hombre fue el padre Feijoo. “El primer grande hombre que habla en la calle, que surge en la palestra como enlace entre el espíritu del mundo renacentista y el futuro mundo de la técnica y de la democracia es el padre Feijoo, ya en pleno siglo XVIII, es decir, más que como un precursor, como un soldado de la batalla entablada”²⁷⁴.

Estas encendidas alabanzas de nuestros egregios polígrafos, no nos deben ocultar el hecho de que el padre Feijoo tuvo un gran número de detractores. Según Marañón, hay que leer -como él ha hecho- los libros y opúsculos que contra el fraile se escribieron, para poder calibrar el grado de injurias, odio y maledicencia que llegó a suscitar. Tanto que, como nos relata Menéndez y Pelayo, con su habitual ironía, Fernando VI emitió una real orden a su Consejo, para que nadie osara impugnar, criticar o refutar los escritos de Feijoo. Todo debido a que estos escritos, eran de *real agrado*.

273. MARAÑÓN, Gregorio. *Obras Completas, Op.cit.*, vol. III p. 662.

274. *Ibid.*, p. 664.

Uno de los detractores escribió que dicha orden era: “manifiesto agravio de la verdad, ofensa de la justicia y detrimento de la común enseñanza”.

En cualquier caso, el padre Feijoo corrió la suerte que le correspondía por ser un hombre progresista, independiente y apasionado. Marañón, casi especialista en Feijoo, insiste que sin el inapreciable apoyo del Padre Sarmiento, también Benedictino, aquel no hubiera llegado a ser lo que hoy apreciamos, pues fue el estudioso que le proporcionó saber y sustancia. Pero queda dicho, que sin el ímpetu y fuerza del primero, tampoco las ideas de Sarmiento hubieran encontrado la vereda para llegar al público.

La obra literaria de Feijoo consiste en una serie de ensayos recogidos bajo dos títulos, *Teatro Crítico Universal* y *Cartas Eruditas y Curiosas*. La primera consta de ocho volúmenes y en sus páginas hace honor al subtítulo que lleva esta obra, *Discursos varios en todo género de materias y errores comunes*. Ante este enunciado tan ambicioso, no es de extrañar que el inquieto Benedictino se vea obligado a resucitar la vieja polémica sobre la valoración de las mujeres, y así lo hace en el Discurso XVI, acometiendo su defensa con una perspicacia y una osadía realmente admirables. La ensayista Amalia Martín-Gamero²⁷⁵, valora muy positivamente la valentía del fraile, que no retrocedió ante las previsibles iras que esta defensa iba a suscitar. Doña Amalia, consecuentemente, le escribe el merecido epitafio: “Por su valentía, por su sentido de la justicia, Feijoo debe quedar inscrito entre uno de los más grandes campeones del feminismo”.

COMENTARIO A “EN DEFENSA DE LAS MUJERES”

El discurso XVI de su obra *Teatro Crítico Universal*²⁷⁶, en efecto, Feijoo lo dedica a analizar y criticar la ideología que había ido forjándose en contra

275. MARTÍN GAMERO, A. *Antología del feminismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1975, p. 229.

276. FEIJOO, Benito, *Teatro Crítico Universal*, Discurso XVI, Madrid, Clásicos Castalia, 1980, pp 1-34.

de la condición femenina. Las dificultades que esto entraña las reconoce desde la primera línea: “En grave empeño me pongo... defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender a casi todos los hombres” Y este espíritu entre realista e irónico, será el que alumbró todo el Discurso.

Calibra la magnitud de la empresa que acomete y no quiere llamarse a engaño: “A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones. Pero donde más fuerza hace, es en la limitación de sus entendimientos”. Y este panorama que contempla, lleva al esforzado Feijoo a anunciar que, será en la defensa de las aptitudes intelectuales de las mujeres, a lo que dedique mayor empeño.

El punto de partida que este beneditino ilustrado presenta, parece impecable. Quizá lo único que echamos de menos en su introducción, y teniendo en cuenta su condición de religioso, es que no aluda a la gran responsabilidad que ha tenido la Iglesia Católica en ese vilipendio que se propone combatir. Pero Feijoo vivía en el siglo XVIII y era cierto que encaraba un grave empeño, como él nos ha advertido. Quizá tengamos que recordar aquello de que lo mejor es enemigo de lo bueno. Y muy bueno fue que escribiera estas líneas que comentamos.

Como es natural, las cuestiones científicas que aborda ya han perdido vigencia. Sin embargo, la valoración que hace de la ideología patriarcal, si no vigencia total, sí conserva todo el frescor, la valentía y la coherencia que este peleón fraile transpira. Si es verdad, como he señalado antes, que no afronta la responsabilidad que la Iglesia adquirió sobre el vilipendio a las mujeres, también es verdad que sus críticas, escritas desde un convento, exigen un valor añadido y tienen una eficacia especial. A nadie se le puede ocultar que muchas de las ideas que Feijoo contundentemente desmonta, provenían de los confesionarios y de los púlpitos. Que elija a “los hombres” como concepto genérico, a quien culpabilizar, no le resta autenticidad a la crítica. Hombres eran los clérigos que, secularmente, atizaron contra las mujeres. Y, en cualquier caso, él zanja la cuestión con su habitual contundencia: “Las declaraciones que contra las mujeres se leen

en algunos escritores sagrados, se deben entender dirigidos a las perversas, que no es dudable que las hay”.

Él sabía que las ideas que iba a combatir estaban profundamente arraigadas y de forma muy generalizada. Quizá por eso comienza, astutamente, trayendo a colación un pensamiento del “falso profeta Mahoma” -como él lo llama- que sabe va a escandalizar a los cristianos que lo lean. Mahoma, según Feijoo, prometió a sus seguidores un paraíso al cual no tendrían acceso las mujeres, “limitando su felicidad al deleite de ver desde afuera la gloria, que habían de poseer dentro los hombres”. Feijoo, maliciosamente, nos hace ver lo contentas que estarían las esposas viendo a sus hombres en brazos de las huríes y nos invita a sacar dos conclusiones. La primera, comprender cuánto puede errar el hombre, al ver “admitido este delirio en una gran parte del mundo”. La segunda, comprobar que no se alejan mucho de aquel “Artífice de Quimeras” -como también apela a Mahoma- los que niegan a las mujeres, sino la bienaventuranza en la otra vida, sí casi todo mérito en esta.

Lo que más llama la atención del benedictino cuando se sitúa ante la problemática femenina, son “las muy fuertes inventivas en infinitos libros.....como si los hombres fueran los únicos depositarios de las virtudes”. Y aunque piensa que “el desprecio y la detestación son la mejor apología para tanto disparate”, él se apresta a desmontar los argumentos que, con este fin, se han utilizado. Para ello buscará las flagrantes contradicciones que el pensamiento misógino con tanta frecuencia ofrece. La primera que señala es aquella que tanto ofende a la razón y a la ética y que consiste en que “no pocos de los que con más frecuencia y fealdad pintan los defectos del sexo femenino, se observa ser los más solícitos en granjear su agrado”. Y, a continuación, expone algunos ejemplos significativos de tan ruin actitud. Señala a Eurípides como uno de los dramaturgos que “las execraba en el teatro y las idolatraba en el aposento”. Lo mismo achaca a Bocaccio, libertino en su vida y profundamente misógino en sus escritos. Feijoo extrañado se pregunta “¿Qué misterio habrá en todo esto? Y propone dos respuestas: “Acaso en las brutales saciedades del torpe apetito se engen-

dra un tedio desapacible”. La segunda respuesta es la que ve una venganza debido al despecho que sienten los hombres que son rechazados por las mujeres, “que hay hombre tan maldito que dice que una mujer no es buena porque ella no quiso ser mala”.

El mismo punto de vista mantiene para los que consideran que las mujeres son imperfectas físicamente. Otra vez tiene que señalar la paradoja de los que señalan esas imperfecciones de las mujeres y, sin embargo, muestran “una desordenada inclinación hacia ellas”. Como ejemplo de esta insensatez señala a Aristóteles, maestro en esta incoherencia. Además, Feijoo apunta a la base de esta teoría, haciendo ver que la propia naturaleza atendería contra ella misma si así fuera, ya que reproduciría mayoría de seres imperfectos, pues mayoría son las mujeres.

Feijoo desea incorporar a su análisis las diferentes cualidades que se consideran propias de cada sexo. Reconoce que a los hombres se les adjudica tres prendas: *robustez, constancia y prudencia*. Y a las mujeres: *hermosura, docilidad y sencillez*. Hábilmente, Feijoo, va comparando estas características, para hacer ver que ninguna de ellas marca decisivamente la naturaleza de las personas. Y otra vez recuerda que su meta no es decretar la superioridad de algún sexo, sino simplemente la igualdad. Acepta que estas cualidades, adjudicadas por sexo, pueden tener su razón de ser. Pero, a continuación, minimiza su trascendencia. Por ejemplo, de la robustez se derivan cosas muy importantes para la sociedad, como es su influencia en la guerra, la agricultura y la mecánica. Pero la hermosura tiene influencia en la voluntad y la voluntad es decisiva para los humanos. A veces más que el entendimiento.

“La constancia, que ennoblece a los hombres, puede contrarrestarse con la docilidad que resplandece en las mujeres”. Si la docilidad puede degenerar en ligereza, continua Feijoo, la constancia de los hombres, degenera muchas veces en terquedad. Y si lo que se ha llamado candidez en las mujeres, en realidad es indiscreción, Feijoo contraataca: Lo que en los hombres se llama prudencia, muchas veces es “falacia, doblez y alevosía, que es peor”.

Otro aspecto que nuestro benedictino acepta plenamente es que se considere que las mujeres posean, en grado superior, el sentimiento de *vergüenza*. El solo hecho de que ésta provoque el enrojecimiento de las mejillas, es una defensa de la virtud, ya que el miedo a que los demás vean el rubor, ayuda a descartar los malos comportamientos. Y si esto se considera habitual en las mujeres, Feijoo decreta, en un entrañable razonamiento, que los hombres que se sonrojan, denotan “sobre índole generosa, ingenio agudo”. Y concluye: “No espero jamás cosa buena de muchacho a quien advierto frente osada”.

Para redondear sus asertos, Feijoo opta por traer a colación a mujeres que hayan destacado en algún aspecto de la vida, escogiendo en primer lugar a aquellas que sobresalieron en el gobierno de pueblos. Comienza por Semiramis, Reina de los Asirios, que extendió su reino, por una parte hasta Etiopía, por otra, hasta la India. También cita a nuestra Isabel La Católica, de la que dice que, si el descubrimiento de América fue uno de los acontecimientos más gloriosos de la historia de España, éste “no hubiera tenido lugar si la magnanimidad de Isabela no hubiese vencido los temores y perezas de Fernando”. Así de contundente es nuestro Feijoo.

Éstos, y muchos más ejemplos, nos hablan de la “prudencia política” femenina. La realidad de la inmensa mayoría de los hogares, dice nuestro defensor, nos hablan de la “prudencia económica”. Y, del valor físico, nos hablan las Amazonas, presentes, según Feijoo, en todas las culturas. La lista de mujeres que trae a colación, en apoyo de sus asertos, es interminable.

Otro aspecto que aborda Feijoo es aquel que considera incapaces a las mujeres de guardar secretos, cuestión que logró gran popularidad y que tiene un punto de actualidad en el ambiente católico, donde se sigue negando a las mujeres el acceso al sacerdocio, ya que, entre otros argumentos esgrimidos para mantener esta negativa, se ha aducido el de esta incapacidad para callar. Recordemos las diatribas sobre este tema que hemos visto en la obra del Arcipreste de Talavera. El estereotipo de *la mujer charlatana*, aun hoy ocupa chistes y alusiones. Pero Feijoo trae a colación muchos ejemplos que demuestran lo contrario. Más aún. Entre estos ejemplos, se

encuentran actitudes realmente heroicas, como la de una cortesana de Atenas que, torturada para que revelara un secreto, decidió cortarse la lengua con sus mismos dientes para evitar cualquier claudicación.

Pero el tema principal que Feijoo sabe que ha de afrontar es el que atiende a la inteligencia femenina. Consta que la mayoría de hombres, “salvo uno u otro muy raro” hablan del entendimiento de las mujeres con desprecio. Y recuerda que lo que opinen unos u otras no tiene validez pues somos jueces y parte. “Habría que recurrir a los ángeles que no tienen sexo” Y después de esta ironía se lanza a describir la realidad de lo que él contempla, despreciando los argumentos de los que dicen barbaridades pues son “hombres superficiales”. Y él ve que las mujeres saben gobernar perfectamente una casa. También ve mujeres que gobiernan comunidades y hasta algunas Repúblicas. Pero ante el hecho de que la mayoría se queda en los quehaceres del hogar, añade que “el que las mujeres no sepan más, no se infiere que no tengan talento” sino que no han recibido más formación. Si a las mujeres no se les ha enseñado materias sublimes sino domésticas, Feijoo no entiende que los hombres las desprecien por sólo entender de estas materias. Y con este argumento, el benedictino ironiza junto a un prelado que defiende que “la mujer que más sabe, sabe ordenar un arca de ropa blanca” porque es justo lo que ha aprendido.

Con el mismo sentido común que ha despachado el asunto de las aptitudes mentales, aborda la cuestión del cerebro femenino desde el punto de vista de la estructura física. Explica que ni el tamaño del cráneo, ni la mayor fragilidad de los tejidos, ni ninguna circunstancia física, llega a marcar diferencias entre los cerebros humanos. Lo mismo piensa de los diferentes temperamentos. La práctica de la vida le desmonta las teorías que sobre estos temas se han forjado. Termina diciendo que “ni unos ni otros hacemos otra cosa que palpar la ropa de la naturaleza. Todos vamos a ciegas y el más ciego de todos es aquel que piensa que ve las cosas con toda claridad”.

La modernidad del debate sobre la naturaleza de la mujer que afronta Feijoo se pone de manifiesto al considerar la avalancha de argumentos científicos contra la mujer, en la segunda mitad del siglo XX, del que es

buen ejemplo el provocador ensayo de Steven Goldberg sobre la inevitabilidad del patriarcado²⁷⁷. Este, y otros discursos falaces acerca de la naturaleza de la mujer los he discutido en otra publicación²⁷⁸.

Terminados los razonamientos científicos, que Feijoo califica como ásperos, anuncia que pasa a argumentos más amenos. Éstos son los ejemplos históricos de mujeres que demostraron tener inteligencia muy capaz para cultivar las letras y las artes. Nuestro autor elige ejemplos “ya en nuestra España, ya en los Reinos vecinos”. Empieza por Doña Ana de Cervaton, de la que se conserva correspondencia mantenida con Lucio Marineo Sécuro, escrita en latín. También cita, por comentar otro ejemplo, a la célebre monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz, de la que elogia su talento para la poesía, pero advierte que la crítica que esta religiosa hizo al sermón del Padre Vieyra, acredita su agudeza, aunque es bastante menor que la del “incomparable jesuita”. También cita mujeres francesas, italianas y alemanas. Y para demostrar que la inteligencia literaria de las mujeres, se extiende por todas las latitudes, comenta la obra de “la bella, discreta y generosa” Sitti Maaní, mujer del famoso viajero Pedro el Valle. Llegó a hablar doce idiomas, pero sobresalió, principalmente por sus virtudes, siendo la más destacada la de su valentía, que demostró ayudando a su marido en trances difíciles.

Siendo interesantes los datos que aporta Feijoo con la larga lista de mujeres que sobresalieron por más de un concepto, lo que en él resulta más atractivo, son las deducciones que saca sobre esa realidad innegable de que existen dos sexos y que es necesario que vivan en paz y armonía, que es la gran meta de nuestro clarividente ilustrado. Y para ello, no le basta haber hecho un valiente esfuerzo por defender la igualdad entre ambos. Probablemente, en su oficio de sacerdote, había conocido bien los vericuetos de la mente humana, e intenta prever el mal uso de lo que él a argumentado y demostrado.

277. GOLDBERG, Steven. *La inevitabilidad del patriarcado*. Madrid, Alianza, 1976.

278. MARTÍ, Sacramento y PESTAÑA, Ángel. *Sexo, Naturaleza y Poder*. *Op.cit.* pp. 107-172.

De su lista de mujeres doctas, es fácil deducir que, las que se han dedicado a las letras, lo han hecho con un porcentaje de éxito muy superior a los logrados por los hombres, que “apenas de ciento que siguen los estudios, salen tres o cuatro verdaderamente sabios”. La explicación es fácil para Feijoo. Las mujeres que se han dedicado a esto, lo han hecho por tener particulares disposiciones para los estudios y, sobre todo, han encontrado un buen apoyo para dedicarse a ello. Sin embargo, en los hombres no existe esta selección. Son dedicados a la literatura por decisión de los padres, que casi nunca tienen en cuenta su verdadera aptitud. Feijoo insiste en que las capacidades son las mismas y son las circunstancias las que cambian. Lo que él ha querido señalar es que “no hay desigualdad en las capacidades de uno y otro sexo”. Más aún. Invita a las mujeres a que no hagan caso de autoridades como Aristóteles, que si en una ocasión afirma que “ellas son más astutas e ingeniosas que los másculos”, líneas más abajo “las mancha con los borrones de la envidia, la maledicencia, la mordacidad” y otros defectos.

Lógicamente, nuestro combativo pero realista fraile, sabe que tiene que enfrentarse con una cuestión inevitable: “Si las mujeres son iguales a los hombres en la aptitud para las artes, para las ciencias, para el gobierno político y económico ¿Por qué Dios estableció el dominio y superioridad del hombre, respecto de la mujer, en aquella sentencia del cap. 3 del Génesis *Sub viri potestate eris?*”

Feijoo da tres respuestas, en las que, como siempre, muestra ingenio y habilidad para no dejarse apabullar. En primer lugar, aduce, aún no se sabe con certeza el verdadero sentido de este párrafo, debido a la variación de versiones que se han sucedido a lo largo de la historia. En segundo lugar, la superioridad que Dios concede al hombre no tiene que ver con la inteligencia, sino con el pecado del que fue la mujer la inductora (Como vemos aquí se acoge a la más rancia tradición). En tercer lugar, porque para el buen gobierno de la casa y familia, es necesario que haya una jerarquía. Lo demás sería confusión y desorden, ya que -razona el Benedictino- si los asuntos se sometieran a votación, al ser entre el matrimonio, siempre

estarían uno a uno, sin posibilidad de desempate. Pero Feijoo, que no está dispuesto a eludir nada que roce el tema, piensa que aun hay una cuestión pendiente y se pregunta: ¿Por qué habiendo de ser superior uno, siendo iguales los talentos, quiso Dios que fuese el hombre? Su contestación ante este dilema es irrevocable: “Es mejor decir, que en las divinas resoluciones ignoramos por la mayor parte los motivos”.

A partir de esto, Feijoo, a modo de conclusión, hace una doble reflexión para que su Discurso en defensa de las mujeres tenga aplicación práctica. Por un lado le preocupa que, una vez que él ha proclamado la igualdad entre los sexos, las mujeres adopten posturas de presunción y orgullo. Nada más alejado de sus intenciones. Desea que “brillen las verdades que tienen su valor intrínseco”. En cambio sí que espera que, una vez aceptada la igualdad entre los sexos, las relaciones matrimoniales mejoren y de ello se derivarán cuantiosas bondades. No se le ocultan al Benedictino, las relaciones tormentosas que se pueden crear en el matrimonio por razón del menosprecio que los hombres, imbuidos de superioridad, pueden ejercer sobre la esposa. “La mujer, juzgándose inferior, escucha con respeto (las injurias del marido) ¿Quién puede negar aquí una gran disposición para que él venza y ella se rinda?”. Feijoo se teme que estas esposas, humilladas y dolidas, están abocadas a sentirse atraídas por otro hombre, el cual puede que sea tan brutal como el marido, pero que, en aquel momento, le ofrece un trato halagador. Para Feijoo no hay duda de que las vejaciones que los maridos han perpetrado históricamente contra las mujeres, basándose en su supuesta superioridad, han sido el punto de partida para muchas infidelidades y muchas familias desgraciadas. “Aún no se ha dicho -recalca nuestro autor- toda la utilidad que en lo moral traerá el sacar a los hombres y mujeres de este error en que están de la desigualdad de los sexos...creo que este error es causa de mancharse con adulterios infinitos tálamos”.

Las ideas de Feijoo merecieron cuantiosas críticas y ataques. Las más frecuentes, su falta de originalidad y profundidad. Hasta tal punto fueron feroces, o sus defensores entusiastas, que consiguieron que Fernando VI, felizmente reinante, con gesto del más imponente despotismo ilustrado

que se pudo imaginar, prohibió que se censurara a nuestro benedictino. Pero ahí ha quedado la obra de Mañer, ocho tomos de violentísima polémica con los que intenta desmontar los razonamientos de Feijoo. Por lo que respecta al tema de las mujeres, el benedictino le responde: “Cosa admirable es, que siendo el asunto primario y aun casi total de mi Defensa de las mujeres su igualdad en entendimiento con los hombres, la cual probé con varios argumentos largamente, a ninguno de ellos tocó con la pluma el Sr. Mañer”.

Tampoco el grupo de valencianos intelectuales, capitaneados por Mayans y Ciscar, disimulaban su desprecio por Feijoo. Como dice su biógrafo, Giovanni Stifoni, en la introducción del *Teatro Crítico Universal*²⁷⁹, “Se diría que Feijoo había pisado el hormiguero de vacuidades en que se mecía la cultura media española, y estas habían salido como enloquecidas a la luz”.

Quizá lo que no le perdonaron a Feijoo fue su perseverancia en combatir las supersticiones arraigadas en España y su empeño en desmontar la confusión entre lo natural y lo sobrenatural. Además hay dos cosas que nadie le puede discutir. Por un lado, haber intentado sacudir a la soñolienta España para que se pusiera intelectualmente al nivel de Europa. Por otro, haber sido el defensor más sistemático de las mujeres.

279. STIFFONI, Giovanni., Introducción al *Teatro Crítico Universal*. Op. cit.

8. PÉREZ GALDÓS.

UN FEMINISTA DE LUJO

Cuando se lanza una mirada sobre el conjunto de la muy fecunda obra narrativa de Galdós, llama la atención el indiscutible protagonismo, al menos cuantitativo, de los personajes femeninos. Baste fijarse en los títulos de las novelas de su época de madurez: *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La desheredada*, *La de Bringas*, *Fortunata y Jacinta*... Y si nos atenemos a los *Episodios Nacionales*, sólo en las dos primeras series, son treinta y nueve las mujeres que aparecen en sus páginas²⁸⁰. Pero lógicamente no es sólo cuantitativa esta presencia. Centrándonos en las novelas, vemos que don Benito se acerca con interés, sensibilidad y conocimiento de causa a la problemática femenina, de tal forma que tiene una percepción notablemente ajustada sobre cuál era la situación de las mujeres en la España del siglo XIX.

No podemos decir que éste sea el punto central del pensamiento galdosiano a lo largo de toda su obra narrativa. En una primera época, fue la intransigencia y la intolerancia religiosa de los españoles, acompañadas de su adobo natural, la ignorancia, la desinformación y la estrechez de molla, el tema medular de buena parte de sus novelas. El adobo de estas novelas lo constituye el contumaz anticlericalismo del joven Galdós. Pero también hay que anotar que en todas ellas, la víctima directa es una mujer, que se verá atrapada por las redes de esa sociedad eminentemente patriarcal y que conseguirá anularla. Estas novelas están ambientadas en la España rural.

En una segunda época, la acción se traslada al ambiente urbano y el patriarcado al uso está representado fundamentalmente por los *donjuanes* de muy variado pelaje que asedian a los personajes femeninos. Es la época de madurez de don Benito.

La tercera época es la de la concienciación feminista. Galdós decide escribir una novela –Tristana– donde expresa, con minuciosidad de fervoro-

280. APARISI LAPORTA, Amparo. "Las mujeres en Los Episodios Nacionales", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid. - T.19 (1982).

so novicio, cómo ve él el problema de las mujeres de su época y cuál es el origen de tanto desbarajuste.

PRIMERA ÉPOCA.

LAS NOVELAS DE LA INTRANSIGENCIA RELIGIOSA

En 1876, con pocos meses de diferencia, aparecen dos novelas que tienen mucho en común, *Gloria* y *Doña Perfecta*. En ambas, la verdadera protagonista es la intransigencia religiosa, pero, como queda dicho arriba, los personajes femeninos juegan un papel fundamental.

GLORIA (1876)

Gloria de Lantigua pertenece a una familia tan creyente como intolerante. El apellido, como tantas veces en la novelística galdosiana, no es casualidad. El autor afina su pluma para dotar a Gloria de una personalidad rica e interesante. Es fuerte y reflexiva, sensata y seria, bondadosa y decidida... Galdós la reviste con todas las virtudes posibles. La misma riqueza psicológica observamos en el retrato del resto de la familia, aunque con resultados bien distintos. En principio es gente tranquila y de bien, pero hay un fuerte contraste entre la bondad, equilibrio y cierto nivel cultural del que hacen gala, y la increíble intransigencia religiosa con que enfrentan la vida.

Los hechos transcurren en Ficóbriga, villa pesquera de la costa cantábrica. En una sólida y acogedora casa vive Gloria con su padre, don Juan, su tía, Serafina de Lantigua y su tío, don Ángel de Lantigua, Obispo, y que será el blanco del anticlericalismo de Galdós al presentarlo como una persona totalmente inconsciente y superficial a la par que bondadoso. Llega a Cardenal.

El centro del argumento se inicia cuando David Norton llega a Ficóbriga como naufrago, ya que el barco en que viajaba ha encallado. El cura, don Silvestre, se convierte en héroe local al salvarlo. En este caso, a Galdós

no le duelen prendas para crear un sacerdote pleno de virtudes humanas. Don Juan acoge en su casa a David que pronto muestra sus encantos. Surge el consiguiente enamoramiento de los jóvenes.

Todo el entorno está en contra de este amor, pero el principal enemigo de éste lo constituye los principios en que ha sido educada Gloria. Estos afloran sobre todo desde que se entera de que David es judío, lo cual le produce una profunda crisis que le llevará a debatirse dolorosísimamente entre sus sentimientos amorosos y los principios que le han inculcado. Galdós pone un interés especial al elaborar este proceso psicológico que se muestra como insalvable por el hecho de que ambos enamorados son exactamente igual de fanáticos con su religión. Por otra parte, las reacciones, ante el origen de David, de familiares y amigos suena a un cierto folklore o una caricaturización del fanatismo popular, aunque quizá, desgraciadamente, Galdós se limita a beber de la realidad española. Así ocurre cuando las vecinas comentan que, cuando estaban arreglando un paso de Semana Santa, Jesús ha rechazado las flores que ha enviado Gloria, pues el boricua que iba a portar al Salvador en la procesión, les ha dado una coza. En cualquier caso, el rechazo hacia el origen judío de David, constituye el tema vertebral de la novela y de él se desprenderá una serie de sucesos trágicos. El padre, don Juan, muere y en el ambiente queda que la muerte la ha producido el pecado de la hija. Gloria tiene un hijo que la familia le arrebató con los más brutales argumentos. Ella “reconoce” su pecado pero no el hecho de que interfirieran en su maternidad.

David, absolutamente desesperado, abandona Ficóbriga y cuando regresa, Gloria ya ha iniciado su proceso de locura y ya ha perdido el rastro del hijo. Los chismes que los asedian están entre lo demencial y lo absurdo. Un punto culminante del relato es cuando David decide convertirse al cristianismo sólo por no perder a Gloria. La conversión no es sincera, lo cual le crea a David un turbulento problema con su madre, que aparece en escena llena de maldades.

Lo más grave es que Gloria sigue atrapada en el engranaje de sus creencias y prejuicios. Galdós describe acertadamente el embrollo mental de la

joven ante las actitudes de sus mayores que, como queda dicho, oscilan entre el más acendrado de los cariños y la más brutal de las intransigencias religiosas. Con esto llega la tragedia final. Gloria muere después de, enferma, haber escapado de su casa en busca de su hijo y de David. En este sentido, después de un complicadísimo argumento, el final tiene una parte de felicidad ya que Gloria encuentra al niño y al padre. Pero la verdadera tragedia consiste en que la mente de Gloria no consigue racionalizar la actitud de sus mayores y comprender que sólo una intransigencia ridícula y egoísta les lleva a martirizarla de una manera atroz. Tampoco la intransigencia de David, defendiendo su religión como la única verdadera, es despreciable desde el punto de vista de nuestro análisis.

DOÑA PERFECTA (1876)

En *Doña Perfecta* vamos a encontrar más de lo mismo, sin que ello suponga restar importancia a una de las grandes novelas de don Benito como es ésta. De hecho fue la más leída, la más editada y la más elogiada. Los hechos ocurren en Orbajosa, ciudad con Obispo, Cabildo, Seminario, varias Iglesias...y donde “se producen los mejores ajos de toda España”²⁸¹. Y otra vez encontramos la intransigencia religiosa como la verdadera protagonista. Los hechos ocurren en el seno de una familia regida por dos personajes emblemáticos: El canónigo don Inocencio, llamado así gracias al gusto de Galdós por los apelativos plenos de significado, ya que el tal don Inocencio es la imagen misma de la doblez, la hipocresía, el cinismo... y también un cierto grado de cultura que da al personaje envidia y fundamento. Y doña Perfecta, otro nombre irónico a la par que significativo, ya que esta mujer representa los vicios y “pecados” más despreciados por Galdós. La retrata como mujer de cierta belleza física, pero afeada, tanto por su desprecio a modas y afectes, como por “su expresión de dureza y sober-

281. PEREZ GALDÓS, Benito. *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, Tomo I, 1970, p. 428.

bia". En cuanto a sus "virtudes" resalta "su maestría en dominar el lenguaje que mejor cuadraba a cada oreja."²⁸² Pero sobre todo es la encarnación del fanatismo religioso, de la doblez humana y de la crueldad. Con estas características, doña Perfecta es la encargada de sembrar la tragedia en el seno de la familia. No duda en perpetrar la muerte de Pepe Rey, sobrino suyo, prometido de su hija Rosario y ambos profundamente enamorados.

Pepe rey, por el contrario, se nos presenta como un joven atractivo sobre todo por sus virtudes: abierto, sincero, bondadoso, progresista... Rápidamente se gana un verdadero odio por parte de doña Perfecta, que lo perseguirá con una una saña y unos métodos de verdadero culebrón de nuestros días. En la persecución del joven, se alían , en total acuerdo, don Inicencio el canónigo y otros familiares. Don Inocencio desempeña un papel que oscila entre el atraso mental y la estulticia más despreciable al servicio de las maniobras de doña Perfecta. En una escena, en que don Inocencio intenta acusar a Pepe Rey de un comportamiento condenable, pero lo hace con tonos irónicos, falsas comprensiones y burdas suavidades, el novelista escribe: "Pepe Rey no sabía lo que le mortificaba más: si la severidad de su tía o las hipócritas condescendencias del Canónigo"²⁸³

No obstante, para mejor calibrar el ambiente en que se mueven estos personajes, podemos traer a colación el comentario que el mismo Canónigo hace un poco más adelante, a lo largo de la misma conversación con Pepe Rey: -" Y esta mañana...no puedes imaginarte cómo me pusieron la cabeza ...que si habías venido a derribar la Catedral, que si eras comisionado por los protestantes ingleses para ir predicando la herejía por España, que pasabas la noche entera jugando en el Casino, que salías borracho..."²⁸⁴.

Rosario es quizá el personaje femenino galdosiano que mejor representa la imposibilidad de rebelarse contra el orden patriarcal...si es que se puede llamar así a la sociedad de Orbajosa, que con tintes tan degradados describe Pérez Galdós. Tanto que parece que ni siquiera al orden patriarcal

282. *Ibid.* p. 525.

283. *Ibid.* p. 457.

284. *Ibid.* p. 458.

llegan. En cualquier caso, ése es el marco en que sucumbe el hermoso amor entre Rey y Rosario, a pesar de que en momentos trágicos Rosario le hace frente a su madre con energía:

“-¿Ese hombre te ha escrito?

- sí

- ¿y tú?

- Yo también le escribí. ¡Oh, señora! ¿Por qué me mira Vd. así? Vd. no es mi madre

- Ojalá no. Me matas, me matas sin remedio...

- Es mi esposo...Yo seré suya, protegida por la ley”²⁸⁵.

Esta escena es larga y tensa pero termina de la peor manera: Rosario arrodillada ante su madre pidiendo perdón y desmayándose. Doña Perfecta, sin hacerle caso, va hacia al jardín. Alguien advierte que ve un bulto correr. Se oye la voz de doña Perfecta:”¡Cristóbal, Cristóbal ...mátale! Oyóse un tiro. Después otro”²⁸⁶.

Gloria, la protagonista de la otra novela arriba comentada, también sufrirá importantes dudas y contradicciones a la hora de oponerse a su entorno familiar para defender su amor hacia David Norton y más tarde, a su hijo. Le pesan y mucho los principios y prejuicios en que ha sido educada, al igual que a Rosario. El relato de su lucha interna sobrecoge el ánimo del lector. La veremos flaquear y retroceder, pero al final retoma las riendas de su vida. Hemos visto a Gloria morir feliz, en brazos de David y contemplando al pequeño dulcemente dormido. El caso de Rosario, si cabe es más trágico, ya que, como acabamos de oír, es su propia madre la que “decreta” la muerte de su amor. Pero en ambas novelas lo que queda claro es que el fanatismo es una garantía de tragedia y desgracia y que las mujeres eran las víctimas más propicias aunque estuvieran, en principio, rodeadas de cariño y bienestar.

285. *Ibid.* p. 507.

286. *Ibid.* p. 508.

LA DESHEREDADA (1881)

En el transcurso de sus novelas posteriores, se puede observar cómo Galdós mantiene el interés por la realidad que tienen que vivir las mujeres, pero va afinando sus puntos de vista. Por un lado, abandona aquella España rural y nos introduce en el mundo urbano, donde también vamos a encontrar un orden patriarcal, pero con colores y sabores diferentes. Galdós nos lleva a visitar todas las clases sociales presentes en la gran ciudad, sin ahorrarnos nada de la miseria material y moral de los de abajo y de los de arriba. Aparecen las clases sociales y ninguna se escapa de los vicios nacionales. Y, por lo que a la realidad femenina se refiere, la gran diferencia estriba en que, junto a ella, aparece un mundo masculino que pasa a ser objetivo fundamental para los análisis de nuestro novelista. Si en las novelas anteriores a 1880, encontraba una causa de opresión en las creencias religiosas llamativamente alejadas de los principios evangélicos de comprensión y humanidad, en las novelas posteriores, aparecerán personajes masculinos que, al margen de sus respectivas ideologías, mantendrán posturas que podemos llamar abiertamente machistas. Don Benito, cada vez más sensibilizado por la problemática femenina, parece que desplaza su punto de mira hacia otros objetivos. Ahora aboga, a través de sus protagonistas, por la educación y formación de las mujeres como base de su independencia económica y moral, y por un matrimonio libre e igualitario. Pero también retrata, con minuciosidad, el comportamiento de estos hombres que desempeñan el papel de opresores y explotadores. La figura del *donjuan* denominado así por el autor, aparece bajo formas muy diversas pero cada cual más degenerado y despreciable.

En esta nueva etapa de las novelas de Galdós, *La Desheredada*, es la figura emblemática. La protagonista -Isidora Rufete - se nos presenta como una persona inteligente, imaginativa, ambiciosa...amante de la vida y de sus cosas buenas como el lujo, al que piensa que tiene derecho ya que se cree hija de la marquesa de Aransis. Pero la realidad es durísima. Depende

de una exigua paga que le pasa un tío canónigo. Sus ansias de riqueza y buena vida sólo le llevan a ser la amante de diversos hombres y, mientras sueña con hacer valer sus derechos a la aristocrática herencia, tiene un hijo hidrocéfalo con el marqués viudo de Saldeoro, que pronto la abandonará. El pasado de Isidora es confuso pero se adivina que su marginación fue provocada por los prejuicios sociales de los marqueses. Se entreve que la madre de Isidora muere casi niña, después de haber ofendido gravemente a sus padres por un comportamiento contrario a la moral al uso y haber dejado, como fruto de su pecado, a la protagonista que conocemos deambulando por los ambientes sórdidos madrileños. También aparece su hermano, un golfo de mala calaña, al que Isidoro no consigue imbuir de su condición de heredero. Tampoco ella consigue hacer valer su auténtico origen, a pesar de poner empeño y sagacidad. La degradación y el fracaso de Isidora llega a ser total y el final, dramático. La joven se suicida, vencida por una sociedad que le ha negado todo. Hasta su derecho a ser una persona sensata que es a lo que estaba abocada por su carácter.

Entre los hombres que la rodean sobresale don José Relimpio, que hace el papel del donjuán más decrepito y patético que imaginarse puede. La familia Relimpio -matrimonio, dos hijas y un hijo- viven tan pobremente que tienen que alquilar una habitación para poder pagar el alquiler. Esa habitación, en un momento dado, la ocupa Isidora. Don José, irresponsable, baboso y rijoso donde los haya, pasa a ser el eterno acompañante de la joven, sin que ni una, ni otro, se exijan nada. Don José, que ni como padre ni esposo asume la menor responsabilidad, no hace más que cumplir con la norma de toda su vida, tal y como la describe Galdós: "... casado y viejo, no veía mujer bonita en la calle sin que la siguiera y aun se propasase a decirle alguna palabreja...y todo se volvía almibar, hablando de pies pequeños, de tal pantorrilla hermosa vista al subir de un coche...Las aventuras no pasaban generalmente de aquí"²⁸⁷.

En el entorno de Isidora, encontramos otro caballero que encarna a la perfección la prevención que le merece este género de caballeros a nues-

287. PEREZ GALDÓS, Benito. *La desheredada*. Madrid, Alianza, 1967, p. 126.

tro novelista. Se trata de Miquis, un joven médico al que Galdós augura un brillante porvenir, pero al que no duda en retratar como un perfecto cretino. Así queda patente en el diálogo que Miquis mantiene con la protagonista. El joven doctor ya había mostrado su admiración por los encantos de la muchacha, y ésta le había manifestado sus profundas ansias de instruirse. La reacción del prometedor médico no puede ser más acertada para demostrar la mala voluntad y la sordidez de una mente misógina:

“- ¿Qué son mamíferos? - preguntó Isidora, firme en su propósito de instruirse.

- Mamíferos son coles. Vidita, no te me hagas la sabia. El mayor encanto de la mujer es la ignorancia...

.....
-Yo no quiero ser sabia, vamos, sino saber lo preciso, lo que saben todas las personas de la buena sociedad, un poquito, una idea de todo...”²⁸⁸

Lógicamente, la mente de Isidora, que repetidamente se nos muestra como una persona con buenas cualidades, se resiente de tanto ataque a su integridad moral, amargada además por el convencimiento íntimo de pertenecer a una gran familia y su incapacidad para demostrarlo. En un momento dado, el narrador explica: “...tocaba a Isidora explicar sus pretensiones ¡Pero le era tan difícil hacerlo! ...sus ideales eran confusos y su posición particular, su delicadeza no le permitía hablar mucho de ellos...”²⁸⁹.

A esta atribulada Isidora acecha otro galán, también en males de donjuanismo y que, ya quedó dicho, es el padre de su hijo. Nada tiene que ver este donjuan con Rufete:

“Era su figura y rostro de lo más apuesto, hermoso y noble que se pudiera imaginar. ...a tales perfecciones se añadían un aire de franqueza, una

288. *Ibid.* p. 69.

289. *Ibid.* p. 74.

agraciada despreocupación...una languidez moral muy simpática a ciertas personas...y hablemos ahora del defecto de Joaquín Pez...era la debilidad, deplorable incuria para defenderse del mal, dejadez de ánimo y ausencia completa de vigor moral...este vicio del alma había de tener por expresión sintomática el desenfreno de las pasiones amorosas.”²⁹⁰

En efecto, este marqués viudo de Saldeoro se comportará con Isidora tal y como había previsto su creador al dotarlo de tales prendas. Acosador, encantador o inconstante, según los momentos, acabará por propiciar el suicidio de Isidora.

También podemos considerar que un tema central de esta novela son los prejuicios sociales y el temor al “qué dirán”, que fueron los móviles para el cruel comportamiento de la marquesa de Aransis con su hija, la presunta madre de Isidora:

“El descubrimiento de liviandades que pronto se hicieron públicas, puso a la señora a punto de morir de indignación y vergüenza ¡Qué bien recordaba ésto y cómo se renovaban sus iras con las memorias, enardeciéndole la sangre! Ella entonces encerró a su hija, con todo el rigor que la palabra indica.”²⁹¹

Aquí tenemos el motivo por el que Isidora es una pobre muchacha solitaria y condenada a todas las desgracias que una sociedad sin principios válidos puede deparar a una joven. Las terribles consecuencias de estos comportamientos, tan obscenos como innecesarios, fueron cantera para el novelista canario. En el caso de *La Desheredada*, Galdós hasta se aventura a pergeñar una moraleja. Al final de la novela, cuando ya es evidente que Isidora no va a alcanzar ninguna de las metas que se había propuesto, Don José Relimpio, el que ha ejercido de amante, padre y varias cosas más, nos anuncia así el suicidio de la protagonista: “Ha caído en vuestro cieno por

290. *Ibid.* p. 179.

291. *Ibid.* p. 150.

la temeridad de querer remontarse a las alturas con alas postizas” .Y en la última página, concluye la moraleja: “Si sentís anhelos de llegar a una difícil y escabrosa altura, no os fiéis de las alas postizas.”²⁹²

TERCERA ÉPOCA. LA CONCIENCIACIÓN FEMINISTA
TRISTANA (1892)

Pero si podemos poner a don Benito el epíteto de feminista de lujo, se debe, en buena parte, a ser el autor de *Tristana.*, novela escrita en 1892, o sea, en plena madurez del novelista - cuando tenía cuarenta y nueve años - y significa un apreciable esfuerzo por acercarse, aún con más vigor, a la realidad de las mujeres y apoyar reivindicaciones concretas.

El argumento es el siguiente: Don Juan López Garrido -que será llamado don Lope- se ha arruinado ayudando a un amigo que había muerto joven y al poco tiempo también fallece la esposa. Queda huérfana la única hija -Tristana- que pasa a depender totalmente de don Lope. Éste la convierte en su hija, su amante y su esclava. Muestra este caballero una personalidad que encierra generosidades y roñoserías, caballerías y despotismos. Tristana vive la situación con perspicaz inteligencia y conmovedora dignidad. Con el tiempo, se enamora de un joven pintor, Horacio, que aunque carece de la finura intelectual y espiritual de Tristana, constituyen una pareja alegre y ocurrente. En muchas ocasiones, esta relación es calcada de la que vivieron doña Emilia Pardo Bazán y don Benito, al menos tal como se refleja en el epistolario que cruzaron y que está editado por Carmen Bravo Villasante²⁹³.

Horacio tiene que acompañar a una tía a Villajoyosa y aunque los amantes se separan con gran dolor, él pronto se acomoda a aquella hermosa tierra levantina -especie de paraíso terrenal, antes de la especulación turís-

292. *Ibid.* p. 481-3.

293. BRAVO VILLASANTE, Carmen. *Cartas a Benito Pérez Galdós (1889-1890)* Epistolario de Emilia Pardo Bazán y Pérez Galdós., Madrid, Turner, 1975.

tica- y comienza el distanciamiento de la pareja, cuyo amor terminará en rotundo fracaso. Mientras tanto, a ella se le descubre un tumor en la rodilla, que se va agravando hasta hacer necesaria la amputación de la pierna. Con este inesperado y serio descalabro, comienza para Tristana una nueva vida, nada fácil pero que ella soporta con gran entereza. Don Lope sigue comportándose dentro de su juego de generosidades y egoísmos. Retorna Horacio y, aunque consiguen tener momentos de auténtica comunicación -llega a darle clases de pintura- nada entre ellos es recuperable. Tristana se disciplina para aprender música pero lo que realmente centra su vida es un arrebató místico y acaba entregada a una profunda religiosidad.

Al final comieron perdices, pues don Lope y Tristana se casan para poder heredar los bienes de unas tías que ponen el matrimonio como condición. Don Lope accede al enlace, en un gesto de apreciable grandiosidad, pensando en el bienestar de Tristana.

Para el sentido profundo de la novela, tiene importancia la criada de don Lope -Saturna- que será la confidente y amiga de Tristana. En sus conversaciones, largas y sinceras, analizan sus respectivas realidades que, por ser mujeres, resultan ser las mismas. Las dos se sienten asfixiadas por su situación de dependencia. No pueden aspirar a un trabajo que le garantice la autonomía, ya que no tienen preparación para ello. “No ceso de echar pestes, dice Tristana contra los que no supieron enseñarme un arte, siquiera un oficio, porque si me hubieran puesto a ribetear zapatos, a estas horas será yo una buena oficiala”²⁹⁴.

Cualquier trabajo les parece bueno con tal de tener una posibilidad para escapar de la sujeción al hombre, en cualquiera de las formas que esta sujeción tomaba en el siglo XIX.

“Si tuviéramos oficios y carreras, como los tienen esos bergantes de hombres, anda con Dios. Pero, fíjese, sólo tres carreras pueden seguir las que visten faldas: a casarse...o el teatro... o no quiero nombrar lo otro... -Tristana sigue el razonamiento: “Si nos hicieran médicas, abogadas, ya que no

294. PÉREZ GALDÓS, Benito, *Tristana*. Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1969, p. 99.

ministras y senadoras...pero cosiendo, cosiendo...Calcula las puntadas que hay que dar para mantener una casa...Cuando pienso lo que será de mi, me dan ganas de llorar...Yo quiero vivir, ver mundo, y enterarme de por qué y para qué nos han traído a esta tierra...”

Para las dos existe una palabra mágica pero que de sobra saben que nada tiene que ver con ellas: Libertad. Ni con ellas, ni con ninguna mujer de aquella sociedad, porque el único camino trazado era el del matrimonio y no se llaman a engaño sobre lo que esa institución significaba. El mismo don Lope se lo ha explicado a Tristana: “...eso de encadenarse a otra persona por toda la vida es invención del diablo”²⁹⁵.

Aún en medio de la euforia de amor hacia Horacio, la protagonista no olvida su sueño: “Yo te quiero y te querré siempre pero deseo ser libre. Por eso deseo un medio de vivir; cosa difícil, ¿Verdad?” Horacio, confuso ante la complejidad del tema, pronuncia una frase que a mi me parece significativa para entender la postura de Galdós:

“Eres una mujer excepcional...Tú encontrarás la fórmula, tú resolverás quizá el problema endiablado de la mujer libre...” “Y honrada, se entiende -responde Tristana- hace tiempo, mucho tiempo, que sueño con esa libertad honrada; y desde que te quiero... veo muy claro eso de la honradez libre...”²⁹⁶

Otro momento en el que Galdós muestra su capacidad para ahondar en la problemática femenina, es cuando hace surgir entre la pareja Tristana/Horacio la cuestión de la custodia de los hijos. Este tema no surgió, en el movimiento feminista, con toda su virulencia, hasta que las mujeres, masivamente, se incorporaron al trabajo remunerado o cuando los divorcios han pasado a ser un quehacer de cada día. Es entonces cuando la tutela de los hijos se ha planteado como tema complejo. Sin embargo, nuestro novelista prevé el problema:

295. *Ibid.* pp.34-35.

296. *Ibid.* pp. 98-99.

Horacio quiere tener hijos. Tristana no, pero su negativa se debe a lo que fue una realidad terrible de su época, la elevadísima mortalidad infantil. Sobre todo durante el primer año de vida, el desconocimiento de los mecanismos de las infecciones, la falta de higiene, la inexistencia de antibióticos y un largo etcétera, provocaba una mortalidad como para disuadir a cualquiera del deseo de tener hijos. Horacio le rebate la idea, asegurándole que su hijo vivirá. El problema está “en dónde vivirá”, ya que Tristana le ha expresado su deseo de tener hogares independientes. De ahí el tono irónico de Horacio:

“... puesto que hemos de vivir separados... independiente yo, libre y honrada tú, cada cual en su hogar honradísimo y “librísimo... digo, libérrimo, ¿en cuál de los hogares vivirá el angelito? Tristana se quedó absorta... No se esperaba la temida proposición y al pronto no encontró manera de resolverla. De súbito echóse a reír:

- vamos, pues conmigo, conmigo... porque... tuyo sí: pero es más mío que tuyo... porque la naturaleza de mí propia lo arranca. Lo tuyo es indudable, pero no consta tanto... La naturaleza me da más derechos que a ti.”²⁹⁷

Pero el tema que Galdós, a través de su personaje, expone con mayor contundencia, es el que atiende a la autonomía de la mujer. Ya hemos visto que Saturna y Tristana quieren la independencia económica, que no confían en el matrimonio porque las deja a merced de un hombre. Pero Tristana aún encontrará una fórmula que resuma mejor sus deseos: “Quiero, para expresarlo a mi manera, estar casada conmigo misma, y ser mi propia cabeza de familia”.

Dudo que alguna feminista radical se atreviera a fórmula tan extrema, ni siquiera en el resurgir de la lucha en el siglo XX, donde todo feminismo radical tuvo su asiento. Y, para despedida, otro parrafito de Tristana, contenido en la correspondencia que mantiene con Horacio, antes de caer enferma: “Protesto, me da la gana de protestar contra los hombres, que se

297. *Ibid.* p. 107.

han cogido todo el mundo por suyo, y no nos han dejado a nosotras más que las veredas estrechitas por donde ellos no saben andar”²⁹⁸.

A través de estos textos se evidencia que Galdós había reflexionado seriamente sobre la situación de las mujeres de su época. Se acerca a esta problemática con realismo y sensibilidad, captando los aspectos fundamentales.

CRÍTICAS A TRISTANA

Viendo así las cosas, me sorprende la actitud de Marina Mayoral, profesora de la Universidad Complutense de Madrid, que en la revista *INSULA*²⁹⁹, se pregunta si Galdós participaba de los prejuicios de su tiempo en contra de las mujeres intelectuales. Como es evidente que doña Marina es conocedora de la obra de don Benito, la pregunta me parece, cuando menos, ociosa. Aunque sea como recurso literario. Pero aún me parece más desacertado la afirmación que esta profesora formula sobre el autor de *Tristana* “del feminismo, de la lucha de las mujeres de su tiempo por la emancipación, le interesa sobre todo el germen de fracaso y tragedia que encierra...Lo que Galdós viene a decirnos a lo largo de su obra es que la inteligencia no contribuye a la felicidad de las mujeres”.

El desacierto me parece total por más de un motivo. Por una parte, lo que prueba que Galdós tenía una idea acertada sobre la lucha emancipatoria, es precisamente su convencimiento sobre las dificultades de toda índole que las mujeres iban a encontrar en este camino. Por otra parte, no he visto que Galdós plantee este asunto en términos de felicidad. Pero sí he observado que nuestro novelista no se llama a engaño sobre la amarga suerte de la inmensa mayoría de mujeres sumisas, en aquella sociedad patriarcal. De sobra debía saber que el rompe y rasga de doña Emilia era patrimonio de poquísimas.

298. *Ibid.* p. 131.

299. MAYORAL, Marina. La mujer ideal de Galdós. *Insula* N° 561 (septiembre de 1993), pp. 7-9.

Pero el dislate más grave de Mayoral es hablar del “gérmen de fracaso y tragedia que encierra la lucha de las mujeres”. No deja claro la autora qué alcance da a semejante afirmación -quizá sólo lo apunta como opinión de don Benito, cosa palpablemente falsa- pero me parece oportuno recordar que esta lucha social ha sido la de mayor éxito entre las que han tenido lugar en los siglos XIX y XX.

Bastante más interesante resulta la crítica que doña Emilia Pardo Bazán hace a *Tristana*. A juicio de esta escritora, el asunto que se plantea en esta novela es nuevo e interesante. Se trata de novelar “la conciencia de una mujer sublevada contra un a sociedad que la condena a perpetua infamia y no le abre ningún camino honroso para ganarse la vida, salir del poder del decrepito galán y no ver en el concubinato su única protección”³⁰⁰.

Esta idea, que encierra una gran fuerza drámatica, podría haber sido desarrollada por Galdós con toda maestría. Sin embargo, en opinión de la escritora gallega no ocurre así. Cree que, hasta que empieza el episodio de los amores con Horacio, se dan todas las circunstancias para escribir un gran drama. Tristana se va llenando de horror y odio ante su situación de concubina, a la vez que su cabeza es una fábrica de nuevas ideas, clarificadoras y motivadoras. Recordemos las citas de más arriba. Siempre según doña Emilia, el lector llega a creer que “va a presenciar un drama trascendental; que va a asistir al proceso liberador y redentor de una alma que representa a millares de almas oprimidas por el mismo horrible peso”. Pero cuando aparece Horacio y el enamoramiento de Tristana, la tragedia se diluye hasta llegar a suprimirse. A ello contribuye poderosamente la inesperada actitud de don Lope que se convierte en un hombre “contemporizador y escéptico que tolera lo que no puede evitar...creíamos que iba a presentarnos Galdós el terrible conflicto del hombre antiguo y el ideal nuevo...y sólo encontramos un viejo condescendiente ...una niña encandilada por un hombre bastante vulgar y una historia inexpresiva que se

300. PARDO BAZÁN, Emilia. La mujer española y otros escritos. Madrid, Cátedra, 1999, p.180.

desenlaza por medio de un suceso advenedizo³⁰¹. Pardo Bazán se refiere al tumor de Tristana que da un giro inesperado al relato.

Éste es el riguroso juicio de doña Emilia ante la novela feminista de su amigo. Creo que es agudo y exacto. El autor de *Fortunata y Jacinta*, por esta vez, se limitó a escribir unas páginas que tienen más de pamfletito que de novela y Bazán se lo reprocha. Pero para el propósito de mi análisis el enfoque es diferente. No estamos juzgando el arte novelístico de *Tristana* sino la corrección de sus planteamientos ante la discriminación de las mujeres. Quizá lo que podíamos criticarle a doña Emilia es que exija a Galdós llevar hasta el final el drama de la pobre Tristana, que se encontraba atrapada por la mortífera red de la sociedad patriarcal, agravada en su caso por la orfandad y la pobreza. A mi entender, bastante hace Galdós con levantar, con esos mimbres, un personaje creíble, que podemos calificar de normal y además con la suficiente inteligencia y valentía como para analizar acertadamente su situación.

Si después del enamoramiento y fiasco de Horacio, Galdós hubiera decidido que Tristana, en lugar de enfermar, emprendiera el camino de su liberación, que parece que es lo que le exige doña Emilia, ello supondría, por parte de Tristana, independizarse de don Lope, encontrar un trabajo al menos medianamente remunerado, disponer de un techo que pudiéramos llamar “decente”...y todo eso, sin más apoyo económico y moral que su fuerza, su coherencia, su coraje.

Me parece que, para que Tristana hubiera podido realizar algo de esto, tendría que haber tenido un soporte social, del tipo de organizaciones de mujeres concienciadas o de servicios sociales, que prestaran cobijo en circunstancias como la de nuestra heroína, pero que, en aquel Madrid, eran inexistentes. Cualquiera otra opción individual hubiera sido, o una tragedia prostibularia sin más horizonte que la degradación, o un falseamiento con ribetes de ridículo. Por vueltas que le doy, no veo ninguna salida para una mujer en las circunstancias de Tristana -sola y pobre como datos determinantes- aunque sea cierto que en 1892, año en que se escribió la novela,

301. *Ibid.* p.182.

decenas de mujeres, en otros países, habían salido del cascarón y estaban luchando por sus derechos. Quizá en esos países Tristana hubiera podido tener algún soporte, pero en España fue diferente.

LA LUCHA DE LAS MUJERES EN EL SIGLO XIX

Si, a lo largo de la historia, siempre ha habido individualidades femeninas que abogaron por sus derechos, fue en torno a la revolución francesa cuando emergieron los primeros conatos de mujeres organizadas. Pero fue una inglesa -Mary Wollstonecraft- la que en 1790 redactó un documento que se ha considerado como el punto de arranque de la lucha feminista. En esta *“Defensa de los derechos de la mujer”* se ataca con igual firmeza a las mujeres burguesas y su vida indolente, como a intelectuales varones destacados por su misoginia, cual es el caso de Rousseau. Lo importante fue que en aquella Inglaterra, en pleno desarrollo de su inmenso potencial económico y político, la cuestión femenina quedó sobre el tapete y, tanto a nivel de Parlamento como a nivel de calle, fraguó una lucha de gran entidad social. A ello contribuyó el apoyo de eminentes políticos como Glandstone y Disraelí. La figura más esclarecida fue J. Stuart Mill que en 1869 publicó *“On the subjection of women”* que ha sido considerado como el más profundo discurso sobre el derecho de los individuos. Para Mill una meta prioritaria era la transformación del matrimonio y el derecho a la tutela de los hijos. Una característica del movimiento feminista en Inglaterra fue que contó con la participación de mujeres adineradas que reclamaban el derecho a administrar sus bienes y que imprimieron un peso singular a la lucha.

Pero la reivindicación que emergió con más fuerza fue el derecho al voto. El sufragismo pasó a ser el buque insignia y el símbolo de los derechos de las mujeres. Después de un tiempo de peticiones, declaraciones y recogidas de firmas, en efecto, la lucha salió a la calle y fue entonces cuando las sufragistas conocieron la verdadera dureza del combate, de tal

forma que también ellas respondieron, en ocasiones, con actos de gran virulencia. Una novedad fue que aquellas luchadoras fueron sometidas a desprecios y humillaciones como en ninguna otra batalla reivindicativa ha ocurrido. Tanto que aun hoy su lucha se puede envolver en el humo del ridículo. Pero lo cierto es que aquellas mujeres supieron resistir y las sufragistas inglesas fueron un ejemplo para todas las que tenían oídos para captar el mensaje.

Sin embargo, fue en los Estados Unidos de Norteamérica, otro país en plena expansión, donde se dieron las primeras batallas. En 1780 Judith Sargent Murray publicó unos escritos pidiendo igual educación para ambos sexos. En 1828 Francés Wriht insistió en este tema pero mediante una alocución verbal. Fue un gran escándalo porque las mujeres tenían prohibido hablar en público. Otro hito lo protagonizó Prudence Candall al admitir una niña negra en su escuela; cuando admitió a dieciseis más, fue encarcelada. Así podíamos citar un rosario de hechos, algunos heroicos. Cabe resaltar que las feministas lograron su conciencia al sumarse a la lucha abolicionista, pues en esta práctica pudieron constatar que no sólo los negros eran discriminados. Por ejemplo aprendieron que ellas tenían prohibido hablar en público.

También en EEUU las reivindicaciones se fueron encaminando hacia el derecho al voto. Se crearon potentes asociaciones con diferentes puntos de vista ante el sufragio y las activistas fueron delimitando su espacio político.

Cuando en 1917 en Inglaterra y 1920 en los EEUU se consiguió el voto para la mujer, evidentemente se había conseguido una importante arma política, pero, sobre todo, se había demostrado que las mujeres habían sufrido una marginación, subordinación y explotación tan secular como insufrible, pero que eran capaces de organizarse, planificar batallas y ganar guerras.

Volviendo a Galdós ¿Qué le había llegado de todo este barullo, siendo como era, un intelectual informado, atento a la realidad y con criterio digamos social? Observemos que los hechos más importantes de la lucha

feminista tuvieron lugar en la época de madurez de nuestro novelista y que su relación con mujeres inteligentes y cultas como Emilia Pardo Bazán y Teodosia Gandarias³⁰² le llevaron a tener que afrontar, de forma muy personal, este tema. Por ejemplo, se ha demostrado que la figura de Teodosia inspira al personaje de Cintia-Pascuala en la novela *El caballero encantado* publicada en 1909. Y también, en la correspondencia con Pardo Bazán hay testimonios del tema. Curiosamente, Carmen Bravo -Villasante, en el prólogo de la correspondencia entre esta escritora y Galdós, relata que, ante los insultos que los colegas de éste infligieron a la escritora gallega -léase Clarín, M. Pelayo, Palacio Valdés, Valera, Pereda...- don Benito guardó silencio. Según Villasante, así demostraba su desacuerdo. Lo malo es que a Villasante le podemos oponer aquello de “quien calla, otorga”. Pero creo que el feminismo de don Benito está fuera de discusión. Contradicciones las tenemos todos.

302. MAYORAL, Marina. *Op.cit.* p. 9.

9. SIGLO XX: MISÓGINOS, CÍNICOS Y BENEVOLENTES

EN TROPEL

INTRODUCCIÓN

Entendidos en el tema dicen que, cuando un movimiento reivindicativo aparece, es por que el cambio que piden ya está ahí. Digo esto refiriéndome al movimiento feminista que, con altos y bajos, hace dos siglos que está presente en el tapete social atestiguando que en la sociedad patriarcal las cosas han cambiado o están en tren de hacerlo. Hechos indiscutibles como la revolución industrial o los avances científicos, han situado a las mujeres en un lugar diferente. El sólo hecho de los modernos métodos anticonceptivos, ha variado la sujeción de éstas a las tareas reproductivas, lo cual ya supone una revolución. Además el movimiento feminista ha estado ahí poniendo nombre, voz y palabra a la nueva situación. Por eso expresiones como *igualdad*, *derechos*, *revolución sexual*, *igualdad de oportunidades*, han pasado a ser parte del lenguaje habitual.

Hemos visto que, desde La Ilustración, intelectuales como el Padre Feijoo o Pérez Galdós participaron de la Buena Nueva. Cierta también que la mayoría de sus congéneres no estuvieron en esta línea. Ínclitos, afamados y sapientísimos varones una y otra vez manifestaron su rechazo hacia las mujeres que se habían “colado” en el terreno masculino. Doña Emilia Pardo Bazán fue la intrusa a batir. Así no nos sorprende que, cuando nos acerquemos a intelectuales del siglo XX, encontremos más de lo mismo ¿Qué ha pasado?

El final de la sociedad patriarcal también ha provocado un cambio de identidad en el hombre. Un ilustrado ha denominado esta situación *el varón menguante*. Una feminista, *el varón domado*. En cualquier caso, los hombres, al igual que las mujeres, tienen que afrontar una nueva situación, pero con dos salvedades. Las mujeres hemos ido, de menos a más.

Los hombres a la inversa. Y además ellos no han tenido un Movimiento asociado a su nueva situación. No se han puesto nombres a los cambios que han tenido que asimilar. Un estudioso del tema -Joseph Vicent Marqués- describe la situación: “Nunca estuvo claro lo que era el varón porque lo era casi todo: Dios y el Diablo, el violador y el salvador, el chulo y el que se arruinaba por ella, el sabio y el guerrero, el agresivo y el pacificador. En cualquier caso, todo lo masculino era lo importante. El varón se encuentra ahora compartidas con las mujeres lo que antes fueron sus señas de identidad.”³⁰³

Estoy de acuerdo con Marqués que, a pesar de lo dicho, lo más problemático de la situación es que la mayoría de los hombres están convencidos de que las novedades dependen de su aquiescencia, y no de un proceso socioeconómico y, en menor grado, de la lucha de las mujeres.

Creo que esta es la disyuntiva en que se encuentran los escritores que a continuación voy a comentar. No voy a pasar por alto ni las incoherencias, ni las rabietas, ni las groserías. Pero honradamente creo que la mayoría de ellos no tuvieron tiempo u olfato para calibrar el amplio campo que se les abría de libertad. En este aspecto, Camilo José Cela y Francisco Umbral, precisamente los últimos de la lista, son los que más desafortunadamente se columpiaron en la cuerda floja del chiste fácil y la chulería estúpida.

MANUEL AZAÑA. LOS CONFLICTOS DE UN PRESIDENTE

Para presentar el personaje “Azaña” lo primero que hay que aceptar es que se trata de una figura profundamente controvertida y polifacética. Como personaje histórico queda definido por el papel que desempeñó en la II República Española, no sólo por haber sido Ministro de la Guerra, Jefe de Gobierno y Presidente de la misma, sino por lo que comenta el historiador

303. MARQUÉS, Joseph Vicent. “El varon menguante”. *El País* (5 de mayo de 1988), Temas de nuestra época, p. 4.

G. Brenan: “La Republique, c’est moi” era el estribillo de la mayoría de sus discursos”³⁰⁴.

Como figura paradójica, quizá sirva como ilustración el hecho de que un político conservador que fue Presidente del Gobierno Español, don José María Aznar, presumía de tener las memorias de Azaña como libro de cabecera. Y como prueba de su prestigio –más o menos pasajero, según los casos– debemos constatar que decenas de españoles de un cierto nivel cultural y que nos tocó vivir la posguerra, tuvimos que buscar por nuestra cuenta el posicionamiento mental entre el aun cercano desastre del enfrentamiento fratricida y la palpable represión franquista. En esta tesitura nos sentimos arrastrados por la brillantez de la pluma de don Manuel, la mordacidad de su oratoria y el cálido acento de sus alocuciones en los momentos críticos ¿Cómo olvidar aquella triple súplica *paz, piedad, perdón*, pronunciada en los tensos días del principio de la contienda y luego leída por cada uno de nosotros con trémula emoción? Escribió el historiador Ramos Oliveira que Azaña “nació para la literatura y la conversación y acaso también para la política de una nación más equilibrada”³⁰⁵ pero el mismo historiador nos llama la atención sobre algo más importante o insólito. Azaña, que había definido el Estado como “la entidad moral delante de la cual tenemos que ir a afrontar nuestro trabajo” (Discurso en Valladolid, 4 nov. 1932) concibió “una república fundada, no sobre ésta o aquella clase, sino sobre una idea moral común a todos”³⁰⁶. Sin embargo, la historiografía actual juzga duramente a Azaña precisamente por la falta de ética. Actitudes golpistas, intolerancia ante triunfo de la derecha y un rosario de acusaciones antidemocráticas se agolpan en análisis históricos de nuevo cuño.

No obstante, las mujeres podemos mantener nuestros motivos de encandilamiento. Fue bajo el régimen tutelado por don Manuel, cuando se

304. BRENAN, Gerald. *El Laberinto español*. Paris, Ruedo Ibérico, 1962 p.182.

305. RAMOS OLIVEIRA, Antonio. *Historia de España*, Méjico, General de Ediciones, 1953, vol. 3, p.78.

306. *Ibid.* p.65.

consiguió la igualdad entre los sexos avalada por la Constitución, una ley de divorcio notablemente progresista para la época y el voto femenino que llegó tras una insólita oposición por parte de esclarecidas feministas. Más adelante veremos los motivos de éstas y la actitud favorable de *nuestro* Presidente. Sin embargo, deducir de ello que nos encontramos ante un *avant la lettre* del feminismo español sería erróneo. Ante Azaña, como ante muchos políticos, cabe distinguir entre sus acciones públicas y sus actitudes privadas. Que de esa disociación se hayan derivado males sociales y disfunciones personales es algo que el Mayo del 68 descorchó sin contemplaciones; a partir de aquella movida, el posicionamiento de progresistas de pro ante las mujeres ha ido imponiéndose como *test* obligado de coherencia. Pero Azaña, perteneciente a otra época, muestra su dicotomía sin alardes ni reticencias.

El espacio que Azaña dedica a la cuestión femenina en su obra escrita es mínimo, aunque, al menos en su forma, contundente. Su disertación más importante se encuentra en *La velada en Benicarló*, obra que, lejos de ser el diálogo que se nos promete en su introducción, resulta ser un monólogo donde las ideas de Azaña se cruzan y entrecruzan, constituyendo su testamento político. Y cuando desde este documento se analizan las causas de la guerra civil, una inesperada aseveración surge desde el pensamiento del insigne político: *las mujeres fuimos la causa de la guerra civil*. Así como lo leen. El razonamiento que llevó a Azaña a tan bizarra, conclusión es lineal y su comprensión está al alcance de cualquiera: las mujeres se desquitan de su opresión secular imponiendo en la educación de la progenie sus principios religiosos y políticos, aunque vayan en contra de las convicciones del cónyuge. La consecuencia inmediata de esta situación es que “los hijos de los volterianos son alumnos de los jesuitas”. Los hijos de san Ignacio se encargarán, a su vez, de hacer olvidar a sus pupilos los intereses de clase que debían constituir soporte y guía de sus vidas. Y por este rocambolesco camino, las mujeres evitaron sistemáticamente la consolidación de una burguesía liberal, creando un país invertebrado que propició la confrontación fratricida³⁰⁷.

307. AZAÑA, Manuel. *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra de España*. Madrid, Castalia, 1974, p.96.

Nadie osará rebatir a Azaña la idea de que la ausencia de una burguesía liberal haya tenido consecuencias tan notables para España como el quedar al filo entre el desarrollo y el subdesarrollo. Tan es así que los especialistas del tema han rastreado en busca del origen de tanto mal, desde la batalla de la Janda hasta los mismos aledaños del reinado de Alfonso XIII, desde las dinámicas economías mercantilistas ribereñas hasta las economías agrarias de la meseta. Lo que no se les había ocurrido es que la clave la tuvieran tan a mano, en su propia mujer. Porque, si seguimos el razonamiento expuesto en *La velada...* vemos que la balanza se inclina decididamente hacia los hombros femeninos. La intolerancia y sectarismo que anidan en nuestras femeninas almas son, según palabras de uno de los personajes creados por Azaña, incomparables con los de cualquier otro sector social. Las mujeres, viene a decir este portavoz de Azaña, podrán callarse si las circunstancias se lo imponen, pero no hay que esperar que cedan a ninguna reflexión. “Más fácil le sería a usted convencer a cualquier general rebelde”, concluye nuestro personaje; así, como quien no quiere la cosa³⁰⁸.

AUSENCIA DE MUJERES EN LA POLÍTICA

Que en plena guerra civil se ponga la indiscriminada intolerancia de las mujeres por encima de la de los mismos generales rebeldes es un jarro de agua fría que no esperábamos. Las feministas hemos denunciado repetidamente la ausencia de las mujeres en la política, pero siempre teníamos el consuelo de habernos quedado también al margen de las violencias y vilezas gestadas desde las poltronas del poder. Pero hasta este alivio nos arrebató el señor presidente. Así las cosas, flaco lenitivo es el que otro personaje azañesco nos, ofrece generosamente. “Sin advertirlo (las mujeres), *lanzaron a la muerte a sus maridos ya sus hijos*. Sírvales de excusa su ignorancia”³⁰⁹. El subrayado es mío, y la lectora o lector comprenderá que es un gesto totalmente ocioso. La frase entera, por lo ajustada y aquilatada, no tiene desperdicio.

308. *Ibid.* p. 99.

309. *Ibid.* p. 97.

Pero como no hay mal que por bien no venga, esta visión tan calamitosa de la realidad lleva a Azaña a apostar por la emancipación femenina como vía para atajar tanto mal. Ciertamente que Azaña opta, por dicha emancipación con fines no exactamente coincidentes con los del movimiento feminista, puesto que pretende conseguir para el marido “una independencia que con demasiada frecuencia no ejerce”. Y aunque este razonamiento chirrié estrepitosamente con el marco legal que regía la familia española y que confería al esposo todo poder y toda gloria, no podemos negar la coherencia interna del silogismo de Azaña. Como todos los caminos conducen a Roma, sea bienvenido el señor presidente a la causa de las mujeres.

Sin embargo, la curiosidad ante este fenómeno se hace más punzante cuando se comprueba su actitud de rechazo por aquellas mujeres que irrumpieron en la vida política dispuestas a intervenir en aquella realidad como ciudadanas de pleno derecho. Verdad es que la atención que Azaña dedica a ellas en sus memorias es exigua y pasajera, pero los comentarios que le sugieren son sabrosos y significativos. Y ninguno tanto como su reacción ante la intervención de Margarita Nelken en las Cortes a propósito del asesinato de guardias civiles en Castilblanco: “La Nelken, que es diputada Badajoz, se ha entrometido en esto (...). Que la Nelken opine en cosas de política me saca de quicio. Es la indiscreción en persona. Se ha pasado la vida escribiendo sobre pintura (...). Mi sorpresa fue grande cuando la vi candidata por Badajoz (...). El partido socialista ha tardado en admitirla a su seno, y las Cortes, también (...). Se necesita vanidad y ambición para pasar por todo lo que ha pasado la Nelken hasta conseguir sentarse en el Congreso”³¹⁰.

CONTRADICCIÓN E IRRACIONALIDAD

Pasando por alto el posible significado de esa jacarandosa alusión a *la Nelken* y constatando que Azaña nunca escribió -pongamos por caso- de

310. AZAÑA, Manuel. *Memorias políticas y de guerra*, Vol.1. Barcelona, Grijalbo, p. 364.

el Maura o *el Sanjurjo*, lo más significativo del caso es la calificación de “intromisión” a la intervención de una diputada, juicio que constituye, cuanto menos, una *contradictio in terminis*. Si además consideramos que la diputada lo era por Badajoz, en cuya provincia precisamente habían ocurrido los luctuosos hechos que dieron pie a la pataleta de Azaña, la cosa adquiere ribetes preocupantemente irracionales.

Por otra parte, si bien es verdad que Nelken escribió fundamentalmente sobre pintura -cosa nada deshonrosa, por cierto-, no lo es menos que en 1919 había publicado *La condición social de la mujer en España*, una de las obras más incisivas del feminismo español, cuya aparición provocó un fuerte rechazo en los ambientes conservadores del país. Es extraño que Azaña, inmerso en aquel mundillo cultural, no recordara el caso. Más chocante aún resulta el enfurruñamiento del presidente al considerar la larga lucha de Nelken hasta conseguir su escaño. Cualquiera diría que Azaña había heredado el trono del rey su padre. Muy al contrario, también tuvo que pasar por sendas derrotas en 1918 y 1924 antes de sentarse en el Congreso.

Es cierto que el presidente tampoco se mordía la lengua a la hora de criticar a sus enemigos políticos varones. La diferencia estriba en que, ante las mujeres diputadas, el sexo primaba sobre la ideología. El distanciamiento, la sorna y los juicios subjetivos que invariablemente emplea hacia ellas no guardan ninguna relación con sus posiciones políticas. Así, el 1 de octubre de 1931 anota en sus memorias: “Combate oratorio entre la señorita Kent y la señorita Campoamor. Muy *divertido*. La señorita Kent está por que no se conceda ahora el voto a las mujeres (...). La señorita Campoamor es de opinión contraria. La Campoamor es más lista y elocuente que la Kent, pero también más antipática. La Kent habla para su canesú y acciona con la diestra como si cazara moscas”³¹¹.

La forma y el fondo del párrafo dejan poco espacio a la especulación. El tema que estaba en juego era de una importancia decisiva para la suerte política del propio Azaña. Hemos visto que se discutía la convenien-

311. AZAÑA, Manuel. *Memorias... Op.cit.* p. 199.

cia de conceder el voto a las mujeres. Políticas de primera línea en aquel momento como Kent o Nelken, por mentira que parezca, se oponían a ello alegando que la mayoría de mujeres eran conservadoras y votarían a la derecha. Sin embargo, Clara Campoamor que, como opinaba Azaña, era “más lista” estaba luchando para que se les concediera. Lo lógico hubiera sido que, cuando hace sus anotaciones en el diario íntimo, mostrara su preocupación por resolver adecuadamente el tema, ya que estaban en juego miles de votos. No obstante Azaña no puede reprimir su rechazo ante el hecho de que existieran mujeres parlamentarias. Idéntico rechazo –valga la comparación– al que sintieron la mayoría de hombres cuando empezaron a ver mujeres sentadas al volante.

Por insistir en esta línea, vale la pena detenerse en la expresión “muy divertido” que Azaña emplea para describir el debate entre las políticas. A falta de otra explicación, parece desprenderse del contexto que tal diversión se deriva de que sean mujeres las protagonistas. Cuando, líneas más abajo, en su diario, Azaña se decanta a favor del voto femenino, no hará más que evidenciar la contradicción entre el animal político y el señorito alcaíno.

Si ante estas incongruencias concluyéramos que Azaña fue todo lo machista que su sexo y época aconsejaban, habríamos empleado la misma lógica que aquel oficial que cada año explicaba a sus reclutas que las balas no caen por la fuerza de la gravedad, “como se dice”, sino por su propio peso. Sin embargo, si intentamos encontrar el punto crítico donde se bifurca el pensamiento de Azaña, quizá logremos avanzar en el conocimiento del origen de la misoginia practicada por tantos varones progresistas e ilustrados. Marichal nos brinda en su obra *La vocación de Azaña* un argumento de gran utilidad. En él se señala cómo la personalidad de nuestro presidente pudo quedar condicionada por la ausencia masculina durante su infancia, ausencia que fuera compensada por mujeres enérgicas³¹². El pánico que Azaña siempre mostró ante la mujer-matrona española, y que hemos

312. MARICHAL, Juan. *La vocación de Manuel Azaña*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1968, p. 32.

visto expresarse a través de pasajes de *La velada...* y de sus *Memorias*, es remitido por el propio Marichal a experiencias familiares, nada difíciles de imaginar.

Inútil negar que las mujeres, responsabilizadas en las sociedades patriarcales del cuidado y educación de los hijos, solemos imbuirnos de tan sagrada misión con una fruición notable, circunstancia que aprovecha el progenitor para zafarse de tan enojosa tarea. Que la energía y abnegación de una madre proteccionista puedan llegar a crear en el futuro varón adulto un recelo generalizado, cuando no un rechazo patológico del sexo contrario, es algo que a nadie beneficia negar o infravalorar.

Volviendo a Azaña, tendríamos que convenir que pone el dedo en la llaga cuando señala el implacable papel de las mujeres como reproductoras de ideología. Donde el presidente pierde la razón y el norte es cuando de modo tan inefable exculpa a los gallos del corral patriarcal, olvidando que las mujeres cumplen esta misión por encargo de la sociedad y como consecuencia de su propia marginación. Y más aún se desnorta nuestro ínclito político cuando no puede reprimir su rechazo visceral ante aquellas mujeres dispuestas a modificar esta situación. No tendríamos por qué exigir a Azaña que se comportara como un pionero de nuestra emancipación. Nos habríamos contentado con que, en su calidad de varón ilustrado, hubiera atendido al clamor que ya en el siglo XVII lanzara sor Juana Inés de la Cruz: “Queredlas cual las hacéis/o hacedlas cual las buscáis”.

RAMÓN Y CAJAL. NUESTRO PREMIO NOBEL POR EXCELENCIA

Recuerdo de mi época de docencia a un chaval que, queriendo situar adecuadamente a Cervantes, escribió “Cervantes, Premio Nóbel de Literatura” Ni que decir tiene que cuando también queremos significar a Don Santiago Ramón y Cajal, esta vez con razón, recurrimos a nombrar el prestigioso galardón. Sin embargo, no es ésto lo que realmente caracteriza a nuestro emblemático investigador. Lo asombroso es que, habiendo nacido

en Petilla de Aragón y cursando su licenciatura de medicina en la Universidad de Zaragoza o, dicho de otra manera, desde el erial científico que era la España del XIX, se remontara con sus investigaciones hasta descubrir las bases del tejido nervioso. Todos los galardones y premios que recibió, incluido el Nóbel, los sudó palmo a palmo. Esa es su gloria y su tarjeta de presentación.

Además de su obra científica, Cajal nos ha legado un amplio material autobiográfico, así como abundantes páginas encaminadas a mostrar sus posicionamientos ante la vida llana. Y en ellas, la problemática femenina es tema recurrente y matizado. Cuanto tenga de lógico y coherente es cuestión que tendremos que decidir más adelante. En primer lugar, lejos de mostrarse ajeno a la controversia feminista que tuvo lugar en su época, nuestro sabio se pronuncia explícitamente ante ella. Bien es verdad que el camino escogido entonces por nuestros detractores incidía de lleno en el campo de investigación de éste. Sus argumentaciones a favor de las mujeres tienen, por tanto, un importante valor añadido. En aquellos tiempos se pretendía demostrar nuestra inferioridad mental en base al menor volumen y peso del cerebro femenino. La respuesta de Cajal es tajante y cuidadosamente argumentada: para empezar trae a colación ejemplos de personajes célebres -como Larra, Sagasta, Echegaray y otros- que, habiendo dado muestras de preclara inteligencia, poseían, sin embargo, “modestas cajas craneales”. Así, nos confiesa cómo, “habiendo contemplado (...) el vaciado de la cabeza de Newton, quedé admirado de la exigüidad de su capacidad craneal”. De donde se desprende que “no es la masa bruta, sino la fina organización nerviosa -es decir, la sutileza y prolijidad de las asociaciones *interneuronales*- la condición esencial del intelecto superior”.

Pero Cajal quiere ser más explícito en la defensa de las capacidades cerebrales de las mujeres y aún añade tres argumentos más. Por un lado, relativiza el peso craneal del hombre por la parte dedicada al control de la masa muscular y el revestimiento cutáneo, que, siendo proporcionalmente superior al de las mujeres, necesitará de mayor interacción. Por otra parte, vuelve contra los defensores de la estupidez innata de la mujer su

propio argumento, al señalar la imposibilidad de que “la mujer transmita a la prole excelencias de que carece”. Y por último, Cajal alude a la “educación divergente” como principal causa de las diferencias intelectivas entre los sexos: “Aunque se demuestre (...) que la mujer actual vale, tomada en conjunto intelectualmente, menos que el hombre, siempre podrán las feministas argüirnos: esperad que la sociedad conceda a todas las jóvenes de la clase media el mismo tiempo de educación e instrucción que al hombre, dispensando además a las más inteligentes de la preocupación y cuidado de la prole..., y entonces hablaremos”.³¹³

Hasta aquí la argumentación es impecable, y no sólo desde el punto de vista de las más exigentes feministas, sino también desde la perspectiva de la crítica actual a la sociobiología. Pero, desgraciadamente, las cosas no quedan ahí, de forma que cuando Cajal descienda de la teoría científica a la problemática cotidiana de una sociedad sexista empezará a ver las cosas con un prisma muy diferente. Y no es que él invente nada al respecto, simplemente se limita a aceptar sin reservas la tajante división de funciones sociales asignadas a los sexos en las sociedades patriarcales. Olvidándose, como por *encanto*, de ese poderoso condicionante de la “educación divergente” que tan acertadamente acaba de señalar.

LA ADMIRACIÓN POR SU PADRE

Ya en los datos biográficos que nos lega en *Mi infancia y juventud* resulta curioso el papel preponderante del padre y su minucioso y elogioso retrato, que contrasta con el chato y pobre, aunque cariñoso, de la madre. Y no es que el padre fuera precisamente una golosina: “A su regreso de los pueblos”, nos cuenta Cajal, “mi padre se enteraba de las demasías y algaradas de sus hijos y, montando en cólera, nos gratificaba con formidables palizas”. “Estas zurras, (...) por lógica represión y por adaptación adecuada al

313. RAMÓN Y CAJAL, Santiago. *Charlas de café, pensamientos, anécdotas y confidencias*, Madrid, Aguilar, 1967, pp. 47 y 58.

acorchamiento de nuestra piel, se iniciaron con vergajos y terminaron con trancas y tenazas”³¹⁴. No obstante esta brutalidad, no por generalizada en nuestro entorno menos estremecedora, y a pesar de que Cajal -según nos relata- vio truncada su gran afición a la pintura por la imposición paterna de los estudios de Medicina, el gran histólogo nos habla con profunda admiración de su progenitor: “No puedo quejarme de la herencia biológica paterna. Mi progenitor disponía de mentalidad vigorosa, donde *culminaban* las más excelentes cualidades. Con su sangre me legó prendas morales a las que debo todo lo que soy”³¹⁵. Llamar a todo esto “herencia biológica” es bastante problemático, y ciertamente sería aceptado con reservas hasta por los más duros de los sociobiólogos actuales. Pero desde el punto de vista del tema que nos ocupa, hay que resaltar la fijación de don Santiago en la *herencia paterna*, con total olvido de la materna, como si de un extraño caso de partenogénesis se tratara. Inútil sería preguntarse dónde dejaba las leyes de Mendel nuestro sabio nacional. La cosa es más sencilla o más complicada, según se mire. Baste pensar la desvalorización que nuestra sociedad ha hecho del sexo femenino para entender por qué hasta las más preclaras inteligencias pueden escorarse bajo el peso de la ideología dominante.

Claro que, en este caso, la perfecta identificación con su padre cabría ser interpretada de otro modo. Si aplicamos la teoría psicoanalítica, Cajal aparece como prototipo de complejo de Edipo perfectamente resuelto: los recuerdos escasísimos pero cariñosos que dedica a su madre nos hablarían de una fase fálica de acuerdo con lo previsto por Freud. La posterior identificación con el padre y su éxito como hombre integrado no harían más que confirmar las teorías del famoso vienés. Claro que quizá la gran deuda contraída por el psicoanálisis con nuestra civilización es haber justificado e inocentado el impulso de gran número de varoncitos a compenetrarse con los valores autoritarios y sexistas representados por el progenitor. Un

314. RAMÓN Y CAJAL, Santiago. *Mi infancia y juventud*. Madrid, Espasa Calpe, col. Austral, 1980, p.50.

315. *Ibid.*, p.12.

comportamiento oportunista en la medida que supone subirse al carro de quien tiene -sobre todo antes de la *movida* emancipatoria- todas las de ganar. En cualquier caso, como veremos a continuación, Cajal, en lo que se refiere a la valoración de los sexos, está perfectamente sintonizado con las coordenadas previstas en su época.

En sus *Charlas de café* nuestro Nobel da la medida de su posición simplistista, interesada y contradictoria (con sus conocimientos científicos) en lo referente a los papeles sociales de los sexos y su presunto fundamento biológico: “La reina de las hormigas da a la esposa ejemplo insuperable de recato y de modestia (...) arráncase las alas y reclúyese en el hogar para consagrarse, asistida de abnegadas obreras, al cuidado y multiplicación de la prole. El tan decantado feminismo de hoy no existe en la especie animal. Reconozcamos con gusto, en honor del bello sexo, que la inmensa mayoría de las mujeres, guiadas por infalibles impulsos, siguen el ejemplo de los himenópteros”³¹⁶. Otra vez nos encontramos así con el filantrópico principio de la *mujer en casa y con la pata quebrada*, aunque ahora en inspirada versión científica.

LÍNEAS DE CONDUCTA PARA LA MUJER

Pero no contento con su ingeniosa fábula de las hormigas, Cajal sigue trazando nuevas líneas de conducta para las mujeres: “La solterona fea y buena tiene dentro de la familia noble y cristiana misión que cumplir: cuidar y acompañar a sus padres ancianos y enfermos. ¡Cuántos extravíos sentimentales del viudo solitario serían evitados por la abnegación y el cariño de una hija indiferente a los pérfidos llamamientos del amor codicioso!”³¹⁷. Como vemos, además de las hembras reproductoras para el hombre maduro, sería conveniente disponer de solteronas -obreras estériles en la fábula de las hormigas- para cuidar del viudo decrepito. Pero

316. RAMÓN Y CAJAL, Santiago. *Charlas de café*. Op. cit., p.54.

317. RAMÓN Y CAJAL, Santiago. *Charlas de café*. Op. cit., p.71.

aún hay más, porque todo esto, según nuestro sabio, hay que hacerlo con alegría. “¿Quién no ha sorprendido”, se lamenta Cajal, “un gesto de fastidio en la hija que del bracero lleva al padre ciego o tullido, o la faz displicente o aburrida de la mujer acompañante del esposo paralítico?”. Impresiona ver la grandeza del corazón del sabio estremecido ante las dolorosas situaciones por las que puede llegar a pasar un hombre. Pero no menos emocionante es la fría serenidad con la que reclama a la mujer el sacrificio de juventud, sentimientos y proyectos de vida al cuidado del varón. Cada vez comprendemos mejor por qué nuestro sabio apostaba por un instinto femenino que inexorablemente nos llevara a disfrutar con estas tareas. En los *Tónicos de la voluntad*, Cajal hace un verdadero alarde de conocimiento acerca de las diferentes pautas de comportamiento de las mujeres. Pero quizá la parte más interesante -viniendo de quien viene- es cuando se dirige a los jóvenes científicos aconsejándoles sobre la compañera ideal. Después de haberse explayado criticando el grosero materialismo que orienta a las mujeres en el matrimonio, olvidando que éste solía ser su único medio de vida, cabría esperar que el gran maestro, a la hora de dar consejos a los jóvenes científicos, se pronunciara por un matrimonio de amor. Pues se equivocan: convencido de la excelsa misión que éstos tienen encomendada, piensa que toda preocupación y cálculo es poco a la hora de elegir esposa. Y no se anda con chiquitas para desmenuzar el asunto. Para nuestro sabio nacional existen cuatro tipos de posibles compañeras: la intelectual, la heredera rica, la artista y la hacendosa. De elegir la intelectual, ésta tendría que ser “seria y discreta, colaboradora asidua del esposo”. Lástima que ponga como ejemplo al matrimonio Curie, cuando ya era notorio que fue precisamente la señora Curie la verdadera artífice de los descubrimientos atribuidos a los esposos. De la rica “habituada a una vida de molicie, de fausto y de exhibición, milagro sería que no contagiara sus gustos al marido”. Por lo que respecta a la artista o literata, “desconsuela reconocer que en cuanto goza de un *talento* o *cultura viriles* suele la mujer perder el encanto de la modestia”. Nos queda, pues, “la señorita hacendosa y económica, dotada de salud física y mental (...) con la pasión necesaria

para creer en el esposo y soñar con la hora del triunfo”. Ésta, “inclinada a la dicha sencilla (...) cifrará su orgullo en la salud y felicidad del esposo”. Y no todo se queda ahí, porque “el toque está en conquistarla para la obra común; en constituirse en su director espiritual; en modelar su carácter, plegándolo a las exigencias de una vida seria (...); en hacer, en suma, de ella un órgano complementario absorbido en lo pequeño (...) para que el esposo, libre de inquietudes, pueda ocuparse en lo grande, esto es, en la germinación y crianza de sus queridos descubrimientos y de sus especulaciones científicas”.³¹⁸

LA VIRILIDAD DE LA CULTURA Y EL TALENTO

Esta apabullante sinceridad, junto al glorioso resurgimiento de la *perfecta casada* que propugna nuestro sabio, no puede menos que llenarnos de *esperanza*. Sobre todo si consideramos las ideas sostenidas, casi 200 años antes, por otro erudito nacional. Como hemos podido leer, en aquellos tiempos el padre Feijoo reclamaba la educación de las mujeres, pero con fines emancipatorios. Para lo que la reclamaba Cajal, bien estábamos donde estábamos. Pero lo más llamativo de este texto que estamos comentando es su rotunda aseveración acerca del *carácter viril de la cultura y el talento*. Una afirmación que nos lleva al fondo de la cuestión en lo que a la crítica a nuestro sabio concierne. Si el talento y la cultura son patrimonio de los hombres, entonces ¿de qué estamos hablando? De haber empezado por ahí don Santiago nos hubiera ahorrado unas cuantas páginas. Pero para podernos tomar en serio este aserto necesitaríamos que Cajal hubiera detectado diferencias entre los cerebros de uno u otro sexo. Esto no fue así, y ahí están sus publicaciones científicas para atestiguarlo. Muy al contrario, a Cajal le debemos una de las ideas más hermosas y alentadoras, ratificada por la moderna neurobiología: la extraordinaria plasticidad y adaptabili-

318. RAMÓN Y CAJAL, Santiago. *Los tónicos de la voluntad: reglas y consejos sobre investigación científica*; Espasa Calpe, Col. Austral, 1971, p.11.

dad del cerebro humano, cuyo desarrollo anatómico y funcional depende de la motivación y estimulación adecuadas.

De ahí que la cultura y el talento no sean patrimonio de un sexo, raza o clase social, sino de aquellos cuyo entorno socioeconómico les facilite un mejor desarrollo de las potencialidades de su cerebro. Proporcionar ese entorno sin exclusiones es el gran reto de nuestra sociedad.

PÍO BAROJA. SIN PIZCA DE PAPANATISMO

Pocos de nuestros ilustrados han sido nimbados por un halo tan denso de misoginia como Pío Baroja. No sé qué anécdotas, sucesidos o lances han podido rodar por el mundo de las tertulias y círculos letrados para que la fama del desamor de don Pío hacia las mujeres le haya acompañado con más perseverancia que a sus compinches de pluma y saberes.

Sin embargo, si nos atenemos a su obra escrita, yo diría que esta calificación, considerada comparativamente, es precipitada y, si se me apura, hasta injusta. Y para no serlo por el otro lado, lo primero que hay que reconocer es que, ciertamente, Baroja no pertenece a aquel grupo de escritores que cuando realizan su obra se olvidan de su sexo. Virginia Woolf, con su habitual clarividencia, apuntaba este olvido como necesario para que la creación literaria brotara de manantial sereno y no de crispadas posturas³¹⁹. Pero nuestro gran novelista no fue capaz de encaramarse por encima de la tensión creada, en nuestra civilización, en torno a los sexos. Para bien o para mal, y seguramente para bien y para mal, Baroja vive esta desarmonía con toda intensidad. Quizá ello ha sido la causa de que se le imprimiera la etiqueta de misógino con más unción que a otros. La equidad nos obliga a repartir mejor el desaguisado.

Don Pío se asoma a contemplar la condición humana y el enjambre social con ojos poco menos que virginales. Y en este ver, contemplar y observar, que repetidamente defiende como su actividad favorita, Baroja

319. WOOLF, Virginia. *Una habitación propia*. Barcelona, Seix Barral, 1980, pp. 45 y 94.

pone todo su empeño en no enmascarar la realidad. “Algunos”, comenta en sus memorias, “me han achacado como algo pueril el entusiasmo por la verdad, por lo que me parece a mí la verdad. (...) Yo siempre la he buscado a mi modo, con la limitación natural del temperamento”.³²⁰

Por eso, cuando Baroja se lamenta en sus memorias de la incultura de la casi totalidad de las mujeres, del desprecio de éstas por los valores intelectuales y de su nulo interés por lo que se escape a lo doméstico, no hará más que retratar esa terca realidad. Tampoco se aparta de ella cuando entre sus personajes literarios abundan las mujeres coléricas, de gesto bronco y ademanes autoritarios. Pero cuando, escarbando en las raíces de su pueblo, Baroja se manifiesta de acuerdo con el matriarcado vasco como “la antigua tendencia de la dirección de la casa por la mujer” -abogando así por confinarnos en el hogar, causa última de esa incultura-, no hace más que aceptar las ideas generalizadas de la época, tratadas por todos los ínclitos ilustrados y vueltas a embrollar por cada uno de ellos: en contraste con las enseñanzas de los Feijoo del siglo XVIII, abiertamente favorables a la ilustración de las mujeres, estos varones a caballo entre los siglos se balancean en una cuerda floja que oscila entre el lamento-reproche por la incultura femenina, por un lado, y la consideración de las tareas domésticas como toda perspectiva de vida, por otro; sin que ninguno acuse la contradicción insuperable que estos términos del binomio así planteado encierran.

Quéjase don Pío, y con razón, de que “a las mujeres españolas no les gusta leer”, porque, “mientras tengan esa moral -admirable para el señor obispo y aburrida para el escritor- no se acercarán a la literatura”. Y ahí le duele a nuestro Baroja, porque de ese despego de la lectura derivará la tragedia personal de sus fracasos con las mujeres. “En España”, nos dice en sus memorias, “no hay tradición del éxito con las mujeres entre los escritores”. Y cuando alguno de ellos alcanza a atraer la atención de una dama “es casi siempre el que tiene muy poco de escritor”.³²¹

320. BAROJA, Pío. *Desde la última vuelta del camino. Memorias*. Vol 1., Planeta, 1970, p.70.

321. *Ibid.*, p. 49.

Pero a Baroja tampoco le duelen prendas en reconocer que había cosechado repetidos fracasos amorosos aún antes de dedicarse a la pluma: “No era [yo] el tipo de los que impresionaban a las mujeres, sobre todo a las españolas. (...) No tenía nada de donjuanesco, ni de byroniano, nada en mi aspecto de agudo, de cortante, de decidido. Al revés, era un tipo indeciso, vacilante, de aspecto cansado”. Esta idea, expuesta en su novela autobiográfica *La sensualidad pervertida*,³²² es tan reiterada por el propio escritor y sus críticos que al final ya no sabemos si era don Pío el que rechazaba a las mujeres por borricas y analfabetas o si eran ellas las que *pasaban* de él por bobón y anodino. En cualquier caso, lo que queda claro es que estamos ante un caso flagrante de timidez.

Que la timidez masculina sea el condicionante que regule las relaciones entre los sexos no fue invento barojiano. Su contemporáneo el doctor Marañón afirma, en un ensayo sobre Amiel, que la timidez aqueja a la mayoría de los varones, y que ésta se debe fundamentalmente al fracaso cosechado en las primeras tentativas amorosas. El exegeta de Amiel distingue dos tipos de tímidos. Unos, los superiores, deben su timidez a poseer una inclinación sexual altamente diferenciada que les obliga a amar un solo tipo de mujer. Este sería el varón maduro por antonomasia -antípoda de Don Juan-, cuyas dificultades amorosas residen no en ellos, sino en el imposible objeto de amor. Siempre según Marañón, los tímidos superiores gustan y buscan la compañía de mujeres, pero no pueden enamorarse de ellas porque no encuentran su ideal. Por el contrario, los tímidos inferiores son los que alimentan sus inseguridades en una real o supuesta debilidad sexual, que les anula para la vida amorosa. Éstos “consideran el amor como una fortaleza inexpugnable para sus pobres fuerzas” y, lógicamente, rehuyen la compañía de las mujeres, “espejo de su inferioridad”. Esto al menos es lo que dice Marañón³²³.

322. BAROJA, Pío. *La sensualidad pervertida. Ensayos amorosos de un hombre ingenio en una época de decadencia*. Madrid, Caro Regio, 1975.

323. MARAÑÓN, Gregorio. *Amiel. Op.cit.*, pp. 84 y 135.

Si nos atenemos al retrato convencional de Baroja, con su reconocida preferencia por la soledad, su carácter apocado y el retraimiento de que hace gala, tendremos que convenir que estamos ante un tímido inferior, en la taxonomía de Marañón. Aunque, con magnanimidad que los ilustrados no suelen utilizar con nosotros, también podemos encontrar rasgos que ayuden a situarlo en el rango superior. “Yo creo”, anota en sus memorias³²⁴, “que el que se encuentra una mujer con la que se entienda bien y tenga igualdad de gustos y de inclinaciones es un hombre afortunado”.

Efectivamente, releyendo la obra de Baroja no parece que sus problemas vengan de *do más pecado había*. Muy al contrario, creo que es necesario sacar este tema del terreno testicular donde Freud y sus epígonos lo dejaron, para, sin olvidar estos condicionantes, permitir la entrada en juego de otros que también se interponen en las relaciones entre los sexos.

Por lo que a nuestro novelista se refiere, hay un componente que parece cuando menos tan decisivo como su retraimiento: el compromiso perseverante con su libertad. Y en este sentido, Baroja es tajante. No sólo anuncia su decisión inquebrantable de “no convertirse en un animal doméstico”, sino que una y otra vez formula su convencimiento de que “para ser libre hay que ser asceta”. En este tema, como en todos los que tocan tierra, no se llama a engaño don Pío: “Para mi ideal de independencia, la cuestión sexual era una imposibilidad”; porque en estas lides, “o hay que tener dinero, y yo apenas lo tengo, o sumisión, cosa que me repugna”.

Esta cita nos introduce en la cuestión crematística, otra constante en las reflexiones de Baroja sobre las mujeres: “Yo supongo”, nos dice, “que (...) la muchacha española (...), por la gran presión social que obraba sobre ella, miraba el matrimonio como una carrera que terminar. (...) En ellas existía el convencimiento de que el hombre sin medios era una cantidad negativa”. Y este convencimiento parece que fue un componente esencial en las actitudes barojianas. Y no sólo porque él se sintiera desvalorizado ante las

324. BAROJA, Pío, *Desde... Op.cit.*

mujeres, sino porque sin contar con medios materiales sería imposible “la vida de gato bien cuidado” a la que, según su propia expresión, aspiraba. Si a esto unimos el hecho de que el dinero de la mujer aún sería más peligroso desde la perspectiva de la independencia y sumisión antes mencionada, vemos que el círculo se cierra sin que los nobles sentimientos del tímido superior o inferior lleguen a desempeñar papel decisivo alguno.

ACTITUD SOBRE EL SEXO

Sin embargo, para comprender la totalidad de la actitud barojiana ante las mujeres, es imprescindible abordar sus ideas sobre la sexualidad en general, y sobre la femenina en particular. Y no puede decirse que en esto nuestro don Pío fuera precisamente un *liberado*. Por un lado, la intensidad del deseo sexual de la adolescencia y juventud, unido a las magras y sórdidas posibilidades que la sociedad le ofrecía para encauzarlo, dejan en Baroja una reconocida huella que probablemente le impide volver a reconciliarse con el sexo. En *Juventud, egolatría*³²⁵ nos confiesa: “Si yo hubiera podido seguir mis instintos libremente en esa edad trascendental de los 15 a los 25 años, hubiera sido tranquilo, quizá un poco sensual, quizá un poco cínico; pero seguramente nunca un hombre rabioso. La moral de nuestra sociedad me ha perturbado y desequilibrado”. Y realmente Baroja siempre verá el sexo como una auténtica lacra humana. La habitual terminología con que lo despacha, como algo encanallado, corrompido, bajo y pocilguero, es sobradamente expresiva. Pero quizá ningún pasaje tan significativo como aquel que dedica a enjuiciar la teoría freudiana: “El hombre, con una cloaca interior putrefacta, mirando con deseo a su madre, a su hermana, a su hija y quizá al niño; la mujer, enamorada de su padre, o de su hijo, o de su amiga (...) no es para producir una sonrisa, sino más bien para dar un poco de asco”. Una interpretación ciertamente bizarra de Freud, que aún se oscurece más con su visión de estudiante de Medicina

325. BAROJA, Pío. *Juventud, egolatría*. Madrid, Taurus, 1977.

que contempla “el erotismo juvenil con una perspectiva de gasas, iodoformo y soluciones de permanganato”. A esto habría que añadir la mezcla de pánico y estupor que le produce la sexualidad femenina, que da lugar, en *Camino de perfección*³²⁶, a una de sus páginas más tenebrosas y virulentas. Las relaciones de Laura con su sobrino -dominadas por la insaciabilidad de ella-, la mezcla de deseo y repulsa de él y una marcada brutalidad de los dos, hablan a las claras de los fantasmas que rondaban la amplia cabeza de nuestro autor. De esta forma habremos cerrado el otro círculo necesario para entender la postura de Baroja ante las mujeres.

Así las cosas, el que Baroja se mantuviera en una pertinaz y digna soltería y en un consciente retraimiento, nos habla de coherencia con sus convicciones. Pero ello no significa que la prevención hacia las féminas fuera más allá de la desconfianza que sentía ante la condición humana, versión masculina incluida. La parte de sus memorias dedicada a la correspondencia con sus lectoras, rebotante de humanidad y simpatía, muestra en su justo punto la ambivalente postura de Baroja ante sus congéneres. Pero, por lo que a las mujeres respecta, tenemos en las páginas de nuestro autor testimonios mucho más expresivos no ya de su falta de encono hacia nosotras, sino hasta de correcta comprensión de la realidad. Así lo atestiguan las palabras que pone en boca de Iturrioz en *La ciudad de la niebla*³²⁷, ante el desolado lamento de María Aracil -la protagonista-, considerando que toda su vida ha sido un fracaso: “¿Que te ha salido todo mal? No, hija mía, ¿qué quieres tú?, ¿tener una personalidad y ser feliz como las que no la tienen?, ¿discurrir libremente, gozar del espectáculo de la propia dignidad y además ser protegida? (...) Hay que elegir. ¿Quieres ser el pájaro salvaje que busca sólo su comida y su nido? Pues hay que luchar contra el viento y contra las tempestades. (...) Delante de ti tienes dos soluciones: una, la vida independiente; otra, la sumisión. Vivir libre o tomar un amo, no hay otro camino”.

Ni que decir tiene que María optará, de mano de Baroja, por escoger al amo. Pero por eso su creador dirá: “María es un ensayo de emancipación

326. BAROJA, Pío. *Camino de perfección*. Madrid, Caro Raggio, pp. 40 a 44.

327. BAROJA, Pío. *La ciudad de la niebla*. Madrid, Caro Raggio, 1974.

que fracasa. Nuestras pobres mujeres necesitarán muchos ensayos, muchas pruebas, para emanciparse, para ser algo y tener una personalidad”.

Pío Baroja, con una visión atrapada entre la tangibilidad de la tierra y los ribetes de su boina, y una actitud más entrañable que sagaz, nos retrata un mundo que él rechaza por hipócrita, por vulgar, por sórdido y por muchas cosas más. En el paquete de rechazados entra la mujer tal como ha sido cincelada por el orden patriarcal. Nada que reprocharle por ello. Que a veces caiga en contradicciones e incomprensiones no le anula su parte de razón. Los hay peores.

JOSEP PLA. UN CATALÁN SIN COMPLEJOS IDENTITARIOS

A pesar de que la producción de Josep Pla ha dado lugar a 46 volúmenes de muy respetable calidad, los pontífices de las letras catalanas le negaron el pan y la sal. Parece ser que la ideología de derechas y las veleidades con el castellano de este ampurdanés de pura cepa, no le granjearon las simpatías de los que se sentían oficiantes de las esencias culturales. Pero Pla, como si quisiera darles en las narices, murió el mismo día que Cervantes y Shakespeare -el 23 de abril-, entrando en la saga de los escritores inmortales, marcados por un zodiaco que se proyecta no hacia la vida, sino a la posteridad. Nació el Día Internacional de la Mujer -el 8 de marzo de 1897-, pero en su vida no sólo no institucionalizó al sexo femenino, sino que con frecuencia hizo alarde de misógino impenitente. Las palabras de su contertulio Frígola, que con mal disimulada admiración transcribe en el *El cuaderno gris*, nos dejan pocas dudas sobre cuál era su punto de mira: “No he conocido a ningún soltero que fuese intrínsecamente estúpido. Maniático, sí. Estúpido, no”. A la hora de examinar las cuitas de Pla con las mujeres, imposible es sustraer a la memoria la figura de Pío Baroja. Y no sólo porque su parecido aspecto físico puede ser a la vez causa y efecto de esa mezcla de escepticismo, humildad, conmiseración y cautela con que afrontaron la vida -que, como dice Pla, a los 40 años cada uno tiene el ros-

tro que se merece-, sino porque bajo la boina, que significativamente los dos utilizaron, albergan ideas prácticamente coincidentes por lo que atañe al encuentro y desencuentro de los sexos. De uno y otro escritor poco entenderíamos a este respecto, si no detectamos que la raíz de su compartida misoginia, que se hunde en el terreno de una ambigua misantropía, tiene sus fundamentos en el pasmo y ternura que les suscita la condición humana. Y todo ello, a su vez, articulado sobre el parco aprecio que les merece su propia persona.

Los datos para conocer la trastienda de Pla los encontramos en sus memorias de juventud, que cuentan con el valor añadido de haber sido revisadas en la madurez. De tomarlos al pie de la letra, sus introspecciones de *El cuaderno gris*, sería una timidez de corte nítidamente barojiano, el principal obstáculo entre el escritor y las mujeres: “El baile”, nos confiesa, “me atrae, me deprime, me deslumbra, me hace sentir la timidez que me domina como un dolor físico”³²⁸. Pla achaca esta cortedad de su carácter a la educación recibida, que “no comportaba ningún elemento de ternura”. De haber jugado este componente, nuestro escritor está convencido de que “no habría sido tan tímido, ni tan sarcástico, ni tan soñador”³²⁹. Aunque, a fuer de sincero, tiene que reconocer que al menos parte de su timidez tiene que ver con el desagrado que le produce su propio físico. “Son unos ojos”, comenta de él mismo, “sin educación y sin hipocresía, que me traicionan, según parece, a cada momento... Es triste no poder disponer de unas facciones estáticas, fijas y académicas, de una facial impasible... Con una cara tan móvil, vale más no moverse de casa;... si no podéis disimular las decepciones de las señoritas, vale más retirarse a la Tebaida de la misantropía”³³⁰. Así de concluyente.

Y estas inseguridades de Pla quedan agravadas por un acusado sentido del ridículo que le llevó a desechar los métodos cursis y ñoños previstos por aquella sociedad posvictoriana para las relaciones entre los sexos. Pero

328. PLA, Josep. *El cuaderno gris*. Barcelona, Destino, 1974, p.325.

329. PLA, Josep. *El cuaderno*. *Op.cit.* pp 48-49.

330. *Ibid.*

donde queda más patente su rechazo hacia los caminos trillados del juego sexual es cuando se enfrenta con la prostitución: “La noche (...) nos encamina a la casa de las señoritas de la villa (...). Las chicas se apiñan alrededor del brasero prácticamente extinguido, Una tosía; la otra estaba afónica; la tercera tenía una ronquera de matiz alcohólico siniestro. No se puede imaginar una cosa más triste, pobre, fría, desgarrada, macilenta, exangüe, tronada, cruda, cruel, inapetente”. La conclusión de Pla ante esta realidad es tajante: “Son las imágenes que estos establecimientos segregan lo que contribuye más directamente a que la gente de este país no pase de la sexualidad más grosera, violenta y espectacular y no llegue nunca a una forma u otra de ternura humana”³³¹.

UN LISTÓN MORAL ALTO

Que Pla, a los 21 años, fuera capaz de relegar su deseo sexual ante lo que resiente como auténtica miseria humana, es algo que sitúa su listón moral a una altura nada corriente. Y esta textura humana queda aún más patente cuando observamos, en sus memorias, un continuo reclamo de *ternura* para las relaciones humanas y, en particular, para las intersexuales: “Estoy absolutamente seguro de que hubiera sido para mí muy positivo y eficaz (...) tener acceso -al menos acceso coloquial- a alguna señora con unas ciertas posibilidades de ternura”. Nada de singular debería tener el reclamo de esta actitud y sentimiento como componentes de la sexualidad humana. En efecto, sólo la presencia de la ternura puede garantizar que estas refriegas atiendan a todas las facetas de nuestra condición, estando, como estamos hechos, de un barro que va más allá de la mera biología. Sin embargo, bien sabemos que la historia ha discurrido por otros derroteros. Han sido intereses tribales, económicos y genésicos los que han antepuesto, a los sentimientos, un modelo de comportamiento sexual polarizado por su majestad el falo. De ahí el valor de la ternura que añora Pla.

331. *Ibid.* pp. 264-265.

En cualquier caso, la perseverante decisión de domeñar los efluvios sexuales en aras de otros valores que a él se le antojaban superiores, no le facilitó a Pla su aproximación a las mujeres. Y no porque no sintiera por los caminos más ortodoxos las efervescencias del deseo, sino porque su orden de valores le impuso unas determinadas jerarquías claramente expresadas en su diario. Nuestro ampurdanés jamás se refiere a los encuentros sexuales sin anteponer alguna contraindicación. Por un lado está su recurrente asociación del sexo con la pérdida de tiempo, que le lleva a lamentar las horas pasadas en la juventud “pensando en la fornicación”. Aunque se consuela pensando que “quizá aún hubieran estado más perdidas si las hubiera pasado fornicando con señoritas concretas”³³². Curiosa apreciación ésta en quien no duda en afirmar que “el tedio, cristianamente aceptado, es inefable”. Por otro lado, Pla se muestra reiteradamente convencido de que el sexo dista mucho de propiciar los goces más codiciables: “El hombre dominado por el sexo es ...un cretino acabado... Creo que la parsimonia sexual tiene razones físicas concretas, incuestionables. Son las mismas causas que explican la frugalidad, la higiene, la ponderación y el buen vivir. Todo esto tiene por origen la comodidad”³³³.

Para las que empezábamos a inquietarnos ante la coherencia e incluso la nobleza de las razones aducidas por Pla para justificar su distanciamiento de las mujeres, no deja de ser un alivio constatar cómo la *comodidad* pasa a ser un factor decisivo de su misoginia. Y no porque no aparezca como loable el intento de vivir de acuerdo a las propias preferencias -en tanto no colisionen con las del vecindario-, sino porque quizá es en este punto donde Pla fue a por lana y salió trasquilado.

Leyendo con atención *El cuaderno gris*, podemos encontrar alguna pista para conocer el origen de tan desconfiada cautela ante las mujeres. El dato quizá más contundente, como mandan las normas, se desprende del enjuiciamiento que de modo inmiscricorde le merece su madre, indefectiblemente asociada, en su recuerdo, con la manía de la limpieza, la limpie-

332. *Ibid.* p.254.

333. *Ibid.* p.317.

za con el frío, y el frío con la más intolerable de las incomodidades. “Mi madre”, nos dice, “es una señora muy limpia, dominada por la obsesión de mantener la casa en un orden helado”³³⁴. Y en esta obsesión materna sitúa Pla el principio de todas las incomodidades sufridas en la casa pairal. La plasticidad del lenguaje de nuestro escritor se emplea a fondo para transmitirnos esas vivencias: “Las habitaciones ... embaldosadas de mosaico, hacen el efecto de tener una barra de hielo en la suela de los zapatos Sólo se está bien en la cama -a condición de no sacar los brazos y de no tener ninguna veleidad de leer. La impresionante manía de mi madre de hacer *sábado* prácticamente cada día, de fregar el suelo, aumenta la frialdad hasta un grado insoportable”³³⁵.

MANÍAS

Esta fijación de Pla en el frío y su indefectible asociación con las manías de limpieza de la madre constituyen referentes permanentes en sus apreciaciones sobre las mujeres. Así, comentando la visita a un amigo, anota: “Casa muy limpia, pero glacial. La señora parece muy trabajadora, enérgica, incansable”. Y ese fatídico trinomio mujer-limpieza-frío, unido a su convencimiento de que las más rentables gratificaciones se extraen de las realidades cotidianas, inmediatas y sencillas, nos pueden llevar a pensar que Pla veía en la mujer un auténtico impedimento para “hacer concesiones a las cosas que hacen agradable la vida”³³⁶. Entre los muchos ejemplos que se podrían poner para saber cuáles eran, en juicio de este escritor, estas cosas agradables, valga el párrafo en el que describe cómo han entendido este asunto los daneses: “Viven muy bien, pero sin aparatosidad, ...aspiran, por encima de todo, a estar muy calientes en invierno. Después, a tener un buen sillón. (...) La moda en los muebles no les vuelve locos; lo que quie-

334. *Ibid.* p.14.

335. *Ibid.* p. 323.

336. PLA, Josep. *Els pagesos*. Obras completas, vol.8. Barcelona, Destino, 1975, p.256.

ren es la utilidad, la utilidad sistemática (...), aspiran a tener una buena luz, un vaso de bebida excelente y un buen libro ameno y agradable”³³⁷.

Razón que le sobra, a los daneses por plantearse así la vida. A Pla, por admirar este enfoque. Pero no tendrá que ser este escritor el que nos explique a las feministas los desequilibrios mentales que se pueden derivar de una vida -como la del ama de casa convencional- dedicada sólo y exclusivamente a la limpieza y cuidado de la casa. El histerismo y la hiperactividad, que nuestro querido misógino resiente del comportamiento de su madre, ha sido denuncia fundamental de las luchadoras a favor de las mujeres. Lo que sí que habría que explicarle a él, es la trampa en que se metió al rechazar contumazmente a las mujeres, oficianas obligadas, en la sociedad patriarcal que vivió, de esas comodidades que él ponía por encima de cualquier otro bien. Y aquí es donde retomamos lo de ir por lana y salir trasquilado. Porque Pla, pese a las innumerables muestras de previsión de que hizo gala para alcanzar las metas que deseaba, nunca llegó a racionalizar esta situación de dependencia hacia las mujeres, únicas garantes del confort casero, al menos mientras no se divulgaron los electrodomésticos y se impuso la colaboración masculina en el seno de los hogares. No sería de extrañar que, esta falta de racionalización, fuera en parte la responsable de su desazón ante las mujeres. Por aquello de que, ni contigo ni sin ti, tienen mis males remedio.

Cuando, coherentemente con ese plan de vida que se fijó, se declara apasionado partidario de “la cultura de la picada y el sofrito”, situándose como pionero de nuestros intelectuales fanáticos de las delicias de la buena mesa, nos mostrará nítidamente la ambigüedad con que enfrenta el tema de los sexos. “Los ampurdaneses”, nos dice, “somos un poco insustanciales, pero los sofritos de aquí no tienen rival, son, sin discusión, los mejores del país. En cuanto esta respetable realidad, el *indigenado* tiene un punto casi infalible”.

Y para quien piense que estas conclusiones están traídas por los pelos, al menos tendrá que admitir que Pla ni estaba dispuesto a hacer el sofrito

337. PLA, Josep. *El viatge s'acaba*. Obras completas, vol. 39. Barcelona, Destino, 1981, p.187.

ni pensaba renunciar a él. Pero, los más reticentes, escuchen el lamento que, ya viejo y decrepito, nuestro escritor anota en las páginas de *El viatge sacaba*: “La meva vida és horrible -sense el menor servei. No sé pas com acabaré tot això. Vaig molt malament. (...) Penso en la mamá. Aquesta casa, qui l’ha vista í la veu! No sé qué fer i el drama es que, en tot això, no hi tinc res a fer”³³⁸. A buen entendedor...

ORTEGA Y GASSET. LA METÁFORA COMO FILOSOFÍA

Pocas tareas tan ingratas para los no especialistas en el tema, saber a qué carta quedarnos por lo que se refiere al significado de Ortega y Gasset en la historia del pensamiento español. Para un estudioso del tema como José Luis Abellán, es el magnetismo de su figura lo que impide hacer una valoración serena de su obra. Pero poco adelantaremos si escogemos el camino de constatar las opiniones de estos estudiosos. Las contradicciones son tan aceradas que resulta imposible sacar un virtuoso promedio. Otra vez se repite la evangélica disyuntiva de el que no está conmigo está contra mí. Baste para calibrar esta situación recordar que mientras el dilecto discípulo de Ortega en los años treinta, José Gaos, reclama para su maestro un puesto de privilegio entre los filósofos asistemáticos, culturalistas y antimetafísicos, el discípulo que le sustituiría a partir de los años cuarenta, Julián Marías, define a nuestro filósofo como “un auténtico metafísico, original y riguroso”. Tampoco es fácil fijar el alcance de su influencia. Para José María de Areilza, el pensamiento de Ortega fue polo de referencia, citado o no, de cuantos se movieron en el campo del pensamiento político, mientras que para Gutiérrez Girardot lo que Ortega construyó “fue un castillo de naipes que el viento de, los tiempos ha destruido silenciosamente”. En cualquier caso, atender a datos tan objetivables como es su dilatadísima labor periodística y el meritorio impulso de la *Revista de Occidente* en el páramo español, nos evidencia que la figura de don José es un hito indis-

338. PLA, Josep. *El viatge sacaba*. Destino, Barcelona, 1981. p.616.

cutible en el pensamiento patrio. Si para bien o para mal, doctores tiene la Iglesia. Bastante tengo yo con intentar, descifrar el mensaje, guiño o teoría que Ortega intenta lanzarnos, sobre la condición femenina, a través de su voluminosa obra. Y tengo bastante porque vistas las contradicciones en las que el filósofo sitúa nuestra realidad, no resulta fácil llegar a conclusiones coherentes e inteligibles. Para empezar, no se puede decir que Ortega se introduzca con buen pie en el tema. En el primer número de la *Revista de Occidente*, al criticar la poesía de Anna Noailles, el maestro sostiene que su falta de originalidad no es más que una manifestación del escaso valor del intelecto femenino, al que concibe de una forma puramente botánica, de modo que aunque la mujer siente es incapaz de elaborar estas sensaciones intelectualmente.

Pero quizá para situar a Ortega en el tema, más significativo resulte constatar las opiniones contradictorias que vierte en *sus Estudios sobre el amor*. Desde afirmar que “la suprema misión de la mujer sobre la tierra es exigir la perfección del hombre”³³⁹, pasando por defender que “del tipo de mujer predominante dependen, en no escasa medida, las instituciones políticas”³⁴⁰ llega a afirmar mondamente que “el centro del alma femenina, por muy inteligente que sea la mujer, está ocupado por un poder irracional”³⁴¹.

Sin embargo, esto no impedirá que Ortega defienda la idea de que las mujeres hemos sido el motor de la historia. Nada menos que a nosotras achaca la invención de la agricultura y la iniciación del Renacimiento³⁴². Si tenemos presente que la agricultura es uno de los descubrimientos más decisivos para la suerte de la humanidad y tampoco dejamos de lado que el Renacimiento supuso el principio del triunfo del racionalismo y el descubrimiento de nuevas técnicas que revolucionarían la vida, tendremos

339. ORTEGA Y GASSET, José. *Estudios sobre el amor*. Madrid, Espasa Calpe, col. Austral, 1982, p.16.

340. *Ibid.* p.173.

341. *Ibid.* p.203.

342. *Ibid.* pp.14-15.

que convenir que en el discurso orteguiano se nos concede un papel que no hubiéramos podido imaginar desde nuestra realidad cotidiana. Pero la alegría dura poquísimos en la casa del pobre: por un lado, Ortega no aduce ningún argumento serio que sustente estas teorías. Por otro, las contrapartidas exigidas a cambio de concedernos este protagonismo histórico son más que problemáticas.

EL CONFINAMIENTO DE LA MUJER

Por lo que a la invención de la agricultura se refiere, ciertamente Ortega no hace más que sumarse a una corriente antropológica que hizo mella en la primera mitad del siglo pasado pero que enseñaba sus contradicciones al aplicar a nuestro pasado remoto los mismos supuestos androcéntricos de la cultura occidental. Así, el *gran cazador* sería un émulo del varón blanco prepotente. Y las mujeres, confinadas si no en el pisito, sí en la choza, habrían descubierto lo de las semillitas, las flores y los esquejes a fuerza de monotonía y aburrimiento. A pesar de todo, no es el carácter sexista lo más grave de esta teoría. Lo verdaderamente preocupante es que se dejen al azar y a la casualidad los grandes avances de la historia, negando a la condición humana su capacidad para autodirigirse en el marco material que tiene que vivir. Hoy sabemos que la agricultura fue, con mucha probabilidad, la respuesta de los pueblos cazadores a una nueva situación creada presumiblemente por un cambio climático o/y por una nueva densidad demográfica.

Pero volviendo al pensamiento de Ortega, en definitiva, él nos sitúa como inventoras de la agricultura, tanto en cuanto estamos confinadas al área hogareña. Y aquí está la peligrosa contrapartida: "...donde lo cotidiano gobierna es siempre un factor de primer orden la mujer, cuya alma es en grado extremo cotidiana. El hombre tiende siempre a lo extraordinario; por lo menos sueña con la aventura y el cambio. La mujer, por lo contrario, siente una fruición verdaderamente extraña por la cotidianidad. Se arre-

llana en el hábito inveterado y, como pueda, hará de hoy un ayer... Cuando se contempla a la mujer... con mirada de zoólogo se ve con sorpresa que tiende superlativamente a demorar en lo que está, a arraigar en el uso, en la idea, en la faena donde ha sido colocada”³⁴³.

Contemplar con mirada de zoólogo a un ser humano no le podía traer a don José nada bueno. ¿Cómo, pues, con este amor al estatismo pudimos lanzar la agricultura y el Renacimiento? Ya he señalado la importancia inaudita de la agricultura y son palabras del mismo Ortega aquellas que indican que, tras el Renacimiento, se apresura toda la cultura moderna. Nuestro filósofo cimienta su garbosa opinión sobre el genio de las mujeres lanzando tan importante movimiento, en “la audacia genial con que unas damas de Provenza afirmaron una nueva actitud ante la vida”.

ACTITUDES

No soy especialista en aquella brillante época provenzal, y no dudo que se me escapen cosas importantes, pero me parece posible afirmar que el cambio de actitudes fue, en todo caso, por parte de los hombres hacia las mujeres, y no al revés. La galantería, el refinamiento y la ensoñación fueron las nuevas coordenadas que -en la literatura- enmarcaron las relaciones entre los sexos. Ningún dato histórico nos lleva a pensar que aquellas formas caballerescas trascendieran más allá de lo que pudiéramos considerar una justa poética o un juego de salón.

Pero Ortega, coherente con su idea de que las mujeres intervenimos en la historia por caminos que, como los del Señor, son inescrutables, niega que la mujer pueda intervenir en la sociedad por los mismos cauces que el varón, esto es, la política y la instrucción: “Es increíble”, señala en un pasaje de sus *Estudios sobre el amor*, “que haya mentes lo bastante ciegas para admitir que pueda la mujer influir en la historia mediante el voto electoral y el grado de doctor universitario tanto como influye por esta su

343. *Ibid.* p.171.

mágica potencia de ilusión”. Es significativo que en esa época, cuando el voto femenino y el derecho de la mujer a la educación superior están sobre el tapete social, nuestro filósofo se decante de este modo. Admitamos que el panorama que se ofrecía a sus ojos era más o menos como él lo describe y que la mayoría de mujeres prefería la vida hogareña. Sin embargo, para el insigne creador del concepto de *circunstancia* como elemento imprescindible para entender la realidad humana, supone una grave incoherencia no tener en cuenta el entorno sociocultural de las mujeres. Resulta difícil justificar que no considerara la polémica que, al menos durante dos siglos, estuvo planteada en España en torno a la educación femenina. Si hubiera reparado en ella, Ortega habría caído en la cuenta de que esas mujeres que describe como “un ser que sólo es feliz ocupado en faenas cotidianas”, no era más que el sazonado producto de una educación pensada para ofrecerles el hogar como toda perspectiva.

Habiendo omitido estos argumentos básicos para comprender la condición de la mujer, no tiene nada de extraño que Ortega llegue a afirmaciones tan peregrinas como que “todo lo que hace la mujer lo hace sin hacerlo, simplemente estando, siendo, irradiando”³⁴⁴. Y, ya lanzado por el tobogán de la fabulación más desmedida, se pregunte: ¿Es, por ventura, trabajar lo que hace la madre al ocuparse de sus hijos, la solicitud de la esposa o la hermana? ¿Qué tienen todos esos afanes de increíble misterio, que les hace como irse borrando conforme son ejecutados, y no dejar en el aire acusada una línea de acción o faena?”

Esta peculiar delicuescencia de la actividad femenina queda realizada en el discurso orteguiano al contrastarla con el hacer varonil: “El hombre golpea con su brazo en la batalla, jadea por el planeta en arriesgadas exploraciones (*sic*), escribe libros, azota el viento con discursos, y hasta cuando no hace sino meditar, recoge sus músculos sobre sí mismo en una quietud tan activa que parece la contracción preparatoria del brinco audaz”. Y pertinaz en su idea, añade, “la mujer en tanto, no hace nada”; lo cual nos parece que es mucho decir, aunque sólo sea desde las circunstancias que vi-

344. *Ibid.* p.29.

vió Ortega. Recordemos que por aquellos años se iniciaba en España una industrialización, que habría de lanzar a las mujeres al mercado de trabajo en la peor de las situaciones imaginables, tanto por lo miserable del salario como por la doble jornada del trabajo fabril y doméstico. Tampoco habría que olvidar que la alta tasa de crecimiento de población de principio de siglo implica que una buena parte de las mujeres pasara los años fértiles de su vida empalmado un embarazo con otro.

LABORES ETÉREAS

Tampoco habría que dejar de lado, en este recuento de circunstancias, la modalidad de trabajo a domicilio” que por aquel tiempo ocupaba a buena parte de la mano de obra femenina disponible. Un trabajo que consistía principalmente en labores tan etéreas como los bordados, vainicas o encajes que luego habrían de adornar a las damas postineras, pero en los que las operarias se dejaban materialmente su pellejo. Como algún listillo pudiera pensar que quiero llevar el agua a mi molino por la vía de la exageración sensiblera, no estará de más traer a colación los pasajes que Margarita Nelken, contemporánea de Ortega, dedica al respecto en *La condición femenina en España*. Allí se recogen datos publicados en 1918 por el Instituto de Reformas Sociales, que hablan de 2.500 obreras tísicas en Barcelona, de las que 1.600 eran costureras a domicilio. Para Madrid se da la cifra de 900 mujeres muertas por esta causa, añadiendo textualmente dicho informe que “entre las obreras, la tuberculosis pulmonar se desarrolla de modo espantoso a causa de los procedimientos malsanos y de las condiciones antihigiénicas del trabajo a domicilio”.

Todas estas *circunstancias* son imposibles de compaginar con las ideas orteguianas sobre la mujer que acabamos de revisar. Si nuestro filósofo nos permitiera introducir en su razonamiento el concepto económico de clase social, podríamos concluir que Ortega hablaba de y para las mujeres de la alta sociedad, cuyo “hacer sin hacerlo, simplemente estando, siendo,

irradiando” reposa sobre las espaldas de sus criadas, doncellas y nodrizas.

Termino donde empecé. Los estudiosos de Ortega seguirán debatiendo el lugar que ocupa en la historia del pensamiento español. Las mujeres, me temo que no podríamos darle más que el diploma de brillante galanteador. Quizá a él le hubiera gustado.

GREGORIO MARAÑÓN. UN MÉDICO DE POSTÍN

Decía Bernard Shaw que los ingleses ponen a los negros a lustrar botas y luego deciden que los hombres de color no sirven para otra cosa. Algo así ha ocurrido en nuestra civilización con la sexualidad femenina: primero se establece una intrincada, red de prohibiciones, tabúes y culpabilidades en torno a ella; luego se pontifica sobre su debilidad, más tarde sobre su inanidad, para terminar negándola cuando ha venido el caso. Cuáles hayan sido las motivaciones de este proceso es algo que no está todavía clarificado. Sin embargo, existen datos en nuestra historia que pueden proporcionarnos pistas orientativas. En el Antiguo Testamento, por recurrir a las mismas raíces de nuestra civilización occidental, lejos de negarse nuestro potencial sexual, se alerta a los varones sobre sus peligros. La historia de Sansón perdiendo la fuerza viril por su abandono en los brazos de Dalila o la de Holofernes, decapitado por una seductora viuda, quien empleará su cabeza como trofeo para que el pueblo judío recupere su combatividad, son relatos de inequívoco significado.

Pero aquellas vigorosas mujeres bíblicas, capaces no sólo de vivir su sexualidad, sino de aprovecharla en la consecución de sus intereses, quedan reducidas en la Edad Media al *tota mulier in utero*, identificando a la mujer con el sexo y a éste con el pecado. Así, en esa época de grandes transformaciones sociales, se iba preparando el terreno para la inminente devaluación del sexo. Con anterioridad, los padres de la Iglesia ya los hemos oído siendo explícitos al respecto: “Mujer -amonestaba Tertuliano-, deberías ir siempre vestida de luto, cubierta de harapos y humilla-

da en la penitencia, a fin de reparar la falta de haber perdido al género humano”.

Más tarde, la explosión pagana del Renacimiento sería compensada rápidamente por la reforma, protestante y católica. Y, ya en el siglo XVII, como señala Foucault en su *Historia de la sexualidad*, se crearían nuevos cauces para el control de la sexualidad de acuerdo con las exigencias del desarrollo capitalista y el orden burgués, imponiéndose desde entonces un nuevo discurso encaminado a marginar aquellas formas de placer no sometidas a la economía estricta de la reproducción. Y este podría ser el trasfondo de la moral victoriana, de la que un nutrido grupo de caballeros ilustrados se sintió paradigma y cancerbero. Ninguno entre ellos tan notorio como Segismundo Freud, quien suministró el soporte teórico para este andamiaje con su *descubrimiento* de que la libido femenina era inferior a la masculina. A partir de él, todo lo que se dijera sobre la miseria de nuestra sexualidad sería previsible.

Dos razones de peso han podido, pues, trenzarse a lo largo de la historia para justificar el insistente empeño masculino por negar o minimizar la sexualidad femenina. Por un lado, el deseo de controlar nuestro potencial reproductor. Por otro, poner bridas a una sexualidad que se manifestaba capaz de avasallar a la varonil. La misma condición biológica del aparato sexual femenino así lo hace temer. Es evidente que las mujeres no tenemos los mismos requisitos que los hombres para recibir o proporcionar placer. El solo hecho de que la mujer pueda lograr varios orgasmos consecutivos sin precisar de las pausas que el hombre necesita entre una y otra eyaculación es realidad que no tiene por qué ser enarbolada como señuelo de superioridad, pero tampoco se presenta como la más adecuada para sustentar el valor simbólico que se ha destinado al falo.

¿Cómo responden nuestros pensadores patrios ante semejante reto ideológico? Quemando etapas apresuradamente, podríamos situarnos en 1973, ante el artículo que el doctor Botella Llusía, ginecólogo de renombre y rector a la sazón de la Universidad Complutense, escribía para la revista *Tauta*. En él, nos deleita con argumentos como el que sigue: “Hay

mujeres, madres de hijos numerosos, que confiesan no haber llegado más que muy raramente, y algunas no haber llegado, a notar nunca el placer sexual, y esto, sin embargo, no las frustra, porque la mujer, aunque diga lo contrario, lo que busca detrás del hombre es la maternidad (...). Yo he llegado a pensar alguna vez que la mujer es fisiológicamente frígida y que hasta la exaltación de la libido en la mujer es un carácter masculinoide, y que no son las mujeres femeninas las que tienen por el sexo opuesto una atracción mayor, sino al contrario”. (Los subrayados son míos, SM)

LA PASIVIDAD FEMENINA

Con anterioridad, López Ibor, psiquiatra de fama y postín, rompía el silencio impuesto sobre el sexo por el franquismo con una obra de divulgación -*El libro de la vida sexual* (1968)- en la que, sin llegar a los extremos del profesor Botella, basa el modelo de la sexualidad humana sobre la pasividad y renuencia de la parte femenina. Para el doctor López Ibor, la gran diferencia entre los sexos estribaría en que, mientras la sexualidad masculina parte de una imperiosa necesidad biológica, la femenina se articula y desarrolla sobre un trasfondo psicológico de dependencia hacia el varón: “En el hombre se presenta la sexualidad repentinamente a partir de la función testicular (...). En la mujer, la sexualidad aparece como el despertar de un largo sueño. El hombre es precisamente quien la despierta (...). Desde un principio, pues, en el hombre la sexualidad tiene un sustrato mucho más biológico, mientras que en la mujer se trata de un predominio de los fenómenos psíquicos”³⁴⁵.

Consecuentemente, con este discurso, López Ibor negará contumazmente que las mujeres podamos sentir algún tipo de escozor sexual, llegando a negar que la masturbación sea un acto normal entre las mujeres: “... en la mujer normal, la ipsación es una cosa sin sentido. Las que llegan

345. LÓPEZ IBOR, Juan José. *El libro de la vida sexual*. Barcelona, Danae, 1968. p.330 (el subrayado es mío, SM).

a masturbarse lo hacen, o bien porque su sexualidad ha sido prematuramente excitada a veces de un modo artificial, o bien porque padecen trastornos emocionales graves que bloquean su camino hacia la madurez”³⁴⁶. Sin embargo, según el informe Kinsey, el 62% de las mujeres de más de 40 años se masturban. Claro que, ante esta constatación, nuestro psiquiatra se pregunta: “¿Se masturban o dicen que se masturban?”. La impertinencia de la pregunta guarda proporción con la seguridad y aplomo que éstos y otros doctos caballeros emplean al hablar de los gustos, sentires o preferencias de las mujeres.

UN ACENDRADO HUMANISTA

Pero, para adentrarnos en tan crucial aspecto del relato, deberemos detenernos en la egregia figura del doctor Marañón, principal promotor de la línea de pensamiento de la que Ibor y Botella son meros epígonos.

Ocioso es resaltar la importancia de Gregorio Marañón en nuestro panorama intelectual. Su dedicación a la práctica médica no le impidió abordar los más diversos aspectos de la cultura, lo que le clasifica como acendrado y venerado humanista. Sus ensayos sobre Don Juan, Amiel o El Greco, constituyen todavía análisis modélicos de carácter. Y entre lo prolijo de su temática no fue el de la condición femenina el menos atendido. Así, en sus *Ensayos sobre la vida sexual* intenta desbrozar la maraña que los condicionamientos biológicos y culturales han tejido en torno a las mujeres. Y aunque en este intento se muestra incapaz de superar las contradicciones teóricas de su época, y a pesar de los rígidos principios morales que informan toda su obra, su análisis está alimentado por una concepción esencial progresista. El barullo que se arma al tratar de dar una alternativa a la marginación femenina habla más de su loable decisión de afrontar el problema en toda su complejidad que a un deseo de guardarse cartas en la manga, aludiendo temas fundamentales.

346. LÓPEZ IBOR, Juan José, *Op.cit.* p.321.

Reconocer todo esto no impide que, llegados al tema de la sexualidad femenina que nos ocupa, topemos con los mismos posicionamientos que antes hemos señalado. Más aún, Marañón representa por su altura intelectual el soporte más firme en nuestra cultura nacional contemporánea para la negación de nuestra sexualidad. Una y otra vez, a lo largo de su obra, optará por lo parvo de nuestras facultades sexuales. Como muestra, sirva este botón tomado de su *Amiel*:

“La mujer diferenciada busca en el hombre no la hora jocunda del deleite, sino aquello que sólo el hombre de gran categoría puede darle: la guía espiritual. El amor físico, sólo el amor físico aislado de todo elemento psicológico y afectivo, se satisface en la mujer como en los niños, con cualquier cosa. Lo único que la mujer normal puede encontrar en el hombre es, fuera de la maternidad, ese descanso de su alma en el seno del alma masculina. Obsérvese que ningún gesto supera en voluptuosidad, en las mujeres femeninas, a ese, sin embargo, castísimo de reclinarsse para descansar, para dormir, casi para morir, en el vasto pecho del varón.”³⁴⁷

Imposible añadir un ápice a semejante condensado sexológico. Quizá sólo nos resta a las mujeres -enarbolando bandera blanca- esgrimir los informes Kinsey, Master y Jhonson o Hite, por nombrar sólo aquellos que sobresalen por su carácter pionero o exhaustivo. Pero como aquí no se trata de confeccionar un tratado, sino de escarbar en la trastienda mental de nuestros ilustrados, las cosas deberán llevarse por otros terrenos.

LA EXPERIENCIA CLÍNICA

No tendríamos por qué dudar que las ideas sustentadas por estos eximios doctores acerca de la sexualidad femenina se fundamentan en su experiencia clínica. Pero, desde este punto de vista, llama la atención la carencia de datos

347. MARAÑÓN, Gregorio. *Amiel*. Madrid, Espasa Calpe, 1941, p.242.

que avalen sus tajantes afirmaciones, lo que puede inducir a pensar que en esta ocasión sus juicios se sustentan en observaciones más de andar por casa.

A este respecto, quizá valiera la pena recordar lo que el mismo Marañón comentaba a propósito de Moebius -el notable abanderado de la inferioridad mental de la mujer de principios de nuestro siglo-: “(su) rabiosa parcialidad antifeminista... nos hace pensar que tal vez no debió irle muy bien en la lotería de los sexos que todos jugamos con variable fortuna”.

Ciertamente, hay que admitir la desgarrada realidad de que la pasividad, la frigidez y hasta la náusea ante la práctica sexual que afecta a un buen número de mujeres (entre un 74% y un 78% de acuerdo con el ya mencionado informe de Valverde y Abril, realizado en 1975) dan a las relaciones sexuales ese carácter de lotería con que Marañón las adjetiva. Cuál haya sido la suerte de estos escudriñadores de nuestra sexualidad en este proceloso mar es algo que no nos incumbe. Lo que sí nos atañe es que hayan atribuido un carácter natural y permanente a lo que no es sino un proceso cultural e histórico.

Tampoco es mi interés traer a colación el conocido adagio “no hay mujeres frías, sino hombres inexpertos”, por la sencilla razón de que éste encierra parecida distorsión que la que criticamos a nuestros ilustrados. El modelo sexual al que deberíamos aspirar no tendría que estar basado en la condescendencia, dominio, habilidad o potencia de uno de los sexos, sino en la participación en pie de igualdad y con respeto a la diversidad. O, por decirlo con las palabras de J. V. Marqués, “todo lo que hay que saber es aceptar el propio cuerpo y no confundir el de los otros con un felpudo”.

Es de justicia reconocer que tanto Marañón como López Ibor, al situar la sexualidad femenina en unas coordenadas psicológicas, abogan por que la ternura y el intercambio lúdico pasen a ser componentes importantes de la sexualidad humana. Cosa que les honra en vista de la testicularidad de los modelos dominantes de comportamiento. Lástima que el esquema sobre el que desarrollaron sus teorías nos aboque a una jerarquización sexista del placer, por no hablar de la concepción totalmente errónea de la sexualidad femenina, de la cual parten.

Eveline Sullerot introduce su *Historia y sociología del trabajo femenino*³⁴⁸ con una anécdota harto significativa. Nos cuenta cómo un caballero de la alta sociedad, en plena exaltación de la feminidad, sostenía que las mujeres no debían trabajar. La esposa de éste, encantadora y ociosa, le interrumpió para aclarar: “Mi marido se olvidó de decir que desde su niñez, y aún ahora, son unas mujeres -no su madre ni su esposa, sino unos seres del sexo femenino- quienes le han lavado su ropa sucia, vaciado sus basuras, fregado los parques sobre los cuales posa sus pies; son mujeres las que le han escrito sus cartas, marcado el número del teléfono, expedido sus paquetes en Correos, vendido o empaquetado muchas de sus compras, preparado y servido su comida. Pero esas, sin duda, son mujeres, sin ser la mujer”. Y es que hasta los más reticentes tendrán que admitir que detrás de cada hombre, situado en cualquiera de nuestras jerarquías sociales, hay toda una legión de mujeres que le permite vivir al socaire de las impertinencias de la vida cotidiana. Bastante más confuso y difuso resulta aquilatar el papel de esa *otra mujer* -la compañera- que hace bueno el dicho de que, detrás de cada hombre ilustre, hay siempre una mujer inteligente. Si nos atenemos al mundo de la poesía española, vemos conyugalizados tan relevantes como Rafael Alberti y María Teresa León, Salinas y Margarita Bonmatí o Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, que nos hablan de una mujer capaz de solventar los problemas domésticos, pero que fundamentalmente ejerce otras funciones más etéreas e inconmensurables. Y quizá ningún ejemplo tan vivo, para empezar a entender algo, como nuestro Alberti y su María Teresa León. Permítaseme, pues, por una vez y sin que me importara servir de precedente, adorar al jacarandoso gaditano por la peana.

Y no es que Alberti no le asignara a María Teresa un papel luminoso en su existencia. Muy al contrario, con la maestría que le es habitual nos anuncia en sus memorias la aparición de ella en su vida como un hito tras-

348. SULLEROT, Eveline. *Historia y sociología del trabajo femenino*. Barcelona, Edicions 62, 1970.

cidente. Un inesperado punto y aparte y una escueta frase es el clarinazo que nos alerta del acontecimiento: “Pero algo que debía estar escrito me sucedió de pronto”. Luego, la poesía: “Cuando tú apareciste/(...)/Fue como si llegara al más hermoso puerto del mediodía...”³⁴⁹.

Sin embargo, será justo desde este momento cuando la luz de ella empiece a brillar sólo en función de la de él. María Teresa León no trascenderá el tiempo como escritora. Tampoco quedará en la memoria de los españoles por haber creado las *guerrillas del teatro* durante la guerra civil, ni por haber sido una emotiva mitinera ante el Ejército republicano, ni tan siquiera por haber colaborado heroicamente en la salvación de los lienzos de El Prado. Su nombre, para siempre jamás, quedará al paio del de Rafael Alberti.

De cómo María Teresa acepta este eclipse tenemos material sobrado en su *Memoria de la melancolía*³⁵⁰. En ella, una María Teresa atrevida y entusiasta nos muestra su fe inquebrantable en la condición humana y en un credo político, el comunista, que la mantuvo sobre senderos abiertos y esperanzados cuando el mundo se derrumbaba bajo terribles guerras. La ingenuidad y dogmatismo que pueda encerrar esta postura no afecta al hecho de que sea, sobre esa doble vertiente de vitalismo y militancia, donde se articularán las relaciones de María Teresa y Alberti. Pero, por perfecta que sea la compenetración entre ambos, no se le oculta a León el papel segundón que desempeña ante su marido: “Ahora yo soy la cola del cometa. Él va delante. Rafael no ha perdido nunca la luz”. En otra ocasión apostilla: “Rafael creía en nuestra estrella, yo creo aún lo que Rafael cree”.

Con ser estas frases tan expresivas, mucho más significativas son las opiniones que le merecen las actitudes de otras esposas de ilustrados. Nos relata María Teresa cómo un buen día Jules Superville abandonó el hogar sin dejar rastro, presentándose un año más tarde a la hora de comer, como

349. ALBERTI, Rafael. *La arboleda perdida. Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1981. pp. 297 y 299.

350. LEÓN, M^a Teresa. *Memorias de la melancolía*. Buenos Aires, Losada, 1970 (el subrayado es mío, SM).

si nada hubiera pasado. A la autora le admira la serenidad con que fue acogido por su esposa, pero, para el tema que nos ocupa, lo importante es el comentario con que cierra la anécdota: “Los niños besaron a su padre, que regresaba de un viaje hacia la libertad, convencido de que solamente la esclavitud del amor, consiente a un poeta deslizarse hacia la gloria”.

Y esta fe de la mujer de Alberti en la grandeza de su misión conyugal aún queda mejor evidenciada en su comentario a la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón: “Zenobia Camprubí acaba de recibir el Premio Nobel. Me diréis: no, estás confundida, el Premio Nobel fue para Juan Ramón. Pero yo contestaré: ¿y sin Zenobia hubiera habido premio? ¿Qué era lo que Zenobia solucionaba tan imperiosamente? Pues la vida. La vida de los poetas no se soluciona como la de los pájaros. No provee sus alimentos aquel que cuida las golondrinas viajeras. Los poetas comen, duermen, se agitan y desean como cualquier hombre. Bueno, no, peor, son más difíciles que cualquier hombre. Zenobia era para Juan Ramón la urdimbre. En su fuerza segura se trenzaba la existencia diaria de Juan Ramón”.

LA BUENA ESPOSA

Finalmente, para rematar este manual de la buena esposa, merece la pena traer a colación la amonestación que dirige a la mujer de Picasso ante cierta resistencia de ésta a aceptar el papel de sostén del artista: “Tienes razón, Jacqueline, ¿pero no te das cuenta que estás en la casa del monstruo? Su obra va a ser inmensa. ¿No piensas en los cuadros futuros? Sólo están esperando su llamamiento (...) tú tienes la llave de la cueva de las maravillas”. (el subrayado es mío, SM)

Claro que María Teresa no inventa nada. Se cuenta que era María Lezárraga la que escribía las obras de su marido, Martínez Sierra. Y que Braque mandaba a su esposa a visitar los museos para que luego se los comentara. Pero son los razonamientos de la mujer de Alberti los que nos dibujan la moral sobre la que se articula el comportamiento de estas mujeres que, ya

teorizando sobre el particular, como María Teresa, o a la chita callando, como Zenobia, o refunfuñando por lo bajines, como Jacqueline, han puesto la vida y el alma al servicio del genio.

¿Pero cómo viven ellos esta situación? Hasta el más conspicuo de los ilustrados lo tiene facilísimo para no cuestionarse la supremacía masculina. Nada menos que el padre espiritual de la Revolución Francesa, Juan Jacobo Rousseau, ya hacía tiempo que había sentado las bases teóricas que justificaban este estado de cosas. Sus palabras no pueden ser más precisas: “ Toda la educación de las mujeres deberá estar en función de los hombres. Para complacerles, para serles útiles, para hacerse amar y honrar por ellos; para educarlos cuando jóvenes, para cuidarlos de adultos; para aconsejarles, consolarles y hacer su vida dulce y agradable. Tales son las obligaciones de la mujer, que tienen que serle inculcadas desde la niñez”³⁵¹.

No me extrañaría que más de un caballero, de los que jamás se han cuestionado la jerarquía sexual que preside su vida privada, se sienta herido por esa sinceridad de Rousseau. Hay cosas que se hacen, pero no se dicen. Aunque también entre los poetas conyugalizados, que antes cité, podemos encontrar testimonios que los sitúan en la mejor línea rusioniana. Este es el caso de Pedro Salinas, cuando la que habría de ser su esposa -Margarita Bonmatí- le plantea, según se desprende de una de sus *Cartas de amor*, la conveniencia de realizar el trabajo doméstico sin que se haga aparente el esfuerzo que comporta. El poeta se une alborozado a la idea, lamentando que su madre no posea “este arte” y animando a su futura esposa a que lo consiga, bien con los nuevos “medios mecánicos”, bien con la ayuda de “algún criado”. Salinas, como vemos, se muestra dispuesto a todo menos a echar una manita. Pero lo más aleccionador es el párrafo con que zanja la cuestión: “¡Qué felicidad, vida, tener una mujer que sea mi lazarillo por las sendas espirituales de la vida interior, y que me dé la vida depurada, limpia, sin molestias materiales, para poder dedicarla bien a nuestros negocios interiores!”. Frase que supera en ingenio y sinceridad a la de Rousseau.

351. ROUSSEAU, Juan Jacobo. *L'Emile or a treatise on education*, N. York, W.H.Payne, 1906.

Sin embargo, otros ilustrados se habían expresado de modo muy diferente. El ensayo de Stuart Mill, *On the subjection of woman*, publicado en 1869, contiene un impecable e implacable alegato sobre el estado de cosas que estamos considerando: “El hombre no quiere solamente la obediencia de la mujer, quiere también sus sentimientos. Todos los hombres, excepto los más brutales, desean que la mujer que está más estrechamente ligada a ellos sea, no una sierva por la fuerza, sino de grado; no una esclava, sino una favorita. Por tanto, han puesto en práctica todos los medios conducentes a esclavizar sus mentes. (...) Los amos de las mujeres buscan más que la simple obediencia, y emplean para esto toda la fuerza de la educación”³⁵². El que esta denuncia quedara condenada a ser clamor perdido en el desierto, mientras que la prédica de Rousseau lograba su consagración, no significa sino que, éste último elevaba a nivel de teoría una práctica social de milenios. Y la eficacia de esta doma secular, queda demostrada por la actitud de las mujeres aquí citadas, que, paradójicamente, compaginan su elevado nivel intelectual con una aceptación del papel de segundas. Con razón señalaba Simone de Beauvoir que los hombres han encontrado en sus compañeras una complicidad mayor que cualquier otro opresor.

Sin duda hay que admitir que el hálito del genio siempre sopla por derroteros inciertos y con reglas difíciles de determinar. Lo inadmisibles que sean los diferentes papeles adjudicados a los sexos, o cualquier otro tipo de barrera social, los que conformen la línea divisoria entre los tocados por la gracia creadora y el resto de los mortales. Y, para que esto no ocurra, hay que tener en cuenta la sutileza de esos lazos de supeditación que Stuart Mill ha señalado, y cuya desaparición requiere una lucha mucho más compleja y sofisticada que la que se opone a la esclavitud del trallazo en la espalda. Porque aquí no se trata de demostrar que el potencial creador de María Teresa y Alberti, Zenobia y Juan Ramón, Jacqueline y Picasso fueran intercambiables y que ellas hubieran podido producir, de

352. STUART MILL, *On the subjection of woman*. 1869.

no ser mujeres, una obra tan importante como la de sus maridos. Lo que se trata de señalar es que existen unas actitudes psicológicas y unas circunstancias materiales que determinan que la obra creadora encuentre terreno abonado o inhóspito. Sólo desaparecidos esos condicionantes, será lícito que una persona decida por amor, admiración o cualquier otro sentimiento encomiable rendirse ante la genialidad.

Pero quizá lo más sangrante, aunque también lo más obvio, que hay que oponer a la teoría de León, es que, por mucho que la fuerza creadora se beneficie de la estabilidad emocional y material que le proporcione una mujer que asuma el papel que ella defiende, no es esto, en última instancia, lo que determina el genio. Baste para ello comprobar que Alberti realizó lo más cualificado de su obra -*Marinero en tierra, Cal y canto, Sobre los ángeles*- antes de conocerla. Y lo mismo podríamos decir de los otros personajes aquí citados. Hasta el cascarrabias de Juan Ramón hubiera encontrado alguien que, si no por amor, sí por dinero, hubiera hecho el papel que desempeñó Zenobia. Y quién sabe si, en la disyuntiva de tener que afrontar las necesidades materiales de la vida, no nos hubiera legado una poesía menos etérea, menos inasible y, a la postre, más humana.

Volviendo a Rafael Alberti y María Teresa León, no creo que la cuestión esté en intentar una valoración comparativa de sus respectivas obras, por ver de justificar la suerte dispar corrida por una y otra. En mi opinión, las novelas de guerra de ella adolecen de la fuerza capaz de mantener en pie los personajes y situaciones recreados por la autora. Sin embargo, sus memorias están dotadas de un lirismo y un valor testimonial que en nada tendrían que envidiar a la poesía de Alberti; que tampoco la poesía de Rafael es dulce de chocolate que a todos colme. Por mi parte, me contentaría con haber empezado a desbrozar el terreno para entender por qué la misma ejemplaridad de la pareja que formaron, hasta que María Teresa quedó marginada de la considerada vida racional, es lo que hace de ellos un paradigma por lo que a la jerarquización social de sexos atañe. Mucho más significativo que otros casos, que se ajustan más groseramente al desequilibrio institucionalizado.

Tarea sencilla es la de situar a Camilo José Cela en nuestro panorama cultural. Él mismo nos da la cuestión resuelta cuando en el prólogo de su *Baraja de invenciones*³⁵³ afirma: “Me considero el más importante novelista desde el 98 y me espanta considerar lo fácil que me resultó. Pido perdón por no haber podido evitarlo”. Y aunque la frase suene a indomable altanería, la verdad es que el reconocimiento alcanzado por la obra de Cela no es usual en estos pagos. Y para conseguirlo tanto le valió su sabiduría para compaginar el *happening* cultural con otros de diferente naturaleza -el espectáculo en blanco y negro que protagonizó en su momento con un coche Mercedes blanco y una “choferesa” negra es buena prueba de ello- como la capacidad para ahincar su literatura en los terrenos más ásperos de la realidad, al margen de tabúes y convencionalismos. La embestida con que ensarta el tema de la sexualidad y el contumaz desgarro con que amasa su lenguaje, han sido sus mejores aliados en este empeño.

Y es con este mismo temple de mihura saliendo del chiquero con el que enfrenta las complejidades de la condición femenina. Un tema al que le dedicó especial atención en el malogrado *Informaciones*, en aquella época en que una España rumorosa y tensa se iba abriendo a la democracia y cuando un grupo de mujeres, aprovechando las primeras bocanadas de libertad, lograba imponer sobre el tapete político los supuestos de nuestra emancipación. Justo entonces, nuestro Cela se despachaba a gusto sobre el tema.

EL TRABAJO DOMÉSTICO

Así, cuando las feministas combatían el tradicional confinamiento de las mujeres en el trabajo doméstico, Cela viene a decirnos con un estilo donde la gracia se confunde con la guarrada, la ironía con la brutalidad y los alardes de crueldad nos hielan la sonrisa en su mismo inicio, que el orden

353. CELA, Camilo José. *Baraja de invenciones*. Valencia, Castalia, 1953.

social está en grave peligro porque las amas de casa han tenido la osadía de acogerse a las comodidades de artilugios modernos tales como electrodomésticos, alimentos conservados, vajillas de plástico o servilletas de papel. El uso de estas últimas colma la irritación de nuestro señor don Camilo: “Señora -le increpa a su anfitriona, que ha osado poner estas servilletas en la mesa-, aquí hay un malentendido: un servidor creía que le había invitado usted a comer, no a cagar”. Y a continuación se arranca con una loa a las servilletas planchadas y almidonadas. Y es que Cela tiene más razón que un santo cuando se lamenta de todo lo que se va a perder con la liberación de las mujeres. Si nuestro ilustrado se hubiera entretenido en leer *El segundo sexo*, hubiera comprobado que, a lo fino y razonable, las feministas somos conscientes de ello. Allí Beauvoir señala, con su habitual claridad, la existencia de logros humanos -desde las voces *castratis* hasta la hermosa jardinería de la América esclavista- que están en contradicción con una sociedad igualitaria.

Pero para enterarse de estas sutilezas, Cela tendría que estar menos obcecado con la suerte de los hombres. Otros defectos le podremos achacar a don Camilo pero no el de falta de solidaridad con sus congéneres. Para comprender lo que piensa del tema, leamos como describe la suerte de “los vilipendiados señores Rodríguez, esos santos víctimas de la punta de mangantes que viven a sus expensas (...): la esposa (...) y los hijos (...) cuando no también la suegra -el enemigo al que se paga el armamento y la intendencia- y quizá alguna cuñada bigotuda y talluda y repugnante que se ha quedado para vestir santos y sin que nadie se sorprenda de su destino”. Cuando don Camilo José hace burla y escarnio del físico de alguna persona, casi es imposible olvidarse de aquella mole que su cuerpo exhibía, adornado por un abdomen de unas dimensiones considerables. Su rostro era de una longitud, en sentido vertical, también llamativa y los años la fueron rellenando de masa carnal un tanto extraña. Nada que objetar, a no ser una invitación a que se mirara al espejo.

Pero lo cierto es que insultar a las mujeres y considerar a los hombres víctimas de sus esposas es el tema estrella al que, al menos en esa serie de

Informaciones, nuestro galardonado no le concedió tregua. “El hombre-nos dice un apesadumbrado Cela- pese a su aire estúpido y orgulloso, no es sino la tímida bestia del sacrificio”.

SOLUCIONES DRÁSTICAS

Para hacer frente a esta situación, Cela no duda en recomendar las soluciones más drásticas. Pero antes de pasar adelante por este camino empedrado de las brutalidades de Cela, hagamos constar un pequeño detalle: nuestro escritor estaba próximo a ser investido Senador.

Veamos los consejos que, el futuro padre de la patria, hace a un esposo cuya mujer se ha encaprichado con un *tomavistas*. “Si Paco, en aquel momento y sin decir ni una palabra, le parte la cabeza en dos a su señora con un bastón (o con una plancha o cualquier otro objeto útil al fin que se persigue), Paco está salvado”. Pero, como Paco compra al fin el tomavistas, nuestro senador sigue aleccionándolo: “Pobre Paco, que mal camino llevas. Deberías tomar ejemplo de tu primo Claudito (...) que atravesó a su legítima esposa con una lezna de zapatero un día que se le puso algo burra (...). En el pueblo fue la admiración de todos y hasta el mismo señor juez hubo de exclamar ¡Qué jodidito Claudito, qué tino demostró!”.

Desgraciadamente por esta vez Cela ha sido profeta en su tierra y en la actualidad España exhibe una cifras absolutamente escalofrantes de mujeres asesinadas por sus maridos. Pero no se me indignen los incondicionales de nuestro Nóbel. Estoy convencida de que la principal causa de la sangrienta cadena de asesinatos en el ambiente familiar se debe a la nueva situación emancipada de las mujeres que ha traído, correlativamente, otra nueva situación de hombres destronados. Cela no tenía tanto poder de convocatoria como para hacerlo responsable de este horror. Pero tampoco tenía justificación que sus bestialidades fueran consentidas y aplaudidas. Y para que podamos calibrar hasta donde llegaba la insondable “delicadeza” del alma de Cela, cito unas líneas en las que Raúl del Pozo recoge pala-

bras de un jovencísimo Camilito, no sabemos si sediento de sangre o de justicia: “Camilo José Cela me intentaba convencer de que jamás lo había pasado tan bien como en la guerra de España, aconsejándole a su capitán desde una colina extremeña que envenenara el arroyo que llegaba hasta la vega del enemigo” (*El Mundo*, 21-1-03). El subrayado es mío.

Así las cosas, tampoco es de extrañar que don Camilo no cumpla los requisitos para pasar a la historia como tratadista del amor: “Las contradicciones amorosas”, nos aclara, “se vencen cambiando de objetivo. ¿Que una señora o señorita se pone pelma y empieza a presumir de estrecha a destiempo? ¡Peor para ella! Se la cambia por otra y santas pascuas. El secreto estriba en no ignorar que jamás falta un roto para un des cosido”.

Pero cuando su verbo cálido y su visión perspicaz llega al cenit, es cuando aborda la sexualidad femenina. Una vez más, Cela nos presenta un panorama inesperado. Resulta que la esposa de aquel Rodríguez ya traído a colación, “suele ser un descosido pendón”, que mientras su marido trabaja ella “holgazanea a modo y se cepilla al paisanaje con suma aplicación” Su vecina “le pone al marido unos cuernos como un venado porque quiere realizarse”. Y cuando diserta sobre el verbo “acollonar”, inefable invención del incansable ingenio de nuestro Nóbel, afirma que las mujeres “lloiden como leonas”. Paradójico resulta que en un país donde se llegaron a barajar cifras cercanas al 80% de mujeres frías, -recordemos a Botella y Llusía- Cela nos ofrezca esta visión orgiástica nada menos que del pacífico sector de amas de casa.

La indudable gracia e ingenio que el escritor demuestra en ocasiones no le exculpan de la brutalidad de otras. Y, como muestra, ninguna perla tan conseguida como la que nos brinda el 3 de diciembre de 1976 bajo el título *Las pobrecitas mujeres*. Nuestro autor ha leído en el periódico que en determinada localidad española una cincuentona fue violada por un adolescente. La tesis del artículo, lo que al autor le llena de estupor es que esta mujer atropellada “en vez de darle las gracias, armó la de San Quintín”. Mucho debió gustarle a Cela su ingenioso artículo, puesto que, con toda desvergüenza y como si original fuera, lo volvió a publicar en *Diario 16* el 19 de febrero de 1985.

Como vemos, los parámetros que encuadran la posición de Cela ante las mujeres son: una sostenida atención a la sexualidad femenina a la que parece contempla con cierta inquietud, una brutalidad continuada, una no disimulada irritación y una desmesurada compasión por sus víctimas los hombres. De poco nos sirve que Cela afirme que, por haber vivido siempre al pelo de lo que le apetece, no tiene inconsciente. Su desasosiego ante el potencial sexual femenino, su pertinaz empeño en afirmar su propia sexualidad -la monumental obra *El diccionario secreto*³⁵⁴ es, valores lingüísticos aparte, un rendido homenaje al falo- y su fijación en el lenguaje anal, son datos de su personalidad que difícilmente serían pasados por alto por un psicoanalista. Sobre todo, si se les completa con los que el mismo Cela suministra en su autobiografía *La cucaña, significativamente subtitulada Infancia dorada, pubertad siniestra, primera juventud*³⁵⁵. Efectivamente, en ella se nos describe, alcanzando Cela sus mejores cotas de narrador, una infancia no sólo dorada, sino fastuosamente iluminada por un arco iris viscontiniano. En una casa fianqueada de guisantes de olor y tupidas madre-selvas, aparece un *Josesiño Camiliño* rodeado de abuela, madre, tías, tatas, jardineros y mozos de cuadra, que compiten por servir al diminuto señor. La nota característica para el psicoanalista seguramente sería una absoluta protección por parte de la madre y la abuela -creadoras de ese paraíso de Iría Flavia-, junto a la frecuente ausencia del padre, circunstancia que Cela recuerda en sus memorias con gozo incontenible. “¿Qué bien que se fue papá, verdad, mamá?”

Demasiadas pistas para esta época postfreudiana, en la que, más o menos chapuceramente, todos hemos aprendido a jugar con las piezas del puzzle de nuestro pasado y de las del vecino. Por lo que sabemos de Cela, quizá le vendrían como anillo al dedo las ideas de Christiane Oliver en su ensayo *Les enfants de Jocaste*³⁵⁶. El combate del hijo varón por lograr su

354. CELA, Camilo José. *El diccionario secreto*. Madrid, Alianza, 1989.

355. CELA, Camilo José. *La cucaña. Infancia dorada, pubertad siniestra, primera juventud*. Barcelona, Destino, 1968.

356. OLIVER, Christiane. *Les enfants de Jocaste*, DenoOEI, 1989.

autonomía afectiva, tanto más duro cuanto mayor haya sido la acción proyeccionista de la madre (o de otras mujeres implicadas en el tema), explicaría, según Olivier, muchas de las actitudes misóginas de los adultos. El niño, encadenado en la trampa del amor materno, desarrolla un terror a la dominación femenina, un pánico ante toda posibilidad de simbiosis con la mujer. (Algo de eso hemos visto en el capítulo dedicado a Azaña) Alejarla, confinarla en sus lugares exclusivos (familia, hogar, educación), tal sería el objetivo de la guerra masculina. El sexismo del lenguaje provendría del miedo a emplear las mismas palabras que las mujeres, a encontrarse en el mismo lugar de las madres.

El psicoanálisis puede ayudarnos a encontrar las claves de las actitudes y del lenguaje de Cela. Más desguarnecidos estamos a la hora de entender por qué una personalidad encaramada a las más altas distinciones culturales -Premio Cervantes, Premio Príncipe de Asturias, Premio Nóbel- se permite escritos como los comentados. Aunque el planteamiento lógico sería preguntarnos por qué tantos honores a quien así escribe.

UMBRAL ¡Y LO BONITO QUE SOY!

Defendíase Umbral del egotismo que Máximo le achacaba cuando le caricaturizó, allá por 1982, con un arabesco de “yoes”, argumentando que él había escrito más que nadie sobre sus contemporáneos. En 1985 nuestro prolijo escritor se rendía ante la evidencia. En su *Crónica Inesita* nos confiesa que durante 25 años ha hecho *autoperiodismo*: “el yo como noticia, que siempre ha funcionado y me lo han pagado muy bien; pero para eso hace falta que el yo, efectivamente, sea noticia”³⁵⁷. Como vemos Umbral ya se nos ha subido a la parra y se le ha olvidado terminar su razonamiento. Lo que se ha dejado en el tintero es que, para que el yo sea noticia, hace falta un público suficientemente dócil como para que rían las gracias del periodista avisado, ocurrente y agudo que fue Umbral, pero también rían

357. UMBRAL, Francisco. “Inesita”. El País 28-01-1965.

las desgracias de la altanería sin freno y la arrogancia sin límites. Que ese también fue Umbral.

Pero lo cierto es que hubo un tiempo en que nuestro Paco Umbral, escribió sobre contemporáneos y también sobre no contemporáneos, siendo sobre todo un ameno cronista de la transición. Después llegó la gloria, los honores, la *high* y la *jet*, y desembocó progresivamente en esa época de *autoperiodismo*. “Cuando el propio nombre”, declara en la introducción al *Diccionario cheli*, “se pone a brillar como un seudónimo, puede considerarse que uno ha llegado”. Que ha llegado porque se lo sabe hacer con el lenguaje y ha tenido gracia, ingenio y tenacidad, parece evidente. Aunque no menos evidente es que en este viaje hacia el egocentrismo dejó cosas importantes que le valieron ese renombre que ahora asume satisfecho. Y es precisamente en su postura hacia las mujeres donde se manifiestan algunos aspectos de esta evolución.

Por insólito que pueda parecer desde la perspectiva actual, hubo un tiempo en que don Francisco se tomó muy en serio la cuestión femenina. Y, con buen tino, aconsejó y adoctrinó a las mujeres. Ante el clima vergonzante creado en torno a la menstruación, Umbral se revuelve como herido en su propia carne: “Todo esto podía haber sido natural, riente, gozoso, cotidiano, pero te lo hicieron secreto, maldito, turbio, solitario y odiado... Dice la sabiduría familiar que eres mujer cuando se te presenta la ovulación por primera vez. No. Eres mujer cuando por primera vez se te presenta sin culpa, cuando por fin la asimilas, la atiendes, la vives e incluso la disfrutas”. Exceptuando el despiste que supone confundir la ovulación con la menstruación e invitar desde esta *Carta abierta a una chica progre* a disfrutar de la dismenorrea que con frecuencia azota a estas edades, Umbral analiza certeramente la realidad. Y más aún cuando dictamina: “La sexualidad femenina debe despertar a toda costa porque lleva muchos siglos dormida. Y para eso puede ser mejor, incluso, el arte de una discípula semejante a ti que la torpeza de un mozalgón inexperto, brusco y urgente”³⁵⁸. Dada la ambigua postura de Umbral (sobre todo en aque-

358. UMBRAL, Francisco. *Carta abierta a una chica progre*. Madrid, Ediciones Irre-

lla época de los primeros setenta) ante la homosexualidad, apreciamos el riesgo calculado que encierra este consejo, al que, sin duda, opta por la total desconfianza que le suscitan los jóvenes noveles en artes amatorias. Pero nuestra natural suspicacia ante estas masculinas aunque quizá sabias prédicas, se torna desconcertado asombro cuando Umbral, siguiendo una costumbre ya inveterada en la sociedad patriarcal, se lanza a explicarnos nuestra sexualidad, que él considera clitoridiana y no como Freud, que “era un cursi, pues ya desde sus estudios de la sexualidad infantil empieza con el erotismo vaginal, que es un fantasma”.

Pocos momentos tan estelares en la historia del pensamiento misógino como éstos con que periódicamente nos obsequian los ilustrados, enzarzados en dilucidar por qué pasadizo nos llegan nuestros orgasmos. Ahora es cuando cobra toda su vigencia la frase de Christine Delphy: “Ante una palabra de hombre hay algo más: un silencio de mujer”. Pero Umbral, imbuido de santo celo, sigue machacando al madrileño ligón que “aún no ha descubierto que la verdadera liberalización de las relaciones eróticas esté en entender a la mujer como una camarada”. Y critica ferozmente los concursos de belleza por ser “una exaltación étnica, física, ganadera casi” del sexo femenino.

PATERNALISTA

Debate necesario y áspero ha sido el que ha tenido lugar en el seno del movimiento feminista sobre el derecho y conveniencia de la participación de los hombres en el tinglado emancipatorio. Pero aquellas que en su día se encresparon por los tonos paternalistas o intrusistas de Francisco Umbral, ya han tenido tiempo para cargarse de razón y de nuevas razones contra estas incursiones. Nuestro escritor se las ha dado con la evolución de sus posturas. A partir de los últimos setenta, el celo feminista de Umbral se ha convertido en ironía; su moralina, en escepticismo; su didactismo, en

verentes S.L., 2003.

sorna. ¿Por qué? Umbral se limitó, bajo una dictadura ya desdentada, a dárseles de *progre* a costa de unas ideas que, por lo visto, ni le iban ni le venían, dado lo pronto que las abandonó, pero que le catapultaban. Una vez instaurada la democracia, y con un movimiento feminista que se dejaba sentir, lo llamativo y lo chocante era tomárselo a chunga y risa. Y para ello no ha tenido inconveniente en deslizarse por uno de los caminos más sórdidos, trillados e irracionales del patriarcalismo al uso: la bravuconería.

Y ya puesto a sumarse a la gloriosa tradición española, detectamos en él posturas que lo encuadran de lleno en el que creíamos trasnochado donjuanismo. Y no sólo por frases sueltas como aquélla de *Las ninfas* “...quisiéramos ignorar como ignoramos la carne de una mujer ya poseída”³⁵⁹, sino por posturas reiteradas en su imparable escribir. Ninguna resultaría tan elocuente para los especialistas en Don Juan como la eterna cantinela de Umbral “la amo/la amo”, aplicada a muy diferentes tipos de mujeres, siempre que -eso sí- pertenezcan a las esferas de la fama o el dinero. Porque él no ha bajado a las cabañas, pero ha escalado, según nos cuenta, todos los palacios de la “high-high”, y en sus escritos constancia queda que, al menos en su opinión, despertó la admiración de sus féminas. Y no es sólo este jactancioso exhibicionismo lo que hubiera hecho dudar a Marañón del funcionamiento integral de nuestro Umbral. Su capacidad para enamorarse tan fugaz y variopintamente hubiera inducido a don Gregorio a dictaminar su inmadurez varonil, dada su incapacidad para concretar el objeto amoroso. Pero aun el mismo Ortega, hartó más flexible que Marañón ante el tema, ya que considera que los varones a lo largo de la vida evolucionan y pueden aspirar, sin menoscabo de esa madurez, a dos o tres tipos de mujeres, hubiera quedado meditabundo ante la costumbre de Umbral de proclamar sus amistades masculinas en función de las mujeres: Rabal es novio de sus novias; de Polansky son mujeres las que los separan. Con Pániker, confiesa ante las cámaras de televisión haber compartido “mujeres maravillosas”. El Don Juan del siglo XX ha, pues, evolucionado. Ya no se trata de leer la lista de conquistas en enconada competencia con Don Luís Mejías.

359. Umbral, Francisco. *Las ninfas*. Barcelona, Destino, 1976, p.17.

Ahora, posmodernos ellos, simplemente las comparten. Desde el punto de vista de las mujeres, no podemos decir que la evolución haya sido para bien. Pero tampoco se podrá decir de Umbral aquello que se aplicó a los vascos y que en lugar tan digno los dejaba: “Largos en facellas y cortos en contallas”. Aunque no sería de extrañar que las mozas en males de amores coyunturales, cada vez más avisgadas, prefieran tener en cuenta el consejo de Joseph Vicent Marqués, crítico de esos exhibicionismos: “No acceder a acostarse con varón puede ser tacañería, pero no hacerlo con el pregonero es prudencia muy afinada”.

GUSTOS AMOROSOS

Pero el blasón que con más orgullo ha esgrimido Umbral en estos últimos años, ha sido su gusto por las “pequeñitas” o su profesión de “menorero”, por emplear su propia jerga. Y aunque admitiendo que en los gustos amorosos la única regla lícita sea la ausencia de normas, en esta decantación de los maduros por las menores, difícil es no detectar una muestra más de la jerarquización sexual que preside nuestra sociedad, propiciadora de que las jovencitas se extasién ante las sienas plateadas, los ademanes paternos y los surcos epidérmicos del tiempo; cosa que a la inversa ocurre descaradamente menos. Pero, aunque así de espinoso sea este desnivel social en materia sexual, tampoco deberíamos desechar la idea de que Umbral esté utilizando este terreno de los amores perversos en aras a su evidente compromiso con la baladronada. Sólo de este modo entenderíamos que se descuelgue con frases tan inspiradas como: “A uno también le parece que las mujeres comienzan a ser ancianas después de los veinte”. O aquella aún más alentadora: “...ahora se ha convertido en una lamentable anciana de 18 (años)”. Porque, de no ser por mor del exabrupto, las del “belcor” -como él identificaba a las que ya peinamos canas- deberíamos habernos tomado en serio crear un clima de sonrojo nacional cada vez que un cualificado plumífero se permite ingenios de este jaez.

En mi opinión, Umbral lo que ha hecho es tomar el pelo a los lectores siempre que a su pluma le ha sido cómodo. Como era de esperar, dada la seriedad con la que se toma sus principios, da una de cal y otra de arena. Así, unos años más tarde, ya instalado en el periódico El Mundo, desde su columna *Los placeres y los días*, se mostraba altamente preocupado por las niñas de doce años que exhiben modelos en las pasarelas de lujo, porque “en Milán, Roma y otras capitales hay un comercio de menores a la sombra dorada de la moda”. Y Umbral sabe que de “la pasarela se pasa a la prostitución”. Pero ¿Dónde está el verdadero peligro? Pues este *menorero* de raza nos lo va a explicar: “Admitamos en principio que la fascinación por la niña es antigua y prestigiada. El capricho tiende a agotarse en lo impúber. Nada tan sugestivo como la pureza del cuerpo” (El Mundo, 2-2-2000).

Pero don Francisco aún nos va a proporcionar momentos más conmovedores. Uno es con motivo de la encarcelación de *La Tani*. Ésta mujer, después de muchos años de soportar malos tratos por parte de su marido, le disparó un tiro y lo mató. Fue condenada a catorce años y Umbral lleva el tema a su columna. En principio lo aborda correctamente. Observa que no ha habido un juicio justo porque nadie ha hecho valer lo que ha sido la vida de La Tani. Y nuestro Premio Cervantes termina su columna declarando que le parece bien el apoyo popular a La Tani expresado en un nutrido grupo que la acompañó a la puerta de la cárcel. Los hombres debían hacer lo mismo cuando uno de ellos mata a una mujer. “De todos modos -concluye nuestro encumbrado escritor- uno cree que lo más civilizado y pacífico es tener otra de repuesto” (El Mundo, 26-10-2000).

¿Hemos leído bien? Si un hombre mata a su mujer la solución está en tener otra de repuesto. Eso dicho cuando ya en España los crímenes domésticos se contaba -se cuentan- por docenas anuales, tiene lo suyo. Pero por esto no hay que deducir que nuestro galardonado plumífero es brutal e insensible. Un año antes, con ocasión de la muerte de su amiga Carmen Díez de Ribera, la que fuera jefa del gabinete de Adolfo Suárez, Umbral nos desveló, también desde su columna de El Mundo (4-12-99), la recóndita sensibilidad de su alma: “La ecología Paco -le dijo un día Carmen-

principia en el obrero silicótico”. Ante la hondura de esta aseveración, Umbral entra de lleno a definir a la recién muerta: “Era radical y hembra, intelectual y exigente de justicia hasta el fin” Y Paco nos cuenta que le llevó al cementerio unos crisantemos amarillos que le mancharon las manos. Si aun viviera Umbral a mí me gustaría recordarle que si matara a una mujer porque tenía otra de repuesto, también se le mancharían las manos. Pero esta vez de sangre.

Porque lo cierto es que en este país en el que la cultura ha sido el *guarino* de la camada y la chabacanería el deporte nacional, lo que menos falta nos estaba haciendo es que los ilustrados de fama escojan la bravuconada como táctica habitual. Por eso cuando Umbral, fiel a su actual línea, escribe: “Uno, que es más machista que nadie”, una, aunque sea partidaria de la libertad de expresión, no puede evitar que el estómago se le estrague un poquito más.

10. EPÍLOGO

LA UTOPIA DEL ARCIPRESTE DE HITA

Espero que, vistos en perspectiva los textos de los escritores aquí comentados, estamos más cerca de comprender los “porqués” del pensamiento misógino y también las razones de los que tomaron, como causa suya, la defensa de las mujeres. A mi entender, brilla con luz propia y singular la actitud de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, ante la sexualidad humana, adoptada en época aún tan alejada de la modernidad como es el siglo XIV.

No obstante, la historia nos demuestra que los posicionamientos vitales de Juan Ruiz, por muy positivos que sean los valores que en ellos encontremos, no han pasado de ser una entrañable utopía. Freud, por citar a uno de los teóricos emblemáticos sobre los comportamientos humanos y que, por vivir entre el siglo XIX y XX, pudo observar las cosas desde un ángulo temporalmente alejado del Arcipreste, hace una afirmación inmisericorde sobre la suerte de la sexualidad humana. Se trata de una de las tesis defendidas en *El malestar de la cultura*:

“La cultura actual nos da claramente a entender que sólo está dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, sin admitir la sexualidad como un instrumento de placer en sí, aceptándola tan sólo como un instrumento de reproducción humana que hasta ahora no ha podido ser sustituido”³⁶⁰.

Vistas así las cosas es innegable que Vives y fray Luís de León optan por un orden social y unos roles femeninos que se cumplieron con notable exactitud. Más aún, estos dos pensadores, junto con otros de su época, marcan una inflexión en el pensamiento patriarcal, dando lugar a un nuevo enfoque que culminó en los primeros años del siglo XX. Si a los Padres

360. FREUD, Sigmund. *El malestar de la cultura. Obras completas*, vol. III. Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1968, p.33.

de la Iglesia del principio de nuestra Era los hemos escuchado acusar a las mujeres de ser la lujuria misma, a partir del Renacimiento se iniciará un proceso de desexualización de éstas. Y, para este proceso, tan significativo es cuando Fray Luís “descubre” una naturaleza que impele a las mujeres a encerrarse en el hogar, como cuando Vives ensalza a una dama porque nunca había “solicitado a su marido, ni llegado a su cópula, sino por satisfacción de él”³⁶¹.

También Foucault, en su Historia de la sexualidad, completa el razonamiento de Freud añadiendo una idea que considero fundamental. Este autor explica cómo, a partir del siglo XVII fundamentalmente, el cuerpo de la mujer fue orientado “por entero a las tareas de la reproducción, perturbándolo sin cesar en virtud de los efectos de esas mismas funciones”³⁶². La idea de la incesante perturbación es importante porque, para que esta se pudiera ejercer sin demasiadas fricciones, era mejor que las mujeres redujeran sus aspiraciones a la única meta de la maternidad. Y es en este punto donde la ideología misógina, en la nueva variante adquirida en el Renacimiento, pudo cumplir fielmente su cometido. El éxito fue profundo y duradero. Lo hemos podido ver culminar en el siglo XX cuando el prestigioso doctor Marañón en su libro Amiel apuesta decididamente por la frigidez femenina. También es de gran elocuencia el comentario que Sánchez Albornoz hace, rebatiendo teorías de Américo Castro sobre el mudejarismo del Arcipreste de Hita. Don Claudio afirma –como prueba del incorregible puritanismo de los caballeros de su época– que “el autor de El collar de la paloma refiere obscenidades que ni Castro ni yo nos atrevemos a copiar”³⁶³ (4).

Hoy en día, muchas cosas han cambiado y los sociólogos hablan de “revolución sexual”. Por eso tenemos más fácil hacer una nueva lectura del

361. VIVES, Juan Luis., *Instrucción...*, *Op.cit*, p.18.

362. FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad*, *Op.cit*, p.21.

363. SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio. *España un enigma histórico*, Editorial Sudamericana, p.458.

Libro de Buen Amor que, utópico sin duda tal y como ha transcurrido la historia, sin embargo encierra la sabiduría de las obras que conectan con las profundas verdades humanas.

DE LA LITERATURA Y SUS COMETIDOS

Juan Luis Alborg, en su ensayo *Sobre crítica y críticos*, comenta dos artículos de E.D. Hirsch, *Some Aims of criticism* y *What isn't Literature*. Tanto Alborg como Hirsch abogan por una crítica literaria que parta de la convicción de que la literatura es una fuente de educación humana. Las palabras de Hirsch, entresacadas de *Some Aims...* son nítidas para expresar sus pretensiones:

“Los mejores críticos nunca han sido puristas categóricos....Tan solo cuando el crítico utiliza ambas categorías y ambas especies de valor [las estéticas y las instrumentales] hace justicia a los propósitos de la educación literaria y, por extensión, a los propósitos de la crítica”³⁶⁴.

Alborg, en sus comentarios a Hirsch, no se muestra menos contundente en ideas y en ejemplos, para aclarar cómo entiende él la crítica literaria:

“¿En qué consiste realmente, una crítica literaria que no sea más que literaria? Un estudio específicamente literario puede aun concebirse si se aplica a un poema, sobre todo si es de esos poemas que “no significan, sino son”... En cambio, la gran poesía...no puede ser estudiada y analizada exclusivamente con “crítica intrínseca” - que cumple su papel, claro está... - pero que mutila criminalmente todo el valor moral, político, social, filosófico - lo que sea- humano, en una palabra, que ha convertido a esa poesía en gran poesía. Nada digamos, si en lugar de un poema, se trata de una gran novela

364. ALBORG, Juan. Luís. *Sobre crítica y críticos*. Madrid, Ed. Gredos, 1991, pp 171 y 173.

u obra dramática....Pienso en lo que podría ser una crítica exclusivamente “intrínseca” del “Quijote”; algo así como una biografía de Napoleón que se limitara a describir y analizar los botones de su casaca”³⁶⁵.

Cito estos párrafos porque, a mi entender, la crítica que se ha hecho a los escritos misóginos carece, en demasiadas ocasiones, de una toma de conciencia de lo que estos significan. Recordemos que el mismo Alborg, que tan ocurrenente ha estado para poner el ejemplo de los botones de Napoleón, al hablar del Corbacho, cae en el mismo defecto que critica, al calificarlo de “satírico... realista... lleno de regocijo y desenfado”. Lo cual no estaría mal si Alborg se molestara en explicar el abismo existente entre esas formas desenvueltas, expresivas y convincentes para describir escenas, que el Arcipreste de Talavera tan sabiamente utiliza, y la distorsión que hace de la realidad de las mujeres. Pero aun es más desafortunado cuando, con ocasión de comentar *La perfecta casada* de Fray Luis de León, escribe:

“La perfecta casada sigue siendo la obra clásica en la materia, literariamente viva y no anticuada...según ha señalado Marañón...Algunos críticos han visto en la obra resonancias de la corriente antifeminista tan difundida durante el siglo XV, afirmación rechazada por el Padre Félix García, para el cual “La perfecta casada” resulta ...una espléndida apología de la mujer”³⁶⁶.

Personalmente, lo que más me llama la atención, es la devoción con la que se cita “fuentes autorizadas” a las que se concede todo crédito. Comprendo que en una obra de la envergadura de la “Historia de la Literatura Española” de don Juan Luis Alborg, este no puede hacer más que una labor compiladora. Pero ello no evita que la cita que acabamos de leer, nos recuerde cómo la discriminación femenina, puede pasar aun inadvertida. Y sobre todo queda evidente la necesidad de trabajos especializados de investigación, que pongan las cosas en su sitio. Doy por descontado que

365. *Ibid.* p.179.

366. ALBORG, Juan. Luís. *Historia de la literatura Op.cit.* p.814.

Alborg no es un misógino. Pero tampoco creo que daría el mismo tratamiento a una obra condescendiente con la esclavitud.

También es buen ejemplo, para el tipo de crítica que hay que enmendar, el que nos ofrece Menéndez y Pelayo, cuando, en sus “Orígenes de la Novela”, entre elogio y elogio al arte del Arcipreste de Talavera, afirma que, este escritor, nada tuvo que ver con la polémica que, en el siglo XV, tuvo lugar entre detractores y defensores de las mujeres. Y añade:

“En realidad, tampoco es un escritor misógino; su libro, en el propósito al menos, no debía ser una invectiva contra las mujeres, sino un preservativo contra las locuras del amor mundano”³⁶⁷.

Con todo el respeto que me merece nuestro gran erudito, o precisamente por eso, me siento obligada a oponerle los comentarios que he hecho a la obra de Alfonso Martínez de Toledo. No creo que la cuestión estribe en discutir si, en su época y condición, mantuvo un punto de vista lógico. Lo decisivo, a mi parecer, es que hoy tenemos elementos más que suficientes para hacer otro tipo de crítica literaria, que tenga más en cuenta sus contenidos. En definitiva, lo que pido para la crítica a las obras misóginas, no es otra cosa que las normas que, siguiendo las enseñanzas de los maestros clásicos, imbuimos a nuestros alumnos de literatura; esto es, reconocimiento de la unidad indisociable de fondo y forma, y el principio de que todo comentario de texto exige un balance y valoración de los temas que trata.

Empecé, en el prólogo, con una cita de Andrés Amorós sobre la influencia de la literatura en la sociedad de la que surge. Termino con otra del mismo autor en la que reconoce que la literatura muchas veces ha contribuido “a cambiar la sensibilidad colectiva”³⁶⁸. Por mi parte creo que, en efecto, la mayoría de textos que he comentado han sido a la vez incitadores y altavoces de la mentalidad misógina. Y aunque soy de las que cree que el feminismo ha triunfado, por muchas que sean las batallas que queden por

367. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Orígenes de la novela*, *Op.cit.* p.18.

368. AMORÓS, Andrés, *Introducción a la literatura*, *Op.cit.* pp.67, 92 y 93.

ganar, también definiendo que una de esas batallas consiste en que la crítica literaria ponga en su sitio estas obras.

Este libro pertenece a:

Sacramento Martí

-

sacramarti@hotmail.com
